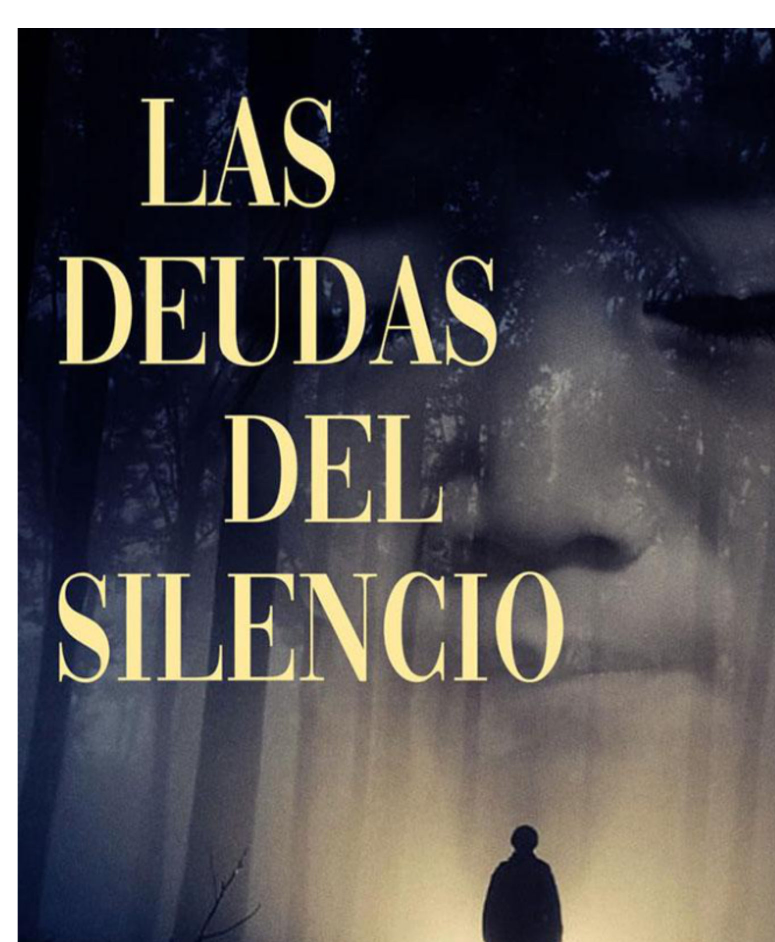

LAS
DEUDAS
DEL
SILENCIO
FRAN BARRERO
Lectulandia

En un bosque cercano a la localidad madrileña de Samael aparece el cadáver de un niño de nueve años desnudo, ha muerto a consecuencia de dos docenas de heridas de arma blanca, sufriendo una tortura inimaginable. Tras siglos de silencio, se podría destapar un ritual macabro.

Cuando una chica aparece atropellada días después en el mismo pueblo, el investigador al que esa chica fue para pedir ayuda con una extraña historia de conspiraciones religiosas se acerca al lugar para tratar de esclarecer los sucesos. Los vecinos y las propias instituciones tratarán de detenerle a toda costa.

Sumérgete en las cloacas más oscuras y hediondas que el ser humano puede crear con la única y egoísta intención de prosperar, aunque sea a costa de acometer atrocidades.

Fran Barrero

Las deudas del silencio

Inspectores Vergara y Mantilla - 1

ePub r1.0

Titivillus 30.08.2024

Título original: *Las deudas del silencio*
Fran Barrero, 2024
Diseño de cubierta: Fran Barrero

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

A vosotros, lectores.
Que la mejor lectura de vuestras vidas
esté por llegar.

Quería gritar, hacerlo con todas sus fuerzas.

Las luces de la calle habían quedado atrás, ahora no se apreciaban ni sombras ante él, todo era oscuridad, pero no por ello iba a dejar de correr, no dejaría de hacerlo nunca, eso pensaba mientras apretaba los dientes con todas sus fuerzas para paliar el dolor que sentía en las plantas desnudas de sus pies, además del que llevaba adherido a su ser tras el trato recibido horas atrás. El frío… eso era lo de menos, solo quería correr, aunque ni siquiera sabía hacia dónde. En cualquier otra situación, desearía ir a casa y sentir el calor y seguridad de su familia y el hogar, pero ya sabía lo que ocurriría. No importaba el lugar a dónde ir, solo alejarse lo máximo posible mientras las fuerzas no le fallasen.

¿Lo perseguirían con perros? Lo había visto en la televisión y no quería que lo atrapasen, menos aún que lo mordieran los perros, claro que no le podrían hacer más daño del que había sufrido ese día, eso sería imposible.

Quería gritar, aunque no para pedir ayuda, solo por rabia, por soltar lo que llevaba dentro. Quería gritar, pero era mejor guardar silencio.

Se desangraba, algo en el interior de su cabeza y de su corazón le decía que le quedaba poco de vida, pero ese poco era todo a lo que aferrarse, ya no podía pensar en sus padres, en su hermana, en sus amigos, en los juegos por las tardes en la calle, en la videoconsola, en la televisión, en… en nada, solo le quedaba un hilo de vida y cada segundo era importante, ese pensamiento lo era todo. No comprendía a su temprana edad que cuanto más corría, más sangre perdía y más cerca estaba su final.

¿Había oído voces? ¿Eran ladridos de perros? ¿Quizás los malos llamándolo? ¿Sus padres?

Qué más daba, no iba a obedecer, no iba a regresar, prefería el

bosque, pincharse los pies con cada paso, arañarse la piel desnuda con los matorrales, el frío cada vez más intenso, el dolor punzante de cada una de las heridas que le habían provocado.

Solo correr, correr con todas sus fuerzas, no en vano era el niño que más rápido corría en su colegio y en su calle, nadie lo alcanzaba nunca, menos aún esa noche.

Hasta que lo alcanzó la fatiga.

Y luego la muerte.

Ya era tarde para gritar, simplemente se apagó en mitad del silencio.

Prólogo

Menudo incordio, el viaje había sido una tortura por culpa de Teresa; si lo llega a saber hubiera elegido un destino mucho más cercano a Madrid. Que si ya iba siendo hora de vivir juntos, que si ya no tenían veinte años para mantener una relación estable cada uno desde su casa, que si vaya forma de pensar más inmadura… Mateo se preguntó si merecía la pena soportar más de dos horas de martilleo constante para llegar a un pueblo que ya conocía, donde se iba a tragar más de veinte horas de caminata ese fin de semana, además de costear las habitaciones del hotel, comida y otros gastos por echar un par de polvos que buenamente podría haber disfrutado gratis en su casa, como casi todos los fines de semana pasados de los cuatro meses que llevaba con la chica.

Pero era tarde para dar la vuelta, ya habían llegado a su destino y Teresa ahora se centraba en leer por enésima vez el papel donde había detallado el itinerario de cada día, como si no lo conociese de memoria.

—En cuanto dejemos las maletas en el hotel, iremos al convento de las Descalzas, es el que nos pilla más cerca y seguro que no hay turistas a esta hora.

—Ya me has dicho eso antes.

—Y tú siempre discutes que estará cerrado.

—No creo que esas monjas tengan las puertas abiertas a turistas como si se tratase de la catedral de la Almudena.

—Bueno, se llama a la puerta y se les pide permiso con educación.

—Cómo detesto repetir las conversaciones tres o cuatro veces.

—¿Qué has murmurado?

—Nada, que ya hemos llegado al hotel, es ese.

—Vaya, pensaba que sería más bonito.

—Esto es un pueblo, Tere, no hay mucho donde elegir.

—Si yo montase un hotel, lo haría grande, bonito y lujoso, sin importar la ciudad o pueblo.

Mateo no era un experto en finanzas, pero llegaba a comprender que ese tipo de hoteles de lujo no funcionan en los lugares pequeños, y por ese motivo es casi imposible encontrarse con uno, pero no pensaba iniciar otra conversación estéril para hacer comprender a Teresa su error.

Tras aparcar, él tomó su mochila y ella sus dos maletas y entraron en el vestíbulo, acogedor con muebles y paredes en tonos cálidos, una chimenea encendida a la derecha y el mostrador de registro a la izquierda, el techo lucía vigas de madera oscura que contrastaban con la pintura color crema. Era confortable y se agradecía, pues en la calle hacía frío y todo indicaba que pronto llovería intensamente.

Seguro que a Mateo le vendría de perlas que lloviese todo el fin de semana, pensaba la chica en ese momento, así se lo pasaría viendo la televisión y pidiendo sexo, las dos únicas cosas que parecían importarle a su novio. Solo pensaba en eso, sexo y descansar, parando de vez en cuando para comer. Qué aburrido, menos mal que ella lo manejaba a su antojo, así aprovecharía el tiempo para crear contenido que subir a sus redes sociales.

La amable señora de la recepción les dio la llave y se ofreció a ayudarles a llevar las maletas, ellos declinaron y se despidieron con una sonrisa.

—No está mal.

—Es preciosa, Tere, ¿qué esperabas?

—Pues mira, ahora que lo dices esperaba que hubiera ascensor.

—Pero si solo hay dos plantas, además de la zona de recepción y restaurante, y nos ha tocado en la primera. Y no te quejes, te he subido las maletas yo.

—Al menos tiene wifi.

—Y una cama enorme que parece muy cómoda. Ven, vamos a probarla. —La abrazó a la vez que buscaba su cuello para besarlo.

—¡No seas baboso! Siempre estás pensando en lo mismo.

—Hasta hace poco tú también querías.

—Estamos de minivacaciones y no tenemos mucho tiempo. Vamos ya al convento o sí que estará cerrado. Seguro que es lo que quieres, que no podamos entrar y por eso me estás acosando.

—¿Acosando? ¡Acabáramos! Sí, mejor nos vamos a pasear, a ver si con este viento helado me despejo, que menudo mareo llevo con la calefacción del coche.

—¿Qué culpa tengo de ser tan friolera?

Tardaron hora y media en recorrer las tres calles que los separaban del convento, ya que cada fachada de cada casa le parecía ideal a la chica para hacerse dos docenas de fotos entre las que elegir la mejor o mejores para su cuenta de Instagram, luego había que esperar a que ella la editase con dos docenas de filtros y añadiese medio centenar de *hashtags*. El sol se había puesto hacía mucho, el reloj marcaba las nueve menos cuarto y las calles empedradas se llenaban de destellos por las luces de las farolas y de las bombillas sobre cada marco de puerta de las viviendas, entre eso y las flores que decoraban los alféizares de las ventanas, Teresa insistió es seguir haciendo más fotos.

—No te pongas pesado, ya sé que las últimas no las estoy subiendo, pero son igual de importantes porque son para los días sucesivos, para que parezca que estoy aquí un mes de vacaciones, ¿comprendes? Y no puedo subir muchas cada día o pierden acciones de los seguidores y eso me baja el algoritmo.

—Joder, no te entiendo, no comprendo tu mundo. Pero es que es la hora ya de cenar.

—¡Qué exagerado! No son ni las nueve.

—A este ritmo, regresaremos al hotel a las once o más, y seguro que el restaurante estará cerrado.

—Pues buscamos otro por el pueblo.

—Aquí no hay Burger King, a esas horas no habrá nada abierto.

—Aguafiestas, cada vez estás más gruñón.

La chica guardó el teléfono a regañadientes y avanzaron los veinte metros que quedaban para llegar a la puerta del convento.

—¡Vaya porquería!

—Tere, te van a oír.

—Es que parece la casa de mi tía Manoli en Móstoles. Esperaba algo mejor.

—¿No miraste fotografías en Internet cuando hiciste la lista de los lugares que querías visitar?

—No, saqué los monumentos de un blog y los apunté.

Mateo suspiró para serenarse.

—Bien, pues regresemos, así te haces unas fotos más por las calles y nos vamos a cenar.

—Ni de coña, a lo mejor es más bonito por dentro, voy a llamar.

—Ni se te ocurra.

Tarde, la chica ya aporreaba la puerta, aunque no obtuvo respuesta en el minuto que estuvo esperando.

—¿Ves? Estarán cenando, que las monjas se acuestan muy temprano. Vámonos.

—Espera, llamo otra vez. —Y golpeó con todas sus fuerzas, incluso dando puñetazos.

—¿Te has vuelto loca? Nos van a denunciar.

—No estamos haciendo nada malo. Seguro que las monjas están sordas o en el otro extremo del convento y por eso no nos oyen.

—No me puedo creer que…

No terminó la frase, pues el sonido del cerrojo lo interrumpió, pero no se abrió la puerta, solo un pequeño cuadrado de veinte por veinte centímetros a la altura de sus caras.

—Buenas noches.

Teresa se anticipó a Mateo.

—Buenas noches, sor… hermana. Somos de Madrid, hemos venido a ver las iglesias y conventos del pueblo. ¿Podemos entrar?

La religiosa miraba sin poder dar crédito. El chico se moría de la vergüenza.

—Discúlpenos, no hemos querido molestarlas. Si es tan amable de decirnos el horario de apertura, mañana sábado regresaremos.

—De diez a dos y de cuatro a seis y media.

—Muchas gracias y le pido perdón de nuevo.

Teresa se mostraba enfadada. La pequeña apertura en la puerta se cerró ante ellos tras decir la anciana un buenas noches.

—Qué maleducada.

—¿Cómo dices?

—No le costaba nada abrirnos la puerta unos minutos.

—Los maleducados hemos sido nosotros —dijo por no decir «has sido tú»—. Si la puerta está cerrada, pues venimos mañana.

—Es que mañana tenemos otras cosas que ver. Total, que le den al convento y a las momias que estén ahí dentro, yo no vengo más.

«No me lo puedo creer, no te soporto más. ¿Eras así de ordinaria cuando te conocí? Seguro que sí, pero entonces solo pensaba en lo

buena que eras en la cama. Ahora que no tenemos apenas sexo, poco va a durar esto. Menudo fin de semana me espera, ¿cómo se me pudo ocurrir este plan?».

—Venga, vámonos al hotel, tengo hambre.

—Siempre tienes hambre o ganas de follar o de ver la tele, eres muy básico.

Mateo se giró para mirarla fija y seriamente a los ojos, mordiéndose la lengua para no estropear más la situación, ya que no le apetecía ir a por las maletas al hotel, pagar todo el fin de semana y marcharse en el acto teniendo que soportar una discusión de más de dos horas en el coche mientras conducía de noche cansado.

—¿A dónde vas? —preguntó ella al ver que le daba la espalda y se marchaba caminando calle arriba.

—Es pronto para cenar, se me ha pasado un poco el hambre.

—Pero por ahí se sale del pueblo y está oscuro.

—Me vendrá bien, puedes regresar tú.

—No recuerdo el camino.

—Pero si está el hotel a solo tres calles en línea recta.

—Me da miedo.

—Pues yo voy a pasear por el bosque unos minutos, así que tú eliges: vienes conmigo o te quedas aquí esperando sola.

—Joder, cómo estás hoy. Entre la monja estúpida y tú tan raro… vaya comienzo de fin de semana.

Él no dijo una palabra más y siguió caminando. La chica aceleró el paso para alcanzarlo y recorrieron la calle sumidos en un silencio solo roto por el repiqueteo de los zapatos de tacón de ella sobre el empedrado. El frío húmedo provocaba una atmósfera densa al mezclarse con el aroma de la leña de las chimeneas cercanas y del popurrí de comidas que ya cenaban los vecinos del pueblo.

Tras la última farola de la calle solo quedaba oscuridad y un camino de tierra que se adentraba en el bosque.

Cuando Mateo fue a dar el primer paso:

—No irás a entrar ahí ¿verdad?

—Claro que sí.

—¿Estás loco? Tengo miedo, regresemos al hotel.

—Solo unos minutos.

—No quiero entrar, déjate de bromas.

—Pues quédate aquí; a mí me relaja esto, de pequeño solía ir al campo con mi padre y mi hermano y caminábamos de noche, se oyen sonidos únicos que durante el día no…

—Me parece estupendo, pero yo no entro —lo interrumpió ella.

—Pues muy bien. —Él entró en el camino con paso firme.

—¿Es una broma? ¡Oye! ¿Qué pasa? ¿Estás enfadado? No irás a dejarme aquí ¿verdad?

La chica no obtuvo respuesta, pero vio que Mateo encendía la linterna del móvil para no perder el camino. Ella sacó su teléfono para imitarlo y partió tras él lanzando insultos por lo bajo.

No habían avanzado ni doscientos metros cuando ella volvió a protestar.

—Venga, ya está bien, ya lo pillo, soy insoportable y me he portado mal con esa vieja. Mañana le pido perdón, te lo prometo. Lo que pasa es que esa conversación durante el camino me ha alterado. Ya llevamos cuatro meses y lo lógico es avanzar en la relación, ¿acaso no quieres que vivamos juntos? Venga, no te enfades y háblame, tengo mucho miedo y frío.

—No quiero volver a la conversación, ya te he dicho que estamos bien así, que la convivencia destruye la relación, ya me pasó con mi anterior pareja y no quiero que se repita.

—Pero yo no soy ella.

—No se trata de quien seas. Joder, otra vez lo mismo… Ya te lo he explicado, se rompe la magia, se deja de tener ganas de sexo, de mimos, se generan muchas discusiones absurdas, se comienza con el juego de «a ver quién domina al otro» y el resultado siempre es el mismo.

—Pero muchas parejas están juntas para siempre.

—Claro, cuando metes una hipoteca en común e hijos a la ecuación. A ver quién es el guapo que se separa y lo pierde todo tras firmar en los juzgados.

—¿Tampoco quieres tener hijos?

—Pues, ahora que lo mencionas, no es algo que quiera en estos momentos.

—Bueno, pero en el futuro… ya sabes. Además, fabricarlos es algo bonito.

—Sí, claro, un polvo de quince minutos y décadas de sufrimiento luego.

—¿Qué murmuras?

—Nada.

—Anda, ven, dame un abrazo para que se me pase el temblor.

Mateo ya estaba pensando en regresar, así que le hizo caso y le dio un abrazo.

—¿Qué haces? Si tienes frío, ¿por qué te estás quitando los guantes?

—Es una sorpresa.

Tras desabotonarle el pantalón y bajárselo hasta las rodillas, se deshizo del calzoncillo y le agarró el miembro.

—¡Joder! ¡Tienes las manos heladas!

—Ya veo, se te ha quedado como un cacahuete.

—Ese comentario no ayuda a que recupere su máximo esplendor.

—Tranquilo, sé cómo hacer crecer a tu soldadito.

Mateo se estremeció al sentir la boca caliente de la chica succionando con delicadeza, pero a buen ritmo, y ya ni se acordaba del frío en las nalgas desnudas. Le agarró la cabeza con la mano izquierda para obligarla a hacerlo más deprisa y apuntó la linterna del móvil a su cara para recrearse con el espectáculo.

—Espero que no lo estés grabando, pervertido.

—No, calla y chupa.

—No tardes en correrte, me estoy haciendo polvo las rodillas.

—Si lo hubieras hecho en la habitación de hotel cuando llegamos… así, así, no pares… jooooder.

—¡Guarro! ¡Nunca me avisas cuando vas a correrte! —dijo ella tras escupir al suelo, ahora se limpiaba la boca con la manga del chaquetón mientras se ponía torpemente de pie.

—Antes no te molestaba tanto.

—¡Ayúdame a levantarme!

—Espera, solo tengo una mano para volver a vestirme, en la otra llevo el teléfono. —Tras una serie de movimientos cómicos y salvar dos situaciones que podrían haber acabado con ambos rodando por el suelo, lograron recuperar la compostura—. ¿Ya estás?

—Sí. Vámonos al hotel, por favor, se acabaron los paseos por bosques de película de miedo.

—Está bien, regresemos.

Y comenzaron a deshacer el camino andado.

—¿Qué es eso?

—Deja de hacer el idiota, Mateo, no tiene gracia.

—No es broma. Apunta con tu linterna allí también.

—Déjate de historias, mira que me voy corriendo.

—Calla y apunta.

—¿Lo dices en serio? ¿Qué es lo que has visto? ¡Dímelo! ¡No me asustes! ¿Adónde vas? No te alejes. ¿Qué haces?

—Cállate y apunta con la linterna, joder, la tuya tiene más potencia.

Ella obedeció y apuntó donde él lo hacía.

—¿Qué es eso?

—No lo sé.

—¿Eso es sangre? No, por favor, no lo toques, no te acerques más, es un animal muerto.

—No es un animal.

—¿Qué dices?

—Joder, tenemos que llamar a la policía.

Capítulo 1

No solían recibir más de dos llamadas cada semana por incidentes o denuncias, el pueblo era muy tranquilo, todos se conocían y eran personas de bien, además de turistas que se marchaban tal como habían venido porque no había carteristas, aquello no era la capital. El trabajo era de lo más cómodo y por eso, en contra de las normas de la Benemérita, el cuartel se cerraba cuando terminaban el turno; solo eran tres agentes y un sargento que se dividían los horarios en un cuadrante para que hubiera dos patrullando las calles, un tercero en el cuartel y el cuarto descansando en casa. Claro que esos cuadrantes nunca se respetaban y solían pasar más tiempo en sus casas, en algún bar tomando un refrigerio, en el gimnasio, visitando a amigos… lo que surgiese. El pueblo de Samael era un destino idílico.

Pero la noche anterior fue diferente, nada menos que dos incidencias. Dos llamadas a su teléfono móvil eran muchas llamadas para una noche fría en la que todos los vecinos debían estar en sus casas y los turistas, descansando en los hoteles u hostales.

El sargento de la Guardia Civil Gabriel Mendía estaba en la cocina de su casa, en pijama y preparando la cena para él y su mujer, redondo de ternera con verduras al horno, a la mierda la dieta. Entonces sonó el teléfono por primera vez, no lo pudo descolgar porque cortaba pimientos en ese momento. «Si es urgente, ya insistirán», se dijo, y así fue. Se limpió las manos con un trapo mientras sonaba la segunda llamada. Se quedó petrificado con lo que oyó, así que salió a toda prisa de la cocina, se puso el uniforme y partió hacia el coche mientras llamaba a Felipe, uno de sus agentes, a la vez que rebuscaba en los bolsillos para encontrar la llave de la patrulla. Felipe tenía que llamar a Hugo y Julia para personarse los cuatro al final de la calle Marqués de Borja, donde les esperaba quien les había llamado con urgencia. Esa fue la

primera incidencia. Hora y media más tarde llegó la segunda, cuando aún estaban indagando para solucionar el primer problema. Unos turistas habían encontrado el cuerpo desnudo y sin vida de un niño. No estaba muy lejos de allí, llegarían los guardias civiles más rápido caminando que teniendo que regresar adonde habían aparcado los coches patrulla.

El sargento y Felipe Díaz, su habitual compañero, se acercaron a la pareja de turistas, que parecían muertos de miedo y de frío a partes iguales.

—Buenas noches. Es una forma de hablar. ¿Mateo?

—Soy yo.

—¿Cuál son sus apellidos?

—Mateo Guzmán García, ella es Teresa Martínez.

—¿Qué es lo que dicen que han visto?

—Está justo ahí, a unos metros.

—Está bien, guíennos.

Los dos guardias civiles siguieron a la pareja, la chica no paraba de protestar por el frío, el cansancio y el hambre. Caminaron durante un largo rato por entre los árboles y llegaron hacia donde se encontraba el cuerpo ensangrentado de un niño.

—¡Joder! —exclamó Felipe.

—¿Han tocado algo? —preguntó el sargento.

—¿Tocar? ¿Se ha vuelto loco? Claro que no.

—Limítese a responder. Felipe, llama a Hugo y a Julia, diles que hemos encontrado al niño.

—¿No van a llamar a forenses, los de la Científica y esas cosas, como en las películas?

—Claro que sí. Felipe, acompaña al cuartel a estos señores y tómales declaración.

El agente se acercó al sargento para susurrarle:

—¿Ahora? Pensaba irme a casa, estoy cansado.

—No me jodas, me cago en Dios.

El agente aceptó a regañadientes y se fue con la pareja de turistas. Gabriel, una vez a solas con el cuerpo del niño, sacó el móvil e hizo una llamada para avisar a quienes habían denunciado la desaparición casi dos horas antes. Miró el cuerpo sin vida del chico y emitió un chasquido con la boca.

—Estás cosas no deberían pasar, maldita sea. No en mi pueblo,

vamos a tener un buen dolor de cabeza a consecuencia de esto.
Eran las diez de la mañana y, aunque el juez de instrucción había autorizado el levantamiento del cadáver y el niño ya iba camino del Instituto Anatómico Forense, el sargento seguía en la zona, los de la Científica estaban terminando de recoger muestras, el forense se había marchado dos horas antes y solo quedaban dos o tres curiosos, además de los padres del chico y los agentes de la Guardia Civil Hugo Tejero y Julia Lamela. Felipe habría tomado declaración a los que encontraron el cuerpo y se habría marchado a dormir, el sargento apostaba por ello. La humedad y el frío ya le tenía calados los huesos, pero eso le importaba mucho menos que el hambre por no haber cenado, así que fantaseaba con llegar por fin a casa y dar buena cuenta del asado que su mujer habría terminado en su ausencia.

—Nosotros nos marchamos ya. —Fue una especie de aviso del responsable de la Científica.

—¿Tenéis algo?

—Muchos restos y pisadas. Los hay antiguos, seguro que de vecinos y turistas paseando. Lo más nuevo se reduce a pisadas, las del niño y esa pareja, además se sangre que el niño fue perdiendo en su camino hasta morir desangrado, y de semen.

—¿Semen?

—Supongo que esa pareja no quiso esperar a llegar al hotel y tuvieron un momento íntimo cerca de donde encontraron luego al crío. Suele ser una práctica habitual entre parejas jóvenes que van de escapada romántica al campo.

—Pues vaya… Nunca lo había oído, aunque es cierto que es el primer caso de muerte que sigo en dos décadas en el oficio.

—Asesinado.

—¿Cómo?

—El niño no ha muerto, ha sido asesinado, esos cortes no se los ha podido hacer él mismo.

—¿Estás seguro de eso?

El oficial de la Científica le respondió con una mirada entre el asombro y el enfado.

—Claro, claro. Estoy algo espeso, entre el sueño, el frío y el hambre…

—En fin, nos marchamos, enviaremos los análisis de las pocas

muestras que hemos tomado del chico y la escena en cuanto los tengamos listos.

—Gracias.

A Gabriel Mendía no le hizo ni pizca de gracia saber que el crimen del chico cambiaría por completo la situación en la que se encontraban tanto él como el resto de vecinos. Llegaría la prensa si esos turistas lo publicaban en redes sociales, luego los curiosos, el trabajo en el cuartel se multiplicaría por diez, el trato con los padres del niño, los mandatarios del pueblo presionarían también sin cesar; y lo peor de todo es que no sabía si la investigación la llevaría su equipo o mandarían a alguien de la UCO desde la comandancia; en el primero de los casos, sería una locura de trabajo al que no estaba acostumbrado ni formado, en el segundo… prefería no pensar en el quebradero de cabeza que sería tener a desconocidos alterando la paz que reinaba en la zona.

El sargento observó a su alrededor y comprendió que todo había cambiado para él, para todos, para el lugar, tanto como lo habían hecho los pocos metros cuadrados que lo rodeaban; antes era un bosque virgen y ahora estaba cubierto de pisadas, marcas de la Científica para señalar esto o aquello, la cinta perimetral del plástico hondeando al viento, incluso el olor y el sonido habían cambiado, aquello ya no parecía parte del páramo idílico que debía ser.

Quería marcharse a casa, pero veía el semblante en las caras de sus dos agentes y decidió pasar primero por el cuartel. Como había imaginado, Felipe no estaba allí. Tomó el teléfono móvil y lo llamó a la vez que entraba en su pequeño despacho. Siete tonos hasta oír que descolgaban al otro lado.

—¿Sí?

—¿Cómo que sí? Mira la hora que es y no hay nadie en el cuartel.

—Es que me acosté anoche más allá de la una tras tomar declaración a la pareja.

—Son casi las once y nosotros no nos hemos acostado aún, el cuartel no puede estar a esta hora sin servicio y menos con lo que ha pasado, ¿eres imbécil o qué?

—Bueno, como nunca pasa nada ni tenemos incidencias y…

—Deja de decir estupideces y ven ahora mismo, tienes diez

minutos.

—Pero…

Felipe Díaz no pudo protestar porque el sargento ya había colgado, ahora se debatía entre prepararse un café bien cargado mientras esperaba al agente o prescindir de él para lograr dormir unas horas. Se decantó por hacer ese café, sabía que no le dejarían dormir en todo el día, así que suspiró hondo y se resignó. Llamaría a su mujer mientras preparaba la cafetera para decirle que no sabía a qué hora podría regresar a casa y que le agradecería mucho que le llevase el asado al cuartel porque estaba famélico.

El reloj de la pared marcaba las ocho menos cuarto de la tarde y los cuatro guardias civiles podrían apostar sin riesgo a perder que habían trabajado más ese día que todos los anteriores juntos desde que obtuvieron la plaza y el destino. Tan solo Felipe había dormido algo desde el descubrimiento del niño, así que era el que atendía las llamadas incesantes al teléfono, casi todas de la prensa; no tardarían en aparecer en sus unidades móviles para hacer conexiones en directo y grabar cada rincón de las calles del pueblo, además de molestar a cada vecino y, por supuesto, a los guardias civiles. También la comandancia insistía en que el caso lo llevasen dos investigadores de la UCO, pero el sargento seguía tratando de convencerles de que él estaba capacitado para la labor junto a sus agentes. Los padres del niño habían sido entrevistados de nuevo para rellenar el parte oficial con sus declaraciones y cumplir con el papeleo. Los turistas que descubrieron el cuerpo también habían sido llamados otra vez para responder nuevas preguntas. Y eso no fue todo, recibieron llamadas para pedir explicaciones por parte del alcalde, del director de la oficina del ciudadano del pueblo y de varios dirigentes eclesiásticos. En resumen, una auténtica pesadilla de la que no iban a despertar en los siguientes días, quizás semanas, pues el sargento tenía todo tipo de presiones para que no cejase en su empeño de llevar el caso y apartar a extraños enviados por la comandancia.

Pensando que la puesta de sol calmaría los ánimos de todos, Gabriel dejó a sus tres agentes en el cuartel y se marchó a casa a ducharse, cenar algo ligero y tratar de dormir unas horas. Se fue caminando, ensimismado para hacer balance de las tareas futuras, sin siquiera percibir que alguien lo observaba desde el interior de

un coche, alguien que sabía que no podía recurrir al sargento, a ningún guardia civil ni otro responsable del pueblo, por eso solo podría observar, al menos por ahora.

Capítulo 2

El tipo salió corriendo del edificio como si le fuese la vida en ello. Delgado y alto, unos treinta y pocos. Comenzó a sortear a los viandantes con facilidad, la mayoría de ellos se quedaban petrificados por el miedo a ser arrollados. Pantalones rotos por las rodillas, camiseta y chupa de cuero, todo de color negro menos las zapatillas de deporte, eran rojas. Giró a la izquierda al final de la calle, ni siquiera parecía haber entrado en calor, era rápido y tenía fondo, todo lo contrario que su perseguidor, que estaba entrado en kilos, en años y su traje con mocasines no se veía como la mejor opción para una persecución. Los «alto, policía» no surtían efecto en el presunto delincuente, tampoco en los ciudadanos, que no parecían interesados en ayudar, solo afectaban al inspector, cada vez que gritaba perdía unas fuerzas de las que no andaba sobrado precisamente. Se le iba a escapar, no parecía que acusase cansancio alguno y cada vez se distanciaba unos metros más y más. Las fuerzas del inspector estaban a punto de hacerle abandonar y tener que soportar luego el bochorno con los compañeros cuando una de las personas que trataba de esquivar el delincuente en su huida hizo un gesto inesperado, una simple zancadilla que no vio llegar el tipo y tropezó cayendo de boca sobre la acera. Ya tenía pensado dar una voltereta desde el momento del impacto, podía visualizar en su mente la maniobra al detalle y no perder más de dos segundos antes de volver a la carrera, pero algo se lo impidió, ni voltereta ni mucho menos levantarse para seguir huyendo. Dos brazos como ramas de parra le atenazaban el tronco y el cuello respectivamente, luego vino el susurro en el cuello:

—¿A dónde vas tan rápido, pichón?

La presión del cuello cedió cuando el tipo se abandonó a su destino, así fue fácil esposarlo y acompañarlo al coche patrulla que apareció casi al instante a su lado. Un agente le leyó sus derechos

mientras se dirigían a la comisaría. Los dos inspectores se habían quedado en la calle.

—Estás bajo de forma —dijo el inspector Alejandro Vergara.

—Es fácil decirlo cuando no has tenido que correr, solo esperarlo dos calles más allá —respondió su compañero, el inspector Sergio Mantilla.

—Excusas. Vamos, tengo el coche ahí mismo. Por cierto, me debes veinte.

—No aposté nada.

—Bueno, que sea una cerveza al terminar el turno, si es que Raquel te da permiso.

—No empieces con eso.

Montaron en el coche, Mantilla aún trataba de recuperar el aliento. Vergara arrancó el motor a la vez que activaba el mechero del salpicadero de su Ford Escort.

—Ni se te ocurra fumar, joder. Luego me apesta la ropa.

—Sí que te tiene controlado tu mujer.

—Deja eso, no me toques los huevos, estoy muy cabreado por lo de antes.

—Está bien, ya fumo al llegar a la central, tú te encargas del papeleo.

—¿Cómo?

—Yo lo he detenido.

—Pero yo soy el que se ha dado la paliza de correr.

—No tengo la culpa de que estés tan bajo de forma, ya sabes cómo va esto. Te toca a ti.

—Eres un capullo.

—Venga, te invito yo luego a las cervezas, si es que Raquel…

—Deja de mencionarla. Estás hoy con ganas de tocar los huevos.

El inspector Alejandro Vergara emitió una sonora carcajada mientras conducía hacia la comisaría. Cuando arrojó la colilla al suelo para pisarla, ya había saludado a dos compañeros que salían y a otros tres que entraban por la puerta principal; por su aspecto nadie diría que se encontraba a ese lado de la frontera de la ley, más bien parecía un socio del tipo que acababa de detener. Accedió al edificio y se encaminó al despacho que compartía con Mantilla desde hacía seis años, cuando ambos fueron destinados a la brigada de Homicidios.

Se había cruzado con Verónica, una agente con la que comenzaba a tener palabras algo subidas de tono cuando se la encontraba en la cocina o por los pasillos, le guiñó el ojo y él comenzó a pensarse lo de tomar la cerveza o esa copa con su compañero o mejor con la chica. Dentro del despacho aguardaba el comisario.

—¿Rafael?

—El sospechoso está esperando al abogado de oficio que ha solicitado, así que os quedan unas horas aquí de espera y luego de presión para que se ablande y cante la *Traviata* —dijo el superior mientras arrugaba su frondoso bigote pelirrojo al hablar, se lo cuidaba a diario con mimo, era su orgullo, pues más arriba ya quedaba poco que peinar.

—Ya lo esperábamos, pero teniendo sus huellas en la escena del crimen, además del móvil, las amenazas previas y el resto del repertorio, no creo que intente ir de listo —apuntó Vergara.

—Nunca se sabe, aunque sí que esperamos todos que sea rápido y no ponga muchas trabas; querrá confesar pensando que eso reducirá su condena, esperemos que su abogado no le diga que eso hay que hacerlo antes de ser detenido. En fin, que tenéis otro caso a la espera, no vayáis a desaparecer para ir a celebrarlo, que ya nos conocemos.

—Joder, Rafael.

—Ni joder, ni hostias. —Y se marchó.

Sergio Mantilla miraba a su compañero a la espera de algún comentario.

—No me mires, es lo que toca. Tampoco te vendrá mal estar unas horas aquí, así se te seca el sudor del traje y la camisa.

—Ni puta gracia.

—Esa curva de la felicidad está cada vez más pronunciada.

—No sigas.

—Está bien, pero no te olvides que es culpa de esas comidas que te metes entre pecho y espalda.

—La barriga es mínima y será consecuencia de que tengo cinco años más que tú.

—Ya, a eso súmale lo de la vida de casado y con hijos y también…

—Vale, vale, no repitamos esto otra vez.

Dos horas de papeleo para tenerlo todo preparado, incluyendo la redacción de confesión del presunto asesino, y fueron a la sala de interrogatorios. Treinta minutos escasos de tira y afloja para lograr una firma por duplicado y caso cerrado. El asesino iría a la celda en prisión preventiva a la espera de traslado al penal. Los dos inspectores, a tomar esa copa, pues aún no eran las nueve de la tarde, o de la noche en pleno invierno. Y el abogado… bueno, tampoco importaba a dónde fuese.

Los dos inspectores se dirigieron al despacho para apagar los ordenadores y tomar americana y cazadora de cuero respectivamente, dejaron el informe del caso sobre la mesa de la secretaria del comisario y se marcharon al garaje a por el coche de Vergara; conducía él, así que elegía el sitio. Su compañero ya sabía que acabarían donde siempre, en el Beer Station, Cuesta de Santo Domingo, dos cervezas y chuletas con patatas fritas para bajar la tercera. A la hora que era ya no habría monólogos en directo, así que tampoco soportarían mucho ruido.

Dicho y hecho.

Saludaron a Goyo en la barra, el camarero habitual desde que fueron por primera vez, ni recordaban cuándo.

—¿Cómo va todo?

—Como siempre. Hoy ha venido Ignatius, el local ha estado casi lleno.

—Detestas a ese tío.

—Pero logra más caja que otros más divertidos.

—Sí, cuestión de gustos. Llévanos otra ronda a la mesa en diez minutos.

—Oído cocina.

Black Dog de Led Zepelin sonaba por los altavoces, se sentaron en la mesa de siempre y Sergio, para variar, comenzó con sus quejas personales.

—Otro lunes.

—Otro lunes, sí.

—No te rías, parece que todo te dé igual.

—No es eso, lo sabes, es que para ti todo es trágico.

—La vida es una mierda.

—Es la que has elegido.

—Otros días estás más condescendiente, hoy ya veo que vas en

modo capullo.

—Otros días te quejas de la condescendencia. Tío, si no te gusta tu vida, pues recuerda que la has elegido tú, te lo he dicho mil veces. Has elegido casarte con tu novia de toda la vida, tener dos hijos, vivir en una casita, ser policía y que te castren como a un perrito obediente.

—Vete a la mierda.

—Venga, no te pongas así, ya sabes que este es el bajón de todos los lunes. Ahora yo te recomiendo que te apuntes al gimnasio y controles la alimentación para tener el cuerpo de hace diez años y que te vistas de un modo que no parezcas un inspector de una película americana de los noventa, tú me mandas a la mierda de nuevo y el lunes siguiente repetimos la jugada.

—Todos los lunes igual… mi vida es como el día de la marmota, como esa película del tío de los *Cazafantasmas*. Cada vez me parezco más a tu padre y eso que solo te saco cinco años. No he cumplido los cuarenta y parezco un contable de una empresa de lavadoras.

—¿Por qué de lavadoras?

—No sé, es lo que se me ha ocurrido… Joder, vete a tomar por culo.

—Ja, ja, ja. Venga, apura la cerveza, ahí llega la siguiente.

—¿Cómo estás tan delgado si bebes más que yo?

—Ya lo sabes, el estilo de vida. Tú te vas ahora a cenar de nuevo, seguro que croquetas, sacas la basura, ayudas a tus hijos con los deberes y te acuestas antes de las once y media. Yo me quedo tomando unas copas, acabo en casa echando un polvo con alguna amiga que se acerque a darme cariño y duermo menos de cuatro horas: la vida del crápula.

—¿Qué coño he hecho mal con mi vida?

—Ya empiezas… No te quejes, Raquel gana una pasta y vivís en una casa cojonuda, además de pagar colegios caros. Eres un mantenido por su mujer, el sueño de casi todo español.

—No te burles, luego te quejas de que ella te deteste.

—Eso es lo que te dice a ti. A solas me susurra cada cosa al oído que…

—No tiene ni puta gracia.

—¿Cómo que no? Yo sí que me río. Venga. —Levantó su botella

—. Vamos a brindar por los viejos tiempos, cuando aún te miraba alguna chica por la comisaría, aunque fuese Matilde, la de la limpieza.

—Hijo de puta —dijo sin poder evitar reír por el comentario—, tampoco estaba tan mal Matilde, tenía un buen culo. ¿Qué habrá sido de ella?

—Sigue en lo mismo, pero ahora limpia un Mercadona y ya tiene nietos.

—Joder, qué bajón. Y tú aquí llevando la misma vida, incluso aquella chica del fondo no te quita ojo.

—¿Cuál? ¿La de unos veinte años que está justo detrás de mí, metro setenta y poco, con el cabello largo y negro, chaqueta de ante marrón, vaqueros azules y tomando un refresco de naranja?

—Ese ojo en la nuca sigue funcionando solo para las mujeres.

—¿Para qué más? En el trabajo ya me cubres tú las espaldas, aunque deberás ponerte en forma o me preocuparé por recibir un disparo.

La chica parecía haber intuido que hablaban de ella, pues se había levantado y ahora estaba ante ellos, pero sin decir una palabra.

—¿Sí? —preguntó Álex con intriga.

—¿Son los inspectores Alejandro Vergara y Sergio Mantilla?

Ellos se miraron un segundo en silencio para luego asentir.

—Me han dicho en la recepción de la comisaría que podía encontrarlos aquí. Temía que hubiera mucha gente y no pedí su descripción, una suerte que esto esté casi vacío.

—Aún no nos ha dicho quién es y qué quiere de nosotros.

—Quiero que me ayuden a hacer justicia por el asesinato de mi hermano pequeño.

Álex Vergara llegó a su apartamento de la calle de Pizarro, en pleno distrito de Malasaña, a las once y media de la noche. Se le habían quitado las ganas de continuar con la celebración por la resolución del caso. Aún había mucha gente divirtiéndose por la calle y él lo escuchaba al vivir en lo que un día fue un restaurante turco reconvertido ahora en vivienda.

Se quitó la cazadora de cuero para colocarla sobre el manillar de su Triumph Boneville de 1970 customizada. Fue a la zona del salón y se sirvió un *whisky* con cola; tras sentarse en el sofá, encenderse

un cigarrillo y dar dos caladas y dos sorbos, en ese orden, tomó el ordenador portátil que reposaba sobre la mesa baja ante él y lo abrió para hacer una búsqueda en Internet, noticias nacionales y locales. Cuando se había servido la segunda y última copa de esa noche, ya había preguntado por teléfono a dos amigos y el gesto de preocupación monopolizaba su cara.

Ante él tenía su teléfono móvil, veía el contacto que le había dado la chica, pero no la llamó a ella, sino a su compañero.

—¿Álex? ¿Qué hora es?

—No lo sé.

—¿Qué ha pasado?

—Lo de antes, lo de la chica en el bar.

—¿De qué me hablas? Tío, estoy dormido aún.

—He visto las noticias, me parece extraño que se hable tan poco de un caso de asesinato de un niño, más aún con ese escenario y habiendo sido encontrado con multitud de cortes y desnudo en el bosque, pero cerca de calles de vecinos.

—¿Extraño? Cosas peores hemos visto. —Se oyó de repente la queja de su mujer—. Cariño, es tema de trabajo, voy a la cocina a hablar mejor. ¿Dónde está mi bata? ¡Joder, qué frío está el suelo! ¡Ay! ¿Quién coño ha dejado ese juguete ahí en medio?

Vergara suspiraba impaciente al otro lado de la línea, aprovechó para encender otro cigarrillo.

—Ya estoy.

—Joder, pareces un abuelo levantándose a aliviar la vejiga por culpa de la próstata.

—Si empiezas con esas te cuelgo y vuelvo a la cama.

—Aún no, déjame que medite contigo, me aclaro mejor si converso sobre mis dudas.

—¿Cómo puedes tener dudas? No tienes datos, ni siquiera es un caso nuestro.

—Es que huele mal.

—Lo que pasa es que la chica se ha currado mucho su historia de conspiración de altas esferas, sus lágrimas por su hermano muerto y encima está buena.

—No seas tan simple. Parece que la noticia se ha tapado, al menos un poco.

—Es normal, es algo desagradable para darlo en las noticas a la

hora de comer.

—He llamado a Sebas y a Lorenzo, apenas han tenido que hacer un asesoramiento del caso.

—¿No han hecho trabajo de campo?

—Eso dicen.

—Eso ya es más raro. Científica y Forense tendrían que estar metiendo mano a ese caso a fondo.

—Pues ya lo ves, apenas informes superficiales tras el análisis sobre el terreno, informe rápido y cerrojazo por orden desde arriba.

—Parece que la chica te ha contagiado la visión conspiranoica.

—No sé qué pensar.

—Yo sí, que tengo sueño y que mañana empezamos otro caso. Y también, por si se te había olvidado, que el tema del niño lo llevan los compañeros de la Guardia Civil.

—Tal vez mañana llame para preguntar, para aclarar ideas sobre todo.

—Sí, porque si llamas a estas horas… En fin, me largo a la cama, mañana nos vemos.

Álex dejó el móvil sobre la mesa, al lado del ordenador portátil y del cenicero en el que el cigarrillo se había consumido casi del todo, dio una última calada, apuró de un sorbo lo que quedaba de la copa, se levantó y fue a la cama, aunque el semblante no había cambiado, más bien estaba más intrigado que cuando salió del bar.

Capítulo 3

La Pulga hurgaba en sus fosas nasales con ese ahínco del que bien sabe que no está siendo observado, pero, para su mala suerte, los dos inspectores se encontraban al otro lado del ventanal que daba a su despacho. El forense estaba a punto de cumplir el medio siglo, pero parecía ya jubilado por su rostro demacrado y la joroba que lo encorvaba más cada año. De la historia del apodo de la Pulga ni se recordaba el motivo, y lo cierto es que parecía más un hurón sin pelo. A pesar de todo ello, en los torneos de fútbol siete que se organizaban en la comisaría por navidades, Gonzalo Sánchez se apuntaba a todos, una pena que no hiciese honor al apodo, no jugaba precisamente como Messi.

—¿Algún hallazgo importante? —preguntó con sorna Sergio Mantilla al abrir la puerta del despacho sin llamar previamente.

—¿Hallazgo? —Estaba alterado por la intrusión, se había sacado el dedo a toda prisa y disimulaba.

—Me refiero al pozo ese en el que buscas, ¿hay algo extraño? ¿Un cadáver, quizás?

—Muy gracioso.

—Ni caso, Gonzalo. —Puso orden Vergara—. Venimos por el caso del ejecutivo, el tipo que ha recibido una docena de puñaladas.

—Aún no le he metido mano al cuerpo, me llegó ayer por la mañana y estoy hasta arriba.

—Joder, pues hemos venido para nada.

El forense suspiró profundamente antes de claudicar.

—Está bien, si ya debería estar acostumbrado, siempre me hacéis lo mismo. No llamáis antes de venir y así me presionáis para que os dé preferencia.

—Y así disfrutas de nuestra compañía.

—Mantilla, por tu humor veo que no has tenido que dormir en el sofá esta noche.

—No me gusta esa broma, solo pasó una vez y…

—Venga, vamos al lío, por favor.

El forense hizo caso a Vergara y se dirigió a la cámara donde reposan los cuerpos, extrajo el número catorce y lo llevó con la ayuda de un doctor de su equipo hasta la mesa de autopsias. Ya desnudo, se podía apreciar que uno de los ayudantes había drenado su sangre, pues el cuerpo estaba blanco como el mármol, o quizás llegó allí completamente desangrado por la forma de la muerte. Tras ponerse los guantes de látex, comenzó a grabar:

—Día dieciocho de noviembre de dos mil veinticuatro, son las nueve y veintidós de la mañana. Soy el doctor Gonzalo Sánchez y procedo a la autopsia de Daniel Segura, varón blanco de treinta y dos años que presenta múltiples heridas de arma blanca. Procedo a examinar la piel, cabello, uñas y orificios.

En eso se empeñó el forense durante unos quince minutos ante la atenta mirada de los dos inspectores, que aguardaban a su lado pero sin molestar. El luminol solo revelaba salpicaduras de sangre en los contornos de las heridas, no había otros rastros biológicos. En las uñas no se encontró nada destacable, tampoco en nariz, boca, ojos, cabello y genitales.

—Terminada la exploración superficial, he encontrado doce heridas producidas por lo que parece un cuchillo de una hoja de dieciocho milímetros de ancho, solo afilada por un lado, punta algo roma y una longitud máxima de catorce centímetros. Procedo a abrir el cuerpo.

Y eso hizo con una sierra circular, describiendo la característica Y en tórax y abdomen.

—Gonzalo, siento interrumpirte, pero tenemos que marcharnos, avísanos si encuentras algo interesante.

—Poco habrá, la inspección interna y análisis de fluidos y órganos dará lo de siempre; y ya sabéis que eso tarda una semana. La causa de la muerte es clara, la puñalada en el corazón fue determinante, aunque no fuese la primera, creo que murió con ella y antes de desangrarse.

—Sí, eso parece. ¿Es diestro o zurdo?

—El asesino usó la mano derecha, las trayectorias no dejan lugar a dudas.

—¿Fuerza?

—No se ha necesitado mucha, podría haberlo hecho incluso una persona débil, un adolescente.

—¿Ensañamiento?

—No parece una pelea, en ese caso las trayectorias serían caóticas y habría unos golpes mucho más fuertes que otros, además de arañazos o cortes superficiales.

—Entonces ¿todas las heridas se hicieron con la misma intensidad?

—Casi la misma, sí. Es como si lo hubieran apuñalado sin que él se defendiese ni moviera durante el proceso.

—Estaremos a la espera de análisis por si encuentras narcóticos; tendría que estar drogado para dejarse hacer eso.

—Lo sé, no basta con estar dormido, se habría despertado con la primera cuchillada. Te aseguro que lo primero que voy a hacer es el análisis de sangre.

Dejaron al forense con el resto de la tarea y se marcharon al coche. Conducía Mantilla mientras Vergara hacía el resumen de lo que tenían por el momento.

—Ese tipo estaba en el sofá de su casa, posiblemente tan drogado o ebrio como para no tener conocimiento, y el asesino aprovechó para matarlo; la puerta no estaba forzada, así que el asesino tenía llave o era muy hábil con una ganzúa como para no dejar rastro en la cerradura; eso o ya estaba dentro porque la víctima le permitió el paso. No es alguien fuerte o habría asestado las puñaladas con más intensidad.

—¿Cómo estás tan seguro de eso?

—Si golpeas tantas veces es porque quieres asegurarte de cumplir con tu cometido. Si eres fuerte, das una, dos o, a lo sumo, tres golpes con todas tus fuerzas. El asesino o asesina no es fuerte y por eso dio doce. Tampoco es un profesional, podría haber atacado el pecho o el cuello y ahorrarse la carnicería. Nadie lo ha visto entrar ni salir, nadie ha escuchado nada.

—Toca seguir los movimientos de la víctima en las semanas anteriores, eso es para mí.

—Yo hablaré con familia, amigos, compañeros del trabajo y vecinos. Van a ser unos días cojonudos. —Álex Vergara no lo decía tanto por el tipo de trabajo, sino porque había pensado moverse en su motocicleta y la amenaza de lluvia intensa para esa semana

arruinaba la idea.

—Por cierto, ¿llamaste a la Guardia Civil para lo del niño de Samael?

—Esta mañana a primera hora.

—¿Y bien?

—No había nadie en el cuartel.

—¿En serio?

—Volví a llamar justo antes de entrar en la comisaría y hablé con un agente que tomaba café, me dijo que no tienen guardia de noche. También me puso excusas cuando le pregunté por el caso.

—¿Excusas?

—Primero cuestionaba mi interés, luego se puso a la defensiva diciendo que no está autorizado a darme información, acabó por decirme que me llamaría su sargento, pero aún no lo ha hecho.

—Qué extraño. No es que los civiles nos tengan mucho aprecio a los nacionales, pero esa reacción no es lógica. ¿Comentaste lo que nos contó la chica anoche?

—No, no lo consideré oportuno. A nosotros nos pareció algo absurdo y conspiranoico, así que preferí no mencionarlo. Lo mejor será que nos olvidemos del tema, aunque…

—No puedes olvidar su expresión. Yo tampoco. Esa chica estaba aterrada.

—No solo eso, también derrotada, como te sientes tras luchar durante años contra un enemigo imposible de vencer.

—Por eso estás llamando e indagando.

—Llámalo presentimiento. No entres en el garaje de la comisaría, mejor déjame aquí, pediré a una patrulla que me acerque a mi primer destino.

Mejor que una patrulla fue la asignación para el caso por parte del comisario de una pareja de ayudantes para esas tareas de los primeros días. Los oficiales Álvaro Escudero, que acompañaría a Álex Vergara, y Elisa Fernández, que haría lo propio con Sergio Mantilla.

Conducía Escudero hacia el domicilio de los padres de la víctima.

—¿No hay testigos?

—No, hubiera sido más fácil así, pero nadie vio ni oyó nada en el edificio.

—Debe de ser un sitio caro y elegante; en los barrios humildes no puedes tirarte un pedo sin que se enteren todos los vecinos, ya no digamos recibir visitas de noche.

Álex no opinó, se preguntaba si era buena idea elegir en primer lugar a los padres del fallecido en lugar de su pareja o sus compañeros de trabajo; un tipo de esa edad e independizado no solía compartir secretos de su vida con sus padres, pero si había recibido amenazas o tenía deudas importantes, los amigos más íntimos y sus parejas solían estar más al tanto.

Una hora de conversación, más para dar el pésame y prometer que se esforzaría todo lo posible en descubrir quién había matado a su hijo, lo habitual en su trabajo, que para averiguar algo interesante sobre la víctima; lo que esperaba Vergara. Y partieron hacia la clínica dental en la que trabajaba la pareja de Daniel Segura, dato que habían descubierto tras analizar las llamadas y mensajes de su teléfono móvil; pues los padres no sabían que su hijo estuviera manteniendo una relación sentimental. La recepcionista los invitó a esperar en la sala de espera.

La chica apareció con un semblante que solo se podría definir como cara de póquer, pues no mostraba emoción alguna, ni siquiera curiosidad al saber por la recepcionista que dos policías querían hablar con ella. Fue ver a la pareja y se acercó firme a saludar y preguntar.

—Buenos días, soy Lucía Estrada. ¿Ha ocurrido algo?

Vergara ya intuía que ella desconocía el fallecimiento de su pareja, eso o era una excelente actriz.

—Buenos días, soy el inspector Álex Vergara y este es mi compañero, el oficial Álvaro Escudero. Querríamos hablar con usted en un lugar más privado.

—Claro… tengo unos minutos y podemos ir a la cafetería de aquí al lado —dijo la odontóloga con algo de intriga y mientras se quitaba la bata blanca para dejarla sobre el mostrador de la recepción. Metro setenta y cinco, delgada, rubia, rostro angelical y caminar con un punto felino. Según el informe, tenía veintinueve años, natural de Madrid, residía en el barrio de Vallecas y trabajaba en esa clínica desde hacía año y medio.

La cafetería apenas contaba con media docena de clientes, se sentaron en una mesa cercana a la barra y pidieron la comanda

antes de comenzar a hablar.

—¿Y bien?

—Querríamos hacerle algunas preguntas sobre su pareja, Daniel Segura.

—¿Daniel? ¿Ha hecho algo malo?

—¿Desde cuándo no tiene contacto con él?

—Desde hace varios días, el jueves, creo.

—¿Se vieron?

—No, fue una conversación por mensajes.

—¿De qué hablaron?

Ella se mostraba más intrigada con cada frase o pregunta.

—Le dije que estaría bien buscar un rincón para pasar el fin de semana juntos. Él dijo que no le apetecía salir de Madrid, pero que tampoco quería ir a mi casa o que yo fuese a la suya porque estaba algo cansado.

—¿Discutieron por ese motivo?

—¿Discutir? ¿A qué viene todo esto? Aún no me han dicho…

—Por favor, conteste, ¿discutió con él porque no quisiera tener una cita?

—Sí, claro, es lo mismo de siempre, o incluso va a más, me refiero a que cada mes se muestra más distante, como si se hubiera cansado de la relación.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos?

—Bueno, eso de juntos… Nos conocimos a través de unos amigos en común hará seis meses; nos veíamos tres o cuatro días en las primeras semanas y luego la cosa fue decayendo, no ha parecido nunca estar enamorado ni mucho menos interesado en el compromiso a largo plazo, ahora todo apunta a que quiere romper, no me extrañaría que estuviese ya con otra; cosas peores me han pasado. ¿Y a qué viene todo esto? Siguen sin decirme el motivo de esas preguntas, ¿qué ha hecho Daniel o qué le ha pasado?

—Siento comunicarle que ha fallecido.

La reacción de la chica fue como si le hubieran arrojado agua helada a la cara; era lo que quería ver el inspector.

—¿Cómo ha…?

—En su piso, una muerte violenta.

—¿Quiere decir que lo han matado?

—Así es.

—¿Están seguros?

—Bastante. ¿Se extraña porque no conoce quién pudiera querer hacerle daño?

—Así es, no sé de… No me habló nunca de que tuviese enemigos o que haya tenido problemas con gente.

—Solo llevaban seis meses y ya me ha dicho que la relación no era muy cercana, es comprensible que no le contase algo tan personal. En las conversaciones que mantuvo con él, ¿mencionaba a algún amigo especial o compañero del trabajo con el que tuviese más confianza que con el resto?

—Pues haciendo memoria… sí, supongo que Nacho, no son compañeros de trabajo aunque tienen el mismo empleo; se conocieron en la facultad de Económicas y siguen siendo como hermanos.

—¿Ignacio Ruiz?

—Supongo, desconozco el apellido, él siempre se refiere… se refería a su amigo como Nacho. Nunca me lo presentó.

—Bien, es el único Ignacio que tiene en su listado de contactos telefónicos. Lo llamaremos en unos minutos. Gracias por su ayuda y su tiempo.

—No ha sido nada, ya me entienden. Joder, qué locura… llevaba estos días sin llamarme y no respondió al mensaje que le puse anoche, pero no imaginaba que…

—Sentimos su pérdida, le dejo una tarjeta, llámeme si recuerda algo que pueda sernos de interés.

—Sí, claro. Gracias.

—A usted.

Salieron de la cafetería tras pagar en la barra, la chica regresó a la clínica y ellos, al coche. Hacía frío y comenzaba a llover, Álex se atusó el cabello, ya lo tenía algo más largo de lo habitual y debía pasar a ver a Julián, el expolicía reconvertido en peluquero que regentaba una barbería cerca de su casa.

—Vamos a ver a ese tal Nacho —dijo el oficial.

—Llámalo primero al móvil, estará en su trabajo y desconocemos dónde puede estar la empresa u oficina.

—De acuerdo.

—No descuelga —apuntó Escudero tras intentarlo dos veces.

—Llama a la central y que averigüen dónde trabaja y también la

dirección de su casa.

Tras cumplir con la orden mientras Vergara conducía bajo la lluvia hacia la zona norte de la ciudad, donde se ubica el distrito financiero, llegó una pregunta personal. El inspector no era de hablar de su vida privada, salvo con Mantilla y solían hacerlo siempre fuera del horario laboral, como una norma nunca establecida, pero que se cumplía a rajatabla.

—¿Has quedado con Elisa más veces?

Álex se retrepó incómodo en el asiento del conductor. Si Mantilla no se iba de la lengua nunca, ese comentario solo podía indicar que había sido la propia oficial Elisa Fernández la que lo había comentado en la comisaría. La incomodidad de Vergara provenía también del dato no oficial, pero sí un rumor con muchas posibilidades, de que Escudero sentía algo especial por Elisa desde que se conocieron años atrás, pero ella lo había rechazado sistemáticamente.

—¿Quedado más veces?

—Ya sabes.

—No, no lo sé.

—Me refería a aquella cita de hace dos meses. Eli quiere repetir, eso me ha comentado. Bueno, parece que te incomoda hablar del tema, mejor lo dejamos.

—Sí, mejor.

Elisa era del grupo de la comisaría que solía salir algunas noches a tomar unas cervezas o copas tras la jornada, coincidían todos en el Joker o en el Beer Station, dependiendo de si querían un momento de relax o comenzar una noche de esas que daban para hablar luego durante semanas o meses entre los compañeros; y hacía dos meses que Álex despertó una mañana con Elisa en su cama, no había mucho más que añadir a la historia, salvo que ella quería repetir y así se lo había hecho saber con varios mensajes al teléfono. Por el comentario de Escudero, la chica parecía no entender las respuestas que él le había escrito. Mira que había mujeres por Madrid, pues nada, a romper la norma sagrada de no liarse con una compañera, de no pasar de un sano flirteo por los pasillos o en la cocina.

La información sobre Ignacio Ruiz llegó cuando llevaban dos minutos en la zona, se dirigieron al edificio Bronce en la avenida de

Burgos y subieron a la planta diez, allí consultaron al recepcionista.

—Buenos días, buenas tardes, mejor dicho. ¿Trabaja aquí Ignacio Ruiz?

—Buenas tardes. Sí, el señor Ruiz se encuentra en su oficina. ¿Han pedido cita?

—No, pero dígale que la Policía Nacional necesita hablar con él, si es tan amable —apuntó Escudero a la vez que enseñaba su identificación.

—Ahora mismo. —El recepcionista, con un auricular inalámbrico negro con el que parecía haber nacido, pulsó tres teclas en su centralita y comenzó a susurrar en cuanto respondieron desde el otro lado de la línea—. El señor Ruiz viene a atenderles, pueden esperar ahí si son tan amables —dijo a la vez que indicaba la sala de espera contigua.

Los policías no pudieron entablar una conversación porque apenas les dio tiempo a sentarse, el recepcionista se acercó a ellos para pedirles amablemente que lo acompañaran al despacho de Ignacio Ruiz, este había cambiado de idea y los recibiría allí. Entraron tras ser invitados y vieron al ejecutivo de ventas que terminaba una conversación de teléfono a la vez que hacía aspavientos con la mano para saludarles y pedirles que se sentasen al otro lado del escritorio, luego colgó el teléfono.

—¿Y bien? ¿La Policía? ¿He hecho algo malo? —preguntó con tono divertido.

—Buenas tardes, en realidad venimos a preguntarle por su amigo Daniel Segura.

El semblante se volvió más frío.

—¿Daniel?

—Ha sido asesinado en su domicilio.

Se hundió en el sillón, su piel se puso muy pálida y comenzó a temblarle el labio. Parecía querer decir algo, pero era incapaz de articular palabra, así que se limitó a mirar a los dos policías a la espera de que le contasen algo más. Y eso hicieron.

—Estamos investigando su muerte, para eso tenemos que hacerle una serie de preguntas.

—Pero… ¿cómo…?

—Entiendo que tenga dudas, pero nosotros sabemos poco más que usted, quizás menos. Nuestro trabajo es saber qué ocurrió y

para ello necesitamos que nos cuente todo lo que sepa de su amigo, especialmente lo que hizo en los días y semanas anteriores al suceso, con quién se relacionaba, si tenía enemigos o había discutido con alguien, ya sabe.

—¿Enemigos?

—Es una forma de hablar. ¿Cuándo fue la última vez que hablaron o se vieron en persona?

—Ambos casos hace una semana, algo más, fue hace dos domingos.

—¿De qué habló con usted?

—Principalmente de Lucía, comenzó con ella hace meses y estaba agobiado porque ella le pedía más compromiso, quizás el agobio era porque no sabía cómo terminar con ella sin que le montase un número, me la describía siempre como muy temperamental y enamorada de él. También me habló de una tal Vanesa que acababa de conocer y con la que se había acostado dos veces.

—¿Sabe algo más de esa tal Vanesa? ¿Apellidos, tal vez?

—No, no creo que la mencionara dando apellidos.

—Claro, es normal. —Álex revisó mentalmente el informe del teléfono de la víctima, no había registrado nadie de nombre Vanesa, pero sí se hallaron mensajes de WhatsApp subidos de tono a un número sin registrar en la agenda, debía tratarse de ella.

—¿Sabe si su amigo andaba en negocios…? No sé cómo definirlos. ¿Negocios turbios? —preguntó Escudero.

—¿Negocios turbios?

—Bueno, trabajaba de analista o asesor financiero, igual que usted.

—Nos dedicamos a mover el dinero de los clientes de una cartera entre los activos bursátiles para tratar de obtener beneficios. Sin más. Nuestro trabajo es comprar acciones cuando creemos que debemos hacerlo y venderlas luego siguiendo las mismas premisas. No tenemos acceso a dinero en efectivo ni se puede blanquear beneficios de negocios turbios con nuestra labor; además, todo lo que hacemos está supervisado diariamente por la Comisión Nacional del Mercado de Valores, además de nuestro jefe y de las auditorias periódicas, tanto internas como externas, del Estado.

—Comprendo —intervino Vergara—, desconocemos los detalles

de su trabajo, solo preguntamos porque necesitamos averiguar el móvil del crimen. Alguien ha matado a su amigo y uno de los aspectos más urgentes es descubrir el motivo. ¿Recuerda que haya tenido algún problema con compañeros de su trabajo o con algún vecino de su edificio?

—¿Problemas? En absoluto. Tampoco es que se comporte en su entorno como si todo el mundo fuese de su grupo íntimo de amigos, ya me comprende, eso no lo hace nadie, pero nunca le he oído que hubiera tenido discusiones o altercados con nadie. Dani es un tío sociable, amable, educado y se centra en su vida, su trabajo, comprar ropa y relojes de altas marcas, le gusta vivir bien y que se note, se cuida en el gimnasio y siempre va con el corte de cabello impecable, flirtea con las chicas más guapas que se encuentra. No sé qué más decirles de él. No es de los que buscan problemas, va a lo suyo sin molestar a nadie.

—Nos hacemos una idea, gracias por su tiempo. Le llamaremos si necesitamos hacerle más preguntas, también puede llamarme a este número. —Álex le dio una tarjeta.

—Claro. ¿Cuándo…? ¿Cuándo podré despedirme de él? Nos conocemos desde hace años y me gustaría… Creo que no tengo el teléfono de sus padres para llamarlos y darles el pésame, además de ir al tanatorio.

Álex consideró oportuno darle el número de teléfono de los padres de Daniel y tras eso se despidieron con la intención de regresar a la comisaría, aunque por el camino, mientras Escudero conducía, el inspector hizo una llamada al número no registrado en el teléfono de la víctima, el de los mensajes subidos de tono. A los pocos segundos llegó la respuesta.

—¿Sí? ¿Quién es?

—¿Hablo con Vanesa?

—Sí.

—Mi nombre es Álex Vergara, soy inspector de policía. ¿Es usted amiga o tiene algún tipo de relación con Daniel Segura?

—¿Con quién?

—¿Ha conocido en los últimos días a un hombre o chico llamado Daniel o Dani?

—Sí, claro, Dani.

—Bien, necesitamos hablar con usted, ¿dónde se encuentra

ahora?
La conversación con Vanesa Márquez no fue más productiva que las anteriores ese día. Daniel Segura no parecía tener enemigos ni estar metido en asuntos turbios, aunque eso último se debía asegurar con una investigación a fondo de sus cuentas, gastos, viajes, etcétera. Álex no había recibido noticias de su compañero, Sergio Mantilla, así que tampoco tendría nada nuevo, ya hablarían a la mañana siguiente en la comisaría. Él decidió salir a correr una hora bajo la lluvia, le apetecía más que ir a tomar una copa. Regresó a casa y se duchó, preparó la cena y la devoró mientras buscaba algo interesante para ver en la televisión.

El reloj marcaba las doce menos cuarto y no tenía sueño, había dejado de llover, así que aprovechó para salir con la moto; había cambiado de idea e iría a tomar esa copa. Durante el trayecto recordó que no había recibido noticias del sargento de Samael sobre el caso del niño asesinado, tampoco le había llamado la chica de la noche anterior. No pensó más en eso, no podría desconectar del trabajo ni disfrutar del momento en el bar si no apartaba de los pensamientos esas cuestiones.

Capítulo 4

Llevaba todo el día fuera de casa, mejor eso que tener que soportar las miradas de sus padres y también de los vecinos. Todos allí la tenían por la loca del pueblo, pero ella no estaba loca, quizás era la única en el lugar que no lo estaba.

No le perdonaban el viaje que había hecho a la capital para buscar ayuda policial en sus «desvaríos», ahora sus padres serían señalados también por no haberle impedido ir. Y lo peor de todo es que la pareja de policías también la había tomado por una perturbada, así lo sintió al hablar con ellos, la miraban de la misma forma que sus vecinos, como si no se creyeran lo más mínimo de lo que les contaba, incluso con algo de lástima. ¿Qué ganaba ella mintiendo? ¿Quién se inventaría esa historia y quién soportaría ese dolor que ella portaba? ¿Acaso nadie lo veía? Todo estaba clarísimo, pero a su alrededor las personas se comportaban como si fueran alucinaciones de una perturbada. Eran ciegos y sordos por voluntad propia, no querían ver y oír.

Las calles del pueblo estaban casi desiertas a esa hora de la tarde, el sol se había puesto dos horas atrás y el aroma de la madera de pino quemándose en las chimeneas se comenzaba a fusionar con el de la comida que preparaban en las casas para la cena. Era su pueblo, su hogar, apenas conocía el mundo más allá, exceptuando lo que mostraba la televisión y el cine. Pero vaya hogar y vaya mundo más horrible. Un mundo en el que ya no estaba su David, su hermanito pequeño, la alegría de la casa desde que comenzó a caminar. Ella había ejercido de madre desde el principio, aunque solo tenía seis años cuando el pequeño nació; los trabajos de sus padres la convirtieron en canguro a diario. Había creado un vínculo con él que pocos comprenderían, era su hermano, su mejor amigo y casi un hijo. Hasta que desapareció. Sus padres no derramaron una sola lágrima, ni un lamento, se resignaron, como lo habían hecho

otros padres en el pueblo bajo la misma situación. Casi se alegraban de ello, ¿cómo podían hacer eso? ¿Una bendición? Era más bien una locura.

Todos estaban locos menos ella. La impotencia era tal que se sentía asfixiada. Vivía soportando una frustración que a menudo se convertía en ira, y esos brotes violentos eran aprovechados para señalarla aún más.

El frío y la humedad se incrementaban por minutos y atacaban su frágil y débil cuerpo, pues no había tomado alimento alguno desde el desayuno ni descansado, solo caminaba sin rumbo fijo por las calles, incluso temía a detenerse para descansar en un banco de esta o aquella plaza por si sentía miradas juzgadoras o, mucho peores, lastimeras. La observaban los que se cruzaban con ella y también sentía su presencia desde el otro lado de las ventanas, por eso andaba tratando de no hacer ruido. No era querida, ni siquiera bienvenida, a pesar de haber nacido allí y ser una vecina mas. Claro que ella estaba cuerda y eso era complicado de llevar en un mundo de locos.

Todas las casas parecían iguales, cada calle, cada balcón cubierto de flores, cada tejado impoluto, ni una colilla tirada en el suelo ni excrementos de perro. Coches de alta gama al otro lado de las puertas de los garajes. Ropa cara en cada armario. Poca gente sabía en el país que en ese pueblo no existía la pobreza entre los vecinos; una forma de decir que no tenían que preocuparse nunca por problemas económicos. Ella sabía cuál era el pago que hacía cada vecino por semejante tranquilidad, aunque ninguno lo reconociese, pero se les notaba en la mirada, en los semblantes distraídos, como si una parte de su mente, o de su alma, se hubiese marchado con ese ser querido que todos habían perdido en algún momento.

¿Qué iba a encontrarse en casa a su regreso? Reproches, enfado, el recordatorio de que estaba castigada y no debió salir de su cuarto. Era mayor de edad, pero vivía con sus padres y no tenía ingresos, así que debía obedecer o marcharse. Ya le gustaría hacer eso último, pero ¿a dónde ir y cómo? Tendría que agachar la cabeza, como siempre, y esperar a que se les pasara el enfado. Lo que no iba a dejar de hacer era buscar justicia. No sabía cómo iba a lograrlo sin que en el pueblo se enterasen de que seguía husmeando

en busca de pruebas, pero ya se le ocurriría algo, si de algo disponía era de tiempo.

Como solía ocurrir, acabó ante la puerta de su casa sin haber pensado siquiera por dónde caminaba, simplemente su cuerpo la había llevado allí. Eran más de las diez de la noche, pero parecía sumida en una madrugada, así se sentía en el pueblo durante los inviernos. No se oían voces o pasos por las calles y las casas tenían muros muy gruesos como para filtrar las conversaciones o el sonido de los televisores. Solo oscuridad, frío y humedad.

Iba a girar el picaporte cuando algo llamó su atención al fondo de la calle. ¿Era Irene? ¿Le estaba haciendo señas para que fuese a su encuentro? ¿Qué querría esa ahora? Apenas se trataban en la época del instituto y desde entonces ni se saludaban al cruzarse; no es que hubieran peleado o arrastrasen alguna rencilla, en absoluto, simplemente había algo entre ellas que las hacía incompatibles, un rechazo sin motivo, pero rechazo mutuo al fin y al cabo.

Como queriendo escapar de la luz de la farola que tenía cerca, la que parecía Irene volvió a susurrar algo ininteligible y hacer un aspaviento para llamar su atención. Ella suspiró hondo y fue a su encuentro subiendo calle arriba.

¿Qué querría?

Al llegar a su lado no obtuvo respuesta a su duda, solo vio cómo Irene se llevaba el índice derecho a la boca y comenzó a caminar hacia una calle cercana.

—No fastidies, ¿qué quieres? ¿Para qué me estás haciendo caminar?

—Sssh, no hables tan fuerte.

—Tengo frío, hambre y estoy cansada. ¿Se puede saber qué quieres?

—Hazme caso, sígueme.

—No me lo puedo creer.

Las dos chicas cruzaron hasta cuatro calles a toda prisa y en silencio, acabaron a las afueras del pueblo. Irene se detuvo de repente, apenas había luz.

—¿Y bien?

—Sé lo que estás haciendo, todos hablan de eso.

—¿Y todo esto es porque me quieres ayudar?

—Algo así…

—¿Algo así?

Irene la cogió por sorpresa y le dio un fuerte empujón. Se hizo daño al caer de espaldas en el suelo, tenía el jersey roto y la espalda dolorida por una piedra que se acababa de clavar. Trató de protestar, pero no le salieron las palabras a tiempo, pues la luz lo invadió todo, cegándola, o más bien hipnotizándola como le ocurre a un ciervo o conejo en la carretera cuando aparecen los faros de un coche. Y eso era, un coche. Estaba a menos de veinte metros de ella y aceleró sobre la arena del suelo. No le dio tiempo a levantarse y fue atropellada sin piedad. Con las piernas rotas y muy aturdida, apenas lograba gemir y mover una mano. El coche dio marcha atrás y volvió a pasarle por encima.

Una vez se aseguró Irene de que la chica estaba muerta, se subió al coche y desapareció junto con el conductor.

Capítulo 5

A las siete en punto sonó el despertador, como cada mañana, aunque el inspector Sergio Mantilla ya llevaba levantado casi tres horas. Apagó la alarma en su teléfono maldiciendo su vida en pensamientos, pues Raquel estaba a su lado con idéntico semblante, pero ella jamás reconocería que detestaba haber sido madre, ni aunque la torturasen. Mejor callar y tener la fiesta en paz.

Marcos, el pequeño de cinco años, había llorado a eso de las cuatro de la madrugada, tenía fiebre, todo indicaba que su gripe había empeorado. No solo eso, parecía haber contagiado la enfermedad a su hermano tres años mayor, Julián, y a sus padres. La cocina y todo el salón del bonito chalé adosado estaban ahora sembrados de pañuelos de papel arrugados.

—¿Me doy una ducha o prefieres entrar tú primero?

—¿Vas a ir a trabajar con este panorama? —respondió su mujer abriendo las palmas de las manos como un mago que quiere que los espectadores vean la caja atravesada de espadas en la que se supone que sigue la chica guapa.

—Soy policía, no puedo llamar y decir que no voy porque estoy con gripe.

—¿Entonces me tocará a mí quedarme sola a cuidar los niños?

—Llamaré a mi madre para que venga a ayudarte y que puedas descansar si te encuentras peor.

—Claro, soportar a tu madre ya es un suplicio, pero si encima la contagio se pondrá insufrible.

—No digas eso, ella te quiere mucho.

—Sí, con locura… Déjalo, ya llamaré a mi hermana si me siento peor.

—Está bien, voy a la ducha, se me hace tarde.

Una vez vestido, tomó el cuarto café, con pastilla de paracetamol incluida, y se despidió con besos de Raquel y de los

niños, que se habían acomodado en los sofás del salón y tenían dibujos animados en la televisión. Antes de salir:

—Recuerda que tienes que traer medicinas.

—Claro, no me olvidaré.

—Y pan para la cena.

—Que sí. Te llamaré varias veces para ver cómo estáis.

—No te mojes, llévate un paraguas.

—Sí, cariño.

—Y come bien, nada de porquerías con Álex. Y hablando de Álex, no te vayas a la noche con él a tomar unas copas, ven derecho a casa que tienes que descansar y ayudarme con este panorama.

—Que sí, cariño, directo a casa.

Por fin pudo cerrar la puerta. El BMW de Raquel estaba dentro del garaje, su SEAT León dormía al raso frente a la fachada de la casa, en él entró y metió la llave en el contacto, pero antes de encender el motor suspiró hondo y susurró la frase que más repetía por las mañanas desde hacía un par de años: «joder, cómo odio mi vida».

Se miró en el espejo retrovisor interior, no se había afeitado, las ojeras eran más visibles que nunca y las comisuras de los labios cada vez apuntaban más al suelo. Treinta y siete, pero él se sentía como de cincuenta, veía cada vez más marcas de expresión en su rostro y el agotamiento iba en aumento. La cintura del pantalón le apretaba, igual que la camisa, la americana no podría abrocharla tras el almuerzo. Y sentía que las entradas en el cabello eran más pronunciadas. Se peinó con los dedos para tratar de taparlas.

«Joder, qué asco de vida».

Aparcó en su plaza de *parking* asignada en el edificio de enfrente de la comisaría y cruzó la calle al trote. Llovía, pero no tanto como para abrir el paraguas solo por cincuenta metros. O tal vez hacía ese tipo de cosas de vez en cuando como un niño pequeño que se siente bien al desobedecer una orden de su madre, que se siente libre por un instante cuando hace algo «malo» a espaldas de ella. Raquel no habría aprobado que se mojase un poco y eso le hacía recuperar parte de confianza en sí mismo; lo que Álex Vergara llamaba «patético intento de sentir que sigues teniendo huevos dentro del calzoncillo». Claro que qué sabría Álex de las relaciones si nunca había durado más de cuatro noches con la misma mujer.

—¿Qué haces? Parece que hables solo.

—Buenos días —saludó a su compañero, que había aparecido a su espalda—. Pensaba en ti y en ese complejo de Peter Pan que tienes.

—Vaya, estás en una de esas mañanas…

—¿Qué coño dices?

—Nada, y también veo que estás con gripe. Seguro que Raquel se ha molestado al ver que venías a trabajar, incluso te habrá ordenado que no te tomes una copa conmigo al terminar el turno.

—Pues claro que no lo ha hecho.

—Bien, porque a las ocho iremos al Beer Station.

—¿Cómo? Espera, yo…

Álex pasó directo a la cocina y Sergio solo pudo seguirlo al trote. La cazadora de cuero negra de su compañero estaba empapada, así como su cabello. Al entrar y esperar a que se sirviese una taza de café, le preguntó:

—¿Has venido en la moto?

—Sí.

—¿Lloviendo?

—Apenas chispea, y no hay muchas oportunidades de montar en invierno en esta ciudad.

—Te vas a matar un día de estos.

—Te pareces a tu mujer.

—No me des la paliza, tío. Y lo de ir luego a tomar esa copa…

—Era broma, seguro que tienes a toda la familia en casa bajo mantas y con termómetros en la boca. Me conozco ya tus semblantes.

En ese momento entraron dos agentes de uniforme y saludaron. Los inspectores se marcharon al despacho, por el camino vieron a Elisa Fernández tomando asiento ante su mesa, la oficial levantó la mirada y saludó con una leve inclinación de cabeza, sin acompañar de una sonrisa.

—¿Qué te pasa con Elisa? —preguntó Sergio ya dentro del despacho.

—¿Qué me va a pasar?

—Ya veo, lo de siempre.

—Sí, lo de siempre.

—No debiste acostarte con ella.

—Lo sé.
—Ayer me estuvo preguntando por ti.
—No quiero saberlo.
El tono tajante de Álex, a la vez que se sumergía en la pantalla de su ordenador, hizo que Sergio dejase el tema a un lado. En los años que llevaban juntos ya se conocían de sobra. Mantilla solo quería indagar en el asunto porque le daba lástima la chica, parecía enamorada, una de esas que comenten un error tras tomarse unas copas y, en lugar de comprender por fin que están pescando en el río equivocado, se quedan atrapadas en el fango y tratan a la desesperada de capturar un pez que ya se ha marchado de la zona.
—Álex, tenemos que hacer balance de la situación del caso, programar las tareas para hoy y enviar un informe de avances al comisario.
—Poco hay que contar, aún no tenemos móvil del crimen y seguimos sin pistas ni testigos. Habla con Escudero y Fernández, pero primero haré el informe y veremos si seguimos teniendo su apoyo o nos quedamos los dos solos.
—Como quieras. Voy a entrar en el correo por si hay algo nuevo de la Científica.
Vergara no se anduvo con formalismos, solo usaba las plantillas oficiales para cumplimentar los informes finales de cierre de cada caso, aunque, a decir verdad, solía endosarle la tediosa tarea a su compañero casi siempre. Se limitó a redactar un correo electrónico con lo que habían estado haciendo la jornada anterior y lo envió sin revisar a la dirección del comisario. Apagó el ordenador como si eso fuera a servir para que Rafael Martín no pudiera responder con un «no me toques los huevos y haz un informe oficial. Ya te he dicho mil veces que esto no vale». Le llegaría el correo igual a su bandeja y tendría que verlo y responder desde el móvil en un rato.
Resopló al darse cuenta de que había olvidado preguntarle al comisario por la continuidad de los dos oficiales de apoyo.
Sergio levantó la voz en ese momento.
—Tenemos algo.
—Sorpréndeme.
—Los de la Científica han encontrado huellas dactilares en la camisa de la víctima, no se corresponden a las suyas, están por la camisa a la altura del cuello. También fibras rojas de poliéster.

Podría ser todo de antes del suceso.

—No lo creo; ese tipo tenía dinero y le gustaba que se notase, no creo que llevase en el momento de la muerte una camisa que ya habría usado para trabajar o salir de fiesta el día anterior. Buscamos a una mujer que llevaba una camisa o camiseta roja aquella noche.

—¿Una mujer?

—La puerta no estaba forzada, era alguien con llave o que él dejó entrar; y un tipo heterosexual no deja que le manosee la camisa un hombre, menos aún si va con camiseta roja de poliéster.

—Pero no se encontraron restos de que hubiera mantenido relaciones sexuales, ni siquiera saliva de otra persona en su boca.

—Eso es porque la mujer lo mató antes de que se besaran siquiera. Ella entró para hablar o discutir, la cosa se fue de madre o quizás era la intención de la asesina desde el principio. Aprovechó un descuido y lo acuchilló.

—El tipo estaba drogado o sedado, eso lo confirmarán los forenses.

—Es cierto, podría ser toxicómano; o tal vez antes de que comenzase la trifulca se le suministró una droga en la bebida. Recuerdo que había cerca de él un mueble bar bien equipado y que tenía un vaso vacío en la mesa baja.

—¿Qué vamos a hacer?

—Por lo pronto solo podemos presionar de nuevo a su pareja oficial, la odontóloga, y también a la tal Vanesa. Antes de llamarlas a declarar quiero obtener las grabaciones de las cámaras de los comercios de la calle, a ver si se aprecia a alguna de ellas a la hora del crimen entrando o saliendo del edificio.

—Y si a alguna se le ve una prenda roja bajo el abrigo o gabardina sería fabuloso. Se quedaría sin coartada y solo habría que pedir una orden para tomarle las huellas dactilares para cotejarlas con las de la camisa de Daniel Segura.

—A ver si hay suerte.

El agente de la Guardia Civil Hugo Tejero miró el reloj de la pared, la una y cuarto de la tarde, aunque estaba cinco minutos adelantado. Nadie en el cuartel se molestaba en subirse a una silla para corregirlo, a veces se quedaba sin pilas y tardaban semanas en cambiarlas y volverlo a poner en hora. Lo peor del día no era el hambre, que ya comenzaba a sentirse en las entrañas, tampoco el

frío que hacía allí dentro porque se les había estropeado la calefacción. Lo peor con diferencia era el papeleo y tener que hacer llamadas; eso último lo hacía el sargento, pero acababa de mal humor y lo pagaba con ellos. Luego se le pasaría en la taberna de Marisa antes de la cena, solía invitar a sus agentes a unas cervezas cuando se serenaba y comprendía que se había pasado un poco.

Ese día habían tenido jaleo extra y ya eran dos veces en la misma semana. No había sido nunca Hugo el más avispado de la clase, por descontado, casi no aprobó las oposiciones a la Guardia Civil y eso tras cinco convocatorias, pero su mente llegaba hasta saber que algo malo se estaba cociendo. Los mayores del pueblo estaban muy preocupados por la imagen del mismo, que dejasen de ver el lugar como destino turístico de monumentos religiosos para que llegasen los morbosos que solo querrían hacerse fotos en los lugares de los crímenes. Y dentro del grupo de los mayores, los que mandaban allí, estaban por supuesto los eclesiásticos. Hugo siempre le había tenido pánico al padre Remigio. ¿Cuántos años tendría ahora el puto vejestorio? Ya parecía centenario cuando el agente era un niño que hacía la Primera Comunión. Y ahí seguía, al pie del cañón, inquebrantable.

Por el cuartel se había pasado una docena de personas, casi todos vecinos a pedir explicaciones, también el teléfono no había parado de sonar. Todo eso lo había atendido el sargento. Los tres agentes se habían limitado a mantener el orden en la puerta, a llevar cafés a los mayores, a atender las llamadas en espera y pedirles que esperasen un poco más, a redactar el informe con todo lo que les había dicho el sargento para la comandancia, a recibir datos de Forense y Científica para dárselos al sargento. Al menos tanto ejercicio los había hecho entrar en calor y no acusar tanto la falta de la calefacción, aunque Hugo no paraba de sonarse los mocos, seguro que se había resfriado.

—Deja de mirar el reloj. —Era su compañera Julia Lamela, acababa de pasar a su lado y le había susurrado para no elevar la voz, pues estaban aún el alcalde y un párroco cerca de ellos y a la espera de hablar de nuevo con el sargento.

—Es que me muero de hambre.

—Tú siempre tienes hambre; deberías dejar de comer tanto o tendrás que volver a comprarte uniformes.

—No estoy gordo, joder, estoy fuerte.
—Claro, ciento diez kilos de fuerza gelatinosa.
—Vete a chuparla.
—Cállate, imbécil, no levantes la voz.
—¿Por qué tenemos que estar todos aquí? Podríamos decir que vamos a salir a patrullar y nos turnamos.
—Claro, te vas a comer y luego a dormir la siesta mientras nosotros nos quedamos aquí pringando.
—Calla, viene Gabriel.
El sargento parecía haber envejecido diez años de golpe, el alcalde y el párroco salieron a su paso, pero él les pidió unos segundos más de espera para dar una orden a sus subordinados.
—Si estáis pensando en ir a comer, quitáoslo de la cabeza, aquí no se come hasta que se calme el patio. Eso sí, id a la zona donde atropellaron a la chica y evitad que la prensa grabe a su antojo.
—Pero, Gabriel, no podemos impedirles grabar en la calle.
—No me llames por mi nombre delante del alcalde, coño. Y haced lo que sea necesario para que no graben, colocad un puto camión sobre el escenario, taponad los accesos del camino con el coche patrulla y los vuestros personales, lo que sea. Nadie quiere ver el pueblo convertido en un circo en las televisiones.
Y se marchó a atender a sus ilustres vecinos mientras la pareja de agentes se miraban el uno al otro. Dejaron al tercer agente, Felipe Díaz, atendiendo una llamada y salieron para montarse en el coche patrulla.
—Podemos aprovechar para comer algo rápido.
—Joder, Hugo.
—El sargento no se va a enterar.
—Deja de pensar en comida.
—¿En qué otra cosa voy a pensar?
—Vendrá la tele, quizás los reporteros de Ana Rosa y de la Griso, a lo mejor nos graban y nos preguntan en directo. ¡Hostia puta!
—¿Qué pasa?
—Que no me he teñido el pelo, voy sin maquillar, el uniforme arrugado…
—Cómo sois las mujeres.
—Calla y toma esa curva.

—Por ahí no se llega a la escena del atropello.

—Pero sí a mi casa, déjame allí y ven a buscarme en media hora, eso es lo que tienes para comer.

—No eres mi superior, deja de darme órdenes.

—Obedece, coño, o te quedas sin comer.

Y a regañadientes obedeció, Hugo sabía que cerca de la casa de Julia había un bar con buenas tapas.

A las dos en punto de la tarde habían colocado cinta de plástico, algunas vallas de obra, el coche patrulla y otro más propiedad de Hugo rodeando la escena del atropello como les había pedido el sargento. El agente había llenado el estómago, aunque ahora orinaba cada quince minutos por las cervezas que se tomó con el almuerzo. Julia se había recogido el cabello, maquillado y colocado un uniforme recién lavado y planchado; tenía hambre, pero eso no le preocupaba, pensaba en la televisión.

—¿Podremos responder a las preguntas? Creo que no es obligatorio permanecer en silencio si la prensa te pregunta.

—Nos preguntarán sobre el caso, no sabemos si está bajo secreto de sumario; llama tú a Gabriel y le preguntas.

—¿Estás loco?

—Pues llama a Felipe y pregúntale, quizás lo sepa.

—De todas formas, no creo que podamos decir nada más que ha sido un atropello, sin dar datos de la víctima o si se cree que fue intencionado o fortuito, ¿verdad?

—No sé, no me des ahora la murga, tengo sueño. ¿Te quedas aquí y me llamas si viene la prensa? Quiero echar una cabezada rápida en el coche.

—Ni de coña. Si yo no puedo salir a comer o comprar algo para matar el hambre, tú no puedes dormir.

—No haber aprovechado la media hora para arreglarte, eso no fue culpa mía.

—Aguanta el sueño y yo haré lo mismo con el hambre. Si a las tres de la tarde no ha aparecido nadie, ya vemos lo que hacer.

Tras varias llamadas de urgencia en el cuartel, el sargento y su habitual compañero salieron con la sirena y las luces encendidas hacia la escena del atropello, al llegar se encontraron con un problema por culpa de haber asignado la orden de contener a la prensa a los agentes equivocados. Dos furgonetas blancas, dos

operadores de cámara con sendos reporteros, los dos agentes y una docena de curiosos, todos en un espacio reducido como un *ring* de boxeo. El punto exacto del atropello estaba pisoteado, se oían gritos y protestas sin cesar, había dos vallas de obra tumbadas y cinta de plástico arrancada en el perímetro, las dos furgonetas de los reporteros habían logrado el acceso y sus agentes trataban de impedir que se grabase.

—¿Qué cojones está pasando aquí? —preguntó gritando el sargento mientras corría hacia el epicentro de la trifulca.

—Estos dos agentes no nos dejan hacer nuestro trabajo —protestó una reportera, tenía el micrófono en la mano y las cámaras no paraban de grabar.

—¿Su trabajo? Es ilegal estar en la escena de un crimen, y lo están pisoteando todo, podría detenerlos por esto.

—Nos hemos quedado al margen, tras la cinta de plástico, pero cuando hemos querido hacer el directo nos han increpado e impedido ejercer nuestro derecho a informar. Todo está grabado y no dudaremos en denunciar el trato recibido.

—Joder, joder. Vamos a calmarnos todos, y por lo pronto quiero que salgan de aquí y dejen de pisar.

—¿Nos responderá a algunas preguntas? Desde el plató quieren hablar con el responsable, ¿es usted?

—Contestaré a sus preguntas, sí, aunque solo si no se trata de datos protegidos.

—Ya sabemos lo ocurrido y quién es la víctima del atropello, nos lo ha dicho su agente, Hugo creo que ha dicho que se llama.

«Me cago en…».

Tras colocar a cada persona en su sitio y volver a poner las vallas y la cinta, el sargento respondió a varias preguntas que le hicieron desde los platós de televisión; lo hizo lo mejor que pudo para suavizar la tragedia que habían provocado los dos agentes; a pesar de que él confiaba al menos en la cordura de Julia; confianza que se diluyó por completo cuando la vio avergonzada y con el cabello diferente a como lo llevaba habitualmente en el trabajo, además del maquillaje como si estuviese en una fiesta de fin de año.

Una hora más tarde, los periodistas se habían marchado, aunque quizás volvieran para hacer más preguntas o molestar a los vecinos. Hugo y Julia estaban castigados, como adolescentes rebeldes y

descerebrados, a hacer guardia toda la noche en el cuartel y Felipe permanecía al lado del sargento.

—Menudo día, menuda semana… Y no solo tenemos a la chica de Julián en el anatómico forense, ahora la prensa incluso pregunta si el atropello puede guardar relación con el chico acuchillado hace tres días.

—Hemos perdido el caso, quiero decir los dos casos.

—Es lo más probable, después de este circo con la prensa podemos darnos por apartados, vendrá la UCO y pondrá el pueblo patas arriba.

—¿Quieres tomar una cerveza y comer algo? Yo estoy famélico.

—Yo tampoco he probado bocado en todo el día, pero ni hambre tengo, sobre todo porque esta noche me toca dar muchas explicaciones a personas que no les gusta que ocurran cosas que no han decidido ellos, y tampoco les gusta no tener el control de las que vayan a suceder en el futuro.

—Lo imagino. Entonces no se hable más, vamos a tratar de calmarnos comiendo algo y tomando unas cervezas o una copa.

—La copa sí que la necesito, Felipe. Joder, debí mandarte a ti con Julia y no a Hugo.

—Ya es tarde para lamentar. Yo me encargaré si la prensa regresa.

—Esperemos que no se obsesionen con la idea de relacionar los dos casos, ya sabemos que los periodistas intentan sacar carnaza con el máximo morbo e inventan lo que sea necesario para conseguir audiencia. Trata todo el asunto con tacto si ves que regresan a preguntar.

—¿Y si preguntan entre los vecinos?

—Ya sabes cómo es la gente aquí, eres del pueblo desde hace muchas generaciones, como yo. Aquí la gente va a lo suyo y se limitará a decir que no saben nada, porque eso es lo que saben, igual que nosotros, nada.

Habían elegido una taberna cercana al monasterio principal del pueblo, el que era objeto de la mayoría de visitas turísticas, allí pidieron algo de carne asada y, mientas llegaba el plato fuerte, unas tapas para que la cerveza no bajase sola y diese dolor de cabeza. La conversación entre el agente y su sargento se centró en preparar las explicaciones para la comandancia y también para el consejo de

mayores del pueblo, al que tenía que asistir el sargento a las diez y media de esa misma noche.

La comida y el alcohol le provocaron sueño, más aún la copa de coñac que se bebió como postre para calmar los nervios, llevaba más de dos horas y media en la taberna y tocaba pagar para irse a casa. Se ducharía, se pondría un uniforme limpio y planchado, hablaría con su mujer para hacer algo de tiempo y recorrería el pueblo en su coche personal para asistir a la reunión urgente.

Capítulo 6

El agente uniformado apareció con dos vasos de café y se los dio a Sergio Mantilla, que los había pedido cinco minutos antes. El inspector entró en la sala de interrogatorios número siete de la comisaría, allí aguardaban tres personas para iniciar la charla final, o al menos eso esperaban el inspector y su compañero. Uno de los cafés era para Sergio y el otro para la chica, nerviosa como animal acorralado por varias presas al filo de un precipicio sin más salida que dejarse devorar o saltar al vacío, casi lo mismo.

—¿Y bien? ¿Podemos comenzar? —preguntó Álex Vergara.

—Adelante —dijo el abogado de la sospechosa tras intercambiar una rápida mirada con ella. Ya antes de ese interrogatorio habían hablado a solas largo y tendido.

La mujer vestía elegante y sobria, traje negro de chaqueta y pantalón con blusa de seda gris. Se había maquillado lo justo y recogido el cabello de forma informal, pero le quedaba muy bien; mantenía un semblante relajado, aunque la delataban sus manos temblorosas.

—Bien, sobra repetir que la conversación está siendo grabada. Señorita Lucía Estrada, ¿quiere decirnos dónde se hallaba el sábado pasado entre las doce de la noche y la una de la madrugada?

—Esa noche salí a dar una vuelta con unas amigas.

—¿Por que zona?

—Por el centro.

—¿Podría precisar algo más?

—No lo recuerdo bien, Huertas, casi Gran Vía.

—Eso está lejos del inmueble donde fue asesinada su pareja, Daniel Segura.

—¿Están intentando coaccionar a mi cliente? —protestó el abogado.

—Hace dos horas repetimos esto con las mismas preguntas y

usted pidió la presencia de su abogado. Aquí está él y vemos que lo va a usar como escudo para evadir respuestas.

—Ustedes no quieren respuestas o la verdad, solo que se inculpe.

—Está bien —dijo Vergara en un suspiro y mientras se levantaba de la silla y hacía un leve movimiento de cabeza al falso espejo de la pared.

En la pantalla de televisión ubicada en una esquina de la sala comenzó a salir en modo bucle una secuencia de vídeo en la que se apreciaba a la sospechosa caminando por la calle.

—Señorita Estrada, esa es usted caminando ante la fachada del edificio en el que vivía y fue asesinada su pareja el sábado, la grabación es de esa noche a las doce y cuarenta y dos.

La chica estaba petrificada. El abogado trató de reaccionar rápido.

—La imagen es borrosa, no se aprecia bien que sea mi cliente.

—No diga tonterías, la imagen es de buena definición y a color, incluso lleva la camiseta roja cuyas fibras fueron halladas sobre el cadáver. Camiseta que ha desaparecido convenientemente de su casa, pues no la hallaron en el registro de esta mañana. ¿Piensa confesar la autoría del crimen?

La chica miró a su abogado, este negó con la cabeza.

—Eso es muy débil, inspectores, no es definitivo para acusarla formalmente.

—¿Y el hecho de que se hallaran sus huellas dactilares en la camisa de la víctima? ¿Eso tampoco es definitivo?

—Eran pareja, es normal que haya fibras, huellas y cabellos por todo el apartamento de Daniel Segura.

—Su móvil se encontraba en la escena a esa hora, lo hemos geolocalizado. Por favor, colabore, señorita Estrada, es lo mejor para no perder el tiempo y también tratar de obtener una reducción de condena por confesar antes del juicio.

La chica comenzó a llorar, ya no podía aguantar más la presión y el abogado les pidió otro momento a solas con ella. Los dos inspectores se marcharon a la cocina.

—Nunca quieres oír desde el otro lado del espejo lo que hablan, Álex.

—Es como mirar las cartas de los oponentes en una partida de póker. Además, está claro lo que van a conversar. El abogado le dirá

que está con el agua al cuello, pero que puede salvarse si le toca un juez benevolente, si la fiscalía no presenta los hechos de la forma adecuada, si los indicios no se tienen todos en consideración durante el juicio, etcétera. El abogado no pierde nada con ir a juicio, pero puede ganar el caso, aunque sea algo remoto. Ella lo pierde todo si no coopera, se comerá más de veinte años en prisión.

—Yo me comería ahora un bollo de chocolate.

—¿No estás a dieta?

—Sí, pero con la gripe estoy adelgazando algo, así que me lo puedo permitir.

—No hay mal que por bien no venga…

—¿Quieres uno?

—No, gracias. ¿Vamos a tomar algo luego o sigues de arresto domiciliario por las noches? Es viernes y llevas toda la semana en plan portarse bien para no recibir una reprimenda.

—Raquel sigue hecha una furia con el tema de permanecer en casa con los niños; siempre está de mal humor cuando llego a casa.

—Es que lo haces mal. Deberías venirte a tomar unas copas y así llegas a casa cuando ya se haya dormido y no pueda echarte la bronca.

—Claro. Lo más probable es que cambie la cerradura de la entrada y me deje la maleta fuera.

—Calzonazos… Hemos cerrado el caso en pleno viernes, si Lucía Estrada firma la confesión, claro; pienso pasar el fin de semana sin pisar este edificio. ¿Qué vas a hacer tú? No hace falta que respondas, seguro que no sales de casa, para variar.

—Ojalá la chica no firme.

Álex sonrió y le dio una palmada en la espalda a su compañero. Sonaba *Back Door Man* por los altavoces a todo volumen, el local estaba casi lleno y ellos tuvieron que quedarse en la barra, tampoco esperaban algo diferente un viernes por la noche, y solo eran las ocho y media, en tres o cuatro horas el Beer Station alcanzaría su punto álgido. Salieron con las copas a la puerta y Álex se encendió un cigarrillo.

—¿Cuándo vas a dejarlo?

—¿Me vas a dar la chapa para compensar que tu mujer te la da a ti?

—Vale, me callo.

—Pues ahora me apetece hablar del tema.

—¿Del tabaco?

—No, de las relaciones tóxicas.

—Mi matrimonio no es una relación tóxica.

—No, claro, ningún matrimonio lo es. Mira ese pobre tipo. —Álex da una calada al cigarro y antes de expulsar el humo toma un sorbo de su copa—. Daniel Segura mantiene una relación sana y adulta con una odontóloga, al cabo de unos meses ella quiere avanzar y convivir, él se niega y acaba conociendo a otra chica, solapando las dos relaciones; la odontóloga los ha seguido en las dos semanas anteriores y por despecho acaba matando a Daniel; como ella misma nos ha confesado hace unas horas, pensaba encontrarle con la otra chica en el piso, quería matarlos a ambos.

—¿A qué viene eso ahora? ¿Me estás diciendo que todas las relaciones son así o que todas las mujeres son como Lucía Estrada?

—No hay mucha diferencia.

—Joder, te estás volviendo cada vez más misógino.

—Y a ti te va a bajar la regla un mes de estos si sigues usando las frases de tu mujer. ¿Soy misógino porque no creo en el compromiso? ¿Soy misógino porque no creo en el amor eterno? Solo son pamplinas que te inculcan en las películas y con las que sueñan las personas inseguras que son incapaces de vivir sin pareja porque no se sostienen de pie sin otro inseguro actuando de contrafuerte. La mayoría de las personas no buscan amor, aunque crean que sí, solo buscan no estar solos, a cambio de la compañía acaban renunciando a su libertad, a su espacio, a su identidad. Mírate a ti, joder.

—Cómo me alegro de haber aceptado tu invitación para celebrar la resolución del caso.

—No te cierres ahora usando el cinismo, sabes que digo la verdad, cada vez echas más a menudo la vista atrás para comparar lo que eres hoy con lo que eras antes, y no te gusta la evolución. Las parejas buscan estabilidad emocional y financiera, punto, y como renuncian a cosas importantes, se frustran y eso hace que la calentura de los primeros meses se diluya, primero se va la pasión, luego el cariño y por último el respeto.

Vergara dio la última calada al cigarro y tiró la colilla al suelo para pisarla. Había dejado de llover, pero la ciudad estaba

empapada aún y se esperaba que el fin de semana siguiera bajo la borrasca. Entraron en el local, agradeciendo la subida de temperatura y se pidieron la segunda y última copa de la noche para Mantilla.

La noche para Álex fue diferente. Tras marcharse su compañero, se le acercó una chica con una botella de cerveza en la mano y una cazadora de cuero roja sobre una camiseta de Ramones blanca, le pareció simpática y charlaron durante una hora. Llovía cuando se fueron al piso de ella, una suerte que la chica, Marga, tuviera su coche cerca del local.

A las cuatro de la madrugada y en completo silencio salía el inspector del piso, en la calle no había un alma y la lluvia no paraba; las opciones eran pedir un taxi o caminar durante tres cuartos de hora para llegar calado hasta los huesos. El taxi le dejó a las puertas de su casa veinte minutos más tarde. Se dio una ducha antes de meterse en la cama, en la que no paró de dar vueltas a lo último que había conversado con su compañero.

—¿Sabes algo de lo del niño ese de Samael?

—Me había olvidado por completo. El sargento de la civil no me ha llamado.

—Lo habrá olvidado también. Eso o es que no quiere nacionales dando por el culo en su caso.

—Es posible; pero, ahora que lo pienso, lo que más me extraña es que la chica no me haya llamado. ¿Cuál era su nombre?

—Alicia.

—No, Alba, se llama Alba Munuera.

Álex tomó el teléfono móvil de la mesita y observó la hora, luego se dijo: «mañana no me acordaré; además, si la chica estaba tan empecinada con que la ayudásemos, no le molestará una llamada de madrugada». Y llamó, no hubo respuesta.

«¿Por qué no has llamado esta semana? Dijiste que lo harías. El sargento tampoco lo ha hecho. ¿Quién duerme ahora? Joder, no tengo sueño».

Se levantó y puso la televisión, se encendió un cigarro y abrió el ordenador portátil para buscar el nombre de la chica; la sorpresa fue mayúscula al ver los primeros resultados de Google.

Capítulo 7

La carretera estaba desierta, hacía más de veinte minutos que no se había cruzado con nadie en ningún sentido, a pesar de eso no pasó del límite de velocidad ya que era aún temprano y no ganaría nada llegando antes de tiempo a su destino. Había comprado algo de comida y una botella de agua en un colmado de su calle que abría las veinticuatro horas del día y se montó en el coche para hacer algo de provecho ese fin de semana. Los planes que tenía hasta hacía unas horas se habían esfumado al conocer la noticia.

Mientras conducía, no hacía más que divagar entre preguntas que surgían en su cabeza: ¿había sido un accidente o algo premeditado?, ¿debió intuir que podía ocurrir algo así?, ¿por qué no le hizo caso a la chica? Estaba aterrada, claro que esa historia de conspiración narrada tras una cerveza en un bar a esas horas y con la mente del inspector en modo relax…

Ahora todo había cambiado, la noticia del atropello de Alba Munuera había modificado el planteamiento de la ecuación.

«Ella pensaba que su vida corría peligro, estaba completamente segura de ello, y de repente la atropellan. ¿Casualidad? No lo creo».

Miró al horizonte, aún no había amanecido y las densas nubes que no paraban de descargar agua sobre la provincia impedirían que la luz del sol llegase en las próximas horas. Los faros de su coche apenas creaban siluetas en los altos árboles de los márgenes de la carretera, el pavimento estaba resbaladizo por las hojas y el agua y la visibilidad para prever un accidente no era la aconsejable, menos aún porque él no conocía el camino y estaba cansado por no haber dormido. Tocaba madera para que no se le apareciese un ciervo de repente y acabar en la cuneta.

«Si la chica paseaba por un camino en unas condiciones parecidas a esta, no sería descabellado pensar que la atropellasen por la falta de visibilidad, pero el hecho de que no la socorrieran

después no es lógico, y menos en un pueblo donde todos se conocen y nadie dejaría tirado a un vecino tras haberlo atropellado».

El reloj marcaba las siete menos cuarto, demasiado temprano para hacer las llamadas de teléfono que tenía en lista de espera mentalmente. El GPS del móvil informaba de que llegaría poco después de las siete a su destino, donde esperaba encontrar algún sitio abierto en el que tomar un desayuno en condiciones. Ni siquiera debió ponerse al volante tras una noche tomando alcohol y sin apenas haber cenado, aunque desde la última copa habían pasado ya más de tres horas. A Álex Vergara se le daba bien conducir y su coche, un Ford Escort Cosworth en perfecto estado de conservación, era ideal para una carretera como esa, pero mejor divertirse en otro momento en que estuviese más lúcido y más centrado en la conducción que en la noticia de la muerte de la chica.

A lo lejos divisó el sudario de luces anaranjadas de las farolas del pueblo, se extendía por una suave ladera en pendiente desde su posición, aunque el aguacero impedía definir bien las calles, más bien describiría la visión como la que se contempla por un caleidoscopio. Ya quedaba poco para acceder a la calle principal que comunicaba con el centro y el monasterio que visitaban al año cientos de miles de personas.

El primer bar abierto que encontró no tenía aún clientes en su interior y un muchacho de no más de diecisiete años que bostezaba sin parar le dio los buenos días mientras colocaba tazas, platillos y cubiertos con tanto esmero sobre la barra como si se tratase de una formación militar romana. Álex Vergara pidió un café doble y una tostada con tomate y fue al baño a vaciar la vejiga en lo que el chico le preparaba el desayuno. Cuando sintió el hambre saciada y las energías repuestas, se lanzó a preguntar.

—¿Se sabe algo de la chica atropellada hace unos días?

—¿Cómo? —El chaval parecía aún no despierto del todo, o era esa su condición habitual, el inspector no podía saberlo.

—Hace unos días han atropellado a una chica, ha salido en las noticias.

—¿Es usted periodista?

—No, solo un turista curioso.

—Era una chica del pueblo, dicen que caminaba de noche por

una zona sin luz y la atropellaron, no sé más.

—Alba Munuera ¿verdad? Es el nombre que dice la televisión.

—Sí.

—¿La conocías?

—No mucho.

—Tendrás más o menos su edad y aquí en el pueblo os soléis conocer todos ¿no?

—No éramos amigos, no es de mi grupo.

—Entiendo.

Vergara no era de juzgar a nadie, menos aún por su aspecto, pero si le hubieran preguntado en ese momento diría que el chico jugaba en una liga muy diferente a Alba; la chica, cuando la conoció, no llevaba ropa cara ni a medida, pero era elegante en sus movimientos, educada, culta, discreta, parecía una chica de familia bien posicionada; todo ello sin contar la belleza física. Este chico era diametralmente opuesto, flaco, desgarbado, la ropa le quedaba muy grande, no estaba planchada y tenía algunas manchas, acné y el cabello despeinado, dientes torcidos y nariz aguileña enrojecida por la humedad de la mañana. Alba sabía hablar con seguridad y expresarse correctamente, el chico pensaba todo el rato lo que responder y no pasaba de dos palabras seguidas con titubeos. Era obvio que pertenecían a grupos de amigos diferentes, seguro que con planes también muy diferentes, tanto de futuro como de ocio cada fin de semana.

Podría haberle preguntado más cosas, incluso los nombres de los amigos de Alba, pero no quería parecer más curioso de la cuenta o llamaría la atención antes de tiempo. Pagó el desayuno y se marchó al coche, allí comenzó con las llamadas.

—¿Álex?

—¿Te he despertado, figura?

—¿Cómo llamas tan temprano? Es sábado. No, no me has despertado.

—No he dormido desde que te fuiste anoche del bar.

—No jodas. Espera que me levante. —Al otro lado de la línea comenzaron a sonar todo tipo de ruidos, crujido de rodilla, sorber de mocos, orinar, tirar de la cadena, poner el microondas…— Me estoy preparando un café.

—Ya lo imagino, me has tenido más de dos minutos imaginando,

cual ciego, lo que has estado haciendo.

—Dime ya qué haces y por qué llamas.

—Para hacer algo de tiempo y, de paso, decirte dónde estoy y por qué, nunca viene mal por si necesito a la caballería.

—¿La caballería? ¿De qué hablas? ¿Te has metido en un lío?

—Estoy en Samael.

—Joder, ¿te ha llamado la chica esa?

—Dudo que pudiera hacerlo, la atropellaron hace unas noches. Está muerta.

—¡Joder! ¿Has ido a hablar con los civiles?

—En parte.

—Eso me suena a que piensas investigar el fin de semana por si hay gato encerrado… ¡Espera! No, lo que te ocurre es que tienes remordimientos.

—Es posible. La chica vino a pedir ayuda y la tratamos como una lunática, nos avisó de que temía por su vida y ahora está muerta. ¿No te parece mucha casualidad que haya sido atropellada dos días después de ir a pedir ayuda?

—Hiciste lo que pudiste, más que eso, llamaste a la civil para pedir información sobre la muerte de ese niño.

—Eso no es hacer todo lo que uno puede.

—Álex, yo no hice nada y la ayuda nos la pidió a los dos; a pesar de eso no tengo remordimiento alguno porque sé, y tú también, que lo del niño es un caso de la civil en el que no podemos hacer más que llamar y preguntar, y eso ya lo has hecho.

—Sí, pero ahora indagaré algo más.

—¿Vas a meterte en líos? Qué pregunta, claro que sí, por eso me has llamado. Joder, voy para allá.

—No es necesario, al menos por el momento. Trataré de tener tacto e incluso pasar desapercibido.

—Eso no te lo crees ni tú.

—Olvida lo de venir, Raquel te mataría. Ya te iré contando si surgen novedades. Te dejo, tengo que hacer más llamadas.

—Pero…

Álex colgó para llamar al teléfono privado del comisario.

—¿Vergara? ¿Qué hora es?

—Temprano.

—¿Ha pasado algo?

Álex le hizo un resumen.

—Entiendo tu motivación, pero no tienes jurisdicción. Además, deberías haber llamado a la comandancia para exponer esos datos cuando supiste que la chica había sido atropellada y notaste ese recelo y opacidad por parte de los agentes destinados al caso del niño.

—Lo haré ahora.

—No sé si creerte, no has operado de esa forma cuando en el pasado has tenido otros arrebatos de llanero solitario.

—¿Solitario? ¿Cómo sabes que no está Sergio conmigo?

—Porque lo oiría protestar de fondo y su mujer lo mataría en cuanto él le dijese que se marcha todo el fin de semana a trabajar teniéndolo libre.

Álex sonrió.

—Te dejo, trataré de no meterme en líos.

—Llama a la comandancia.

—Sí, eso haré.

Colgó y volvió a marcar.

—¿Sí? ¿Quién es?

—Inspector de la Policía Nacional Alejandro Vergara, me encuentro en Samael y querría pedir cita para hablar con el forense que haya hecho la autopsia de Alba Munuera, una chica atropellada hace pocos días en esta localidad.

—Espere, voy a pasarle con el jefe del servicio médico.

—Gracias.

Tras algo más de un minuto esperando:

—¿Sí? ¿Inspector?

—Vergara, ¿con quién hablo?

—Bruno Cabrera, responsable del departamento forense.

—¿Hizo usted la autopsia al cuerpo de Alba Munuera?

—Así es, pero… que yo sepa, el caso lo lleva la Guardia Civil.

—Sí, sé que no tengo jurisdicción, pero conocía a la chica, de hecho estuve hablando con ella un par de días antes del suceso y, bueno, es por curiosidad, gajes del oficio.

—No sé si estoy autorizado, tendría que hacer unas llamadas.

—¿No podría hacer una excepción como favor personal?

—Pero no le conozco y ni siquiera sé si es realmente policía o un periodista.

—Tiene usted razón. Dígame si va a estar hoy en su puesto de trabajo para que pueda pasar a verle en persona e identificarme.

—En realidad yo no debería estar aquí, los fines de semana no trabajo, pero vine a buscar unos documentos y… Podría esperarle si no estuviese tan lejos.

—Podría ir mi compañero y estaría ahí en solo unos minutos.

—En ese caso… claro, esperaré.

—Se llama Sergio Mantilla, lo llamo en el acto, gracias por su atención.

Álex llamó a Sergio y le pidió el favor, de fondo se oían las protestas de su mujer. Vergara le prometió pagarles una buena cena como compensación, claro que se arrepintió en el acto cuando oyó a Raquel asegurar que elegiría el restaurante más caro de Madrid.

Por fin encendió el motor del coche, miró la hora, las nueve menos diez. El cielo seguía negro y la lluvia persistía, nadie por la céntrica plaza, ¿qué vecino o turista iba a pasear en esas condiciones? El aroma de las chimeneas se intensificaba por minutos e incluso entraba dentro del coche y se mezclaba con el del tabaco.

Llegó a su destino, aparcó ante la fachada de una casa de dos plantas, similar a casi todas las del pueblo. Antes tuvo que llamar a la central en Madrid para pedir la dirección, pues no quería preguntar a vecinos, ya se había excedido con el chico del bar donde había desayunado.

Se bajó del coche y corrió los pocos metros que lo separaban de la puerta de la vivienda, una suerte que tuviese un pequeño voladizo y allí se refugió a la espera de que respondiesen. La puerta se abrió solo unos centímetros y él se apartó hacia atrás por instinto, quedando bajo la lluvia.

—¿Sí? ¿Quién es usted? —preguntó una señora que debía ser la madre de Alba.

—Inspector de homicidios Álex Vergara —dijo a la vez que enseñaba la placa y la identificación—. ¿Puedo pasar para hacerles unas preguntas?

—¿La Policía? Ya hemos hablado con la Guardia Civil.

—Por favor, me estoy calando hasta los huesos, ¿podría pasar?

La mujer se lo pensó unos segundos y acabó abriendo del todo la puerta para permitirle el paso. Álex entró de un salto, aunque ya

estaba empapado.

—¿Es usted Beatriz, la madre de Alba?

—Sí.

—Le doy el pésame por su pérdida.

—Claro, gracias. Pase al salón.

—Después de usted, señora. ¿Está su marido en la casa?

—Está en el desván.

—Bien, me gustaría hablar con los dos. No les importunaré mucho, solo serán unos minutos.

—Está bien, voy a llamarlo.

—Tiene una casa muy bonita, señora —le dijo él a voz en alto cuando la mujer salía del salón. La estancia era formidable, predominando la madera natural en muebles, suelo y las vigas del techo, buen gusto, decoración rústica sin llegar a ser antigua y un generoso fuego al que se arrimó el inspector como si desease salir ardiendo.

—Buenos días —oyó a su espalda y se giró.

—Buenos días, usted debe ser Julián Munuera.

—Así es.

—Mi más sentido pésame por su pérdida.

—Gracias, ¿cómo es que la policía está investigando?

—Siéntense y les cuento.

Álex les habló de su encuentro con Alba en el Beer Station. La pareja oía sin parpadear, dando la sensación de que sabían que eso había ocurrido.

—Ella vino a pedirme ayuda y yo no le presté toda la que pude, ahora ha fallecido en trágicas circunstancias y he venido a… bueno, he venido tarde, pero creo que se lo debo a su hija.

—¿Ha hablado con el sargento Gabriel Mendía?

—Aún no, es mi siguiente parada. ¿Por qué debería hablar con él?

—Bueno, es quien lleva el caso, es quien más puede decirle sobre lo ocurrido.

—¿Ustedes no lo saben?

—Estaba dando un paseo, se hizo de noche y la atropellaron en un camino con poca luz.

—Comprendo… ¿Llovía como ahora?

—No recuerdo, es posible. —Álex sabía que no había llovido esa

tarde noche, se había asegurado de recopilar el máximo número de datos sobre lo ocurrido, incluyendo visitar la página web del Instituto de Meteorología.

—¿Salió sola a pasear?

—Eso no lo sabemos, a veces quedaba con amigas y otras veces paseaba sola.

—¿Les contó Alba que alguien pudiera querer hacerle daño?

—¿Por qué iban a hacerle daño?

—Ella me contó que sentía peligrar su vida, que estaba haciendo muchas preguntas, que ella no estaba de acuerdo con determinados sucesos que ocurren en el pueblo y que sospechaba que pudieran agredirla.

—Pero en este pueblo no hay delincuentes, no pasa nunca nada malo.

—En la última semana, y disculpe que le interrumpa, ha fallecido Alba, atropellada, y un niño pequeño con multitud de heridas de arma blanca. Y es más que casualidad que ella tema por su vida, que busque ayuda y la acaben atropellando dos días después.

—Sí, claro, pero no es habitual.

—Me dijo Alba que había perdido a su hermano pequeño hace unos años.

—Así es, murió de meningitis.

—¿Tienen más hijos?

Y la mujer rompió a llorar, antes había permanecido tan calmada que Álex habría apostado a que era un robot o estaba medicada para soportar el dolor. El marido la abrazó con calidez.

—Ya no nos queda nada —musitó él con amargura.

—Perdone que le corrija, espero que no sea algo descortés para ustedes, pero sí que les queda algo, les queda hacer justicia.

—¿Qué justicia? Alba ha sido atropellada y Dani murió enfermo.

—En el caso de Alba, la persona que la atropelló no la ayudó ni llamó por teléfono a una ambulancia, simplemente desapareció, así que sería lógico que se estuviese buscando al culpable para acusarlo de omisión de socorro, como mínimo.

—Eso lo estará haciendo el sargento.

—Está bien, no quiero importunarles más, aunque no descarto que tenga que volver a hacer más preguntas, les daré mi número de

teléfono por si recuerdan algo que pudiera ayudar, algo que les haya dicho Alba ese día o los anteriores.

—Gracias y disculpe que no le hayamos ofrecido un café, estamos…

—No se preocupen, ya he desayunado. Gracias nuevamente.

Una vez de nuevo en el coche, dos pensamientos o reflexiones: ¿cómo iba a aguantar todo el día empapado? Y ¿por qué la pareja con la que acababa de hablar estaba tan entera a menos de una semana de haber perdido a su hija en un trágico accidente, pero todo tornó en tragedia cuando se le recordó la muerte de su hijo pequeño? Encendió el motor y partió hacia el cuartel de la Guardia Civil.

Otra entrada a la carrera desde el coche y otro recibimiento hostil.

—Buenos días, por decir algo. ¿Aquí no para nunca de llover?

Una agente lo miró de arriba abajo en silencio hasta que respondió:

—Buenos días, ¿es periodista? Pensábamos que se habían ido todos ayer.

—No soy periodista. Inspector Alejandro Vergara de la Policía Nacional, hablé con un tal Felipe hace cinco días, quedó en que el sargento iba a ponerse en contacto conmigo y…

—El sargento está a punto de llegar, puedes esperarlo ahí —dijo señalando con el dedo hacia un rincón con varias sillas y una máquina de café.

Álex disimuló sacando un café de la máquina, como si fuese ajeno a que la agente aprovechó para llamar por teléfono entre cuchicheos, no hacía falta que le dijese que avisaba al sargento; así como el inspector, una vez tiró el vaso de plástico vacío a la papelera, imaginó que el tipo llegaría con alguna excusa preparada.

No solo una excusa, también un enfado en toda regla.

—Buenos días.

—Buenos días, sargento. Mi nombre es…

—Sí, recuerdo que uno de mis agentes me informó de su llamada, no tuve tiempo de hacerlo, ya comprenderá que aquí se han puesto las cosas feas. Acompáñeme a mi despacho.

—¿Ocurre algo?

—¿Aparte de tener que trabajar un sábado con este temporal?

—Supongo que una dotación pequeña como la de este pueblo no está acostumbrada a casos como los dos que llevaréis entre manos y ocurridos tan de repente.

—¿Casos? ¿En plural?

—¿La chica atropellada no se está investigando?

—Solo fue un atropello. —El sargento ya había dejado su abrigo sobre el perchero y buscaba entre algunas carpetas archivadoras, hablando sin mirar a Álex y con un tono de tedio.

—Pero la persona que atropelló a Alba no se bajó a socorrerla ni llamar a una ambulancia.

—Es una zona complicada, un camino sin asfaltar, de noche, mala visibilidad estos días de lluvia.

—No llovía, lo he comprobado, y con los faros encendidos no comprendo que no viese a la chica.

—Pues ya ves que Alba tampoco vio el coche o se hubiera apartado.

—Quizás iba con las luces apagadas.

—Eso es una conjetura, no un hecho, además, el motor sí lo oiría; de acuerdo, podría tratarse de un coche eléctrico, pero el sonido de rodadura sobre la arena y la grava una noche en la que iba sola…

—¿Ya están seguros de que iba sola?

—Oiga, nadie la socorrió ni alertó, así que obviamente iba sola.

—De acuerdo. No quiero molestarle más. ¿Ya tiene los informes definitivos de la autopsia?

—Así es.

—¿Podría verlos?

—Bueno, no me parece que…

—Entre compañeros, ya sabe, solo para quedarme más tranquilo. Alba vino a verme unos días antes del atropello, estaba alterada y me pedía que investigase sobre la muerte de su hermano pequeño. Ya he comprobado que murió de meningitis hace unos años, la chica estaba algo confusa, no sé si me explico. En fin, que me gustaría poder marcharme a mi casa sabiendo que la chica fue atropellada y no se trata de un asesinato u homicidio; viendo la autopsia me quedaría más tranquilo.

—Está bien. Deje que mire a ver dónde está… sí, aquí —dijo tras revolver entre las carpetas sobre su mesa.

Álex tomó la carpeta y la abrió, pasó las hojas echando un vistazo y devolvió el informe al sargento.

—Pues muchas gracias por su atención y disculpe si le he supuesto un atraso en sus tareas.

—Nada, a mandar, en el fondo somos todos compañeros.

—Pues pase un buen día y fin de semana, ya me marcho.

—Sí, será mejor que regrese a Madrid, está calado y pillará una pulmonía si no se cambia de ropa pronto.

Álex sonrió como respuesta y se marchó del edificio tras un cordial buenos días a la agente de la recepción, que devolvió la despedida musitando el mismo mensaje y sin quitarle ojo de encima.

Entró en su coche y se dirigió al mismo bar en el que había desayunado, pero antes hizo una parada en la escena del atropello de Alba, ni siquiera se bajó del coche, todo lo que deseaba ver lo tenía ante sus ojos al otro lado del parabrisas.

Pidió una nueva tostada al camarero, aunque esta vez se decantó por una cerveza sin alcohol para no tomar más café. El motivo para elegir el mismo lugar era la enorme chimenea que el bar tenía al fondo y que tras casi dos horas ya contaba con un fuego que iba a secar su ropa y hacerle recuperar la temperatura.

Y entonces vio que tenía dos llamadas perdidas de Sergio, no había sentido la vibración al llevar el teléfono en un bolsillo de la cazadora y en modo silencio para hablar sin interrupciones con los padres de Alba. Llamó a su compañero en el acto.

—¿Álex?

—Cuéntame.

—No te lo vas a creer.

—Claro que sí, seguro que no hay informe forense, que ha desaparecido milagrosamente; incluso apostaría a que el cuerpo ya no está porque se ha cerrado todo como accidente y no como posible homicidio, así que la chica… sorpresa, está incinerada y no se puede repetir la autopsia.

—¿Has hablado con alguien?

—No, simple deducción tras lo que estoy viendo en el pueblo. He hablado con los padres de la chica y con la Guardia Civil, pero ahora me urge que me des un dato importante, porque estoy seguro de que le has preguntado al forense, tras descubrir que había

desaparecido todo, los detalles en el cuerpo de la chica, ¿cómo fue atropellada?

—Tenía marcas de neumáticos que la aplastaron, con la peculiaridad de que había dos direcciones.

—La atropellaron una vez y luego otra para rematarla.

—Eso se deduce de las heridas, sí.

—Yo acabo de ver un informe en el cuartel y aparece solo una dirección de atropello, y como te podrás imaginar no hay una sola foto, en el informe no hay foto alguna a pesar de tratarse de una autopsia.

—Es falsa.

—Sí, está firmada por un tal Aurelio Ruiz.

—Me pondré con ello.

—Gracias, espero que ya estés de vuelta en casa para que Raquel no te pida el divorcio.

—Olvida las bromas. ¿Qué más tienes?

—Los padres de la chica, de Alba Munuera, ya sabes a lo que me refiero.

—Su actitud.

—Así es, también la de los guardias civiles. Y todos dicen que la chica fue atropellada por la poca visibilidad, aseguran que llovía, pero el informe meteorológico dice que esa noche no llovió. Tampoco parece ser anómalo para ellos que el conductor no se bajase a socorrerla y haya desaparecido.

—Con solo lo que se está descubriendo en estas pocas horas, ya se podría hablar de que algo raro sucede en ese pueblo, pero si le sumas lo que nos dijo la chica aquella noche en el bar…

—Ya no parece todo tan conspiranoico. Oye, te llamo luego, tengo que ordenar ideas.

—De acuerdo.

Álex sacó su ordenador portátil de la mochila que había echado al maletero al salir de casa, una pena no haber previsto una muda o dos de ropa seca, y lo abrió a la vez que daba buena cuenta de la tostada, el camarero se la había dejado en la mesa en silencio mientras el inspector se despedía de su compañero.

Se limpió las manos con varias servilletas de esas minúsculas que no sirven para nada y que están apretadas dentro de un cubo de acero inoxidable, volvió a limpiarse en los costados del pantalón

vaquero y creó un archivo nuevo de texto en el que comenzó a apuntar todo lo que había recabado por el momento, creando una línea temporal, un listado de datos, fechas, nombres y relaciones entre ellos. Pero primero escribió una especie de prefacio con las palabras de Alba Munuera en el bar Beer Station una semana atrás.

- Hermano muerto en un ritual religioso con el beneplácito del pueblo.
- Muchos niños más y se remonta a más de un siglo.
- El niño aparecido esos días acuchillado es la última víctima o sacrificio.
- El pueblo está controlado por una élite y todos guardan silencio porque se benefician económicamente.
- Temía por su vida y acabó atropellada… dos veces.

Álex puso en negrita el texto de la última línea y apuró la cerveza. Pidió otra y siguió con la tarea.

Capítulo 8

El cerrojo emitió el mismo chasquido que seguro hacía cientos de años atrás, cuando los primeros dirigentes de la congregación atravesaban las mismas puertas para los mismos menesteres. A los ojos del padre Anselmo tampoco habría mucha diferencia entre las pisadas que las alpargatas mojadas dejaban sobre los suelos de piedras de esos pasillos centenarios. ¿Para qué cambiar lo que está bien? Esa norma estaba muy arraigada entre los miembros, todos ellos ancianos, del grupo que se reunía por cuarta vez esa semana para tratar el contratiempo que había surgido.

Un detalle que sí había cambiado con el paso del tiempo, quizás el único, era la iluminación; los pasillos tenían bombillas conectadas por un rudimentario y antiguo cable que estaba apuntalado con tornillos a la pared, pronto seguro que sustituirían las que se fundieran por esas led que todos los vecinos usaban en sus casas, aunque posiblemente se quejase algún hermano por tomar esa decisión. También llevaban en la mano una pequeña linterna por si los días de tormenta como ese se quedaban sin electricidad. Antiguamente, y eso lo recordaba muy bien el padre Anselmo de cuando no era más que un novicio, se movían usando candiles de aceite.

El eco de sus pisadas parecía poner ritmo al fundirse con sus pensamientos, un sonido lúgubre en un ambiente idéntico para el futuro agorero al que deberían enfrentarse si no hacían algo por remediar los errores cometidos esos días atrás.

Un pasillo, otro, otro más. El edificio se veía imponente desde fuera, a pesar de eso, nadie imaginaría el infinito laberinto de pasadizos que había horadados bajo tierra; cualquiera que se adentrase sin conocer los caminos se perdería sin remedio y tardaría días en encontrar la salida, pero él lo había recorrido miles de veces y podía orientarse incluso con los ojos cerrados.

Emitió un chasquido con la boca al recordar lo ocurrido nueve días antes, nunca se había producido un error como aquel. Cientos de veces, el ritual se había realizado cientos de veces sin descuidar todos los detalles, pero no esta vez y las consecuencias las estaban sufriendo originando quebraderos de cabeza e inseguridad en la congregación. Más aún de cara a los electos, que estaban muy preocupados y también furiosos.

Llegó al final del último pasillo y empujó la puerta de madera que no estaba cerrada con llave cuando albergaba reuniones. Comprobó que ya estaban todos y aguardaban su presencia para empezar.

Una mesa de madera tan antigua como el lugar, cuadrada y de cuatro por cuatro metros, veinte asistentes, incluyendo al padre Anselmo, que habían llevado agua por si se estiraba el evento durante horas, y nada más que paredes de la misma piedra que conformaban el techo y el suelo. Aquel lugar se construyó de la forma espartana que tenían los religiosos para vivir en una época muy diferente a la actual, lo que hacía que a veces se quejasen para tratar de actualizar la sala; por supuesto el padre Anselmo, que seguía durmiendo sobre un madero a modo de cama en una celda del monasterio, se negaba en rotundo y el resto se limitaba a esperar a que muriese para que el cargo pasara a manos de alguien más actual y flexible con las normas.

Claro que hoy nadie iba a pensar en esos detalles, todos parecían asustados.

—Bien, empecemos.

—¿Qué ha dicho Munuera?

Anselmo se giró para responder al abad Vicente, sentado a su izquierda.

—Munuera y su mujer están asustados y afligidos por la pérdida de su hija, como es lógico. Hablé con ellos y comprenden la situación, no darán ningún problema.

—No me fío de ellos. Ya sabéis que Dios aprieta, pero no ahoga; me fío de los apretados, pero no de los ahogados, ellos lo han perdido todo y son peligrosos.

—Eso es cosa mía, Vicente. Ellos están vigilados.

—¿Y la investigación?

—Eso es lo complicado. He podido paralizar que la Guardia Civil

de fuera del pueblo investigue la muerte del crío, pero lo de la niña Munuera ha sido más complicado, la autopsia ha desaparecido, las fotos que realizaron los de fuera que vinieron y también…

—Pero padre Anselmo, esas fotos digitales pueden sacarse copias.

Frunció el ceño por haber sido interrumpido, pero no dijo nada al respecto, solo respondió ante la duda.

—Ha costado mucho dinero, pero las personas que han borrado las fotografías han sido bien remuneradas por el favor y dudo que vayan a dar problemas en el futuro porque ellas mismas se han convertido en parte del delito con sus acciones. Y siguiendo con la exposición, si es que no hay más dudas que aclarar antes de tiempo, decir que los guardias civiles del pueblo se afanan en hacer su trabajo, que, además de mantener la paz y el orden en las calles, es devolver todo a la normalidad y que se olvide esta pesadilla de una vez. Os preguntaréis dos cosas, la primera es el motivo de esta reunión si hasta ahora seguimos como antes; pero no es así, hay un dato nuevo, uno molesto, o más bien una persona. Algunos ya sabréis que ha llegado al pueblo un policía de la capital, va por libre y está investigando, metiendo la nariz donde no debe; es importante que todos sepan que no es bienvenido.

—¿Estás sugiriendo que sufra un accidente?

—No, Gabriel, ya hemos tenido bastante con el accidente de la niña Munuera, vamos a dejar de avivar las llamas con gasolina y tratar de taparlas con un trapo húmedo. La idea no es evitar que él husmee, sino que nadie le cuente nada, que pasen los días y no descubra nada. Tarde o temprano se cansará y regresará a Madrid.

—¿Podríamos pagarle?

—Ese tipo está trabajando en fin de semana, nadie le ha pagado para hacer esto. No descarto que tenga un precio, pero podría ser un idealista y cometeríamos el error de indicarle que va por la buena senda si tratamos de comprar su voluntad. Es mejor vigilarlo, saber dónde está en todo momento, qué es lo que sabe y lo que va descubriendo, que espero que no sea nada, y esperar con paciencia.

Se produjo un murmullo de varios segundos en los que se susurraban lo que parecía una aprobación unánime. Y Anselmo continuó hablando.

—Menudo error cometimos con el crío y luego sucedió lo del

accidente de la chica…

—¿Sigue Ángel castigado?

—Y veremos a ver si sale algún día de la celda; no debimos darle tanta libertad. Seguro que se escapó, cogió un coche y… mirad qué desastre.

—Es como un niño, su cabeza no rige.

—Por eso hay que tenerlo controlado; mejor encerrado que no saber dónde está. De todas formas —Anselmo murmuraba para sí—. Ángel no sabe conducir, es tan extraño.

—¿Y con respecto a… lo otro?

—Es cierto, el segundo motivo principal de esta reunión. El ritual con el niño no se terminó, debemos poner fecha lo antes posible o este año se romperá la cadena empezada por los primeros hermanos hace siglos. Los electos no querrán esperar un año, de hecho ya me lo han hecho saber.

Capítulo 9

A pesar de que la ropa se estaba secando y ya no tiritaba de frío, Álex sabía que no podría quedarse todo el día en aquel rincón del bar. Si se había trasladado al pueblo era para hacer trabajo de campo, para quedarse ante el ordenador ya tenía su casa. El problema es que aquello no iba a solucionarlo en unas pocas horas, ni siquiera en todo el fin de semana, así que lo más inteligente era buscar un hostal, hotel, apartamento en alquiler, cualquier sitio donde poder dormir y darse una ducha cada día, además de conseguir ropa. El domingo haría balance de lo obtenido y calcularía las posibilidades de resolver el enigma con el que se había topado.

Pagó la cuenta y se marchó al coche, era evidente que las miradas recelosas de los que habían entrado en el local mientras él descansaba no lo eran por tratarse de un turista, pues ya estarían más que acostumbrados a recibirlos cada fin de semana. Algo se cocía tras los muros de las casas de Samael y no había que ser muy inteligente para saber que guardaba relación directa con lo ocurrido a Alba Munuera, seguro que también al niño asesinado a puñaladas y, ¿por qué no?, al propio hermano pequeño de Alba unos años atrás.

Salió por la puerta con un enfado mayúsculo, era el quinto establecimiento en el que le decían que estaba todo ocupado, tres hostales y dos hoteles. Pero si no había apenas nadie por las calles, y dentro de esos hoteles y hostales no había una sola persona por los pasillos y zonas comunes, ¿y esas miradas de los recepcionistas? No pensaba darse por vencido y siguió probando calle por calle, tras una hora y media más decidió serenarse y pensar.

«¿Esto es una broma? ¿Qué ocurre en este pueblo para que ni un solo empresario hostelero quiera darme alojamiento? La Guardia Civil, los padres de la chica, los hosteleros y los vecinos… todos

quieren que me marche».

Hizo una llamada a su compañero y le contó lo sucedido.

—Tío, parece una película de terror.

—Totalmente, ya no sé qué hacer, salvo reservar habitación en el pueblo o aldea más cercano, tampoco sería mucho inconveniente.

—Perdona, estoy algo congestionado y escucho mal, además, estaba pensando en Fonseca.

—¿Fonseca?

—Sí, el sargento de la brigada de Desapariciones; él siempre me dice que Samael es un pueblo idílico, su mujer nació allí y van de vez en cuando a pasar un fin de semana en primavera.

—¿Recuerdas si ha mencionado que tengan una casa en el pueblo o recurran a un hotel?

—Pues no recuerdo eso.

—¿Podrías llamarlo? No tengo su teléfono.

—Yo tampoco, llamaré a la comisaría y pido su número. Me limitaré a decirle que vas al pueblo como turista, por si tiene alguna casa allí y puede prestártela estos dos días.

—Sí, por favor.

Mientras Sergio hacía ese trámite, él se decidió a buscar tiendas de ropa en las que comprar lo necesario para cambiarse y tener alguna muda más por si acaso, además de un colmado en el que adquirió utensilios de aseo personal. Aunque no lo recibieron precisamente con efusividad, al menos no se negaron a venderle lo que él eligió en varios de esos establecimientos.

Por fin llegó la llamada de Mantilla.

—Álex, Manuel Fonseca y su mujer tienen una casa, te paso la dirección y busca en el número de al lado, el catorce, a la señora que tiene copia de la llave, ella te la dará.

—Espero no meter en un lío a Fonseca y a su mujer.

—Es posible que sí, pero también pienso volver a llamar ahora para que su mujer me conceda una entrevista.

—Estaba pensando en lo mismo. Sería un paso adelante formidable que alguien nacido en el pueblo nos comentase sobre habladurías, porque los que residen aquí no pueden ser más herméticos y distantes.

—Dame unas horas y te cuento lo que averigüe. No voy a llamarlo para decirle lo que estás haciendo hasta que me mandes un

mensaje al móvil asegurándome que ya estás dentro de la casa; no me fío de que su mujer de repente encuentre una excusa que te impida alojarte allí. Cuando hable con ella y le revele tus intenciones y lo ocurrido, estaré atento a su reacción.

—Bien pensado, te mando ese mensaje en unos minutos. Ya me llegó la dirección, gracias, voy para allá.

Al circular ante la fachada de un restaurante de nombre Montia, se fijó en una chica joven que no disimuló su interés; una mirada desconfiada bajo el punto de vista del inspector. Su coche no ayudaba a pasar desapercibido en un pueblo lleno de esos todo-camino enormes e iguales entre sí que se habían puesto de moda. Un coche clásico, con motor muy ruidoso y blanco… un blanco perfecto para las miradas. La hostilidad que percibía crecía por momentos y a él le apetecía refugiarse unos minutos en la casa de Fonseca para respirar hondo y darse una ducha caliente.

Bendito GPS, qué gran invento cuando uno se mueve por pueblos desconocidos y con todas las calles y casas iguales, eso pensó al llegar a la dirección y llamar al número catorce, un tipo de unos setenta años abrió la puerta con recelo.

—¿Qué desea?

—Buenas tardes, soy amigo y compañero de trabajo de Manuel Fonseca, me ha comentado que la mujer que le cuida la casa vive aquí y que podría darme la copia de las llaves para pasar el fin de semana.

—Vicenta está en la cocina, voy a buscarla. —Y le cerró la puerta en las narices, aunque Álex tampoco esperaba un trato mejor.

La puerta se abrió de nuevo un minuto después y apareció una señora de la misma edad que el que sería su marido, en torno a setenta años. Se limpiaba las manos en un delantal marrón mientras lo observaba.

—¿Y bien? —preguntó Álex con la paciencia ya casi al límite.

—¿Y bien qué?

—¿Es usted quien me dará la llave de la casa de mi compañero y su mujer?

—Tendría que llamarlo por teléfono para asegurarme, como comprenderá.

—Bien, la espero.

Sergio estaría llegando a la casa del sargento Fonseca más o menos al mismo tiempo que la vecina del pueblo le daba la llave. El inspector sentía la cabeza ardiendo y la nariz totalmente taponada, no dejaba de gastar pañuelos desechables y la medicación no le estaba sirviendo para nada; a pesar de eso había tratado de fingir que estaba recuperado para salir de nuevo de su casa sin que su mujer se enfadase, sin mucho éxito.

«Vas a provocar mi divorcio, capullo», pensaba cuando llamó al telefonillo del edificio.

—¿Sí?

—Soy Sergio.

—Sube.

El sargento, intrigado por la petición de la casa, ahora ya no ocultaba su curiosidad al recibir la visita, así que preguntó directamente antes de que Mantilla cruzase la puerta abierta.

—¿A qué viene todo esto de la casa del pueblo y esta visita? No me creo lo de que prefiera alojarse en mi casa antes que en un hotel, no creo que Vergara ande mal de dinero ni ha sido nunca un gorrón. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Te lo explico dentro. —Tenía que hacer tiempo, aún Álex no había mandado el mensaje—. Siento interrumpirte y a tu familia, seguro que estabais a punto de comer.

—En unos minutos, sí, pero pasa y tómate una cerveza. Por cierto, tienes una pinta horrible.

—La gripe, no me quedaré mucho para no contagiaros. Preferiría un vaso de agua en lugar de cerveza, gracias.

Lo acompañó a la cocina, olía delicioso el guiso que reposaba sobre la placa vitrocerámica. La mujer de Fonseca llegó y saludó con cortesía tras la presentación, pues no había coincidido nunca con Sergio en el pasado; al fondo, seguramente el salón o un dormitorio, se oía a dos niños jugando a viva voz.

Sergio esperó a que le dieran el vaso de agua y bebió despacio ante la mirada impaciente de sus anfitriones.

—Joder, Mantilla, di algo. ¿A qué viene tanto misterio?

Y por fin el mensaje:

Perdona que no te llamase antes, ya estoy dentro

Sergio hizo el resumen de lo ocurrido; Fonseca y su mujer no se mostraron más sorprendidos de lo esperado.

—¿Ha ido a investigar el fin de semana un caso de atropello que lleva la Guardia Civil?

—Y también cree, creemos, que esté relacionado con el niño que apareció asesinado unos días antes.

—El comisario estará que trina.

—Bueno, en nuestro tiempo libre podemos hacer lo que queramos.

—La Guardia Civil en los pueblos suele ser complicada de manejar cuando llegas con la placa de nacional.

—Lo sabemos todos. En fin, quizás solo sean impresiones equivocadas, pero Vergara se lo ha tomado muy a lo personal porque esa chica nos pidió ayuda, temía por su vida y ha acabado muerta a los dos días.

—Comprendo, de todas formas y estando tú con gripe, podías haberme dicho esto por teléfono o haber llamado él directamente desde el pueblo.

—Lo que ocurre es que también quería hablar con vosotros, especialmente contigo —dijo refiriéndose a la mujer—, sobre cualquier cosa que pudierais contarme relacionada con niños que desaparecen en Samael.

—¿Con… niños? —preguntó la mujer. El inspector notó el nerviosismo en el tono de voz y titubeo.

—Tengo entendido que naciste allí, ¿hasta cuándo no saliste del pueblo? ¿Han vivido tus padres allí toda su vida? ¿Has tenido hermanos? Supongo que habrás crecido con habladurías, como en todos lados.

—Espera, espera, ¿estás interrogando a mi mujer?

—No, solo le pregunto por lo que haya oído, aunque sean simples rumores o cuentos para que los niños se vayan a la cama.

—Pues parece un interrogatorio.

—Tranquilo, Manuel, no pasa nada —calmó ella a su marido—. Es cierto que hay cuentos para niños en todos los pueblos y ciudades, pero ahora mismo no recuerdo nada relacionado con niños que desaparecen, quizás… espera. —Se dio unos ligeros toques con el índice de la mano derecha en la barbilla mientras buscaba en la memoria—. Las monjas del colegio nos solían decir

que nos portásemos bien o el ángel malo nos llevaría, claro que debe de ser una amenaza típica de los colegios religiosos para calmar a las fieras, sobre todo en aquella época.

—El ángel malo… ¿se referiría al diablo?

—Supongo, al ángel caído.

—¿Y por parte de los padres? ¿Habladurías o amenazas de ese tipo?

—No recuerdo nada de eso, mi familia salió del pueblo cuando apenas yo tenía ocho años y nos asentamos en Madrid.

—Pero habéis conservado la casa allí.

—Nunca la vendieron, es cierto.

—¿Viven tus padres?

—Sí, aunque no están muy bien de salud. Mi madre está enferma del corazón, tiene un marcapasos de esos con desfibrilador incorporado. Mi padre está en la fase final del Alzheimer.

—Vaya, lo siento.

Fonseca intervino de nuevo.

—Sigo sin comprender a qué viene todo esto. No veo la relación entre el atropello de la chica con el niño asesinado, y menos aún las habladurías o cuentos de los niños.

—Según la chica que fue atropellada, en el pueblo matan a niños pequeños como ritual u ofrenda religiosa, una ceremonia que se ha repetido durante siglos.

—Eso es una barbaridad —dijo la mujer—, se habría sabido, lo hubieran denunciado, los padres de esos niños no guardarían silencio.

—Es posible, pero la chica temía por su vida y murió a los dos días. Álex está allí barajando en estos momentos cualquier posibilidad, incluida la de las habladurías. Por cierto, debo insistir, ¿a tu madre le importaría que fuese a verla ahora para hacerle unas preguntas?

—No sé, está muy delicada de salud.

—¿Y su teléfono para que pueda hablar con ella sin molestarla más de lo debido?

Mantilla salió del edificio escribiendo un mensaje de teléfono antes de entrar en el coche.

> La familia de la mujer de Fonseca salió del pueblo cuando ella tenía ocho años, ¿huían de algo o de alguien? Voy a hablar con la madre.

Por cierto, antes ha dicho «los padres de esos niños no guardarían silencio», qué curioso…

Iba a llamar a la anciana cuando entró la llamada de Vergara.

—¿Se puso nerviosa?

—Sí, sobre todo al contarle lo de los rituales religiosos.

—¿Qué has querido decir con eso de que los padres de esos niños guardarían silencio?

—La mujer de Fonseca ha mencionado que, de ser ciertos, esos rituales se habrían dado a conocer, que se habrían denunciado y que los padres de esos niños no guardarían silencio.

—¿Ha usado esas mismas palabras?

—Sí.

—Guardar silencio…

—No solo es una expresión que puede esconder un hábito entre los vecinos, también está el hecho de que yo no mencioné en ningún momento que los niños muertos en los rituales fuesen oriundos del pueblo.

—Pero ella así lo ha dado por sentado, quizás casualidad, quizás un descuido. Llama a la anciana y me comentas lo que hayas podido sacar.

—¿Qué vas a hacer tú?

—No pienso quedarme en la casa de Fonseca, aunque es bastante acogedora y ya me había acomodado ante el fuego. Iré a remover un poco el avispero.

—Cuidado con las picaduras.

Las estancias de la casa eran generosas y la decoración, aunque desfasada un par de décadas, se conservaba en un excelente estado. La cocina disponía de un frigorífico de dos cuerpos verticales, pero apenas había dentro dos botellas de agua, una tarrina a medio usar de mantequilla ya caducada y ajos secos; en la parte del congelador había una gran bolsa de hielo, seguro que comprada en una gasolinera o colmado cercano. Buscó en las alacenas, solo había alimentos no perecederos como pasta, arroz, miel, sal, azúcar y latas de conserva para alimentar a una docena de personas durante una guerra. El sexto sentido de Vergara hizo que fuese al salón y encontró tras la segunda puerta que abrió del mueble de comedor una generosa provisión de botellas de licor. Tomó una de Johnnie Walker etiqueta negra y fue a la cocina.

«Fonseca, cabroncete, cómo te gusta cuidarte».

Un vaso limpio, una pieza grande de hielo y llenó el resto con el licor. Salió al patio interior y comprobó que era de un buen tamaño, aunque se notaba que hacía tiempo que no se cuidaban las plantas y las malas hierbas habían invadido el espacio. Sacó una silla de la cocina al exterior y se sentó a beber una copa y fumarse un cigarrillo, así se relajaría y pensaría bien qué hacer, dónde y cómo a continuación.

La cazadora estaba colgada en el respaldo de una silla ante la chimenea, ya completamente seca, se la puso y, tras cerrar con llave la puerta del patio y colocar el protector de metal ante el fuego de la chimenea, se marchó para dar un paseo por las calles del pueblo.

Tocaba hacer algo inusual en el trabajo de un investigador, pero a él se le daba de fábula y siempre le había funcionado en el pasado, a pesar de saber que su compañero estaría en Madrid sin poder pensar en otra cosa. El bueno de Sergio Mantilla siempre protestaba antes, gruñía durante y reía a carcajadas tras agitar un avispero, como le gustaba denominarlo al inspector Vergara.

Y si había que hacerlo, pues se haría a lo grande.

Fue preguntando a cada vecino con el que se encontraba por lo sucedido con el atropello de Alba Munuera y por el crimen del niño pequeño, además de consultar por desapariciones de niños en el pasado; no tenía reparos en presentarse como inspector de policía y se mostraba educado pero también directo y seco a la hora de indagar sobre las vidas de los fallecidos y también datos sobre sus familiares. Esa conducta repetida durante tres horas habría provocado a esas alturas que la primera parte de su plan se llevase a cabo con la eficacia requerida.

Y tras mirar la hora en el teléfono móvil, las seis y media, se marchó al centro para recorrerse los locales en los que pudiera encontrar reuniones de vecinos tomando unas cervezas. Esa segunda parte era la más divertida siempre, aunque hacerlo en solitario era peligroso, su arma reglamentaria serviría de poco y sacarla solo provocaría una suspensión de empleo y sueldo con expediente disciplinario incluido; ya no digamos si llegaba a disparar.

—Ponme una cerveza —dijo en el primer bar que encontró; en el interior había cinco personas, además del camarero, y fuera

fumaban y bebían tres más.

Se tomó la mitad de la cerveza despacio, sintiendo las miradas y los silencios incómodos; una pena, porque le habría gustado que el ruido de las conversaciones amortiguase el reguetón que sonaba por los altavoces. Salió con la botella en la mano a fumar a la calle y allí, tras encender el cigarrillo y dar dos caladas, preguntó al grupo de tres chicos:

—¿Sabéis algo de lo ocurrido con Alba Munuera?

—¿Por qué lo preguntas? —dijo uno de ellos, los tres lo observaban detenidamente.

—Soy inspector de policía, ¿sabéis algo o no?

—No. —El tipo que parecía ser el portavoz, quizás por ser el más corpulento, dio una calada a su cigarrillo tras la escueta respuesta, tiró la colilla al suelo y la pisó a conciencia, luego se marchó al interior del bar escoltado por sus amigos.

—Esperad. —Ellos se volvieron hacia Álex—. ¿No es raro que no sepáis nada? Seguro que os conocéis todos en el pueblo y la chica no tendría muchos menos años que vosotros. Algo sabréis sobre ella, ¿no?

—No teníamos trato, no sabemos nada, era de otro grupo.

—¿Dónde podría encontrar a ese grupo?

—¿Eh? Ni idea.

—Has dicho que era de otro grupo, entonces sabes con quiénes iba, podrías darme nombres y dónde suelen salir por las tardes.

—¿Por qué iba a hacer eso? Pregunta a los guardias civiles o a los padres de Alba. Haz tu trabajo.

Estando Sergio a su lado, ahora tocaría elegir si seguir insistiendo hasta provocar una pelea o seguir agitando por otros lugares. Álex eligió la segunda opción, quedaban muchas horas por delante y no era positivo precipitar las cosas. Apuró su cerveza, tiró el cigarrillo a medio fumar y se marchó.

Llevaba tres bares obteniendo los mismos resultados cuando apareció un coche patrulla de la Guardia Civil, el inspector ya llevaba tiempo esperándolos. Del coche se bajaron la chica que había conocido en la recepción esa misma mañana y un desconocido, ambos de uniforme y caminando decididos hacia su encuentro.

—Inspector, parece que se lo está pasando bien.

—El pueblo es precioso, tiene mucho ambiente por las calles y en los locales, así que lo afirmo, me lo estoy pasando bien.

Los dos agentes se miraron entre ellos sin saber cómo continuar, así que lo hizo Vergara:

—¿Ha pasado algo? ¿Me estoy comportando mal y vienen a detenerme? Porque no estoy de servicio y puedo beber alcohol, tampoco he cogido el coche, así que no creo haber infringido ninguna ley.

—Verá, hay vecinos que se han quejado por haber recibido preguntas incómodas.

—¿Es motivo de queja para un ciudadano que le pregunte un agente de la ley por una investigación?

—Bueno, no hay investigación por lo de Alba Munuera, fue un atropello, y además, aunque fuese un caso abierto, usted no tiene potestad.

—No la tengo en ningún caso abierto en el pueblo, es cierto, pero puedo hacer preguntas a quien me plazca, ¿no es así? Que yo sepa, este es un país libre, a no ser que este pueblo esté bajo la soberanía de otro gobierno y yo no haya sido informado.

—Verá, inspector, lo cierto es que hemos venido principalmente para advertirle que los hombres del pueblo no se toman bien ciertas cosas, como las preguntas indiscretas de un extraño, por muy policía que sea. Es para evitar conflictos, una pelea, ya sabe.

—Si a los vecinos les molesta tanto que alguien quiera averiguar qué ha pasado con el niño asesinado y con la chica atropellada como para liarse a golpes con quien ha llegado a hacerlo, es que algo raro se cuece aquí.

—¿Algo raro? ¿Qué se iba a cocer aquí?

—Es lo que pienso averiguar. Y ahora me marcho, vamos a ver qué más tiene que ofrecer el pueblo. —Álex los obsequió con su mejor sonrisa, además de guiñarle un ojo a la chica, Julia, y luego decirle de forma seductora—. Si deseas escoltarme, puedo esperar a que te cambies de ropa y me acompañes a cenar y tomar una copa luego.

La agente miró a su compañero, estaba algo azorada, luego observó a Álex y respondió.

—No creo que… no es lo debido, tengo trabajo.

—De eso iba la oferta, de trabajo, de que te asegures de que no

me meta en líos.

Ni ella ni su compañero respondieron, se limitaron a observar cómo el inspector se alejaba calle abajo.

Antes de entrar en el cuarto bar, recibió la llamada de Mantilla.

—¿Sergio? ¿Aún andas fuera de casa? Raquel te va a matar.

—Lo sé, tendrás que acogerme en esa cueva en la que vives.

—¿Tienes algo?

—Estoy en una cafetería, acabo de hablar por teléfono con la suegra de Fonseca y creo que oculta algo, no solo eso, también parecía estar prevenida de mi llamada y las intenciones de mi entrevista.

—Era de imaginar a estas alturas.

—Se ha limitado a decirme que salieron del pueblo por una oferta de trabajo para su marido en la capital, pero no me ha resultado convincente. De las habladurías, nada, ha tratado de reírse para quitarle importancia, pero ese tono de voz…

—¿Por qué no hablan? No lo hacen ni los que se han marchado hace décadas del pueblo. ¿A qué o quién temen?

—Creo que eso es lo que hay que averiguar, de ese modo sabremos qué es lo que ha pasado y sigue pasando entre esas calles.

—Gracias por tu ayuda, vete a descansar.

—Eso haré. ¿Has tenido jaleo?

—Poco falta.

—No hagas el imbécil.

—Ya me conoces.

Colgó y entró en el bar, pidió una cerveza en la barra y el estómago protestó, necesitaba cenar o se emborracharía. Y pensando en la cena estaba tras terminarse la cerveza, al mismo tiempo que en abordar a una pandilla de chicos de nos más de veinte años, cuando apareció la agente guardia civil de antes. Delgada, metro setenta, cabello moreno cortado por los hombros y unos ojos oscuros sobre pecas que le daban un aire juvenil y travieso. Álex no contuvo la sonrisa mientras observaba cómo se acercaba la chica con algo de rubor en las mejillas, ella tampoco pudo contenerla.

—¿Una cerveza, agente?

—Llámame Julia. Parece que ya no estoy de servicio, así que te acepto esa cerveza.

El inspector sabía que ella mentía, claro que estaba de servicio, es más, seguro que enviada por el propio sargento para controlarlo, o para distraerlo, mismo daba. La miró de arriba abajo con descaro y ella añadió:

—No te cortas un pelo, menudo repaso me estás dando, inspector.

—Es que confirmas mi teoría del uniforme.

—¿Qué teoría es esa?

—Las mujeres suelen decir que les gustan los hombres de uniforme, yo pienso que una chica gana mucho cuando se lo quita.

—Vaya, gracias.

—También mejoras mucho cuando sonríes, ese punto tan serio de antes o el de esta mañana no te hacen justicia.

—¿Siempre vas tan rápido?

—Solo cuando tengo poco tiempo.

—¿Te vas esta noche?

—Si fuera así, ¿me ayudarías a que fuese una noche inolvidable?

Julia no respondió, solo sonrió sin apartar la mirada de los ojos verdes de Álex y dio un trago a su botella.

Capítulo 10

La cabeza iba a estallarle, el estridente ruido le taladraba el cerebro sin piedad. Se levantó y caminó desnudo hasta dar con el pantalón, que seguía en el mismo lugar en que lo dejó tres horas antes, el suelo. Sacó el móvil del bolsillo y comprobó que era Sergio. ¿Antes del amanecer? ¿Qué había pasado?

Fue al salón y encendió una luz, descolgó la llamada y echó dos troncos sobre las ascuas casi apagadas de la chimenea para mantener la casa caliente.

—¿Sergio? ¿Qué ha pasado?

—Vaya voz, prefiero no preguntar por tu noche.

—Apenas recuerdo algo, la verdad.

—No sé si contarte o enviarte un mensaje con lo que he descubierto.

—Podías haberte decidido por lo segundo antes de llamarme, pero ya que estás ahí dispara.

—Llamé a los de Informática de la comisaría y pedí un favor personal, que buscasen en sus bases de datos los casos de niños fallecidos por enfermedad o cualquier otra circunstancia en el pueblo, los que fuesen menores de doce años.

—Intuyo que han aparecido muchos, de otro modo no me habrías llamado.

—Desde que se tiene registro informático en el censo, han sido sesenta y cuatro en el último siglo.

—Joder, son muchos.

—No solo eso, de los sesenta y cuatro niños, cincuenta tenían justo nueve años y todos ellos murieron en noviembre y en año par, uno cada dos noviembres.

—Y en este oficio no existen las casualidades. ¿Tienes el listado a mano?

—Sí.

—¿Hay algún niño fallecido hace unos treinta y cinco años en la calle de la casa de Fonseca?

—Espera.

Álex aprovechó para ir a la cocina y beber algo de agua. Hacía un frío de mil demonios, así que regresó a la chimenea, donde los dos troncos comenzaban a soltar humo. No podía esperar tanto al calor que necesitaba, así que sacó del mueble-bar una botella de ginebra y la vertió generosamente antes de arrojar una cerilla.

—¿Álex?

—Dime.

—En mil novecientos noventa y ocho murió una niña en el número quince y en el dos mil cuatro un niño en el número seis de la calle.

—Esa primera niña vivía justo enfrente de la casa de la mujer de Fonseca y tendrían más o menos la misma edad, es posible que fuesen amigas, eso corroboraría mi hipótesis de que esa familia se marchase del pueblo para evitar que la siguiente pudiera ser su hija, la que es ahora la mujer del sargento.

—Pero ella y su madre se niegan a hablar.

—El miedo, el puto miedo a hablar… Bueno, el hallazgo es importante, son datos para seguir investigando y presionando.

—¿Cómo reaccionó el avispero?

—Mejor de lo esperado.

—¿Qué significa eso?

—Te lo cuento mañana, regreso a la cama.

Álex colgó y se dirigió al dormitorio, entonces vio el bulto bajo las mantas y recordó nítidamente la noche. La cena, las copas, las risas, el flirteo, las preguntas incómodas a Julia y a otros más, el regreso a la casa, el comprobar que le habían pinchado las cuatro ruedas del coche, el sexo…

«¡Joder, las ruedas! ¡Su puta madre!».

El despertar de Julia no fue mejor que el de Álex en cuanto a resaca se refiere, sentía un pinchazo terrible en la nuca y una sed casi tan intensa como las ganas de orinar. A su lado no había más que sábanas y mantas revueltas. Encontró su ropa esparcida por el suelo, así que se la puso, fue al cuarto de baño a aliviar la vejiga y

luego comenzó a buscar al inspector por la casa a la vez que lo llamaba, pero no lo encontró en el salón ni en el patio trasero. Fue a la cocina y vio una nota escrita en un trozo de cartón sobre la mesa.

> No hay nada para desayunar, son las diez menos veinte y salgo a comer algo, deja la puerta encajada cuando te vayas. Si quieres ayudarme, búscame por el pueblo, estaré donde haya mucho ruido

La chica comprobó la despensa y el frigorífico, es cierto que no había nada con que llenar el estómago salvo agua, tomó un vaso y llamó a su sargento para explicarle lo que había pasado la noche anterior, aunque obviando el momento sexual con el que culminó la jornada.

«No estaría mal que todos los días laborales, y los festivos ya de paso, terminasen como anoche».

Salió de la casa y se encaminó a la zona en la que había estado horas antes, allí encontraría un desayuno y, con algo de suerte, al inspector. Por el trayecto no pudo evitar los pensamientos enfrentados en su cabeza, aún no estaba ni al veinte por ciento de su capacidad tras la borrachera como para asimilarlos como era debido.

¿Cómo había acabado en la cama con Vergara? Esa era la pregunta más fácil de responder, pues ella no tenía novio, en el pueblo casi todos los solteros eran gañanes y el tipo de la capital tenía un revolcón épico, como ella misma pudo comprobar. A ver si con suerte podía repetir.

¿Se quedará Vergara más días? Su entrepierna esperaba que sí, aunque el sargento y los vecinos del pueblo no tuvieran el mismo deseo o esperanza, claro que ellos no habían tratado al inspector tan de cerca como ella.

¿Se enterarían en el pueblo, especialmente sus compañeros, de lo ocurrido? Quizás eso no le importase a las agentes de la capital, pero allí una habladuría podría perseguirte durante toda tu vida y varias generaciones más, quizás a sus nietos los recordasen como Fulanito el nieto de la Fresca, aquella que se acostaba con todo extraño que aparecía por el pueblo.

¿Le repercutiría laboralmente que su sargento se enterase? No podría decirle que había actuado como una espía de esas de las películas, no colaría en absoluto. Se había extralimitado y el alcohol no le serviría de excusa. Quizás si convencía al chico para que se

marchase y dejara de investigar…

¿Dónde demonios se había metido?

Apenas se daba cuenta de las personas con las que se cruzaba y que la saludaban, ni devolvía los saludos, su mente estaba en otra parte, entre un posible despido con reprimenda y la cama en la que se había levantado minutos antes.

Y entonces lo oyó.

Aceleró el paso y luego corrió directamente, el espectáculo estaba en su punto álgido y ella tenía que detenerlo a toda costa o el sargento se enfadaría, incluso la apartaría de la misión.

En la puerta del bar, Álex se defendía de los golpes a la vez que lanzaba alguno de vez en cuando, él era más efectivo y contundente, pero los rivales eran cuatro y lo rodeaban. Siete personas más habían salido del bar, pero no interferían, solo observaban, alguno jaleaba a los amigos que participaban intentando tumbar al engreído que había aparecido para buscar pelea.

Julia se incorporó a la coreografía dando una patada a uno de sus vecinos a la vez que gritaba «¡parad, parad de una puta vez!» y luego «¡parad o acabáis dos días en el calabozo, joder!». Se llevó un golpe en la cara que iba para Vergara, pero pudo dar cinco o seis antes de que el baile terminase.

El balance fue positivo para el inspector y ella, pero no lo verían de igual modo los vecinos y, menos aún, el sargento al enterarse.

Ni se pensó en esposar y detener a los implicados, se limitó a echarles un sermón a los cuatro vecinos, hacer oídos sordos a sus quejas de que el policía había empezado primero provocándolos, y se llevó de allí al protagonista del momento y de todo lo que llevaban de fin de semana calle abajo sin saber muy bien a dónde iban.

—Vaya, gracias, has llegado a tiempo.

—Me he llevado una hostia por tu culpa, esa no te la perdono.

—Puedes dármela, me la merezco. Por cierto, ¿a dónde vamos?

—Ni idea, pero había que salir de allí.

—¿A un bar cercano?

—Deja los bares de una puta vez, no vas a parar hasta que un animal de esos te dé un golpe fatal o saque un cuchillo.

—Está bien.

—¿Qué cojones pretendes? ¿Estás loco? No sabía que esa era la forma de investigar de la Nacional.

—Cuando los métodos tradicionales no funcionan…

—Vamos a mi casa, está a una calle de aquí.

—Espero que no te metas en un lío por ello.

—A buenas horas me dices eso. Eres un capullo.

—Anoche estabas más receptiva.

—No recuerdo lo que pasó anoche, y no quiero saberlo, estoy enfadada contigo.

Álex rompió a reír y comprobó que le dolía toda la cara, especialmente el labio, que estaba partido y le había manchado la ropa; y la nariz, aunque esta no parecía rota a pesar de que también sangraba.

Llegaron a la vivienda de la chica y entraron tras comprobar que no había gente por la calle.

—Guau, menuda casa. No sabía que la Guardia Civil pagase tan bien. ¿Acaso una herencia?

—Ve al salón y enciende la chimenea, encontrarás todo lo necesario a la derecha de la misma.

—¿Vas a por alcohol y gasas para mis heridas?

—No, a desayunar, tengo hambre. Lo tuyo puede esperar, no se te ve muy magullado y, en el fondo, te lo has buscado.

Mientras él descansaba ante el fuego, ella preparó café y sacó unas magdalenas de la despensa, antes de llevarlo en una bandeja al salón, pasó por el cuarto de baño.

«Vaya aspecto tienes» pensó ante el espejo. El cabello revuelto, nada de maquillaje, ojeras por la noche de copas y la resaca, además de la ropa sucia y algo rota tras la pelea. No supo bien cómo consiguió adecentarse con un peine, maquillaje y dos prendas limpias en menos de cinco minutos, pero en el salón apareció con la bandeja y una sonrisa radiante, sonrisa que le duró solo un segundo.

—¿Qué haces? No fumes ahí, me vas a apestar la casa. Sal al patio.

—No pensé que te molestase, ayer no me dijiste nada —dijo él a la vez que se ponía a buscar un cenicero donde apagar la colilla.

—Porque fumabas por la calle o en esa casa que te has agenciado. Por cierto, ¿quién vive ahí? No conozco a los dueños.

—Es de un compañero de la comisaría, más bien de su mujer.

—Vaya.

—¿Te extraña? ¿Hay pocas casas deshabitadas en el pueblo?

—¿Eh? No sé, supongo.

—Lo normal en un pueblo es que viva poca gente todos los días del año y tenga más afluencia los fines de semana o en vacaciones, cuando los dueños las usan como segunda residencia.

—Aquí no es habitual.

—Entiendo. ¿De qué vive la gente aquí? Hay muchos habitantes, pero no se ven empresas o fábricas para darles trabajo, y no son todos jubilados, ni por asomo.

—No sabría decirte. ¿Me estás interrogando?

—El café está de muerte.

—Sí, pero las magdalenas algo duras, lo siento.

—No pasa nada, entran bien cuando se mojan en el café.

—No has respondido.

—Es un hábito profesional, ¿tú no haces preguntas a la gente cuando la conoces?

—Aquí se conoce a poca gente, una siempre habla con los mismos del pueblo.

—Es asombroso que a poco más de hora y media de la ciudad más grande y abierta del país exista una población tan cerrada y hermética. Háblame del pueblo, o mejor háblame de ti, ¿cómo fue tu infancia en este lugar?

Julia resopló antes de responder, o, mejor dicho, de cambiar de tema.

—Mejor voy a por alcohol y unas gasas para curarte de una vez las heridas.

Álex tenía que tomárselo con más calma, claro que no disponía de tiempo, las horas de ese domingo seguirían pasando y debía incorporarse al trabajo el lunes a primera hora, donde comenzaría la investigación de un caso nuevo en el departamento. No le gustaba dejar algo a medias, y menos un asunto en el que ya estaba tan implicado a todos los niveles.

—¿Hoy no trabajas? ¿No haces turno? —preguntó él mientras ella le limpiaba la sangre reseca de la cara.

—No, ayer nos tocó a Felipe y a mí, hoy a Hugo y, si tuviera algún problema, iría el sargento a ayudarle. Tengo todo el día libre,

¿quieres que te haga de guía por el pueblo?
—Depende.
—¿Cómo que depende?
—Me refiero a que quiero seguir con la investigación, así que aceptaría tu ayuda si haces las funciones de compañera de trabajo. ¡Ay!
—No te muevas tanto, quejica, apenas te he tocado. ¿Compañera de trabajo has dicho?
—Ya veremos luego si te portas bien. —Y le dio un pequeño azote en el trasero que ella recibió con una sonrisa traviesa.
Antes de salir a recorrer las calles del pueblo, regresaron a la casa prestada por Fonseca y su mujer para que Álex se cambiase la ropa. La chica intentó en vano que él le dedicase otro asalto en la cama, así que abandonaron la casa entre protestas de ella.
Los comercios estaban cerrados, así que el inspector se limitó a preguntar a vecinos que se cruzaba por la calle y a varios tertulianos de un bar, quizás el único en el que no había entrado el día anterior. Los resultados no aparecían, la situación era idéntica a la de una mosca tratando de salir por una ventana, pero que solo consigue golpearse la cabeza contra el cristal una y otra vez.
Había que volver al principio de todo.
—Llévame a la escena del crimen.
—¿Ahora? Es el momento perfecto para comer.
—Luego comeremos. Por cierto, tú no te habrás enterado de a qué gracioso se le ha ocurrido pincharme las ruedas del coche, ¿verdad?
—No.
—Claro.
La chica tomó su coche personal, un Mini de color rojo con dos líneas blancas recorriendo el capó, y lo condujo hasta las afueras. Cuando llegaron, Álex se mostró más que asombrado.
—¿Por qué me has traído aquí?
—Me lo acabas de pedir hace unos minutos.
«Yo te dije que me llevaras a la escena del crimen, me refería a la del niño acuchillado. Si los vecinos y los guardias civiles no consideráis lo de Alba Munuera más que como un atropello accidental, ¿por qué piensas en este lugar como el escenario de un crimen?».

—Me refería a donde fue hallado el niño unos días antes.

—Bueno, no especificaste.

—Entonces, das por sentado que hay dos crímenes y esta es la escena del segundo.

—¿Cómo? No, yo no he… aún me dura la resaca, no me hagas caso.

—Claro.

—Podemos ir andando, no está muy lejos.

—Pues sí que es casualidad ¿no? Dos muertes en una semana y ambas en la misma zona del pueblo.

—Sí, es una casualidad.

—Por cierto, ¿ha habido muchos casos de muertes, aunque sean accidentales o por enfermedad, entre niños pequeños durante los últimos años?

—No sabría decirte, supongo que lo normal.

—¿Nunca has perdido a un hermano, primo, amigo o vecino?

—Sí, perdí a un amigo que vivía cerca de mi casa y también era compañero del colegio —dijo con semblante de tristeza.

—¿Qué edad teníais?

—No sé, ocho o nueve años.

—Supongo que fue muy duro, no solo para ti, también para su familia.

—Claro, siempre es duro perder a un ser querido. Ya hemos llegado, ¿ves cómo estábamos muy cerca?

Álex miró alrededor y emitió un suspiro antes de decir:

—¿No te llama algo la atención?

—¿Cómo?

—Sí, algo que se repite en los dos casos, el del niño y el de Alba.

—No sé a qué te refieres.

—Observando las dos escenas hay algo inusual que se repite en las dos.

—No he visto nada, supongo que no he estado en escenas de crímenes tantas veces como tú.

«Ya has vuelto a llamar el lugar en el que fue atropellada la chica como escena de crimen».

—Hay algo que nunca falla cuando visitas por segunda vez un lugar en el que ha muerto alguien en trágicas circunstancias: las flores. Siempre hay uno o varios ramos dejados por la familia,

incluso puedes encontrarte con padres, hijos, hermanos, cónyuges allí llorando o llevando fotos, cartas manuscritas, velas… ¿Podrías explicarme los motivos para que los padres de Alba no hayan llevado flores cuando viven a un minuto de distancia del lugar en el que murió su hija? Tampoco creo que los padres del niño pequeño vivan muy lejos, ¿verdad?

—Suena a interrogatorio otra vez.

—Y tú sigues sin querer responder a una pregunta tan básica como la anterior, ¿por qué ni siquiera traen flores? ¿A qué viene ese semblante, Julia? ¿Cómo murió tu amigo de la infancia? ¿Por qué todos aquí quieren impedirme investigar? ¿A qué o quién tiene miedo la gente del pueblo?

—No sé por qué no han traído flores, eso pregúntaselo a ellos. Mi semblante es por el cansancio. Mi amigo murió de unas fiebres, decían que podría ser meningitis. Nadie te impide investigar, solo que usas una forma agresiva y directa que los vecinos no comprenden. Y aquí nadie teme a nada o a nadie.

—No has sido capaz de mirarme a los ojos ni un segundo mientras soltabas toda esa sarta de mentiras.

—No son mentiras.

—Claro que sí, no has parado de mentir desde que hablamos por primera vez.

—¿Cómo puedes decir…?

Álex la interrumpió tras colocar su cara a un centímetro de la de ella, mirándola fijamente a los ojos.

—Has dicho antes que las muertes de niños en el pasado han sido lo normal, es como decir que no ha sido algo inusual. Pues a mí me parece muy inusual que en una población tan pequeña hayan muerto más de cincuenta niños en los últimos cien años, que todos tuvieran nueve años y que muriesen a razón de uno por cada noviembre de año par. ¿A ti no te lo parece?

—No… no lo comprenderías. Joder.

—¿Qué es lo que no voy a comprender?

—Vamos al coche, no quiero estar aquí, hace mucho frío y ha comenzado a llover.

Vergara no insistió más, seguiría con la técnica de la pesca por cansancio, tirar del sedal, recoger, descansar, tirar de nuevo y así hasta tener a la presa entre las manos tras agotarla.

—Puedo cocinar para ti, se me da bien —dijo ella cuando ya estaban dentro del coche.
—Me parece bien.
—¿Te gusta la carne?
—No te compliques, es tarde y no quiero que te pases dos horas en la cocina.
—Será rápido, vuelta y vuelta. Nos tomaremos una copa de vino o una cerveza mientras se prepara.
Él asintió y permanecieron en silencio los pocos minutos de trayecto.
Álex regresó de fumar en el patio trasero, avivó el fuego y añadió dos troncos a la chimenea para caldear la zona y hacerla más acogedora durante la comida. Al ir a la cocina para coger otra cerveza del frigorífico, comprobó que el teléfono móvil de la chica no estaba en el mismo lugar que cuando él se había excusado para ir al patio.
—¿Vas bien? Dame alguna tarea.
—Puedes poner la mesa, tienes los cubiertos en ese cajón y el mantel en el de abajo, los platos están en la alacena sobre el fregadero.
Comenzó con la tarea, primero llevó el mantel, lo colocó sobre la mesa del salón comedor, luego los vasos y platos, desde allí elevó la voz para preguntar con un tono de indiferencia, como iniciando una nueva conversación trivial:
—¿Suelen ser tus domingos así?
—¿Así? ¿A qué te refieres?
—Es que no he visto que hayas llamado o recibido llamadas de familia o amigos para comer juntos, dar un paseo, salir a tomar algo o simplemente mostrar interés. Lo típico.
—Hace unos minutos, mientras tú fumabas, mandé un mensaje a mis padres para decirles que no iría a comer con ellos. Por lo demás, hoy no teníamos planes los del grupo de amigos.
—¿Es por la lluvia?
—¡Ah! ¡Qué susto me has pegado! Pensaba que seguías en el salón.
—¿Qué más puedo hacer?
—Poco más, la carne está casi lista, pero lleva servilletas y la bebida. No ha habido tiempo para unas patatas al horno, tendrás

que conformarte con verduras como acompañamiento.

—Tengo tanta hambre que me comería crudo eso que estás preparando. Pero mejor espero un minuto a que termines de cocinarlo, huele de maravilla.

Le dio un fuerte azote en el trasero que la tomó por sorpresa, ella rompió a reír y Álex pensó que la chica tenía una risa contagiosa y que transformaba su cara ganando muchos puntos. Le apetecía acostarse con ella otra vez y no era usual que quisiera repetir. No se trataba de que en el pueblo no hubiera mucho más donde elegir, Julia le gustaba realmente, era divertida a la vez que fuerte y decidida, tenía carácter, aunque se negaba a mostrarlo, quizás las experiencias con chicos en el pasado hacían que tratase de contener los arrebatos. Y en la cama era una fiera. Claro que no pensaba descuidar el motivo por el que estaba allí, y menos aún que la chica formaba parte de las personas que tenía que investigar.

La comida no se extendió más de diez minutos, devoraron las chuletas y la verdura a la plancha, junto con una botella de vino tinto que abrió Julia, y con las miradas se dijeron el uno al otro qué postre querían para rematar el festín.

La camiseta de él cayó sobre el mueble cómoda y la de ella, sobre la alfombra. Julia comenzó a quitarle el pantalón y se arrodilló para facilitarse esa tarea, y también para la siguiente. Álex gemía, la chica se lo tomaba muy en serio y su técnica era fabulosa. Antes de llegar al clímax, la tomó por las axilas y la levantó en peso, luego la arrojó sobre la cama, haciendo que el colchón protestase entre las risas de la chica, que veía cómo él le quitaba los pantalones y las bragas a tirones; en esta ocasión fue Vergara quien hundió su cara entre los muslos de ella; los gemidos se convirtieron en gritos y Julia tuvo el primer orgasmo mientras apretaba la cabeza del inspector contra su sexo. Él no le dio tiempo a recuperar la respiración y se tumbó sobre ella para penetrarla sin contemplaciones, la chica comenzó a gritar de nuevo y arañarle la espalda con la presión justa para no hacerle demasiado daño.

Hora y media después, con el cuarto orgasmo de Julia, esta se derrumbó agotada sobre el cuerpo del chico.

—Joder… Jooooder… —le susurraba en el cuello—. Ahora mismo estoy tan extasiada que hasta te permitiría que fumases en la cama, pero si me quemas las sábanas te mato.

—Podré aguantar sin fumar, descuida.

Álex comenzó a acariciarle el cabello con una mano y la espalda con la otra, recorriendo suavemente y muy despacio su piel.

—Joder, vas a hacer que me corra otra vez.

—Pensaba que tenías sueño.

—También, pero eso que haces me pone cachonda de nuevo.

—¿Tienes pareja o algún amigo especial en el pueblo?

—¿Especial?

—Ya sabes a lo que me refiero.

—No, hace meses que eso se acabó. ¿Y tú?

—No soy de compromisos serios.

—¿Nunca repites?

—Con el hábito llegan los malos hábitos.

—¿De quién es esa frase?

—Mía.

—Pues es absurda.

—Lo sé, pero las frases más absurdas son las más coherentes en el fondo.

—¿Cuánto más vas a quedarte?

—¿Qué me dirías si respondo que estaré aquí hasta que resuelva el caso?

Julia se incorporó como si de repente hubiera recordado algo muy importante y le miró a los ojos con un semblante serio.

—No deberías quedarte más, tendrás trabajo en tu comisaría.

—¿Quieres que me vaya?

—No es eso… no quiero que te vayas, pero…

—¿Qué pasa con esos niños? ¿Qué le pasó a Alba Munuera?

—Joder, qué mierda —dijo tras apartarse de él y sentarse en el borde de la cama dándole la espalda.

—¿A qué ha venido eso?

—¿Por qué coño no has venido solo para hacer turismo? ¿Por qué has tenido que venir para hacer preguntas y entrar en un tema que…?

—¿Qué? ¿Qué tema?

—Olvídalo.

—No, no lo olvido, tampoco olvidaré lo que ha pasado aquí. ¿Cómo puedes mirar para otro lado mientras mueren personas inocentes? Perteneces a un cuerpo de seguridad del Estado, has

hecho un juramento. ¿Tampoco tienes ética?

—No me juzgues sin conocer las circunstancias.

—Pues explícamelas.

—Tampoco puedo.

—¿Te pasaría lo mismo que a Alba? ¿Aparecerías atropellada o con el cuello roto bajo unas escaleras? ¿Quién o quiénes hacen todo esto? ¿Cómo son tan poderosos como para hacer lo que les plazca sin que ningún vecino se haya levantado contra ellos o los haya denunciado en tantos años?

—Será mejor que te marches.

—¿Estás llorando?

—Márchate.

—¿A dónde?

—Lejos, vete del pueblo y no regreses, deja de investigar.

—No vas a meterme el miedo en el cuerpo.

—Vete de mi casa, por favor.

El resumen al comisario no duró más de cinco minutos, durante los cuales Álex pudo sentir que Rafael Martín estaba asombrado hasta el punto de aguantar la respiración en algunos puntos importantes.

—¿Es todo?

—¿Te parece poco?

—Es inverosímil que algo así pase, deberíamos dar parte al Ministerio del Interior y que ellos comiencen una investigación a fondo; si hay corrupción en la Guardia Civil, la Policía Judicial tendría que entrar en escena, en Ministerio Fiscal, el CNI…

—Ellos tendrían que empezar en el punto en el que ya estoy yo, estos dos días han sido suficientes para destapar algo cuya magnitud puede que salpique a altas esferas, personas que podrían presionar para que todo se tape y olvide; es más que probable que algunos implicados tengan poder incluso en ministerios.

—Lo que dices es una acusación muy grave.

—¿Cómo demonios justificas que nadie se alce contra los posibles asesinos de esos niños?

—Miedo.

—¿A qué o quién? ¿Crees que hay asesinos que matan durante siglos y los vecinos agachan la cabeza? ¿Por qué los matan? ¿Cómo consiguen que no se investigue? Esa pregunta es fácil de responder.

—Sí, deben tener doctores que certifican la muerte natural, los

padres no piden autopsia y todo se soluciona incinerando. También con la Guardia Civil y la Policía Local bajo sueldo.

—La Policía Local no trata esos asuntos, pero es cierto que, si ocurre algo raro en el pueblo y todos los vecinos lo saben, ellos también.

—Dinero.

—Sí, es posible que el miedo por sí solo no funcione, con dinero para quienes callan podrían mantener todo en secreto.

—Padres vendiendo la muerte de sus hijos, es aterrador.

—Solo es una hipótesis por ahora.

—Voy a dar vuestro nuevo caso a Jiménez y Ramos. Tenéis dos semanas de vacaciones, recuerda que no solo estáis fuera de jurisdicción con un caso que no es vuestro, tampoco estáis oficialmente en activo.

—Sí, pies de plomo.

—No has usado pies de plomo en tu vida, y menos con la pelea que me has narrado, pero confío en que no os meteréis en un lío. No quiero oír hablar de presiones a ciudadanos, de allanamientos de morada ni de abusos de autoridad, que ya os conozco.

—No sé si Sergio podrá venir, está con gripe, pero hablaré con él luego.

—Bien, mantenme informado. Y, por cierto, si me llaman para preguntar por lo que hacéis allí, mi respuesta será que estáis de vacaciones y que desconozco incluso vuestro paradero.

Capítulo 11

El inspector Ignacio Rosales no paraba de hablar de —cómo no— su anécdota favorita, la de cuando se topó por casualidad con un asesino en serie que perseguía con su compañero cuando aún era suboficial. Cada guardia nocturna tocaba dedicarle unos minutos a recordar brevemente la suerte que tuvo aquella noche, aunque no fue tanta suerte por toparse con el criminal, sino por haber recibido un balazo durante su persecución posterior, lo que le valió una mención honorífica con ascenso incluido. Algunas noches se aventuraba a subirse la camisa para mostrar la cicatriz.

—Chico, no sabes cuánto duele un disparo en el estómago, mucho más que en el pulmón, quizás para recordarte con el ardor insoportable del ácido recorriendo tu interior que vas a salir vivo, mucho mejor que tener el páncreas destrozado, el hígado o vete a saber.

—Toda una suerte, sí —respondió su joven compañero sin apartar los ojos de la puerta de un edificio en el que vivía un sospechoso de homicidio.

—Chico, relájate, pareces ansioso en cada guardia, como si quisieras tener tu propio momento.

—No es eso, inspector, es que hay mucho movimiento, no para de encenderse la luz del vestíbulo, aunque no sale ni entra nadie por la puerta.

—Serán dos vecinos hablando en un rellano, no pararán de darle al interruptor. Mi mujer lo hace con la vecina y puede pasarse dos horas allí mismo, las dos en bata y…

—Espera.

Rosales no obtuvo réplica, solo vio salir al chico corriendo hacia el edificio mientras sacaba su arma reglamentaria, eso mismo hizo el inspector, pero a una velocidad mucho menor. Al llegar, el joven oficial estaba apuntando al otro lado del cristal y gritaba las frases

de rigor: «¡alto, policía!», «¡suelte el arma!», «¡no se mueva!».

Dos disparos seguidos desde dentro.

Otros dos desde fuera, réplicas del joven oficial.

Rosales miró hacia dentro, el sospechoso de homicidio yacía en el suelo sobre un charco de sangre, pero no toda era suya, la mayoría seguro pertenecía a la persona que acababa de matar y cuyo cuerpo estaba al lado. El oficial no había logrado abatirlo a tiempo y ahora se tambaleaba de un modo muy cómico, aunque el inspector sabía que aquello solo podría significar una cosa, y no tenía ni puta gracia.

—¿Te han dado, chico?

—Sí, joder, duele.

El inspector levantó de un manotazo la camisa del joven y comprobó que la sangre no era oscura.

—Has tenido suerte, ya tienes tu balazo en las entrañas.

Al oficial no le hacía la más mínima gracia, se sentó en el suelo entre gritos de dolor mientras Rosales pedía dos ambulancias a la central.

—Tranquilo, chico, aguanta, ya vienen a por ti. Voy a asegurarme de que ese cabrón no puede disparar más y ver si se puede hacer algo por su nueva víctima.

Y Alejandro Vergara despertó en el dormitorio de la casa de Samael, donde se había acostado seis horas antes y tras avisar a Fonseca de que necesitaría la casa durante más tiempo, detalle que no le hizo gracia al sargento y no trató de disimularlo.

La pesadilla, otra vez había sufrido la pesadilla, aunque hacía más de un año que no aparecía y ya casi se había olvidado de ella.

A Álex le hubiera gustado decirle aquella noche a su compañero que no lo dejase solo, pero no le salía la voz más que para soltar gruñidos de dolor contenido mientras temía por su vida al notar que se desangraba sin poder impedirlo. Pero no murió, como había vaticinado Rosales.

Cuando despertó ya estaba en el hospital, en una cama y tras una operación con éxito. El comisario se acercó para verle e informarle de que tendría dos meses de baja y un posible ascenso. Él solo quería volver a dormirse para no recordar ese instante.

No, en absoluto era como en las películas, no te disparan y sigues entero, corriendo, peleando, disparando, haciendo bromas

absurdas con lo ocurrido con el criminal. Solo es dolor, miedo y ganas de haber elegido otra profesión. Quizás eso se pase con las décadas, cuando uno es viejo como su compañero inspector y ya solo queda el regusto de hacer la broma con los novatos.

Álex se levantó la camiseta al llegar al cuarto de baño, allí seguía la cicatriz que tantas veces había suscitado interés por parte de amantes de turno, a veces decía la verdad con un escueto resumen, otras inventaba alguna historia absurda para tratar de no atraer de nuevo la pesadilla.

Eran las siete menos diez de la mañana y consideró que estaría bien salir a correr una hora por las calles del pueblo para ordenar ideas y planificar el resto del día. También tendría que buscar un taller mecánico para sustituir las ruedas del coche lo antes posible, sin el vehículo no tenía cómo desplazarse a una distancia media o larga, no podría contar con Julia y su coche tras lo del día anterior.

No tenía un chándal, así que se puso los pantalones vaqueros y unas zapatillas de deporte mientras pensaba en la agente, ¿conseguiría que cambiase de idea y tenerla como una colaboradora? Sería muy difícil, esa chica parecía haberse criado entre un miedo que ya era imposible despegar de su mente, de su ADN, igual que del resto de habitantes de Samael.

Justo cuando acababa de salir por la puerta, sacó el teléfono del bolsillo e hizo una búsqueda en Google, su destino estaba prácticamente a cinco kilómetros, no estaría mal hacer cinco más otros cinco de regreso esa mañana, quizás no lloviese en la próxima hora. Siguiendo las indicaciones del GPS, fue recorriendo las calles hasta salir del pueblo y, un poco más allá, encontró el cementerio, tardando solo veintidós minutos y ocho segundos. La puerta de metal contaba con un gran cerrojo, pero solo había que correrlo y vía libre.

Paseó por entre las calles de nichos y luego pasó a observar las tumbas, aunque cualquiera que se cruzase con él pensara que era un simple turista aburrido que había entrado a curiosear, lo cierto es que iba apuntando cada fecha en su memoria, tanto las de nacimiento como las de muerte y calculando las edades de los allí enterrados. Tardó algo menos de una hora y ya pensaba en marcharse a toda prisa porque la humedad se podía respirar y el cielo adquiría un tono preocupante, cuando vio al anciano sentado

ante un nicho.

—Buenos días.

El anciano lo miró e hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo.

—He pasado antes y no lo he visto. Vaya, buena idea la de traer una silla. —Álex, ya al lado del anciano, comprobó que en el nicho había enterrada una mujer nacida en mil novecientos cuarenta y cuatro y fallecida en el dos mil veintiuno, así que se trataría de una esposa, claro que podría ser una hermana o amiga, pero no apostaba mucho por esas últimas opciones.

—Aquí solemos traer una silla de estas pequeñas y plegables para venir a hablar con nuestros difuntos.

—¿Su mujer?

—Sí, mi Felisa, se marchó hace tres años.

—¿Viene a menudo?

—Todos los lunes, así estoy solo, porque los domingos a veces me he encontrado con otros vecinos y se ponen a cacarear, como si no pudieran hacer eso en un bar o en sus casas.

—Comprendo, quiere estar en paz para hablar con su Felisa.

—Se la echa de menos, ¿sabe usted?

—Lo puedo comprender, claro. Muchos años juntos.

—Mucho no, todos. Todos los que uno recuerda han sido juntos.

—Es una forma bonita de que siga siendo así, de que siga conversando con ella.

—Bueno, le cuento lo que he hecho cada semana, ella protesta o discute, como siempre, para no perder la costumbre.

Álex sonrió conteniendo la carcajada.

—Una mujer con carácter.

—Las mejores. La belleza se marchita, pero el carácter es como el buen vino, va adquiriendo solera con los años.

—Tomo nota. Y me marcho, le pido disculpas por haber interrumpido su lunes con cacareo innecesario.

—No es nada, hijo.

—Antes de irme, me gustaría preguntarle una duda que me ha asaltado al leer las fechas de las tumbas y nichos. No hay niños enterrados con nueve años.

—Es usted ese del que todos hablan, el policía que hace preguntas impertinentes y se mete en líos.

—No voy a negarlo, sobre todo por lo de meterme en líos, pero las preguntas son imprescindibles en el oficio. ¿Le importaría a usted sacarme de la duda?

—Bueno, total, para lo que me queda en el mundo… Los niños muertos en noviembre no se entierran, se queman, o como se diga.

—Se incineran. ¿Qué tiene que ver con que sea noviembre o que tengan nueve años?

—Parece que va a llover en breve, será mejor ir levantando el campamento, soldado.

—Claro, pero…

—Deje que me despida de mi Felisa, ya hemos hablado suficiente.

—Puedo esperarlo fuera y acompañarlo al pueblo.

—No, no quiero que me vean hablando contigo y vengan a molestarme los vecinos u otros.

—¿Otros? ¿Qué otros?

—Eso da igual. Márchese, al final nos mojaremos los dos.

Álex no insistió y regresó a casa de Fonseca apretando el paso todo lo que podía, sobre todo cuando, a falta de dos kilómetros, comenzó a llover con intensidad.

Una vez en el salón:

«Aquí la gente seguro que cuenta con secadoras en sus casas, porque no se ve ropa tendida, obviamente con la que está cayendo, y de alguna forma tendrán que secar la ropa. Solo me queda una muda seca».

Avivó el fuego y colocó la ropa mojada en varios respaldos de sillas ante la chimenea.

El inspector Sergio Mantilla había desactivado el despertador del teléfono móvil la noche anterior tras hablar con el comisario; este le había dicho que contaba con dos semanas de vacaciones y, tras llamar a Álex para saber de sus intenciones, pensó que sería el primer lunes en muchos años en poder dormir un poco más. Pero no tuvo tanta suerte.

La llamada hizo que se sobresaltase, al coger el teléfono, observó que entraba algo de luz por la puerta del dormitorio que daba al cuarto de baño.

—¿Sí?

—No me digas que te he despertado.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y cuarto, acabo de llegar tras correr unos kilómetros y acercarme al cementerio del pueblo.

—Joder, ¿las nueve?, estamos de vacaciones.

—Solo de forma oficial.

—Eres un capullo, ¿qué se te ha ocurrido ahora?

Raquel apareció por la puerta, llevaba un traje de chaqueta. Sergio Mantilla le preguntó con la mirada.

—Voy al trabajo, ya me encuentro bien.

—Espera, Álex, dame unos segundos. —Y tapó el auricular con la palma de la otra mano—. Cariño, ¿llevo yo los niños al colegio?

—Prefiero que se queden un día más en casa.

—Pero ya no tienen fiebre.

—Por si acaso, no vayan a recaer.

—¿Entonces?

—¿Entonces qué?

—¿Me quedo yo con ellos todo el día en casa?

La mirada asesina respondía por ella, aunque la mujer añadió:

—Yo he estado tres días con ellos mientras tú paseabas la gripe por medio Madrid. Estás de vacaciones, ¿no?

—Pero ¿no podríamos…?

—Ni se te ocurra terminar esa frase. No pasará nada porque no ayudes un día a tu compañero. Además, te repito que estás de vacaciones, ¿no te acuerdas?

—Vale, cariño.

—Me marcho ya, prepara el desayuno y no despiertes a los niños, que se levanten cuando quieran.

Y se marchó a toda prisa a la vez que se ajustaba los pendientes. Sergio estuvo unos segundos con cara de bobo mirando la puerta, hasta que recordó que Álex esperaba al teléfono.

—¿Sigues ahí?

—Eso mismo me preguntaba yo, ¿ya te ha programado el día Raquel?

—No empieces.

—Está bien, solo te llamaba para decirte un par de cosas. En el cementerio no he encontrado ningún niño enterrado en noviembre, de hecho no había nadie enterrado que hubiera vivido solo nueve años. Me crucé con un anciano, le pregunté y no me aclaró nada,

solo que allí los niños muertos en noviembre se incineran.

—Joder.

—Aquí se cuece algo que cada vez huele peor.

—Ni lo dudes. Dijiste un par de cosas, ¿cuál es la otra?

—Tienes que ir al Anatómico Forense para echar un vistazo al cuerpo del niño y hablar con quien haya hecho la autopsia.

—¿Tiene que ser hoy?

—Debió ser el sábado, pero tuvimos otras tareas, ¿no lo recuerdas?

—No sé si voy a poder, tengo que quedarme con los niños.

—No me jodas, incluso has susurrado eso para que no te oiga tu mujer. Tío, llevas las pelotas de adorno.

—No me las toques tú, joder. Iré al Anatómico Forense, pero dentro de una hora, llevaré a los niños con mis padres. ¿Y qué tienes pensado hacer tú?

—Intentaré seguir molestando por la zona, ya tengo dos objetivos y espero que surjan más a lo largo del día.

A sus padres no les tuvo que dar explicaciones, había confianza y estaban encantados de quedarse unas horas con los niños, pero a estos sí tuvo que sobornarlos con cenar *pizza* si le ocultaban a mami que habían salido de casa para quedarse con los abuelos.

Puso rumbo al este para cumplir con la tarea que le había pedido su compañero. Álex no era su superior, pero desde que trabajaban juntos se había establecido esa norma no escrita, o esa asunción de roles en la que Sergio se sentía más cómodo si Vergara organizaba el trabajo o asumía el control en interrogatorios o entrevistas; a Mantilla se le daba bien el papeleo, tener mano izquierda con superiores o tranquilizar a algunos testigos que se encontraban bajo una alta tensión.

Tras saludar al recepcionista sin pararse siquiera, pues quería pasar el mínimo tiempo posible fuera de su casa y alejado de los niños por si Raquel llamaba desde el trabajo al teléfono fijo, se dirigió al ascensor y bajó al sótano dos, recorrió dos pasillos hasta llegar al ala este y allí entró para buscar al responsable del departamento de medicina forense: Gonzalo Sánchez. Metiendo el nombre del niño en el sistema informático, dieron con el doctor que firmaba la autopsia: Gabriel Torres. Y llegó el primer contratiempo, pues ese médico estaba de baja por gripe.

—Cojonudo.
—¿Cómo dices?
—Que he venido para nada. Bueno, dame el teléfono personal del forense por si puedo localizarlo y hablar con él hoy mismo.
—Claro, si es para un caso, aquí lo tienes.
Sergio lo apuntó en una nota de su teléfono móvil.
—Y algo más.
—Sí, supongo que quieres ver el cuerpo, para eso has venido en persona.
—Así es.
—Pues vamos a ello, sígueme.
El cuerpo de un niño pequeño con docenas de punzadas y las marcas de habérsele realizado una autopsia no es el mejor espectáculo para ver a ninguna hora del día, eso lo pensaba cada policía que tenía la desdicha de contemplar uno, por suerte no muy a menudo.
—Joder.
—Sí, impresiona.
—¿Puedes decirme algo?
—¿Yo?
—Claro, Pulga, ¿con quién iba a estar hablando, con el niño?
—Tendría que leer el expediente para luego detallarte todo y eso me llevaría tiempo.
—¿Tiempo? Precisamente eso es lo que no tengo, necesito regresar a casa.
—¿Qué dices?
—Nada, vamos ponernos con el informe y me dices todo lo que puedas, es urgente.
—Te hago el favor, pero acordaos de mí para la próxima vez que hagáis un torneo de fútbol siete.
—Eso está hecho.
Fueron al despacho del doctor para que este estuviese cómodo leyendo mientras Sergio iba a la máquina a por dos cafés.
—Toma, con extra de azúcar.
—Gracias. Por cierto, estoy notando algunos errores.
—¿Errores?
—Quizás no lo sean, solo se trata de un procedimiento extraño para una autopsia de un claro asesinato.

—¿A qué te refieres en concreto?

—Al comenzar con la exploración externa, no se ha usado luminol para buscar huellas dactilares y restos de sangre u otros fluidos que no pertenezcan a la víctima, algo que siempre se realiza en casos de homicidio, más aún si la víctima estaba desnudo y es más que probable que su piel haya estado expuesta a restos biológicos.

—Comprendo.

—También las muestras de las uñas, se ha encontrado tierra común en todas.

—¿Qué tiene eso de raro?

—Si le habían dado docenas de puñaladas, ya has visto el cuerpo hace unos minutos, lo lógico es que el niño se tocase las heridas, aunque fuese por puro instinto. No hay ni siquiera sangre en esa tierra. También sería lógico haber encontrado otros restos de suciedad del lugar desde el que llegó al bosque, cada mano y pie, incluso cada dedo, suele tener pequeñas diferencias en los rastros que se encuentran. En este caso hay lo mismo bajo cada uña. ¿De qué lugar vino? No hay nada para rastrearlo, y debió llegar de donde lo tuvieran retenido y donde lo sometieron a esa barbarie.

—Sí, apuñalarlo de esa forma…

—No me refería solo a eso, el niño fue violado, pensaba que lo sabías.

—Joder. —Sergio tuvo que respirar hondo ante ese dato que desconocían Álex y él—. No sé si quiero saber los detalles.

—Lo entiendo, tú tienes dos hijos pequeños. Te puedo fotocopiar el informe y se lo das a Vergara.

—No, ya que estoy aquí, dímelo todo.

El forense siguió con cada detalle de la autopsia y dando su opinión sobre el resto de anomalías. Sergio se marchó con una copia completa que incluía fotos a color y, una vez dentro del coche, llamó al teléfono de Gabriel Torres, que no descolgó hasta el cuarto tono.

—¿Quién es?

—Buenos días, soy el inspector de Homicidios Sergio Mantilla y necesito hacerle unas preguntas con relación a la autopsia del niño Abel Solano.

—Por el nombre…

—Nueve años, encontrado a las afueras del pueblo Samael con más de veinte heridas de arma blanca. ¿Lo recuerda?

—Sí, claro… Pero pensaba que ese caso lo llevaba la Guardia Civil del pueblo.

—Ya ve que no —mintió Sergio—. ¿Qué puede contarme de la autopsia?

—Bueno, no tengo el informe a mano porque estoy de baja por enfermedad y en casa no dispongo de…

—¿No tiene conexión a Internet para conectarse con la base de datos del trabajo?

—Bueno, iba a decirle que no tengo el informe físicamente.

—No importa, recordará un caso como ese, ya que solo han pasado unos pocos días y no creo que haya tenido cadáveres de niños pequeños asesinados entre sus manos. ¿No podría darme impresiones?

—No sé qué puedo contarle.

—¿El asesino era diestro o zurdo?

—Diestro.

—¿Está seguro?

—Sin duda.

—¿Encontró alguna huella o rastro biológico en la piel del niño?

—No, solo su sangre y sudor.

—¿Algún rastro entre las uñas o los dientes que indicase que había forcejeado con quien le hizo aquello?

—No, nada.

—¿Murió por efecto de las punciones o desangrado?

—Desangrado.

—¿Su organismo presentaba restos de alguna droga?

—No, no fue drogado, al menos no se encontró rastro de sustancias, claro que se les podría haber suministrado para su secuestro y que fuese una droga que desapareciese de su organismo a las pocas horas.

—Además de apuñalado, ¿recibió algún otro tipo de daño?

—Presentaba desgarros en el recto.

—Si no estaba drogado cuando recibió la tortura de la violación y posterior ensañamiento con el cuchillo, ¿no es extraño que, estando desnudo, no se defendiese con arañazos, golpes o mordiscos? ¿Acaso presenta señales de haber estado maniatado?

—No recuerdo eso, es posible.

—Comprendo. Bien, pues eso es todo por el momento, le agradezco su tiempo y le deseo que se mejore. Quizás le llame, o lo haga mi compañero, si tenemos más preguntas. También puede llamarme a este número si recuerda algo importante.

—Está bien, lo haré.

Sergio, que iba ya llegando a la casa de sus padres, colgó la llamada para realizar otra, esta vez al director forense con el que había hablado en el Anatómico y pedirle el favor personal de realizar de nuevo la autopsia al niño, manteniendo el hecho en completo secreto dentro de su departamento, la Pulga aceptó a regañadientes.

No podía esperar a hablar con su compañero, así que lo llamó en el mismo momento que aparcaba frente al edificio donde iba a recoger a sus hijos.

El teléfono sonó cuando Álex estaba a las puertas del ayuntamiento, acababa de regresar de un taller mecánico que le había hecho un buen precio por ir a por su coche y cambiarle las ruedas para tenerlo listo esa misma tarde; el inspector ni se creía que por fin iba a tener un golpe de suerte, pues los neumáticos de su coche eran muy difíciles de encontrar.

—¿Sergio? ¿Qué tienes?

—La autopsia es una chapuza.

—Lo esperaba. Dame algunos detalles, aunque también me gustaría que me enviases luego un informe más al detalle de todo lo que tenemos por el momento.

—Lo haré en cuanto llegue a casa. Por ahora te digo que el forense no ha buscado rastros biológicos en la piel, las muestras bajo las uñas tienen pinta de estar adulteradas, además de comentarme, cuando he hablado por teléfono con él, que el niño fue acuchillado por una persona diestra, cuando el informe que él mismo ha escrito dice que las puñaladas fueron realizadas con la mano izquierda.

—Todo un disparate, no me extrañaría que tras tu llamada vaya al Anatómico a cambiar el informe y las muestras del cadáver, o que haga desaparecer pruebas.

—Ya me he anticipado a eso. Le deberemos un favor épico a la Pulga, ahora mismo estará haciendo una autopsia nueva y a

espaldas del departamento y demás compañeros. No creo que le lleve mucho tiempo, ya que se va a centrar en buscar restos en una exploración exterior y una nueva analítica de sangre de la toma que queda registrada por duplicado cuando el cuerpo llega allí.

—Fantástico, a ver si nos da resultados hoy mismo.

—¿Qué has hecho tú?

—Conseguí un taller, espero que se solucione lo del coche y no vuelvan a pincharme las ruedas, aunque no me fío mucho de ese optimismo. Ahora voy a hablar con los policías locales.

—Está bien, te mando el informe forense y, cuando la Pulga me envíe el nuevo, te paso lo averiguado. Estamos en contacto.

Álex metió el teléfono en el bolsillo interior de su cazadora y se subió la cremallera hasta el cuello, seguía lloviendo intensamente sobre la zona y apenas las nubes dejaban pasar algo de luz, así que, con las farolas apagadas a esa hora, el pueblo parecía sacado de una perturbadora pesadilla.

Tierra mojada y leña de pino consumiéndose, esa mezcla llegó a su olfato mientras apretaba el paso para recorrer los escasos cincuenta metros que lo separaban del edificio.

Como casi todos los ayuntamientos de pueblo, tenía la entrada de la oficina de la Policía Local en un lateral del edificio. En la recepción estaba un agente joven de uniforme.

—Policía Nacional, ¿puedo hablar con el oficial al mando? —dijo a la vez que enseñaba la placa.

—Sí, claro, espere un momento. —El chico hizo una llamada interna y susurró lo bastante bajo como para que Álex no entendiese una sola palabra—. Puede pasar, es el despacho aquel de allí, el del fondo.

—Gracias.

Se presentó como el teniente Gustavo Díaz, tendría unos cincuenta y cinco años bien llevados, delgado y no muy alto, lucía un bigote pulcramente recortado y al hablar arrastraba las eses de un modo algo cómico, contrastando con su aspecto serio.

—Bueno días, ¿en qué puedo ayudarle?

—Veo que no se extraña de mi presencia en el pueblo, ya habrá sabido que un inspector de la nacional está investigando las muertes del niño encontrado con heridas de arma blanca y de la chica atropellada.

—Sí, el pueblo no es muy grande y en este trabajo se conocen las novedades con rapidez. Me han dicho también que se ha metido en una pelea de bar con varios vecinos.

—Y no olvide que me han pinchado las cuatro ruedas del coche.

—Para llevar solo dos días, le están cundiendo.

—Gracias.

—¿Podemos dejar este juego? Tengo tareas que hacer y no creo que haya venido a mantener una conversación trivial.

—Así es. Querría saber qué opinión tiene sobre el trabajo de investigación que está haciendo la Guardia Civil en esos casos. No, no me mire así, sé que ahora me va a decir que ese no es un tema de su incumbencia, que ellos tienen sus funciones y ustedes las suyas, que no van a pisotear el trabajo de los demás y todo con tono indignado. Lo que quiero saber es si usted y sus compañeros consideran que no investigar un caso de crimen ni otro que podría tratarse también de una muerte violenta intencionada es la mejor forma de averiguar quién ha matado al niño Abel Solano y quién ha atropellado a Alba Munuera.

Obviamente, el teniente no dijo una sola palabra durante largos e incómodos segundos. Álex lo miraba fijamente y sin pestañear para importunarlo más aún.

—¿Y bien? ¿Va a dar su opinión personal y profesional como teniente de policía a otro investigador que le pregunta?

—Lo que ocurre es que no sé si es cierto eso de que la Guardia Civil no está investigando esos dos casos.

—No han hecho una batida por el bosque para buscar el arma homicida ni la ropa y otros enseres del niño, no han buscado el coche que atropelló a Alba, no han preguntado a vecinos de la zona por lo que pudieran haber visto y oído, no han querido que la investigación la lleve la UCO, porque no es lógico que esos dos casos no los esté llevando esa división, no han querido mi colaboración, más bien todo lo contrario, porque no han parado de ponerme trabas.

—Vaya.

—¿Va a hacerse el sorprendido? Dudo que usted no esté al tanto de todo eso, ya me ha dicho hace un minuto que es un pueblo pequeño y todo se sabe con rapidez, y más en este puesto de trabajo.

—Está bien, sé que el sargento Mendía no le tiene en alta estima, pero lo de que no están investigando…

—¿El sargento le ha pedido apoyo?

—No, no lo ha hecho.

—Un pueblo pequeño, donde nunca pasa nada, de repente tiene ante sí a dos víctimas producto de hechos violentos y los guardias civiles consideran que deben encargarse ellos porque son del lugar y pueden hacerlo mejor que los de fuera. Vale, puedo comprender eso, que hayan pedido que la UCO no intervenga, pero ¿solo cuatro guardias civiles sin experiencia en casos de asesinato enfrascados en dos investigaciones sin investigar nada y sin haber pedido siquiera el apoyo a la Policía Local? ¿Qué le dice su experiencia al respecto? ¿Lo ve lógico? ¿Es el procedimiento estándar por aquí?

—Tampoco es necesario el uso del sarcasmo. Entiendo su postura, debe de tener algún motivo para tomárselo tan en serio cuando no son casos asignados por su departamento. No entraré a valorar eso, pero si solo me está preguntando por la lógica del procedimiento que sigue la Guardia Civil, mi respuesta es que no es lógico.

—Bien. ¿Piensa hacer algo al respecto?

—¿Qué cree que puedo hacer yo?

—Investigar, preguntar por el pueblo a los vecinos, buscar testigos, encontrar el coche que atropelló a Alba Munuera, hablar con el alcalde para que presione a la comandancia de la Guardia Civil y traiga a la UCO. Tampoco es su responsabilidad resolver estos dos casos, pero es vecino del pueblo, ¿no conocía a los familiares de las dos personas fallecidas?

—Sí, aquí nos conocemos todos.

—¿No desea saber, entonces, quién le hizo eso al niño? ¿Si fue un vecino o alguien de fuera? ¿No quiere saber quién atropelló a Alba? ¿Si fue accidental o intencionado? Si lo desea, seguro que sabe cómo encontrarme, ayúdeme. Y si no quiere colaborar, al menos no entorpezca mi trabajo.

Y se marchó del despacho sin dar opción a réplica ni despedirse.

Seguía lloviendo, así que apretó el paso y se protegió bajo los voladizos de las casas en dirección a algún restaurante o bar en el que pedir una cerveza y algo de comer; esperaba tener suerte y encontrar uno rápido y con chimenea donde secarse los zapatos y el

pantalón, además de entrar en calor.
Era la hora de comer, o al menos eso le decía su estómago, y ya se había secado la ropa y recuperado la temperatura, seguía en el mismo bar que había encontrado con chimenea disponible para los clientes, bendita tradición en ese pueblo; claro que él tenía las suyas propias, o manías, como la de no usar paraguas bajo ningún concepto.

Había enchufado el portátil hacía veinte minutos para recargar la batería y ya tenía todos los datos bien detallados en una especie de informe en el que reunía los avances, así era más sencillo organizarse con su compañero. Y precisamente a este llamó.

—¿Alguna novedad? —respondió Sergio como saludo.

—No, solo quería saber si tienes unos minutos para hacer balance.

—Iba a comer con los niños, pero adelante, te doy cinco minutos porque el guiso está que arde.

—¿Un guiso? Estás hecho un cocinitas.

—Venga, al grano.

—Está bien. Tenemos a un niño de nueve años, Abel Solano, encontrado muerto por muchas heridas de arma blanca, desnudo y en mitad del bosque, violado también, que no se nos olvide. Una chica, Alba Munuera, nos aborda en Madrid para pedirnos ayuda, nos cuenta una historia sobre sacrificios rituales a niños y teme por su vida; ella aparece muerta dos días después, ha sido atropellada dos veces, lo que indica sin duda que se trata de un asesinato deliberado. En el pueblo no está la UCO investigando, sino cuatro guardias civiles sin experiencia que, realmente, no investigan nada, pero sí que intervienen para impedirme que lo haga yo. Los padres de las víctimas no parecen afectados. Los vecinos se muestran reacios a colaborar y a nadie parece importarle nada lo sucedido, cuando estos hechos en otra localidad habrían provocado varias manifestaciones por las calles. Tenemos dos autopsias más que sospechosas de adulteración, por no hablar de que el cuerpo de Alba se ha incinerado, impidiendo hacer otra autopsia con otro facultativo. El forense que inspeccionó el cuerpo del niño es más que sospechoso de negligencia, incluso de falsedad en su tarea. ¿Por qué han matado al niño? ¿Es cierto que se trata de un ritual que se repite cada dos años en noviembre? Las cifras de niños fallecidos en

los últimos cien años así lo indican. ¿Mataron a Alba porque estaba tratando de sacar a la luz un secreto guardado desde hace siglos por…? ¿Por quién o quiénes, Sergio?

—Ni idea, ella hablaba de altos cargos religiosos, pero también de personas influyentes de altas esferas económicas, supongo que empresarios.

—Quizás debería hablar con los mandatarios de las congregaciones religiosas que tienen presencia en el pueblo.

—Creo que son muchas, hay monasterio de frailes, también de monjas y una docena de iglesias, además de una especie de basílica.

—¿No son muchas para un pueblo de no más de ocho mil habitantes?

—Son muchas incluso para una ciudad de tamaño medio como Guadalajara o Toledo.

—Bien, investigaré quiénes dirigen esas instituciones mientras como y esta tarde trataré de dar con algunos de ellos.

—Ten cuidado. Y dime cualquier cosa que necesites para que pueda ayudarte desde aquí.

Tras colgar, redactó una serie de tareas:

- Hablar con los responsables de monasterios e iglesias.
- Presionar a los forenses.
- Nueva autopsia del niño y contrastar con la anterior.
- Volver a visitar a los padres del niño y de Alba.
- Presionar a Julia para que se decida a hablar de una vez.

¿Julia? Estaba pensando en ella más a menudo de lo normal, claro que se basaba más en lo que podría aportar ella al caso que en sentimientos que hubieran aflorado, o no. La chica era todo un personaje, tan vivaracha y espontánea, nada de máscaras para aparentar ser mejor o más valiosa de lo que era en realidad, nada de jugar al ratón y al gato con el chico que acababa de conocer; todo lo contrario, siempre directa y sin aparente miedo a pisar en falso. Una chica independiente y autosuficiente que disfrutaba de la vida y del momento que estaba viviendo con un chico al que acababa de conocer. Tal vez, tras pensarlo un poco, el último punto de la lista se antojaba el más idóneo para comenzar con las tareas.

Y no tuvo que pensar mucho más en el asunto o en la chica, porque esta apareció por la puerta del bar y, tras localizarlo, se acercó a él con una sonrisa.

—¿Me tienes puesto un localizador? Siempre me encuentras.

—No creas que ha sido fácil, miré primero en la casa esa en la que estás de prestado y este es el séptimo bar que visito, ya pensaba que te habrías ido, sobre todo al no ver tu coche aparcado allí.

—Está en un taller, espero que las ruedas aguanten hasta que termine mi estancia en el lugar. ¿No vas a sentarte? Te invito a comer.

—Me parece bien, tengo hambre.

—¿Qué tal el trabajo? —preguntó él mientras ella tomaba asiento.

—Lo de siempre.

—Te he visto de uniforme y he pensado... Supongo que estáis con la búsqueda de algo nuevo sobre lo del niño o del coche que atropelló a Alba.

—Sí, claro.

—¿Y bien? ¿Algo nuevo? ¿Acaso no puedes decir nada por ser confidencial?

—¿Otra vez el interrogatorio?

—Te pido una cerveza.

—Gracias. Estoy de servicio, pero la necesito. Y no es que no quiera contarte nada, es que me agobia un poco esa sensación de que solo quieres verme para indagar sobre el caso.

—También para follar.

A ella se le iluminó la cara.

—Eso se lo dices a todas.

—Solo a las que se mueven tan bien como tú en la cama.

Una pausa de varios segundos, entonces llegó el camarero y pidieron las cervezas y varios platos para el almuerzo.

—No hay mucho que contar, no descubrimos nada.

—Perdona que sonría, pero es que me cuesta creer que tu sargento sea capaz de planificar una investigación tan compleja y con dos posibles casos de asesinato que podrían estar relacionados entre sí.

—Gabriel no es mal tío, aunque es cierto que ninguno de nosotros se ha visto envuelto nunca en casos de esta magnitud.

—Podría estar aquí la UCO, ellos sí saben moverse.

—¿Qué has averiguado tú? —preguntó ella para desviar la conversación sin que pareciera que lo hacía.

—Poco, aquí nadie quiere hablar con el extraño que hace preguntas.

—Y que se mete en peleas.

—Créeme, no la empecé yo.

—Claro…

—¿Qué sabes de las autopsias?

—¿Las del Abel Solano y Alba Munuera? Creo haber visto los informes. ¿No has tenido acceso a ellos tú?

—No estoy autorizado, no es mi departamento el que lleva el caso, así que solo tengo escuetos resúmenes que me han querido hacer. ¿Me ayudarás?

—Claro. Alba presentaba heridas por atropello, el impacto del vehículo no fue tan determinante como el hecho de que le pasara por encima, debía de ser un coche muy pesado.

—Por muy pesado que fuese, pasarle una rueda o dos por encima no es para haberla matado.

—Bueno, era una chica delgadita, como yo, y si la atropellaron a eso de las nueve o diez y estuvo muchas horas con hematomas internos y huesos rotos bajo el frío, pues es más lógico que al encontrarla por la mañana ya estuviera muerta.

—¿Había consumido drogas o alcohol?

—Creo que no, no leí nada de eso cuando ojeé el informe.

—¿Y sus padres?

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Cuándo denunciaron su desaparición?

—No lo hicieron.

—¿No te parece extraño que no denunciaran al ver que no aparecía en toda la noche?

—Los chicos de aquí, cuando no están en sus casas o no regresan a su hora, es porque están haciendo algo con amigos, no sé si me explico, tomar unas copas o un rato de sexo. En un pueblo en el que nunca pasa nada, los adultos tienen siempre la seguridad de que a sus hijos no les va a ocurrir nada malo.

—Pero son muchas horas.

—Yo misma hablé con los padres y me dijeron que Alba llevaba

días enfadada con ellos, desde que fue a Madrid sin avisar, que ese día tampoco había querido desayunar y almorzar con ellos y no se extrañaron al ver que no llegaba. Se acostaron a las once y fue al despertar por la mañana cuando vieron que la chica no había vuelto.

—¿Fueron los padres de Alba los que solicitaron la incineración?

—Supongo, claro, eso lo deciden los familiares, si es que no hay nada escrito en un documento de últimas voluntades; y Alba era demasiado joven para haber redactado uno.

—¿Por qué no se esperó por si se investigaba su muerte?

—Todos dimos por sentado que era un atropello fortuito.

—¿Tú también?

—Sí, claro.

Álex se preguntaba en estos momentos qué informe forense de Alba habría visto Julia, porque había dos, el realizado por el doctor y en el que asegura que hay dos direcciones, que fue rematada con una segunda pasada del coche; más el que le mostró a él el sargento y jefe de Julia, en el que se había falsificado ese dato para poder conseguir cerrar el caso como muerte accidental y que se incinerase el cuerpo.

—¿Habéis inspeccionado todos los coches del pueblo? Solo habría que buscar un todoterreno o similar con marcas en el frontal.

—Hemos ido casa por casa y nada.

—Me cuesta creer que tu jefe haya hecho eso, u ordenado que lo hagáis vosotros.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no he visto a nadie haciendo esa tarea desde el sábado por la mañana que llegué, y más aún porque Mendía es el que más he visto insistir en que la muerte de Alba fue un atropello casual y que no hay nada que investigar, a veces me pregunto si no fue él mismo el que lo hizo.

—Te puedo enseñar su coche patrulla y también cómo colarnos en su casa de madrugada para ver el particular, ambos son todoterreno.

—Bueno, lo decía en tono de broma, no creo que lo hiciese él realmente, pero tampoco me creo que esté buscando ni el coche ni el conductor que dejó a Alba tirada en el suelo esa noche tras pasar por encima de ella.

—Quizás ni se dio cuenta, a lo mejor iba bebido, sin luces y la atropelló sin percatarse.

—No me hagas reír.

—¿Por qué dices eso?

—Por nada. Cuéntame algo del caso del niño.

—Sus padres denunciaron su desaparición el día anterior a las ocho y media.

—¿Guardia Civil y Policía Local?

—Solo a nosotros.

—¿Segura?

—Sí, casi segura, recuerdo haber leído el parte.

—¿Haberlo leído? ¿No recogiste tú personalmente ese parte de denuncia? ¿Lo recogió y redactó un compañero mientras tú estabas allí en el cuartel?

—No, esa noche la tenía libre.

—Comprendo, continúa.

—Los padres dijeron que el niño jugaba en la calle con unos amigos desde las seis, justo tras merendar. Buscaron por las casas de los vecinos y otras donde había compañeros del colegio de Abel. Esa noche el matrimonio buscó por todo el pueblo y…

—¿Cómo que el matrimonio? ¿No dices que llamaron a la Guardia Civil? Aun habiendo pasado pocas horas, se trataba de un niño pequeño, se habría iniciado una búsqueda con el máximo de efectivos, incluso con todos los habitantes del pueblo implicados como voluntarios en la tarea.

—Quizás sea problema de lo cerrada que es la gente en este lugar, que no quiere molestar a nadie con temas personales y…

—¡Joder, Julia!

La chica se quedó sorprendida por el grito y el gesto de la cara del inspector, también varios tertulianos del bar que estaban sentados cerca de la pareja.

—Lo intento, de verdad que lo intento. Intento fingir que me creo lo que me dices, pero hay momentos en los que ya no puedo seguir con la cara de póquer. ¿Quieres hacerme creer que a una pareja le desaparece un hijo pequeño y no llaman a nadie, ni siquiera a vecinos, para que los ayuden a encontrarlo? ¿Piensas que soy estúpido? Apostaría a que el parte es falso y se redactó después de encontrar su cuerpo, también apostaría a que los padres ni se

molestaron en buscarlo porque sabían de sobra dónde estaba el niño y lo que le ocurriría.

—Ilústrame.

—El niño tenía que correr la misma suerte que los anteriores, los niños de su misma edad que mueren en idénticas circunstancias cada dos años en noviembre. Ahora dime tú quién lo hace, ¿quién los secuestra, viola y tortura hasta la muerte? Y estaría bien que añadieras el motivo.

—El móvil de los rituales. Otra vez me preguntas por esos supuestos rituales.

—Dame otro motivo u otra senda para investigar.

—No tengo un móvil que darte, aún lo estamos investigando.

—Yo no creería en ese motivo si no fuera porque Alba nos contó a mi compañero y a mí lo que ocurría en el pueblo, una pena no haberla creído entonces, y al llegar me he encontrado que todo es tal como ella lo narró: un pueblo sometido, cómplice, que entrega a sus vástagos a cambio de…

Álex se retrepó en la silla y el gesto de su rostro no le pasó inadvertido a la guardia civil.

—¿Qué pasa?

—¿Cuánto ganas, Julia?

—¿A qué viene eso ahora?

—No tenéis complementos, así que tendrás el sueldo base de un agente de la Guardia Civil, ¿verdad? ¿Son unos veinticinco mil euros brutos anuales? ¿En qué se queda al mes y en neto? ¿Quizás mil setecientos en catorce pagas?

—No te comprendo, ahora te pones a hablar de mi sueldo.

—Julia, he visto tu casa, he visto las de los demás vecinos del pueblo, que por cierto no parecen tener ocupaciones laborales. ¿Cómo se compra una chica de tu edad una casa como esa con tu sueldo? ¿Y los coches nuevos que hay por doquier? Tu Mini cuesta más de treinta mil.

—La casa es heredada de mis abuelos maternos, listillo.

—Aún así hay que mantenerla. ¿No la reformaste y amueblaste para adaptarla a tu gusto? Son muchos gastos. ¿De dónde sale el dinero para que un pueblo donde no hay empresas ni industria tenga a todos los vecinos viviendo con este nivel de vida? Incluso me aventuraría a decir que no hay mendigos, pues no he visto

ninguno desde que llegué.

—Eso que supones es una barbaridad, no se sostiene.

—Ahora no, pero ¿qué pasaría si hago que Hacienda investigue a dos docenas de vecinos al azar? ¿Crees que la teoría se sostendría? ¿Apuestas?

—No me gusta apostar. ¿Estás sugiriendo que los padres venden a sus hijos para que los maten y así vivir cómodamente el resto de sus días?

—Cosas peores he visto como inspector de Homicidios. A estas alturas nada se convierte en imposible, sobre todo cuando no surgen otros motivos mejores.

—Bueno, esa es tu hipótesis.

—Ahora solo tengo que demostrarla y para eso no tengo más que seguir incordiando y sacando información de donde fluya. Quizás la presión sobre los vecinos es muy grande, pero cuanto más presionas el agua con las manos, más rápido se te escapa entre los dedos; y yo sé cuáles son tanto los dedos más frágiles como los más fuertes de esta mano.

—¿Qué soy yo? ¿De los débiles o de los fuertes?

—Dímelo tú.

—No me gusta este juego.

—Has venido tú sola. ¿Ha sido idea tuya o te ha enviado el sargento?

—Quería verte.

—No has respondido a la pregunta.

Ella guardó silencio, terminaron de comer. Julia se ofreció a pagar, pero él lo declinó y se marcharon del bar.

—Veo que tienes el coche patrulla, supongo que quieres o tienes que estar a mi lado todo el tiempo posible, no me vendría mal un coche y chófer en un día de lluvia como este.

—Aquí siempre llueve en invierno, casi todos los días, parece que esto sea Galicia.

—¿Eso es un sí? ¿Me harás de chófer?

—¿A dónde quieres ir?

—A casa de los padres de Alba, y quiero que participes en la entrevista y me ayudes a presionarlos.

—¿No te parece que ya han sufrido lo suficiente con la pérdida?

—En absoluto, no es lo que me parece.

Capítulo 12

Julián entró en la casa para ir al baño, se estaba orinando desde hacía un buen rato, pero cuando se ponía a podar las flores del patio, no había quien lo sacase de la tarea, ni siquiera la llamada de la naturaleza. Pasó de puntillas por el salón para no despertar a Beatriz, que dormía tras terminar de almorzar y tumbarse ante la televisión bajo el embrujo de una telenovela turca, si le hubiera visto pisar dentro de la casa con las botas de goma del patio…

Había tirado de la cadena, bajado la tapa y se disponía a lavarse las manos cuando sonó el timbre de la puerta principal.

No fue a abrir, seguro que era alguien que se había equivocado, así que abrió el grifo y comenzó a lavarse sin prisas, tenía las manos realmente sucias por la tierra y los productos químicos que usaba para fertilizar y abonar cada macetero. Volvieron a llamar cuando se estaba secando.

—¿Quién es? ¿Quién llama?

—No lo sé, cariño, voy a ver.

Quien fuese, había despertado a su mujer y ahora ella vería que andaba por la casa con las botas. Mal asunto.

Ese pensamiento se le pasó en el acto cuando comprobó que al otro lado de la puerta estaba de nuevo el policía metomentodo de la capital, acompañado nada menos que de Julia, la guardia civil del pueblo. ¿Qué demonios querrían?

—¿Sí?

—Buenas tardes, disculpa la molesta, Julián. ¿Está Beatriz en casa? Este compañero policía quiere haceros unas preguntas sobre lo ocurrido a Alba.

Se lo pensó unos largos segundos mirando fijamente a Álex, luego se echó a un lado sin decir una palabra.

Cuando llegaron al salón, la mujer ya se había levantado, bajado el volumen de la televisión al mínimo y alisado con las manos su

cabello y las arrugas del vestido. Lanzó una mirada furtiva a los pies de su marido, pero no dijo nada más que:

—Siéntense, voy a traer café. —Y se marchó a la cocina.

—¿Y bien?

—No tenemos prisa —dijo Álex—, si su mujer solo tarda un par de minutos, podemos esperarla. ¿No le importa?

—Claro que no. —Y el hombre miró hacia la puerta que daba al patio, luego miró sus botas y fue a quitárselas en el umbral, dejándolas fuera. Miró el suelo y decidió que no había tanta tierra como para que su mujer se enfadara; tampoco tenía pensado ir a por la escoba y ponerse a barrer delante de los visitantes.

Beatriz llegó con una bandeja cargada y la puso sobre la mesita ante el sofá, allí estaban sentados Julia y Álex, su marido estaba de pie a un lado, se fijó en que iba descalzo, y ella acabó sentándose en un sillón orejero cercano al sofá; antes de eso sirvió el café con las indicaciones que cada uno le hizo.

—Siento molestarles de nuevo, pero tengo que hacerles una serie de preguntas importantes y… por cierto, el café está muy bueno.

—Gracias.

—Con respecto a Alba, ¿solía ausentarse por las noches?

—No, no era habitual.

—Antes de la noche del… atropello, ¿lo había hecho?

—Cuando fue a Madrid.

—¿Solo entonces? ¿No tenía hábito de quedarse con amigos toda la noche en la calle o bares? ¿Tal vez en casa de una amiga o un novio?

—No, ella llevaba un año sin novio y lo de dormir con amigas lo dejó a los once o doce años. —Siempre respondía la mujer, como si fuese la única que conociera a sus hijos, tal vez en aquel lugar era así. El marido se limitaba a ser un espectador.

—¿Se enfadaron ustedes al saber que había ido a Madrid?

—Sí, pero porque no nos dijo nada, desapareció sin más y sin decir adónde iba, con quién o para hacer qué.

—Cuando se enteraron de su motivo, ¿eso los enfadó más?

—No sé, tampoco importa mucho el motivo.

—¿Castigaron a Julia?

—¿Por qué pregunta eso?

—Es solo una pregunta, para saber cómo fue la situación de Alba

en su hogar durante el último día de su vida.

—No la castigamos, solo la reñimos.

—¿A qué hora se acostaron la noche en que fue atropellada?

—Sobre las once, quizás algo más, no recuerdo la hora exacta.

—¿No la recuerda?

—No.

Julia miró a Álex con intriga por la insistencia. Él no tenía tiempo de explicarle que un padre o madre que sabe que su hija aún no ha llegado a cenar, lo que más hace durante esa espera es mirar el reloj constantemente y decir «las once y aún no ha vuelto, esta chica se va a enterar cuando llegue» o algo similar. Salvo que ese padre o madre no esté preocupado en absoluto y se vaya a dormir sin comprobar la hora en ningún momento; y si no estaban preocupados los padres de Alba, es muy probable que sea porque sabían lo que estaba ocurriendo con su hija.

—¿Podría echar un vistazo al dormitorio de Alba?

—¿Cómo dice?

—No tienen por qué permitírmelo, no llevo el caso, solo quiero hacer justicia, como les dije el sábado. Se trata de unos minutos, por si encontrase algo que me condujera a los que ella pensaba que querían hacerle daño.

—Ella siempre iba con esas historias.

—Y murió dos días después de contármelas a mí. ¿Me permite mirar unos minutos? Le prometo que no revolveré nada ni cambiaré las cosas de lugar.

La mujer miró a su marido y este no movió un músculo.

—No sé… supongo, pero no tarde mucho. Y ha prometido que no revolverá nada, ya lo dejaron todo patas arriba los compañeros de Julia.

Álex siguió las indicaciones, subir a la planta superior por las escaleras y dirigirse al cuarto del fondo. Al abrir la puerta, comprobó que los padres de Alba habían vuelto a ordenarlo todo para dejarlo como si la chica fuera a regresar de nuevo. Cerró a su espalda con cuidado para tener más intimidad y comenzó a mirar donde a los guardias civiles se les hubiera pasado; así que no se molestó en rebuscar en cajones de la mesita de noche, en los del escritorio, tampoco entre la ropa del armario. Movió dicho armario y miró detrás, también buscó una baldosa que sonase a hueco… No

llevaba más de dos minutos cuando pensó que si la muerte de la chica era algo orquestado, como ella misma decía, por quienes llevaban tanto tiempo matando niños con impunidad, seguramente con el beneplácito y la indiferencia de la Guardia Civil local, lo más seguro es que los que registraron el dormitorio lo hiciesen más a conciencia de lo previsto.

«Pero Alba sabía que iban a por ella. Si tenía alguna prueba, grabaciones, capturas de pantalla, cartas con amenazas, etcétera, no guardaría eso donde pudieran encontrarlo. ¿Dónde...? ¡Joder, claro!».

Salió a hurtadillas del dormitorio para que no lo escuchasen desde abajo. Solo se oía el murmullo de los cuchicheos. ¿Por qué cuchicheaban en lugar de hablar? ¿Tenía algún sentido salvo el de comentar algo que no querían que él supiera? Julia estaba metida hasta el fondo en el lodo. La siguiente puerta que abrió daba al típico dormitorio de un niño pequeño, tenía pósteres de animales y de películas Disney en lugar de los de Julia, que eran de actores y cantantes, además de la colcha de la película *Cars* que lucía la pequeña cama.

El problema ahora radicaba en que no sabía dónde buscar y el tiempo se le agotaba.

¿Qué podría ser tan simbólico entre Alba y su hermano pequeño como para dejar ahí una posible pista que ella quisiera esconder? Buscó una foto de ambos, pero las que había estaban todas en el cuarto de ella, pinchadas en un tablero de corcho. Quizás un regalo que ella le hiciese a él, un muñeco de peluche. Álex apretó los siete muñecos que había sobre la cama a conciencia y trató de pensar en otra cosa, entonces lo vio. Había otro muñeco, pero colocado sobre una repisa al otro lado de la cama, muy alto, como si quien lo hubiera apuesto allí no quisiera que el resto del mundo lo tocase.

Al bajar las escaleras para regresar al salón, comprobó que dejaron de hablar cuando oyeron los pasos, como si rompiese un momento incómodo, tal vez secretos que él no debía oír.

—¿Y bien? ¿Has encontrado algo?

—Nada, Julia, ni el móvil de Alba.

—Lo tiene aún la Guardia Civil, igual que el ordenador —dijo Beatriz.

—Has tardado poco.

—Me he dado cuenta de que no encontraría nada, así que no merecía la pena insistir.

—¿Eso es todo? —preguntó Julián.

—Solo algunas preguntas más y nos marcharemos. ¿Por qué creen que Alba se podría inventar una teoría sobre crímenes de niños, siendo su hermano pequeño una de las víctimas?

—Pues… no sé, no tenemos ni idea.

—No tiene mucho sentido, ¿verdad?

—Ella acabó muy afectada con la muerte de su hermano.

—Lo he comprobado en su dormitorio, todas las fotos que tiene son del niño o de los dos juntos. Es curioso que en este salón solo haya de Alba, ninguna de Dani.

—¿Qué está insinuando?

—No insinúo nada, cálmese. Solo he dicho que me parecía curioso. El dormitorio de Alba era el de una chica que ha perdido a su hermano, pero lo recuerda a diario, no quiere que salga de su memoria, es uno de los principales motivos para tener fotos a la vista de un ser querido que se ha ido. Pero fuera de su dormitorio no hay fotos del niño.

—¿Cree que queremos olvidarlo?

—Se trata de una simple pregunta, ¿por qué no hay fotos de Dani en el resto de la casa?

—No queríamos recordar el dolor que sufrimos.

—¿Eso quiere decir que ahora van a quitar también las de Julia?

—Es posible.

—¿Por qué no hay flores en el lugar del atropello? Es un gesto habitual en las familias que han perdido a alguien trágicamente.

—Deje de cuestionar nuestro dolor y el amor que sentimos por nuestros hijos —dijo fríamente la mujer.

—Va siendo hora de que os marchéis. ¿Julia? —La orden era de Julián.

La guardia civil se levantó y miró fijamente a Álex.

Cuando ya iban a salir del salón para enfilar el pasillo, el inspector se giró para encararse con Julián, por el que apostaba que era el más débil de la pareja y con más facilidad de hacer que se derrumbase.

—A su hija no la atropellaron por casualidad, ya que el que lo hizo no solo se dio a la fuga, sino que la atropelló una segunda vez

para asegurarse de que cumplía con su trabajo; y luego la chica se quedó agonizando y malherida, sola hasta morir en el frío de la noche y tumbada en el barro. Pero ustedes siguen defendiendo que la teoría de la chica era un invento.

Álex había observado de soslayo la reacción de la agente ante la noticia del doble atropello, se veía sorprendida realmente, igual que los padre de Alba.

—¿Cómo se atreve? ¿Cómo puede venir y decirnos esas barbaridades?

—¿Barbaridades? El niño Abel Solano recibió más de veinte puñaladas que se provocaron la muerte lentamente, pero antes fue violado. ¿Imagina lo que pasó ese niño de nueve años? ¿Qué edad tenía su hijo Dani? ¿Está seguro de que murió enfermo y no corrió la misma suerte que Abel y medio centenar más de niños inocentes?

La mujer se desmayó en ese momento y su marido comenzó a gritar fuera de sí, amenazando con ir a por su escopeta. Julia tomó a Álex del brazo y lo sacó a empujones de la casa, siguió tirando de él hasta que entraron en el coche patrulla y ella salió a toda velocidad de la calle.

Cuando ella decidió frenar en una calle algo más ancha para no impedir el tráfico:

—¿Qué coño ha pasado antes?

—¿De qué hablasteis cuando subí a la planta de arriba?

—¿Hablar? De nada, cosas triviales del pueblo.

—¿Entre cuchicheos?

—No cuchicheábamos.

—Pues llámalo susurrar.

—Tío, te has pasado hace un rato.

—Hay que sobrepasar límites para llegar a donde no se puede de otro modo.

—Esa pareja…

—¿Qué vas a decir ahora? ¿Que esa pareja está sufriendo mucho por la muerte de la chica? No les veo sufrir mucho, salvo cuando les he dicho cómo murió Alba y cómo seguramente murió su hijo hace unos años. ¿Sabías tú lo del doble atropello?

—No, en el informe forense… ¿Has mentido? ¿Eso del doble atropello ha sido para provocar una reacción en ellos?

—No, es la verdad. El informe que tiene tu sargento es falso.

—¿Cómo sabes…?
—Porque ese es mi trabajo.
—Me dijiste que no habías hecho apenas avances por ahora.
—Mentí. No me fío de ti.
—Solo me usas para que te lleve de un sitio a otro.
—Y para tratar de hacerte entrar en razón. ¿Qué coño os pasa a los vecinos de este pueblo? ¿Cómo puede daros igual que haya personas haciendo esas barbaridades? Tú sabes quiénes son, el tiempo que llevan haciéndolo, el motivo, además de las razones para que nadie los denuncie.
—No lo comprendes.
—Ya me has dicho eso antes. Si no lo comprendo, házmelo comprender.
—Nos matarían.
—¿Cómo a Alba?
—Como a cualquiera que vaya en contra de lo que dictan.
—¿Quién dicta eso? ¿Es una persona o un grupo? Entiendo que te refieres a que esa o esas personas hacen lo que les place y los ciudadanos solo puede callar y aceptar dinero, pero denunciar implica la muerte.
—Ya sabes mucho más de lo que… Si alguien se entera de que te he dicho esto, mañana me encontrarías a mí atropellada como a Alba.
—Estás armada y tienes formación, como yo, quédate conmigo. Destapemos todo esto, hagamos lo que es correcto.
—Sigues sin comprenderlo del todo. Yo formo parte de lo que llamas «todo esto». Me crie entre habladurías y cuentos macabros, me libré de ser sacrificada porque ese año le tocó a otro niño, precisamente un amigo de mi clase en el colegio; y ya como adulta…
—No hiciste nada al conocer la verdad, ni siquiera cuando entraste en la Guardia Civil. Y aceptaste el dinero que reparten… El dinero…
—Así es. Júzgame si lo deseas, pero allá dónde fueres, haz lo que vieres. Si no puedes con el enemigo…
—Deja los refranes.
—¿En qué piensas? Te has quedado como en trance.
—Me has contado lo que sucede, pero no el motivo ni quién lo

orquesta; ahora tengo una duda nueva, quizás la más importante: ¿de dónde sale el dinero que se da a las familias del pueblo por su silencio y por sacrificar a sus propios hijos? Porque no será una cantidad pequeña.

—¿Qué importa todo eso?

—Solo te necesito a ti, contigo tengo el caso cerrado.

—Y mi vida también cerrada, o terminada, no lo olvides.

—¿Acaso no crees que pueda protegerte? La Policía lo hará, el Ministerio lo hará.

—No sabes cuánta gente hay detrás de todo esto, personas más poderosas de lo que imaginas.

—Pues te haremos desaparecer durante una larga temporada, un viaje al extranjero con documentación falsa, un cambio de aspecto…

—Suena a película. ¿Te has parado a pensar que soy feliz aquí? Esto es todo lo que conozco y lo que necesito, lo que quiero.

—¿Seguro que es lo que quieres?

—¿Por qué preguntas eso?

—Porque tengo la sensación desde que te he conocido de que buscas una salida, huir y no mirar atrás.

—Quizás te equivocas.

—Pero…

—Olvida la conversación. Te seguiré ayudando, pero sin darte más información. ¿A dónde quieres ir ahora?

—Me gustaría hablar con los padres de Abel Solano.

—Si vas a hacer lo mismo que en la casa de Alba, mejor que vayas tú solo.

—Está bien, iré solo.

Cuando el inspector ya tenía un pie fuera del coche:

—Álex, si vas a seguir por ese camino, duerme con el arma cargada bajo la almohada o, directamente, prescinde de dormir por las noches.

El aludido cerró la puerta y observó cómo el coche desaparecía calle abajo. La conversación le había afectado tanto y estaba tan sumergido en el caso, que no era consciente del aguacero que le caía encima.

Cambió de idea y se marchó directamente a la casa de Fonseca, llegando a las seis menos diez de la tarde y sin saber muy bien si

estaba haciendo lo correcto con Julia; sentía que todo el espectáculo en casa de los padres de Alba había sido principalmente para provocar una reacción en la agente, la reacción que necesitaba para que cambiase de bando y lo ayudase en el caso.

Se dio una ducha caliente, sorprendiéndose a sí mismo al dejar el arma sin el seguro sobre el lavabo, no se deshizo de ella en ningún momento, ya no pensaba en dejarla en la funda y colocada sobre el respaldo de alguna silla de la casa, sino sentirla pegada a su cuerpo allá donde estuviese y sin importar si caminaba por la calle o preparaba la comida en la cocina. Eso le llevó, tras el cigarro y la copa que necesitaba, a hacer una llamada.

—¿Álex? ¿Hay novedades?

—No muchas, al menos de las que te señalan al homicida y el lugar en el que se encuentra. No te llamaba por eso.

—Lo imagino tras meditar todo lo que has descubierto y lo peligrosa que se puede volver la situación. Salgo para allí en una hora, lo justo para hacer algo de equipaje y esperar a que llegue Raquel.

—Te va a matar.

—Lo sé, pero no te voy a dejar solo allí.

Tras colgar pensó en el siguiente paso a dar, tenía tres horas o un poco más hasta la llegada de su compañero y debía sacar partido a los días de vacaciones de que disponía, además de la premura en avanzar lo antes posible porque los asesinatos son más difíciles de resolver a medida que avanzan los días: pruebas que desaparecen, testimonios que se olvidan, miedo que crece entre posibles confidentes…

Podría ir a presionar a los padres del niño, pero no creía en que eso le diese resultados mejores que en la casa de Alba. Otra opción era llamar por teléfono a los forenses que hicieron las autopsias de Alba y del niño, claro que a esos dos los reservaba para cuando ya no esperasen su aparición, porque ahora seguro que estaban preparados y con historias absurdas que contar para librarse de acusaciones. ¿El sargento Gabriel Mendía? Sí, porque a ese podría ir a verlo en solitario, mientras que la última opción, la de entrevistarse con los líderes religiosos, era preferible hacerla con Sergio a su lado como refuerzo y apoyo.

La agente dio un puñetazo sobre la mesa con todas sus fuerzas, lo

que le produjo un daño terrible en los nudillos y la muñeca, no golpeaba algo desde el saco de boxeo en la academia cuando se preparaba para el cargo. Su superior ni pestañeó.

—Son las órdenes.

—¿De quién? Yo tengo un superior directo, tú, y luego está la comandancia y los de arriba en el Cuerpo. Pero no comprendo por qué tengo que obedecer a esos otros.

—Cuidado con lo que dices, vigila tus palabras.

—Gabriel, no es justo; me pides esto porque soy mujer.

—Y joven y bonita. Yo no podría hacerlo, tampoco tus compañeros. Y no me vengas otra vez con que es parecido a la prostitución.

—Es que es lo que es; me siento como si fueras un chulo obligándome a acostarme con un cliente.

—Es más como una espía de esas guapas de la guerra.

—No lo maquilles, que viene a ser lo mismo.

—Además, no se te ve muy disgustada con la idea, da la sensación desde el principio de que estás encaprichada de ese policía.

—Qué sabrás tú.

—Nada, no sé nada porque es eso lo que me cuentas. ¿De verdad que no te ha dicho algún descubrimiento que haya hecho?

—¿Acaso no te fías de mí?

—Vete a casa, Julia, date un baño relajante, vístete con tu ropa más sexi, o como se diga, y ve a buscarlo. Emborráchalo y trata de sacarle de una vez lo que sepa.

—Lo dicho, proxenetismo puro.

—Julia, todos estamos de fango hasta el cuello, no podemos permitirnos que llegue un policía desde la capital y nos joda a todos los del pueblo.

«Quizás sea eso lo que merecemos todos».

—¿Qué te pasa? No dices nada.

—Me voy a casa, sí, pero no te prometo nada.

—Sé que harás lo mejor para el pueblo, para todos nosotros.

Ella se marchó cabizbaja, sin advertir que una sombra se acercaba por el final de la calle; se habría cruzado con él si no se hubiera marchado con el coche por el otro extremo.

«¿Qué puedo hacer? ¿Seguir con esta farsa o renunciar a la

misión que me obligan a llevar esos carcamales? Si renuncio, es posible que todos acabemos en la cárcel, aunque es lo que merecemos. En el caso de seguir adelante, creo que acabaré siendo la más damnificada, tanto si descubro los adelantos de Álex y lo delato como si sucumbo a los sentimientos que han aflorado en mi interior y hago arder hasta los cimientos este pueblo de mierda. Quizás no sea mala idea eso de tomarme un baño y aclararme las ideas».

Tampoco advirtió la agente que había más sombras pendientes de ella, en su camino y cerca de su casa, sombras que no dejarían de vigilar cada uno de sus movimientos.

En el cuartel, un minuto tras la salida de la chica, el sargento comentó las dudas que sentía en la mente de Julia con el agente Felipe Díaz por teléfono, este escuchó atentamente toda la narración sin decir una palabra.

—Quizás fue un error, si se ha enamorado de ese policía, quizás nos hayamos disparado en el pie, Felipe.

—Julia no hablará, no se joderá la vida ni nos la joderá a nosotros.

—No creo que sea tan tonta, pero ya sabes lo que pasa cuando uno se enamora.

—Ya me encargaré yo de ese asunto.

El sargento no pudo seguir la conversación porque vio entrar a Álex Vergara con la intención de tener una nueva charla. Mendía colgó el teléfono. El inspector parecía mirar buscando algo o alguien, seguramente a Julia.

—¡Inspector! ¿Qué se le ofrece? —dijo Gabriel al salir del despacho para saludarlo.

—Estaba algo falto de ideas y pensé en hacerle una visita.

—¿Ideas? No sé qué podría aportarle yo.

—Bueno, tratándose del responsable de los casos que investigo y teniendo más medios a su alcance, no sería extraño que tuviese más adelantos que yo.

—También podríamos trabajar juntos.

—¿Lo dice en serio?

—Claro, estamos en el mismo lado.

—No sentí esa camaradería hace dos días, cuando llegué al pueblo.

—Bueno, inspector, en un sitio como este las formas son importantes y usted llegó como un elefante en una cacharrería; pero el hecho de que hayamos interferido para que no hubiera denuncia en la pelea en el bar es señal de que la Guardia Civil siente que somos compañeros.

«Claro, la pelea que provoqué, pero que no empecé yo y en la que fuimos agredidos una agente y yo mismo, además de no buscar tampoco a quien me pinchó las ruedas del coche».

—Bueno, pues actuemos como compañeros a esta hora de la tarde, vayamos a hacer balance a algún bar donde nos sirvan una cerveza, ¿te parece? ¿Podemos tutearnos?

—Eh, sí, claro… tutearnos. Pero estoy solo en el cuartel, no puedo dejarlo sin asistencia.

—Podrás llamar a alguno de tus chicos para que venga, seguro que están cerca con un coche patrulla.

—Está bien, espérame fuera, hago una llamada y salgo.

Álex tiraba la colilla al suelo cuando el coche patrulla aparcaba ante la puerta, los dos agentes lanzaron miradas de recelo, no era Julia uno de ellos. Debería llamarla más tarde, se dijo. Un seco buenas tardes y desaparecieron en el interior, dos minutos después salió el sargento con el chaquetón y consultando la pantalla de su teléfono móvil.

—¿Y bien? ¿A dónde quieres ir?

—Yo soy el extraño aquí, y me vale con un sitio en el que no haya más frío que el de la cerveza.

—Así hay una veintena de lugares en el pueblo, iremos a uno donde se coma bien, por si aprieta el hambre dentro de un rato.

—Me parece fenomenal.

Una vez sentados en taburetes altos y recibiendo con agrado el calor del interior del bar restaurante, y con dos jarras grandes de cerveza sobre la mesa, Álex no se anduvo con rodeos.

—¿Seguís sin encontrar el coche que atropelló a Alba?

—Debe de ser el coche de alguien de fuera, quizás un turista que se marchaba del pueblo y se dio a la fuga para no tener complicaciones.

—Complicaciones… vaya.

—Entiende el punto de vista, tal vez pensó que no había sido nada, un golpe sin consecuencias a una persona o un perro grande.

—Estaría bien acceder a los registros de hoteles y alojamientos particulares en alquiler para saber quiénes visitaron el pueblo esos días y averiguar en la base de datos qué coches tienen, inspeccionar los que sean todoterreno, lo digo por las huellas de neumáticos encontradas y así habría posibilidades de dar con el conductor.

—Es lo que estamos haciendo, al tener pocos recursos porque solo somos cuatro y vamos haciendo turnos, avanzamos despacio.

«¿Despacio? Yo creo que no os habéis movido de donde estabais el día del atropello. Y tampoco aceptáis ayuda de la UCO, a pesar de reconocer que no tenéis personal suficiente».

—En el informe forense aparecían huellas de zapatillas deportivas de la talla treinta y ocho alrededor del cuerpo de Alba, podrían ser de una mujer, de un adolescente, de un hombre menudo… Alguien más estaba con ella, quizás antes o tal vez después del atropello. Un número treinta y ocho y con un molde de la suela, se podría buscar también por el pueblo, quizás algún vecino tenga el zapato de Cenicienta.

—No me veo yendo casa por casa para pedir que me dejen registrar los zapatos de todos.

—No estamos hablando de Madrid o Barcelona, aquí sois pocos vecinos, os conocéis todos y dudo que haya alguno que sea reticente a la tarea de encontrar a un posible asesino.

—Me apunto esa opción como posibilidad si todo lo demás falla.

—También se corre el riesgo de que, con el paso de los días, se filtre lo de la huella y esa persona haga desaparecer los zapatos.

—En ese caso, es posible que en estos días que han transcurrido ya haya pasado eso.

Álex se atusó el cabello, aunque realmente quería arrancarse varios mechones. La ineptitud de un policía o guardia de provincias no le molestaba, pues sabía que estaban acostumbrados a lidiar con disputas de vecinos y multas principalmente, nada de asesinatos o secuestros; pero la actitud del sargento Mendía se le antojaba muy forzada, como interpretando el papel que le interesaba.

—¿Y el niño? ¿Qué pasa con Abel Solano? ¿Habéis encontrado el arma del crimen, huellas de pisadas cerca de donde falleció o ha surgido algún informante?

—Eso de los informantes suena a película o a gran ciudad, aquí todo el mundo duerme por la noche, por eso nadie ve nada.

—Eso es más que cuestionable.
—¿Cómo dices?
—Lo de que aquí todo el mundo duerme por las noches; no me discutirás que el que mató, o ellos, al pequeño no estaba durmiendo.
—Claro. ¿Quieres conocer mi teoría al respecto?
—Adelante.
—Yo pienso que los dos casos son consecuencia de actos cometidos por personas ajenas al pueblo, turistas. No se puede decir nada contra ellos, ni siquiera me permiten multarlos cuando dejan sus coches mal aparcados por el centro; aquí hay que protegerlos porque son la principal fuente de ingresos.
—¿Tantos turistas vienen como para dar de comer a miles de personas? En principio, solo los que tienen negocios dedicados al turismo, como tiendas o bares, deberían beneficiarse, y no veo que haya miles de negocios, apenas llega al centenar en todo el pueblo.
—Bueno, es cierto que la mayoría de vecinos tienen ya una edad y se han jubilado, así que viven de sus pensiones.
—Todo muy conveniente eso.
—Si perdemos el turismo, los pocos vecinos jóvenes y con hijos, o que podrían tenerlos en un futuro, se marcharían a la capital y el pueblo acabaría muriendo como le ha ocurrido a muchos en la zona.
—Entonces es lógico que dejen hacer a los turistas todo lo que deseen, incluso crímenes, para que el pueblo no envejezca.
—Tampoco he dicho eso.
—Yo tengo una solución alternativa para que el pueblo no vaya muriendo o la población no envejezca, supongo que quieres oírla. Mi propuesta es que no se mate a un niño de nueve años cada dos inviernos, ¿qué te parece?
—No entiendo…
—Claro que lo entiendes, cada dos inviernos y durante el mes de noviembre ha fallecido un niño desde hace más de un siglo, quizás durante muchos siglos, pero como no se tienen datos en el registro, ya sabes. El caso es que se falsifican informes médicos y se incineran los cuerpos, y de esta forma nada se puede demostrar. Salvo ahora con Abel Solano, claro.
—Es una acusación muy grave, ¿tienes pruebas?

—Pronto, ya lo verás. Lo interesante es que nadie quiere hablar, a pesar de que su colaboración haría reducir su condena, porque condenas habrá por miles, será histórico… sea por asesinato, por complicidad, por encubrimiento, un buen puñado de años para cada vecino.

—Creo que ese tono amenazante está fuera de lugar y que esta conversación…

—Se ha terminado, lo sé. Gracias por la invitación.

Álex se marchó sin permitir al sargento que protestase diciendo que él no lo había invitado. Se marchó a la casa caminando despacio bajo una lluvia que cada vez le afectaba menos, se estaba acostumbrando a ella, la luz del cielo se había apagado casi por completo. A lo que nunca podría acostumbrarse es a la indiferencia de los vecinos ante las muertes de niños pequeños, sus propios hijos.

«Pensaba que soy un sabueso en un gallinero, acorralando a las aves, pero acabo de comprender que realmente soy un conejo en un espacio cerrado y lleno de podencos ansiosos por morderme».

Y entonces la vio esperando en la puerta de la casa de Fonseca.

—Mi podenco favorito —dijo con una amarga sonrisa en la cara.

—¿Qué?

—Nada, cosas mías. ¿Quieres entrar y vemos qué preparamos de cena? Te advierto que solo hay latas de conserva.

Julia se encogió de hombros y entró tras él, no llevaba el uniforme, se había vestido más elegante que nunca y con un maquillaje impecable; estaría radiante si no fuese porque un halo de tristeza rodeaba su mirada, y por supuesto que el inspector lo notaba.

Álex se quitó la cazadora y la colgó frente a la chimenea, tuvo que volver a encender el fuego, tendría que tirar la prenda tras esos días de lluvia, estaba como la de un indigente que la portase durante dos décadas. Julia sirvió vino a la vez que buscaba entre los armarios de la cocina para improvisar algo de cena.

—El fuego ya está encendido, en lo que tardas en preparar algo, voy a darme una ducha caliente, la necesito. No tardo nada.

—De acuerdo.

—¿Estás bien?

—Sí, claro.

—Pareces agotada, también triste, supongo que por lo sucedido antes. No esperaba que vinieras.

—Eso último es mentira.

—Sí, es mentira. ¿Has venido porque lo deseabas o por la presión de tu jefe?

Ella no respondió, solo apartó la mirada; para Vergara quedaba claro que estaba allí por deseo propio, pero también luchando con demonios interiores. La dejó sola unos minutos para que se calmase y así él poder tomar esa ducha que tanto necesitaba.

No había comenzado a sentir el calor revitalizando su cuerpo cuando oyó la puerta del baño, pensó en la pistola, la había dejado esta vez en la cazadora. Pronto comprobó que no se trataba de un peligro para su integridad, o quizás sí.

—¿No puedes esperar?

—No, necesito mimos.

—Te vas a arruinar el maquillaje y el peinado.

—Qué importa, los hice para ti y ya me has visto.

Se abrazaron bajo la ducha, en silencio. Ella comenzó a llorar y él solo acarició su cabello, dejando que se desahogara.

—¿Estás ya mejor? —preguntó al cabo de unos minutos—. Creo que tenemos que hablar.

—Supongo.

—Deberías soltar todo lo que llevas dentro o acabarás explotando.

—Así me siento, a punto de explotar, sobre todo la cabeza. Aunque, si te soy sincera, preferiría hacer el amor.

—Claro, vamos a secarnos y… ¿qué ha sido eso?

—¿El qué?

—¿Has venido sola?

—Claro.

—Ha entrado alguien.

—No voy armada.

—Yo tampoco, mi pistola está en la cazadora, en el salón.

—Joder.

Ni se molestó en colocarse una toalla alrededor de la cadera, Álex salió en alerta, aguzando el oído a la vez que pisaba en firme para no resbalar con los pies mojados y buscando desesperadamente algo que usar como arma, aunque fuese arrojadiza; de poco serviría

contra una o dos personas con pistolas.

Abrió la puerta del cuarto de baño despacio y se encontró con lo que menos podría imaginar.

—¿Pero qué coño?

—¿Tú estás sorprendido? Soy yo el que me he encontrado a mi compañero desnudo.

—Nos has dado un susto de muerte.

—Pues no entiendo el… ¿por qué hablas en plural?

Julia apareció tras Álex, se había colocado una toalla alrededor del cuerpo y le tendía la otra al inspector.

—Hola, debes de ser Sergio, Álex me ha hablado de ti.

—Casi mejor nos presentamos cuando estéis vestidos. Espero no haber interrumpido nada importante —eso último se lo dijo a Vergara en un susurro, este le respondió con una sonrisa.

Sergio llevó la maleta con su ropa a un dormitorio libre y luego fue a la cocina para sacar el contenido de una bolsa de comida que había comprado en un supermercado durante el camino, pues ya conocía lo poco organizado que era su compañero. Comenzó a guardar verdura y pescado en el frigorífico, y de repente comenzó a reír.

—Valiente hijo de puta, no vas a cambiar nunca. La nevera vacía, botellas de alcohol, colillas y una mujer bonita desnuda. ¿Cómo cojones lo haces?

—¿Estás hablando solo?

—Lo que estoy es alucinando, ¿cómo haces para…?

—¿Para qué?

—Habla más bajo, nos va a oír.

—Venga ya, pareces un estudiante universitario virgen llegando al piso alquilado y viendo cómo los compañeros han ligado. Pero si tú antes eras así también.

—Yo nunca he sido así.

—¿No? Qué raro, porque recuerdo las fiestas que nos corríamos antes de que te casaras.

—En esas fiestas eras tú el que hacía esas cosas, yo me iba a casa.

—Pues sí que tengo mal la memoria.

—¿Quién es la chica?

—Es agente de la Guardia Civil.

—¿Pero no dijiste que son el enemigo?

—Bueno, es que no hay mucho donde elegir para echar un polvo en el pueblo.

—No me lo puedo creer.

—Es una broma, lo cierto es que me cae bien; y, con un poco de suerte, podría ayudarnos a resolver este caso.

—Por lo que me has dicho, sería el caso más importante que se recuerda y a nivel mundial, estaríamos hablando de todo un pueblo cómplice durante siglos, añadiendo la implicación política, empresarial y de instituciones como la Guardia Civil.

—Habrá que ponerlo todo en el asador.

—Chicos, será mejor que me marche. —Julia estaba al otro lado de la puerta, con el cabello aún mojado, pero ya vestida y con semblante de vergüenza.

—¿No te quedas a cenar? —preguntó Álex.

—He traído verdura y pescado —apuntó Sergio.

—No, gracias por la invitación, seguro que tenéis que poneros al día y yo solo estorbaría.

—De eso nada, nos vendría bien que tú participases.

—Quizás mañana, desayunamos los tres, ¿de acuerdo?

Y la chica se marchó.

Tras unos segundos incómodos:

—Sergio, ve a la puerta y ciérrala con llave.

—¿Temes un ataque?

—Por si acaso. Y será mejor que haga la cena yo.

—¿Tú? ¿Pero tú sabes cómo funciona en la cocina algo más que el frigorífico o el microondas?

—No mucho, pero tienes que hacer algo con urgencia.

Álex le enseñó la caja que unas horas antes había escondido entre los matorrales del patio de la casa.

—¿Qué es eso?

—Creo que la escondió Alba, estaba dentro de un muñeco de peluche en el dormitorio de su hermano pequeño.

—¿Qué hay dentro? Porque habrás mirado.

—Claro. Hay cartas con amenazas y un *pendrive*, pero tiene contraseña y tú eres más hábil con eso.

—No soy un *hacker*, pero puedo intentarlo.

Y los intentos se extendieron durante más de dos horas, ya

habían cenado y seguían añadiendo opciones a la clave que podría haber usado la chica para proteger la información de ojos curiosos.

—Deberíamos llevarlo a la comisaría.

—No es una prueba de un caso oficial, ya te lo he dicho, y no pienso perder casi un día en todo el trayecto de ida y vuelta. Prueba con *mierdadepueblo*, todo junto.

—Hemos probado con más de mil opciones.

—No debería ser tan difícil, no creo que la chica tuviera la idea de usar una de esas contraseñas tipo *%Bn/“”g.ªFxY=*.

—Yo tampoco, pero se nos pasa algo por alto.

—La recuerdo, más bien diría que no puedo olvidar su cara, su semblante de miedo, de angustia y desesperación. Recuerdo sus palabras, a las que no les hicimos mucho caso, la verdad.

—Deja de sentirte culpable.

Álex apagó con rabia el cigarrillo en un cenicero rebosante y dijo:

—¿Qué fue lo que dijo cuando se marchaba?

—No lo recuerdo, la música estaba muy alta, han pasado muchos días y… quizás «quiero que hagáis justicia».

—No, no fue eso. Prueba con «quiero justicia para Dani».

—Es cierto, dijo eso. Usaré puntos separadores y probaré también con todo junto, con mayúsculas y minúsculas y… ¡joder!

—¿Qué?

—Ya está. Lo tenemos abierto.

Las cartas anónimas habían permanecido todo el tiempo en un segundo plano, no habría mucho que sacar de ellas, tenían mensajes típicos con advertencias y no quedaría una sola huella que analizar, pero el *pendrive*, o más bien su contenido, sí que monopolizaba el interés de los dos inspectores.

—¿Cuántas carpetas hay?

—No sé, parece un centenar.

—Y todas sin orden alguno, esto va a ser largo. Me pondré una copa.

—Que sean dos.

Las dos y cuarenta de la madrugada y los ojos les ardían de fijar la mirada en la pantalla, apuntar los datos más importantes y tratar de ordenarlos para que tuvieran sentido. El alcohol consumido les producía un sueño atroz, pero se contrarrestaba con la euforia por

conseguir datos muy valiosos.

—Tenemos muchas fotos de religiosos y de personas influyentes a nivel nacional, además un listado de nombres que no siempre sabemos a qué fotos se corresponden. También los nombres de niños que han podido ser asesinados en rituales y las fechas, aunque sin autopsias no se podrá demostrar nada.

—La chica se pasó varios años indagando por el pueblo, haciendo fotografías de noche y a escondidas, al menos la calidad es decente.

—Recabó mucha información, pero nada concluyente.

—Lo sé, esas fotos de personas entrando en iglesias o casas no demuestran nada, así como sus nombres en listados, tampoco el de los niños que posiblemente acabaron muertos en rituales. Una pena que no se adentrase alguna vez en una de esas iglesias para grabar un vídeo.

—Seguimos como al principio, Sergio.

—Lo sé, y los días irán pasando sin que podamos avanzar, salvo que alguien de dentro nos dé información comprometedora, o que quiera actuar como testigo en un juicio. ¿Sigues pensando que podrías lograr la colaboración de Julia?

—No lo sé, la chica es muy inestable.

—Mañana deberíamos ir a verla y tratar de usar toda la psicología posible para convencerla de que somos amigos, de que debe hacer lo correcto y de que la protegeremos.

—¿Mañana? Yo no tengo sueño.

—¿Quieres ir a estas horas?

—¿Quién sabe? Quizás ella tampoco pueda dormir.

—Vamos algo bebidos, no sé si será lo adecuado.

—No seas mojigato, esa chica me ha visto en peores condiciones.

Abrigados para soportar la humedad y frío de la noche, salieron de la casa, la calle estaba desierta y en un silencio como nunca antes habían sentido los inspectores. No era necesario ir en coche porque la chica vivía a solo cuatro calles de distancia, así que se prepararon para el paseo.

La lluvia de cristales llegó al mismo tiempo que el estruendo, maximizado por la calma de la noche.

Se echaron al suelo y corrieron a parapetarse tras el coche de Álex, que era el que había sufrido los daños del disparo.

—¿Eso ha sido una escopeta de caza?

—Postas, no bala, nos habría dejado un buen recuerdo a modo de cicatriz si no da a nosotros y no al coche.

—A este ritmo, en una semana tendré que tirar el coche, además de la cazadora. No he visto desde dónde ha llegado el disparo.

—Desde calle abajo.

—Eso lo sé, me refiero a si ha sido desde una ventana o puerta de una casa o desde detrás de otro coche aparcado.

—No pienso salir de aquí hasta que lleguen refuerzos.

—Pero si lo tenemos a tiro en una de las casas…

—Hemos bebido alcohol y estamos fuera de servicio, no deberíamos siquiera tener las armas entre las manos.

—Está bien, llama a la Guardia Civil.

Capítulo 13

El tercer café de la mañana sabía igual de amargo que los dos anteriores, y el sueño no desaparecía, solo había cada vez más nervios por la cafeína acumulada. Sergio Mantilla estaba sentado en el umbral de la puerta de Fonseca, sintiendo temblores por el frío tras más de tres horas sin moverse del lugar, y oyendo cómo su compañero seguía presionando al sargento de la Guardia Civil como solo él sabía hacerlo.

—No me jodas, Mendía, llevamos toda la noche mareando la perdiz.

—Te lo repito, no podemos ir casa por casa registrando por si tienen una escopeta de caza, ya te digo yo que casi todos tienen una, porque hay muchos cazadores y por seguridad para proteger su familia.

—Eso ya lo has repetido cuarenta veces, pero ni siquiera analizas la trayectoria para reducirlo todo a un par de casas. Solo hay que mirar los perdigones que han impactado en la chapa del coche para saber que el disparo ha venido de una de esas dos casas.

—No puedo llamar a estas horas para despertar a vecinos y asustarlos.

—¿Despertar y asustar? No me lo puedo creer. Somos nosotros a los que han disparado, a los que han asustado. Y dudo que los vecinos de esta calle y las aledañas no se hayan despertado con el disparo, o con esta conversación a voces que mantenemos desde que llegaste, por cierto, casi media hora cuando vives a quince minutos caminando.

—Álex, no vamos a sacar nada de todo esto, deberíamos descansar —dijo Sergio por enésima vez.

—Entra tú en la casa, yo voy enseguida.

—Las seis y media de la mañana y seguimos aquí, no me lo puedo creer —murmuró el inspector Mantilla a la vez que

resoplaba.

Y apareció otro coche patrulla, era Julia vestida de uniforme. Se bajó del coche, miró el destrozo en el vehículo de Álex, luego al inspector, y se acercó en silencio, pero con notable preocupación.

—Me había quedado dormida y no he visto el mensaje hasta hace unos minutos, cuando me he levantado para ir al baño. ¿Qué ha pasado?

—Pues parece que nada, según tu sargento.

El aludido se quitó la gorra y frotó su cabello.

—Vamos a investigarlo, te lo aseguro.

—No me fío de ti. Esto va a terminar en manos de la UCO y no van a pasar más de unas horas hasta que eso sea una realidad.

Aunque el sargento quiso mantener el semblante inalterado, no pudo evitar que un destello cruzase sus pupilas.

—Vamos a hablar con calma, Vergara.

—Ya hemos tenido demasiada calma, va siendo hora de acelerar el proceso.

Álex se marchó al interior de la casa, dando por zanjado el asunto, por el momento. Sergio le siguió y tras ellos entró Julia, que lanzaba una mirada para transmitir calma al sargento.

En el salón de la chimenea no hicieron más que tratar de calmarse en silencio; o que se calmase Vergara era lo que pretendían sus dos acompañantes. Sergio añadió troncos al fuego y fue a ver qué había en la cocina, algo que fuese más contundente que el café para ofrecer a Julia y poder tomarlo ellos también, pero al regresar vio que Álex había preferido escanciar dos dedos de *whisky* en el mismo vaso que había usado durante la noche.

—Tío, eso no es sano para desayunar.

—No me vengas con esas, ni siquiera estamos de servicio.

—Puedo salir a comprar cerveza —dijo Julia—. Por si queréis algo más ligero con lo que equilibrar el pH.

Se limitaron a mirarla seriamente, sin responder, lo que hizo que la chica se sintiese desplazada, más bien como si no debiera estar allí.

—Creo que no debería estar aquí.

—Eres la más importante de todos, lo sabes, pero no ayudas trayendo cerveza, calmándome para que no llame a la UCO o frenándome por orden de tu sargento. Ya sabes cómo podrías

ayudar de verdad.

—Piensa en lo que ocurriría si hiciera eso.

—¿Qué ocurriría? —preguntó Sergio en un murmullo.

—Que prenderían fuego a esta casa con nosotros dentro sin dudarlo un segundo.

—¿Eso es una broma? Entiendo que ayer nos disparasen a modo de advertencia, como para meternos el miedo en el cuerpo y que nos marchemos, pero de ahí a matarnos…

Ni Álex ni Julia hicieron caso a Sergio, se limitaron a seguir dialogando entre ellos.

—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Quieres que no resolvamos el caso? —preguntó él.

—No lo sé, no sé lo que quiero, salvo que no nos maten, o a vosotros, al menos.

—Muy considerada, gracias —apuntó Sergio.

—¿Y qué tienes pensado? Sé que algo has pensado, o que tenéis planificado entre el sargento y tú.

—Estás conspiranoico con eso.

—La última vez que pensé que alguien estaba teniendo una crisis paranoica, resultó que murió a los dos días y tal como ella había vaticinado.

—Es cierto, lo siento.

—Olvida las disculpas y dime qué tienes pensado, o qué opción te ha dado tu sargento o quien esté por encima de él en este pueblo infernal en el que vivís.

A Sergio le llegó un mensaje al móvil, era de la Pulga, el análisis forense de la piel de Abel Solano, además de su sangre, estaba listo. Mientras la pareja seguía discutiendo acaloradamente, él se puso a leerlo. Había novedades, pero no quería decirlas delante de la agente, quizás Álex no estaba de acuerdo con que ella supiera que habían hecho repetir la autopsia al niño, pensando en que el sargento y los que estuvieran detrás de las órdenes que se daban en el pueblo no conocieran sus adelantos en la investigación.

El abad parecía tan furioso como para desear mandar azotar hasta la muerte al infeliz que se había criado junto a él entre esas paredes, aunque la vida, o las circunstancias al nacer de cada uno, hicieron que el destino les deparase muy diferentes cometidos. No, no lo mandaría azotar, lo haría él mismo, aunque Anselmo tratara

de impedírselo.

El pequeño habitáculo que le servía de despacho tenía la piedra del suelo desgastada por los siglos de uso, aunque todos sus compañeros en el monasterio comentaban con sorna en los últimos años que Vicente había erosionado la piedra mucho más que todos sus antecesores juntos. Quizás estaban en lo cierto, pues era el que más se preocupaba en el pueblo por la seguridad y la tranquilidad, hitos que solo se consiguen controlando que todo salga bien. Pero ¿cómo iba a salir todo bien si cada vez contaba con más ineptos bajo su mando? Se había producido una involución en cuanto a la inteligencia y las capacidades de quienes lo rodeaban, era más que evidente.

Al percibir pasos al otro lado de la puerta, dejó de caminar en círculos para sentarse a su mesa, donde ahora solo tenía un ejemplar de *La danza de la muerte* de Hans Holbein el Joven; cerró el libro casi al mismo tiempo que entraba su visitante, el único que no llamaba nunca a la puerta.

—Buenos días, padre.

—Hace dos semanas que no hay buenos días por estos lares.

Lo llamaban padre Anselmo, pero no era en absoluto un párroco de provincias, como parecía por su atuendo o se intuiría por el trato que recibía. Anselmo era un abad primado o arciabate. Si cada congregación religiosa que se ubica en una zona se rige por las mismas normas, se nombra un abad que unifica en su figura todo el poder de la toma de decisiones; y suele ser habitual que el nombrado sea alguien cuya autoridad y respeto esté por encima de toda duda, sin importar demasiado su cargo anterior, aunque sí se valora la edad del mismo.

El padre Anselmo miró el libro y frunció el ceño, pero no dijo nada al respecto, se limitó a pedir explicaciones.

—¿Otra vez Ángel?

—¿Quién si no lo habría hecho?

—Pensaba que estaba a buen recaudo, en una celda cerrada con llave.

—Bien podríamos encadenarlo, aunque esa bestia sabría escaparse de nuevo. Hace años que debimos ser clementes con él y terminar con esa abominación.

—No digas disparates, no deja de ser un hermano más, aunque

sea diferente.

—Claro, pero mira los quebraderos de cabeza que nos está ocasionando ahora mismo.

—Él cree que sus acciones corrigen los errores de los días pasados.

—Él cree… Hubiera preferido que fuese un retrasado como los de siempre, como los normales, uno de esos que son totalmente dependientes, con la mente de un niño pequeño y al que hay que decirle lo que hacer y cómo. Ángel parece muy listo para algunas cosas y demasiado estúpido para comprender otras; en ese limbo se mueve y a veces toma decisiones catastróficas.

—No nos quejábamos los años anteriores cuando se encargaba de todo durante los rituales.

—Nos lavábamos las manos con él. ¿Crees que no lo sé? Es por su labor entonces que aún sigue con vida. Pero si continúa escapándose y provocando el caos en el pueblo… ¿Hablarás con él?

—No creo que sirva de mucho, Vicente, pero sí que debo hacerlo. Tengo que concentrarme en apaciguar los ánimos tras lo de anoche. No teníamos suficiente con el error del ritual, ahora ese policía nacional tiene un compañero y estarán más motivados que nunca tras la agresión.

Cada uno salió del despacho siguiendo una dirección diferente. El padre Anselmo, al llegar al final del pasillo, atravesó una puerta oculta tras un tapiz y sacó la linterna del bolsillo de su cogulla para iluminarse por la escalera de caracol que bajaba hasta las catacumbas del monasterio. Solía recordar, cuando se adentraba por los senderos menos conocidos del edificio, los años en los que era novicio y el número de compañeros con los que se cruzaba era considerable; el descenso de población entre aquellos muros se sucedió de un modo tan lento que casi no había percibido la pérdida hasta hacía cuatro o cinco años, cuando fue elegido para el cargo y se tuvo que enfrentar a la asignación de docenas de tareas entre el paupérrimo grupo humano de que disponía. Esas responsabilidades las cubría anteriormente el abad Vicente, no sin protestar a diario por no dar abasto con ellas; tras el nombramiento de Anselmo, pasó a desaprobar la injusticia de esa decisión de la archidiócesis, pero solo entre los monjes del edificio, nunca se atrevió a contravenir esa orden ni hacer un mal gesto ante el que se

acababa de convertir en su superior.

Entre pensamientos cruzados, unos sobre recuerdos cada vez más difusos en su memoria y otros más actuales, con problemas a los que nunca antes se habían tenido que enfrentar, llegó a la puerta cerrada con un grueso candado desde fuera. Tomó el candado y lo observó a conciencia, no había sido forzado. Cogió un manojo de llaves de su bolsillo, seleccionó la adecuada y abrió para así entrar en la celda de quien muchas décadas atrás corría y jugaba junto a él y otros niños, aún ajenos a lo diferente que era aquel grandullón que nunca hablaba, pero a quien no podían igualar en nobleza ni fuerza.

—¿Qué haces así? ¿Por qué te has desnudado?

Ángel no podía responder, nunca había hablado, pero los que lo trataban desde niño se habían acostumbrado a dirigirse a él a sabiendas de que comprendía lo que se le decía en todo momento.

Estaba desnudo y sentado en el suelo, con la cabeza apoyada en la pared de piedra y los ojos cerrados, inmóvil, como si durmiera. En la estancia solo había un camastro con una manta vieja y un orinal, el hedor allí dentro era casi insoportable, por eso el párroco llevaba la manga colocada a modo de filtro ante la nariz.

Ángel abrió los ojos y levantó la barbilla, había estado llorando y largos surcos de lágrimas se habían abierto camino entre la mugre de su rostro. La mirada azul, tan plana como sincera, como la de un niño pequeño, a pesar de sus sesenta años, taladró el alma del responsable religioso.

—Ven, vamos, levanta. No hagas que te lo repita.

Volvió a hundir la cabeza y cerrar los ojos, entonces comenzó a negar moviendo muy despacio las palmas de las manos, como hacía desde siempre cuando se sentía avergonzado.

—¿Te has estado golpeando? Ya sabes que no puedes hacerlo. Y no me hagas repetirlo, levántate de una vez. No deberías quejarte de que te encerremos aquí, donde vives como un animal, cuando desobedeces y acabas comportándote como uno. Vamos, ya estoy mayor y no puedo con tu peso, arriba.

Y obedeció. Despacio. La enorme envergadura, junto con la piel tan blanca como la nieve, le conferían el aspecto de un oso polar en mitad de una cueva oscura. Al darle la espalda a Anselmo para sentarse sobre el catre, dejó a la vista la sangre que corría, alguna

ya seca y otra a medio coagular, por toda la espalda desde la coronilla de su cabeza.

—¿Otra vez? Un día vas a romperte esa cabeza dura que tienes, o romperás la pared, no sé qué ocurrirá antes. Vístete, hace mucho frío aquí, aunque tú nunca lo has tenido, ¿verdad? No, eres como el padre Tobías, ¿lo recuerdas? Nunca tenía frío, ni siquiera trabajando el huerto durante las nevadas.

Viendo que no se colocaba el hábito, porque lo tenía a pesar de que él no pertenecía oficialmente a la congregación, le echó la manta por encima de los hombros.

—Claro que te acuerdas, siempre te daba ciruelas a escondidas. De eso seguro que nunca te olvidas, ¿verdad, granuja? Siempre te gustaron los premios que te daban los hermanos. Hablando de premios, he pensado traerte unos *donuts* y una botella de Fanta de naranja.

A Ángel se le iluminó la mirada.

—Claro que los premios hay que ganárselos, lo sabes de sobra. Me han dicho que saliste anoche a escondidas y eso está mal, pero tranquilo, no voy a castigarte más por eso, ya estás aquí bastante fastidiado, por lo que veo. Lo que me gustaría saber es quién te dejó salir, que supongo que es la misma persona que te dio la escopeta y te dijo lo que hacer.

Ángel se cubrió la cabeza con los brazos y comenzó a gemir de una forma lastimera. El párroco lo había visto hacer eso desde que tenía uso de razón, era su forma de proteger a un amigo, de no convertirse en un chivato; Ángel se había ganado más de un castigo en la niñez por cubrir a sus compañeros tras travesuras, incluso se había llevado azotes por el propio Anselmo.

—Está bien, está bien, no pasa nada. Solo te lo pregunto porque no es justo que siempre cargues con las culpas de los demás, a veces solo participas de una travesura, en otras ni siquiera intervienes; pero siempre te llevas el castigo. ¿Me dirías quién te está pidiendo que hagas cosas y te libera de la celda si te prometo que no lo castigaré?

Ángel no movió un músculo, se quedó comprimido como si fuese una enorme esfera de músculo y hueso bajo la piel albina y la manta hecha harapos. Se había cerrado en banda y Anselmo sabía que era el momento de la retirada.

Se levantó para marcharse, pero sintió de repente la mano fría y de piel áspera sujetando su hábito.

—¿Sí? ¿Quieres decirme algo? —Ángel negó con la cabeza—. Entiendo, lo que quieres es el premio, la Fanta y los *donuts*. —Ahora afirmó—. Haremos una cosa, volveré mañana a la misma hora y te propondré el mismo trato, tú me dices quién te está pidiendo que hagas estas cosas y yo te daré el premio y no castigaré a esa persona. ¿De acuerdo?

No hubo respuesta de ningún tipo, por lo que estaba claro que Ángel se lo estaba pensando, tenía veinticuatro horas para hacerlo, y Anselmo regresó a su despacho. Si algo se adquiría entre aquellos muros con el paso del tiempo, era la paciencia, aunque él sabía que otras personas no tenían tanta y se estaban hartando de la situación de caos en la que se habían sumido.

El alcalde de Samael vivía a las afueras y, a pesar de llevar más de veinte años en el cargo, nunca había cambiado su residencia para tener el consistorio más a mano; y no es que le gustase conducir entre las calles del pueblo o que le tuviese un apego especial a su vivienda, el motivo era que trabajaba a diario en la casa de al lado, inmueble que adquirió al poco de ser elegido por primera vez y en el que habilitó un gran despacho, además de sala de espera, vestíbulo con recepción, almacenes y una sala de juegos que cumplía a la perfección para las reuniones con concejales y otros esporádicos participantes; prácticamente se había fabricado un pseudoconsistorio en la casa de al lado. En la puerta se encontraba un agente de la Policía Local mirando el cielo plomizo con mala cara y echando un vistazo a la pantalla del teléfono móvil cada dos por tres, en ese momento llegó caminando el abad Vicente. Un correcto buenos días y el clérigo entró en un vestíbulo que no tenía nada en su decoración que indicase que allí trabajaba el alcalde, por no haber, no disponía ni de placa indicativa ni de banderas oficiales de la región. Se dirigió al salón y, tras cruzarlo, entró en la única puerta del pasillo contiguo que estaba cerrada.

—Por fin —dijo en un suspiro una anciana que bien podría haber cumplido ya el centenar de años—. Llevamos mucho esperando y tenemos quehaceres.

—Me va a disculpar, madre Leonora, pero todos estamos con el agua hasta el cuello.

—Unos más que otros —gruñó el alcalde.

—Federico, sé que eres el más presionado, pero tienes nuestro apoyo incondicional.

—Eso suena mejor de lo que vale. No solo me presionan desde el consejo, también tengo que responder ante la Policía, ahora la comandancia de la Guardia Civil pedirá explicaciones si se filtra lo de los disparos de esta noche.

—Estoy preguntando, tratando de averiguar qué vecino fue el culpable —mintió el abad para que su cargo de responsabilidad no fuera objetivo de burlas o puesto en entredicho.

—Vicente, eso sirve de poco. El daño está hecho y castigar de forma ejemplar al descerebrado que esté detrás de estas acciones no nos garantizará que se calme la situación y volvamos a como estábamos hace dos semanas.

—Dos semanas, parece que haya pasado un mes o dos —murmuró Leonora, la madre superiora del convento de las Descalzas, que seguía con gesto de enfado.

—¿Qué podemos hacer? Ya descartamos en su momento la idea de obsequiar con un jugoso pago al policía que llegó de la capital, ahora son dos y sigo pensando que la solución no va por esa línea.

—Federico —le susurró el sargento de la Guardia Civil al alcalde—, si no podemos comprar su silencio y tampoco atentar contra ellos sin empeorar más las cosas, ya me contarás qué hacemos.

Fue el abad Vicente el que respondió.

—Lo único que necesitamos es lo mismo que hace unos días, que pase el tiempo, que todo se calme, y para ello solo hay que mantenerse herméticos, me refiero a todo el pueblo. Esos policías tendrán que regresar a sus trabajos y casas tras unas semanas o meses investigando.

—¿Semanas o meses? Eso será eterno y no podemos controlar a miles de vecinos, alguno podría irse de la lengua.

—Todos están avisados de las consecuencias, nadie se salvaría si uno solo comete un error.

—Por suerte no hay rencillas entre los vecinos, de lo contrario podríamos encontrarnos con una sorpresa desagradable.

—Estoy en contacto diario con todas las mujeres del pueblo, mis hermanas y yo hacemos hincapié en la vía que nos lleve al bien común y sé que esas esposas, madres y abuelas mantendrán a raya a

sus familias —apuntó con la soberbia justa la madre Leonora.

—Bien —comenzó a zanjar el alcalde la conversación—. Quedamos entonces en seguir con el mutismo, esperar a que se marchen y tratar de encontrar y controlar a quien disparó anoche. No deberíamos hacer este tipo de juntas cada dos días si se puede solucionar todo por teléfono. En fin, id con Dios y mantenedme informado.

Cuando se marchaban sus invitados, el alcalde llamó a Vicente.

—¿Puedes quedarte unos minutos más?

—Claro.

Una vez a solas y con la puerta cerrada.

—¿Qué cojones pasa con ese retrasado que tenéis encerrado en el monasterio? Pensaba que, tras lo del ritual fallido, lo tenías a buen recaudo.

—Y está, pero alguien lo está ayudando. Y no es retrasado, solo es…

—No me importa eso. Ahora solo me preocupa que debe de haber alguien detrás del retrasado, dime que ya conoces su identidad.

—Será cuestión de horas, quizás un día.

—Ponlo bajo vigilancia.

—Ya lo tengo pensado, no sea que vuelvan a dejarlo salir, darle una escopeta y meterle una idea en esa cabeza dura suya.

—Por Dios, nos estamos arriesgando mucho, debisteis sacrificarlo tras el primer error.

—Nunca se había portado mal, el anterior arciabate lo protegía y ahora lo hace Anselmo también. Lo conozco desde que ambos éramos niños y te aseguro que es fácil de controlar, además de inofensivo de pensamiento.

—Espero que Anselmo lo proteja por eso y no por… ya sabes.

Sergio se sobresaltó al ver la hora en la pantalla del teléfono, había dormido demasiado para recuperar la noche perdida anterior y ya no entraba luz por las ventanas. Lo que más le preocupaba es que había recibido diez notificaciones entre mensajes y llamadas, todas de su mujer. La llamó en el acto para tratar de convencerla de la verdad, que no estaban de juerga con la excusa de resolver un caso no asignado ni oficial, que no habían estado toda la noche bebiendo y haciendo lo que suele hacer Álex en sus salidas nocturnas, que él

no necesitaba escapadas y mentiras porque su matrimonio era idílico y sí, por supuesto que sus vidas corrían peligro porque les habían disparado con una escopeta unas horas atrás.

—Más te vale que sea cierto, porque de lo contrario iré y te dispararé yo misma. Me has dejado sola con los niños y no sabes cuándo volverás; esta te la guardo, te voy avisando.

—Cariño, no sabes lo que me gustaría estar ahí contigo y con los niños, pero no puedo dejar solo a Álex en un momento como este, compréndelo.

—Sabe cuidarse, es su oficio. Y recuerda que, por no dejarle solo, me estás dejando sola a mí.

—No le des la vuelta a la historia, por favor.

—Regresa, ¡regresa ya! ¿Estamos?

—Sí, cielo. Dales besos a los niños.

—Hazlo tú. —Y colgó.

«Joder».

Fue al cuarto de baño a vaciar la vejiga y a preguntarle al reflejo del espejo qué coño estaba haciendo con su vida; el mismo ritual de cada día.

En el salón se encontró con Álex frente al portátil y a Julia.

—Vaya, lo siento —dijo Sergio con azoro al comprobar que la chica solo vestía una braguita y una camiseta del inspector.

—Ja, ja, ja. Es una suerte que no te hayas visto haciendo eso —bromeó Vergara.

—¿Haciendo qué?

—Pareces un abuelo o alguien sacado de otra época, te acabas de ruborizar por ver a una chica en camiseta.

—Se llama respeto.

—No me importa que me veas así vestida —dijo por fin Julia, sonriendo con malicia—. Tampoco se me ve nada.

—Parece que nunca hayas visto a una chica que acaba de follar.

Sergio volvió a ruborizarse tras el comentario de su compañero, y trató de cambiar de tema.

—Creo que deberíamos ponernos en marcha si es que vamos a investigar algo hoy.

—Come algo, aún es pronto.

—¿Pronto para qué? ¿Acaso tienes un plan?

—Algo parecido.

—Voy a la cocina.
—Hay café recién hecho.
—Gracias, Julia, pero después de la conversación con mi mujer, necesito una cerveza o algo más fuerte.
Julia miró con intriga a Álex y este le susurró:
—Es una historia muy larga la de mi compañero y amigo calzonazos. Quizás en otro momento te la cuente.
Sergio apareció con una cerveza en la mano.
—Gracias a quien haya tenido el detalle de llenar la nevera de cervezas, por la marca elegida no creo que hayas sido tú, capullo. ¿De qué estáis hablando?
—De Homer Simpson y su barriga cada vez más prominente. Que te haya dado apuro ver a Julia con poca ropa y no te avergüences de ti mismo con ese pijama de padre fondón y cincuentón…
La agente rompió a reír y Sergio enrojeció.
—Idos a la mierda.
—Anda, vístete con ropa lo más oscura posible y te cuento el plan, aunque no lo pondremos en ejecución hasta bien entrada la noche, así que iremos primero a cenar y fingir que tomamos unas copas de forma despreocupada.
—Hacer eso siempre se te ha dado bien a ti.

Capítulo 14

Sergio contó el único chiste que conocía, luego tuvo que explicárselo a Julia porque ella no se había reído, aunque el motivo era que no tenía ni pizca de gracia y ella fingió tras la explicación que le había gustado, pero que no lo había comprendido la primera vez.

—Compañero —intervino Álex—, ¿no estás bebiendo demasiado? Te recuerdo que estamos fingiendo y luego tenemos que estar al cien por cien para lo que nos toca hacer.

—Yo controlo, ya me conoces de muchos años.

—Pero estos años que llevas en pausa seguro que han afectado. Tómatelo con calma.

—Tienes razón. La conversación con Raquel me ha alterado. Ella piensa que estamos aquí de escapada, que todo esto es una estratagema para estar de juerga y dar la espalda a mis obligaciones.

—Y te estás pillando una buena borrachera a modo de venganza.

—Es cierto, no suena muy bien.

—Son las doce y diez. —Julia puso fin a la conversación—. Somos los últimos en el bar y creo que no nos han echado porque el dueño y los camareros me conocen. Va siendo hora de fingir que nos marchamos a casa.

Y obedecieron tras pagar la cuenta. Caía una fina lluvia sobre las calles desiertas y solo iluminadas por las farolas.

—Mañana tus vecinos contarán que ahora te lo montas con los dos turistas a la vez —dijo Álex con malicia.

—Lo sé, mi reputación no para de mejorar desde que habéis llegado. Y pensar que antes solo murmuraban porque no me había casado ni tenido hijos a pesar de tener veintiocho años…

—Pero por las calles no hay nadie ni se ve luz en las ventanas de las casas —dijo Sergio mientras observaba las fachadas y trataba de

no tropezar, estaba algo borracho—. Ningún vecino te verá caminando con nosotros de regreso a casa.

—No sabes cómo funcionan los pueblos pequeños y cerrados, tras cada ventana oscura hay dos ojos más oscuros aún, como mínimo, y una lengua bífida deseando contar lo que ha visto, algunas no dormirán esperando a que pasen las horas y amanezca para ir al colmado, a la plaza o donde se reúnan y comentar que ¡esta noche Julia va a hacer un trío! ¡Que os follen, frígidas!

—¿No estamos llamando mucho la atención? ¿De qué te ríes tú? —Sergio miraba desconcertado a su compañero y a la chica, esta última estaba caminando a saltos con los brazos en alto a modo de celebración por una victoria.

—De eso se trata, de que crean que estamos de fiesta, ¿no lo recuerdas? —le susurró Álex.

Por fin llegaron a la casa, donde hicieron más ruido para que todos los vecinos de la calle supieran que estaban dentro de la vivienda, esperaron quince minutos y salieron por el patio trasero en silencio y al amparo de la oscuridad de la noche, antes habían dejado todas las luces de la casa encendidas y el televisor a un volumen que no molestase, pero que se oyera desde la calle. No parecía que fuese a llover, pero la humedad en el aire era tal que les tenía la ropa y el cabello empapados.

Cuidando de no hacer ruido ni al caminar, se dirigieron a su primer destino por proximidad: la iglesia del Santo Patrón Eusebio. El edificio apareció tras recorrer dos calles, contaba de una construcción anexa para alojar la sacristía y los aposentos del párroco, como la mayoría de iglesias de pueblo.

Álex sacó un pequeño estuche de un bolsillo de su cazadora, contenía ganzúas de varios tipos y tamaños, no tardó más de un minuto en abrir la puerta de la sacristía. Entraron y cerraron a su paso, tres haces de luz comenzaron a recorrer la estancia, recargada con la decoración que todo el mundo espera de un lugar así, la misma que tendría hace cincuenta o más años. Debían esforzarse en no tropezar con un mueble ni hacer ruido de otro modo o podrían despertar al cura que probablemente dormía uno o dos paredes más allá.

Se dirigieron a una mesa que debía ser el escritorio de despacho del sacerdote, pues contaba con un antiguo ordenador portátil, una

libreta con un bolígrafo y, algo más al extremo, un fajo de sobres abiertos con facturas en su interior, además de una misiva obispal fechada solo una semana antes. Álex apuntó su linterna al documento y leyó mentalmente:

> *Estimado amigo, no puedo hacer más de lo que ya acordamos, y me estoy extralimitando por las buenas relaciones pasadas. El presupuesto se mantendrá este año próximo, la diócesis no puede permitirse elevar los gastos de forma injustificada, como ya te dije en mi anterior comunicación.*

Firmaba el mismísimo obispo. Sergio y Julia lo habían leído también.

—¿Es algún mensaje en clave? —preguntó en un murmullo Julia.

—No lo creo, ¿para qué usar claves o acertijos? Ni siquiera tienen por qué comunicarse por carta, no creo que sea difícil para los que mandan en este pueblo conseguir teléfonos libres de escuchas.

—Seguid buscando.

Hurgaron en los cajones del escritorio y de los dos muebles que lo flanqueaban, pero solo hallaron documentos antiguos y material de oficina, además de una máquina de escribir electrónica y otras cosas como bombillas y medicamentos caducados.

Sabían que lo ideal sería llevarse el ordenador y exprimirlo a fondo en el departamento informático de Criminalística, pero no tenían permiso y tampoco querían que se supiera del allanamiento, así que, tras una hora, salieron con el mismo sigilo y se dirigieron al siguiente destino: la parroquia de la Virgen de la Merced.

Llegaron al lugar, en pleno centro, bien iluminadas las tres puertas del edificio y con el Ayuntamiento y la Policía Local justo enfrente. Se apreciaban ventanas encendidas en el edificio consistorial, aunque no se observaba movimiento tras ellas ni parecía haber alguien haciendo guardia en la puerta.

Julia, ante la preocupación de los dos policías, dijo:

—No pasa nada, esas luces siempre están encendidas, pero en ese edificio nunca hay nadie. El alcalde trabaja en una casa que

compró al lado de la suya. Pero sí que habrá una pareja de policías locales en las dependencias, de vez en cuando alguno se acercará a la puerta para echar un vistazo o fumar un cigarrillo, así que la suerte entrará en la ecuación.

Estaban en un rincón a oscuras de la calle y había que tomar una decisión, cara o cruz, buena o mala suerte.

—No podemos quedarnos toda la noche aquí, tenemos que entrar en la iglesia o marcharnos —dijo Álex.

—Si queréis, podemos ir a otra iglesia —propuso Julia.

—Si hay algo jugoso en esa de ahí, tarde o temprano tendremos que entrar a buscar, y lo mismo da otro día que hoy. Quedaos aquí, trataré de tardar menos que antes.

Sergio y la agente obedecieron mientras observaban al inspector caminando con paso firme hacia la puerta de la sacristía, ya llevaba el estuche de ganzúas en la mano para no perder tiempo.

Con un ojo puesto en la cerradura y el otro en la puerta de entrada de la Policía Local, forcejeó hasta conseguir su objetivo. Entró a toda prisa y dejó la puerta entornada para que pudieran cruzarla también sus acompañantes, que ahora corrían a su encuentro.

Nadie diría que estaban en otro edificio diferente al anterior, pues la decoración y los olores eran exactamente los mismos, como si solo hubieran cambiado de lugar los muebles. Sergio pensó, mientras recorría con el haz de luz de su linterna las paredes y muebles, que seguramente hubiese una tienda tipo Ikea solo para edificios religiosos y que no tenía mucha variedad de estilos y colores. Tampoco los equipos informáticos parecían haberse construido en este siglo; en esta ocasión no tenían ante sí un portátil antediluviano, sino un monitor CRT de quince pulgadas con un teclado y ratón amarillentos.

—Yo tuve un monitor igual cuando estaba en el instituto.

—No hables tan fuerte —susurró Álex a su compañero—, busquemos la CPU.

La hallaron en el suelo bajo el escritorio, solo tuvieron que seguir los cables del monitor, teclado y ratón para encontrarla. Pulsaron el botón de encendido y obtuvieron el mismo resultado que cuando trataron una hora antes de encender el portátil: se requería contraseña.

—¿Y si nos llevamos el disco duro? Quizás el párroco no use el ordenador en unos días y tengáis tiempo de analizarlo y devolverlo a tiempo —propuso Julia.

—El problema radica en que la información más interesante que buscamos estará casi con total seguridad en el correo electrónico y eso no se almacena en el disco duro, sino en los servidores del suministrador del servicio, al menos eso creo, y ahí solo se accede con una orden judicial o teniendo la contraseña.

—Nos toca rebuscar entre papeles de nuevo.

—No tenemos nada mejor que hacer esta noche, así que al lío.

Tras otra hora indagando por cada rincón del lugar y cuando ya se iban a marchar:

—¿Y si este cura, al igual que el anterior, tiene documentación comprometedora, además de otros equipos informáticos como tabletas, a buen recaudo en sus dependencias privadas y no en la sacristía?

—Solo podríamos entrar allí cuando no estuvieran ellos, y no sabemos cuándo puede suceder eso.

—Un buen interrogatorio a fondo y tenerlos setenta y dos horas arrestados seguro que funcionaría.

—No te lo discuto, Sergio. Vámonos.

Dos fracasos de dos intentos, pero era algo con lo que contaban. Entrar en un lugar de esa forma, sin poder inspeccionarlo todo con focos, sin los permisos para requisar equipos para luego analizar y sin poder interrogar a fondo o buscar huellas era una tarea casi sin posibilidades de ofrecer algo que llevar a la boca de los sabuesos. Confiar en esas posibilidades de encontrar una pista no compensaba las repercusiones que tendría el que los descubriesen en un allanamiento, no solo se verían obligados a abandonar su misión, también podrían recibir una suspensión de empleo y sueldo.

—¿Vamos a volver a entrar en una iglesia como esta? Parece que el pueblo esté lleno de ellas.

—Lo está, Sergio, y cada vez confío menos en que esta vía nos vaya a producir un avance.

Se habían detenido en una calle poco iluminada y cuchicheaban en el tono más bajo posible.

—Julia, ¿quién o quiénes ostentan los cargos más importantes? Creo que el abad Vicente…

—No, hay un abad primado o algo así se llama, quien manda es el padre Anselmo, aunque la madre superiora de las Descalzas, Leonora, tiene casi tanto poder de decisión.

—¿Y esos dónde trabajan y viven?

—Monasterio del Cristo Redentor y monasterio o convento de las Descalzas.

—¿Qué está más cerca de aquí?

—Considerablemente el convento de las Descalzas, a muy pocas calles y cerca de donde se encontró a Abel Solano. ¿Quieres ir?

—Por supuesto, ¿no te parece bien?

—Ya no estamos hablando de entrar donde duerme un cura senil, alguien difícil de despertar, aquí se trata de un convento con casi dos docenas de monjas en su interior, podríamos toparnos con alguna que estuviese haciendo alguna tarea nocturna o visitando el cuarto de baño.

—Entonces entraré solo, así será más fácil y menos ruidoso.

—Eso deberíamos echarlo a suertes —protestó Sergio.

—No digas tonterías, la idea de venir e investigar fue mía, llevo varios días por aquí y conmigo nos aseguramos de que esa gripe no curada del todo no te haga estornudar en el peor momento. No es discutible, vamos a ese convento.

La puerta principal tendría más de cien años y conservaba una cerradura de las que se abrían con una llave de hierro de dos kilos de peso y un palmo y medio de longitud.

—Eso no lo abrimos con una ganzúa.

—No, pero apuesto a que este lugar tiene muchas más puertas.

—¿Sabrás guiarte para encontrar el despacho de la madre superiora?

Álex miró a Julia, no había pensado en eso.

—El lugar es grande —continuó ella—, podrías perderte por sus pasillos.

—¿Conoces tú la ubicación de las estancias principales? —preguntó él.

—No.

—Entonces no sé a qué venía tu pregunta de antes.

—Yo solo… está bien. Mira, allí hay una puerta lateral, parece que da a la cocina, tiene una ventana con un canal de extracción de vapor atravesando la pared.

Vergara, ya siendo la tercera vez que atemperaba el pulso para la tarea, solo tardó veinte segundos en tener la puerta abierta, miró al otro lado tras encender la linterna y dijo:

—Tenías razón, es la cocina. Esperadme aquí.

No aguardó a las respuestas a su espalda y cerró tras entrar. La linterna comenzó a parpadear y él le dio unas palmadas con la otra mano. La batería estaba bajo mínimos. Sus compañeros no llevaban, habían usado las de sus teléfonos móviles y eso le tocó hacer ahora a Álex, al menos el terminal tenía más de la mitad de la batería, sería suficiente.

Cruzó la estancia sintiendo cómo se le abría el apetito con los aromas que desprendían los embutidos colgados en un rincón; se apuntó mentalmente que, si encontraba sin problema la misma ruta de regreso a la calle, se llevaría algo para comer una vez terminasen con la tarea y volvieran a la casa.

Una puerta abierta que daba a un pasillo, paredes y techo blanco, suelo de plaquetas de arcilla, apenas un crucifijo o una imagen de la virgen o de algún santo cada muchos metros; puertas pequeñas de madera oscura. La zona era un cuadrado perfecto con un patio lleno de plantas en el centro, aunque nadie llamaría claustro a algo tan pequeño y poco ornamentado. Subió por las escaleras y recorrió el pasillo también cuadrado observando la misma decoración y las puertas cerradas. Usó la lógica para comprender que arriba estaban los dormitorios y abajo se hallarían los almacenes, cuartos de baño, despachos, salas de procesado de pasteles, eso último se lo decía el olfato.

Una vez inspeccionado superficialmente el interior del edificio, bajó y comenzó a abrir puertas. No se había equivocado, por suerte estaban todas abiertas, incluso las de los despachos, uno de ellos más grande que los otros dos. Álex habría apostado a que los pequeños eran uno para alguna monja que llevara la tesorería, cobros por la venta de productos, peticiones a proveedores de materias primas y custodia del dinero con el que hacer también los pagos; y el otro podría ser para la contabilidad. El grande tenía todas las papeletas para ser el de la superiora.

No había equipo informático, pero sí un centenar de carpetas abarrotadas de papeles. La documentación se guardaba en riguroso orden cronológico, así que el inspector se centró en las últimas dos,

que narraban el devenir del convento en todos sus detalles: lo que se cultivaba, lo que se consumía, lo que se producía y también se vendía luego, pasteles, las materias primas compradas, los suministros como luz y agua, compra de tela para confeccionar hábitos, pijamas y otros; eran resúmenes, seguramente de la información obtenida por quien llevase la contabilidad y la tesorería. También aparecían incidentes de todo tipo: cuando alguna hermana enfermaba o tenía un accidente, las visitas que recibían, llamadas de teléfono desde el exterior de familiares y amigos de las monjas, incluso se había hecho una anotación sobre la llegada de la menopausia a una de las hermanas y la orden dada para que se le asignase el tratamiento médico para los síntomas.

Álex llevaba un buen rato leyendo y tenía la cabeza saturada de datos que le parecían por completo irrelevantes, no solo para la investigación, también para la administración de aquel lugar. Solo comprendería que alguien se tomase la molestia de escribir cada día, incluso lo que habían desayunado, comido y cenado, si lo que pretendía era mantenerse activo y no acabar desquiciado por semejante forma de vida.

«Entrar en un lugar así siendo niña y permanecer toda la vida sin salir más que a comprar cuatro cosas al supermercado de vez en cuando tiene que volver loco a cualquiera».

Sentado en la única silla de la estancia, de madera sin ningún tipo de acolchado ni diseño ergonómico actual, se preguntaba si las monjas del convento sabían de los rituales de asesinato a los niños, porque de ser así habría anotaciones. No tendría lógica que apuntasen los resfriados de algunas de ellas o que se había roto el palo de una escoba, y no dieran testimonio escrito de un acontecimiento especial que se celebraba en el pueblo solo una vez cada dos años. ¿Era quizás un ritual realizado exclusivamente por los miembros masculinos?

Miró la pantalla del teléfono, tenía un mensaje que no había emitido sonido porque el terminal lo había puesto en modo silencio, Sergio le preguntaba cómo iba todo. No respondió, solo emitió un chasquido de decepción con la boca al comprobar que le quedaba un doce por ciento de batería y aún querría indagar más por el lugar.

Pero ¿dónde?

Recorrió las paredes del despacho con el haz de luz, solo había un calendario en el que no se apreciaba anotación alguna, un crucifijo y dos imágenes enmarcadas: la Virgen María y el papa actual.

Se levantó para mirar tras el marco de la virgen y nada más despegarlo un poco de la pared cayó al suelo un pequeño cuaderno que estaba escondido detrás. Emitió poco ruido, pero suficiente como para que Álex se quedase inmóvil y con los cinco sentidos al cien por cien durante unos segundos. Tomó el cuaderno y volvió a sentarse. Le bastó hojearlo por encima para comprender que aquella noche había merecido la pena adentrarse en los templos.

Tras hacer fotografías con el teléfono de las últimas diez páginas, devolvió el cuaderno a su sitio y regresó por donde había entrado, cuidándose de haber dejado todo en el despacho tal como lo encontró.

Recorrió a toda prisa el mismo camino para salir por la puerta de la cocina y casi pudo sentir que el nivel de oxígeno había subido proporcionalmente al descenso de la temperatura.

—Has tardado mucho —susurró Julia.

—¿Por qué no respondiste a mi mensaje? Estábamos ya preocupados —añadió Sergio—. Espera, ¿qué es eso?

—¿No es evidente? —Álex llevaba varias ristras de salchichas y chorizos en la mano izquierda.

Quedaban menos de dos horas para el amanecer y decidieron regresar a casa, ya que buscar otro lugar e invertir más de una hora recorriendo su interior era peligroso, no por la luz natural que aparecería, sino porque frailes, curas y monjas son buenos madrugadores.

Estaban a punto de llegar a la calle donde los dos inspectores se alojaban cuando Julia frenó en seco y dijo:

—Será mejor que me marche a casa.

—¿A qué viene ese cambio de opinión? —preguntó Álex.

—Mañana trabajo, necesito dormir, aunque sean dos o tres horas nada más, pero sobre todo necesito ducharme y tener el uniforme a mano.

—Comprendo, nos veremos mañana.

—Claro, espero que tengamos más suerte y encontremos algo.

—Más lo esperamos nosotros.

La chica se marchó tras la conversación en voz baja y en menos de un minuto los dos inspectores estaban en el salón de la vivienda partiendo el embutido y abriendo unas cervezas para bajar la vianda. Sergio se metió un trozo de chorizo en la boca y, dejando la botella a mitad de camino para dar un sorbo, dijo:

—Una pena que no hayamos encontrado nada, solo hemos pescado una pulmonía, voy a encender la chimenea para calentar algo la casa durante la noche y tenemos que acordarnos de que hay que comprar leña mañana.

Su compañero no respondió, incluso dejó para algo más tarde la comida, a pesar del aroma que desprendía, y sacó el teléfono para ponerlo a cargar y revisar las fotos.

—¿Qué miras? —preguntó Sergio con la boca llena. Álex seguía sin responder—. ¿No vas a comer? Está delicioso y se te oyen las tripas desde aquí.

—Mira.

Le tendió el teléfono y, tras ver el contenido de la primera foto, comenzó a toser expulsando trozos de chorizo.

—¡Joder!

—Los nombres de los niños asesinados, junto a cifras que no comprendo. El último es Abel Solano, pero el suyo es el único que no tiene cifra al lado.

—¿Por qué has mentido a Julia y le has ocultado esto? No te fías.

—¿Acaso no es evidente? Yo solo me fío de ti, y me fío solo porque no estuviste aquí durante los crímenes.

—Siempre dices eso en los casos.

—¿Qué te sugieren esas cifras?

—Ni idea, solo tengo sueño y hambre, también ganas de mear. Dentro de diez minutos esas tres necesidades estarán cubiertas. ¡Mierda!

—¿Qué pasa?

—Olvidé decirte que nos envió la Pulga el informe de la autopsia al niño. En principio no te lo dije porque estaba Julia con nosotros y no sabía si querías compartir con ella…

—Hiciste bien. ¿Lo has leído?

—Sí, la piel fue limpiada.

—¿Cómo? ¿Te refieres a que lo lavaron a conciencia antes del

ritual?

—No, fue lavado en el anatómico forense y luego se le colocó la tierra y otras partículas de suciedad sobre el cuerpo y entre las uñas.

—¡Joder!

—Claro que será difícil de demostrar, pero la Pulga está convencido de ello, dice en el informe que es imposible que la suciedad sea la misma en tipo y cantidad por toda la piel, que siempre hay zonas, como los pies, que tienen más, además de los restos de jabón y desinfectantes que hay debajo de la suciedad, no son los que se usan en una casa para ducharse o bañarse uno, son industriales.

—Quizás los usaron para lavar el cuerpo del chico antes del ritual.

—El forense dice que el jabón podría ser lógico, pero el desinfectante es de los que se usan para eliminar rastros como sangre, semen y otros restos de difícil limpieza.

—Comprendo.

—También dice que en el análisis de sangre ha detectado restos de sedantes.

—Lo que dictamina que no fue asaltado en mitad de la calle por un loco para asestarle puñaladas y violarlo, sino que fue drogado para tal menester. La hipótesis del ritual es la única que se sigue sosteniendo.

Sergio no siguió la conversación, ya había dicho todo lo que contenía el informe. Álex seguía mirando la pantalla y pasando fotografías de la libreta encontrada en el convento, a la mañana siguiente iba a cotejar esos nombres con los de los niños muertos en los últimos años para asegurarse de que estaban todos y en el mismo orden en que fallecieron.

Un hallazgo, pero nuevas incógnitas y muy importantes: ¿qué significaba esa libreta? ¿Inculpaba a las monjas o a la madre superiora? Era importante, pues de otro modo no estaría oculta tras un cuadro, pero ¿cómo de relevante en las muertes de los niños? ¿Podría obtener un permiso para interrogar a esa mujer? ¿Sería más positivo guardar el hallazgo para investigar sin avisar a los presuntos asesinos de que se estaba acercando a ellos? ¿Debía contárselo tarde o temprano a Julia? ¿Sabía Julia de la implicación

de las monjas? De haberlo sabido, lo lógico hubiera sido que la chica eligiese otro monasterio o iglesia, pero no objetó nada al conducirlo hacia allí. ¿Y qué demonios eran esas cifras al lado de cada nombre?

Julia caminaba a paso rápido, aunque llevaba horas completamente mojada y le esperaba una ducha caliente y ropa seca para dormir a pierna suelta, pero no veía la hora de llegar a casa de una vez. Se sentía cansada como no lo había estado nunca antes. Si hubiera podido elegir, estaría con Álex a solas, se dejaría llevar por sus instintos, o su entrepierna más bien, y quitaría el despertador del teléfono móvil con la esperanza de no despertar hasta dentro de una semana. Estaría bien no hacerlo hasta que todo hubiera pasado.

Le había dicho a los nacionales que tenía que regresar a casa porque trabajaba el día siguiente y necesitaba ducharse y ponerse el uniforme, era cierto, pero tenía otro motivo que ocultó: no era capaz de seguir sin revelar el secreto que le quemaba en el estómago.

Fue ella la que disparó la escopeta la noche anterior, solo para asustar, claro, sin la intención de herir a alguno de ellos; para eso usó cartuchos de postas, que, aun impactando algunos en Álex o en su compañero, no dejarían más que marcas sobre su piel.

No podía seguir más con aquello, con el tira y afloja. Contentar al sargento y los de arriba, a la vez que seguía los impulsos de su corazón, se había convertido en una tarea imposible. Se sentía enamorada como no lo había estado nunca antes y se debatía entre el abandono total y el dolor que le producía saber que para el chico ella no sería más que una muesca más en su revólver.

Aun sabiendo que le partiría el corazón perderlo para siempre, ella prefería saber que él seguiría vivo y a salvo, así que asustarlo con un disparo se le antojó la mejor opción.

Pero ese cabezota no se había marchado, no, y ahora estaba más motivado que nunca para resolver el caso que no se podía resolver. Otros aparecerían para disparar y con una munición y puntería más eficaces. El propio Felipe, su compañero del trabajo, ya le había dicho en varias ocasiones que ese encantamiento que tenía con el nacional le provocaría más de un dolor de cabeza, claro que eso era un eufemismo, el agente más bien la había amenazado, todo suavizado como si fuesen meras advertencias, para que se olvidase

de Vergara.

Todo un acoso en primera regla, se había convertido de la noche a la mañana en la enemiga de todo el pueblo, de los vecinos y de sus compañeros del trabajo. ¿Pasarían por esa situación también las espías de las películas? ¿Qué más le daba a ella eso? En estos momentos solo deseaba escapar del pueblo para no regresar, ya fuese con Álex o sin él. No, mejor con él.

Ya tenía su casa a pocos metros cuando vio el coche aparcado justo en la puerta.

«No me lo puedo creer, el acoso no va a terminar nunca. Con lo cansada que estoy y ahora me toca lidiar de nuevo con la misma mierda».

Y vio al chico salir del vehículo justo cuando ella estaba sacando las llaves del bolso. Le costó fingir una sonrisa, y eso que en el pueblo era de las asignaturas que más rápido se aprendían.

Capítulo 15

9 de noviembre de 1992

La niña ha entrado en la cocina tan rápido que le ha provocado un susto de muerte, también porque estaba viendo la telenovela de la sobremesa y se encontraba en un punto muy interesante, tanto que se le había enfriado el café servido veinte minutos antes.

—¡Qué susto, por Dios!

—Mamá, la merienda.

—Está encima de la mesa, ¿no la ves?

—Cola Cao.

—Ve comiéndote el pan con Nocilla y ahora te lo preparo.

—Calentito.

—Sí. ¿Qué estás haciendo en la calle?

—Jugar con las muñecas con Merche.

—Pues ya pronto anochecerá y hace mucho frío para estar en la calle.

—Pero no llueve, para un día que no llueve…

—Quedaos aquí dentro o en su casa, qué manía de calle tenéis.

—En casa es aburrido.

—Venga, toma tu Cola Cao.

Merche entró en ese momento en la cocina y se quedó mirando el pan con Nocilla, así que la mujer suspiró hondo y preparó otra merienda para la mejor amiga de su hija, casi hermanas inseparables, casi serían gemelas si no fuese Merche dos años mayor y le sacase unos centímetros de altura.

—Toma, Mercedes.

—¿Qué se dice? Gracias.

—¡Ja, ja, ja! Basta con decir gracias.

—Es lo que dice mi madre.

—Bueno, terminad la merienda y dejadme ver la telenovela.

Las niñas obedecieron en silencio y se marcharon corriendo tras dejar la mesa llena de migas y los vasos vacíos. No le importó tener que recogerlo y limpiarlo ella, pues ya estaba en paz y silencio para ver el final del capítulo.

Le costaba recordar lo que había desayunado o si había hablado por teléfono con su hija unas horas antes, pero sí tenía recuerdos con total lucidez de momentos de su pasado, especialmente uno muy doloroso, el de la última vez que vio a Mercedes, a Merche… Tras aquella merienda y una hora más de juegos, fue entregada a las monjas a las ocho de la tarde, cómo se oían los gritos de la niña en la calle. No olvidaría ni un solo día lo que lloró su pequeña al saber que Merche se había marchado para no volver, lo hizo durante meses; la decisión de salir del pueblo fue consensuada con su marido, no iban a perder a su única hija, si era elegida por los monjes, por mucho dinero que les diesen. En marzo del año siguiente, sin decírselo a nadie, se marcharon del pueblo durante la noche y en silencio, tardaron más de diez años en regresar para ver el estado de la casa, pensando que, tal vez, se la habían quitado, pero allí seguía, igual que el pueblo. Todo exactamente igual, incluso las miradas huidizas de los vecinos.

A pesar de lo duro que fue tener que empezar de nuevo en la capital, nunca se arrepintieron de la decisión de abandonar aquel lugar cargado de oscuridad y dolor. Ver a la niña en casa y saber que no se la llevarían, que podría crecer junto a ellos, bastaba para agradecer el haber tomado esa decisión.

Ahora:

¿Qué coño era ese ruido?

Sergio se levantó y caminó a trompicones por la vivienda, no parecía haber nadie, aún parecía sumido en la pesadilla que había tenido. Miró la pantalla de su teléfono, tenía dos llamadas de su mujer y cuatro del sargento Fonseca, el dueño de la casa, o más bien el marido de la dueña. Eran las doce menos cuarto y tenía muchas ganas de orinar.

Y oyó otra vez el ruido. Alguien estaba golpeando la puerta de la entrada.

Fue a toda prisa a la vez que gritaba el nombre de su compañero para despertarlo, si es que estaba dormido aún, o para llamar su atención, si es que se encontraba por la casa. Abrió tras descorrer

los dos cerrojos y se encontró con Fonseca, parecía muy alterado.

—¡Joder, Mantilla! Menos mal, ya pensaba que había pasado algo raro.

—¿Qué haces aquí? ¿Algo raro?

—Me he acercado porque me dijo ayer la vecina que alguien había disparado en la calle.

—A nosotros, ni más ni menos.

—Ya lo imaginé. ¿Por qué no abrías? ¿Dónde está Vergara? ¿Por qué tienes esas pintas? Pareces un resacoso tras una noche de juerga.

—Ojalá. Pasa, como si estuvieras en tu casa.

Una vez en el salón:

—Menos mal que convencí a mi mujer para que no me acompañara, menuda pocilga tenéis aquí montada.

—No nos da mucho el tiempo para recoger y limpiar, la verdad.

—¿Ni siquiera la chimenea? Está a rebosar de cenizas, la casa olerá mal durante meses.

—Tranquilo, te pagaremos un servicio de limpieza a fondo y te repondremos la leña y lo que tomemos de la despensa y el mueble-bar.

—¿El mueble-bar? ¡Hijos de puta, me estáis saqueando! Vosotros estáis aquí de fiesta.

—Eso nos gustaría.

Álex apareció por las escaleras en calzoncillos y maldiciendo por el frío y el ruido de la conversación. Fonseca seguía mirando alrededor: vasos con restos de alcohol, botellines vacíos de cerveza, dos botellas de *whisky* vacías y otra a la mitad, colillas, los cojines del sofá tirados por el suelo, polvo, cenizas y ropa sucia por todas partes…

—Casi prefiero no entrar en la cocina y el baño.

—Ya oíste a Sergio, te lo dejaremos todo tal como estaba.

—Este olor a tabaco no se irá y mi mujer me matará.

—Me han dicho que con una máquina de ozono, de esas que meten en los coches para venderlos de segunda mano, se queda como si…

—Ozono te voy a meter por el culo, Mantilla.

—Cálmate, hombre —dijo Álex con tono amigable para quitarle

hierro al asunto—. Vamos a desayunar y te ponemos al día, si quieres conocer los adelantos.

—Casi prefiero marcharme y hacer como que no he visto nada.

—¿En serio no quieres un café?

—Ya desayuné hace más de cinco horas. ¿Quieres ponerte algo de ropa? Pareces mi hijo el mayor cuando se despierta un domingo a las dos de la tarde, coño.

—Claro, papi. Por cierto, ¿dónde se compra la leña en este pueblo?

—Díselo a la vecina y ella se encarga de pedirla, dale sesenta euros y traerá suficiente para llenar la leñera del patio.

—No sé si tengo efectivo en la cartera, ¿tienes tú algo?

—Vergara, me voy a cagar en tus muertos.

Fonseca siguió insultando mientras Álex subía las escaleras de dos en dos peldaños y riendo. Cuando el inspector bajó, dos minutos después y ya vestido, el sargento se había marchado, aunque Sergio no pudo calmarlo del todo con las mismas promesas.

—Ni siquiera ha querido que le contemos cómo va el caso.

—Nosotros habríamos hecho lo mismo. ¿Hay algo más que café?

—Creo que un poco de fruta que compré con la verdura, plátanos por el tema de las proteínas.

—Proteínas… no jodas. Mejor vayamos a desayunar a algún bar.

—No creo que a esta hora nos sirvan desayunos.

—Pues aprovechamos para comer.

Álex se preguntó por qué Julia no había llamado ni mandado mensajes. Decidió llamarla antes de salir, pero la chica no descolgó el teléfono. Llamó luego al cuartel de la Guardia Civil y allí le dijeron que no se había presentado aún.

—Eso es imposible —murmuró Vergara.

—¿De qué hablas?

—Julia se marchó ayer a su casa para descansar y trabajar hoy, pero no ha ido al trabajo ni responde a las llamadas.

—Insiste en un rato.

—No, hay algo que huele mal. No me fío de ella y quiero tenerla cerca, controlada. Ella cree que hace lo mismo conmigo, por eso no tiene sentido que haya desaparecido de esta forma; lo lógico es que esté encima constantemente, como los dos días anteriores. Sería mejor que vayamos a su casa.

—¿No íbamos a buscar un restaurante?

—En su casa podremos comer tostadas. Coge tu abrigo y, si quieres, también un paraguas, está empezando a llover.

Fueron caminando hacia la casa de Julia, por el camino decidieron que por el momento no le iban a decir nada del hallazgo de la libreta a la agente, quizás más adelante y si eso les valía para obtener alguna reacción por parte de la madre superiora o del sargento de la Civil; tampoco comentarían que habían hecho repetir la autopsia de Abel Solano.

Llovía ahora torrencialmente y no habían encontrado paraguas por la casa, aunque no es que buscasen muy a conciencia, así que iban calados al recorrer la primera calle.

—Voy a volver a enfermar y Raquel me matará.

—La tienes siempre en tus pensamientos, y no para bien. No creo que eso sea sano.

—Tampoco tu tabaco y la cantidad de alcohol que bebes y yo no te digo nada.

—Está bien, veo que has tenido mal despertar.

—¿Queda mucho para la casa de Julia? Todas las calles y las casas de este pueblo me parecen iguales. ¿Por qué no hemos venido en coche?

—Está cerca, casi hemos llegado.

—Ya tengo los calcetines empapados, incluso la ropa interior.

—No te quejes, es esa casa de ahí, la única que no tiene macetas con flores en los balcones.

Llamaron con insistencia y cada vez más fuerte. Ningún resultado. Álex volvió a usar el teléfono. Nada.

—¿Qué hacemos? Hemos venido para nada.

—Espera aquí, regreso en unos minutos.

—Pero…

Vergara comenzó a correr y giró a la derecha al llegar al final de la calle, pensaba entrar saltando por el muro del patio trasero de la casa. Así lo hizo y se dirigió a la zona techada, la que daba acceso al salón y la cocina. Las puertas seguían cerradas. El ventanal de cristal que daba al salón contaba con una cortina y no pudo ver nada a través. Miró por el suelo, quizás hubiera algún elemento decorativo con una llave debajo, por si ella había decidido tener una forma de entrar un día que olvidase o perdiera las llaves. Pero

no encontró nada.

Suspiró hondo, casi resignado.

Volvió a aporrear la puerta de la entrada al salón y gritar su nombre.

«Joder, esto me da muy mala espina. Espero que no te enfades mucho… te pagaré el destrozo».

Golpeó con el codo la hoja de la izquierda del ventanal y el estruendo eclipsó por un instante el repiqueteo de la lluvia sobre el tejadillo del patio. Se aseguró de quitar los cristales para no cortarse al saltar al interior de la casa. Una vez dentro fue a abrir a Sergio.

—¿Cómo has entrado?

—Este caso me va a costar toda la paga de Navidad, ahora le debo también un cristal a Julia.

—Hace frío aquí dentro.

—Es cierto, es raro que no esté encendida la chimenea.

—Está claro que no está en la casa, podríamos registrarla.

—Lo había pensado. Voy a la planta superior, encárgate tú de esta.

Sergio comenzó por el salón, miró en cada cajón de cada mueble, bajo los mismos y el sofá, entre los cojines, tras los cuadros, escudriñó incluso las revistas y los libros que había en varios puntos; ya tenía pensado ir a la cocina cuando oyó la voz, aunque el tono era algo extraño en su compañero, lo conocía bien y aquella no era la forma convencional de llamarlo.

—¿Pasa algo? —preguntó desde el pasillo mientras se dirigía a la estancia que tenía la luz encendida y la puerta abierta. No obtuvo respuesta.

La escena lo dejó mudo.

Julia llevaba la misma ropa que el día anterior, aunque no exhibía la misma sonrisa, cosa difícil de conseguir para alguien que cuelga por el cuello de una cuerda amarrada a una viga del techo.

—¡Joder!

—Olvídalo, no la toques.

—¿No vamos a bajarla?

—Lleva muerta unas horas, tiene *rigor mortis* y ya ha comenzado el *libor*. —Vergara se refería a la rigidez del cuerpo y al color violeta muy claro que adquiere la piel cuando, por el efecto de la gravedad, la sangre que ya no circula por venas y arterias se

acumula en la parte más baja del cuerpo.

—Pero, aun así…

—Forense y Científica querrán inspeccionarla; no debemos contaminar más la escena.

—¿Escena? ¿Crees que la mataron?

—¿Por qué iba a suicidarse?

—No sé, quizás tenía problemas o temía quedar salpicada cuando se resolviera el caso.

—Lo dudo, sería más probable que hubiese huido.

—La casa estaba cerrada a cal y canto.

—Pudo hacerlo alguien que tuviera copia de la llave y que cerrase tras salir. Además, no he encontrado su teléfono móvil, ayer lo llevaba.

—Sí, recuerdo que consultó la hora varias veces y usó la linterna. Pero ¿lo has buscado a conciencia?

—¿Dónde cojones va a estar? No lo lleva encima ni está por la estancia. No creo que aparezca bajo una baldosa.

—Está bien, no pretendía… Veo que te ha afectado.

—¿Tú qué crees? Primero Alba y ahora Julia, además del disparo de escopeta a nosotros. Alguien no quiere que se descubra lo que pasa con los niños y está dispuesto a todo.

—Voy a llamar a la Guardia Civil.

—Espera, ponte los guantes de látex y terminemos de registrar antes; de todas formas ya no se puede hacer nada por su vida. Y recuerda que antes de que lleguen los civiles tenemos que haber limpiado todo lo que hemos tocado al comenzar el registro.

Las dos y media de la tarde y no había probado bocado desde el embutido que Álex robó de la despensa en el convento; y ni asomo siquiera del hambre tras el descubrimiento del cuerpo de Julia. La casa estaba llena de guardias civiles, la mayoría de ellos en labores de búsqueda de huellas y pruebas o de análisis forense sobre la escena. El sargento y los otros dos compañeros de la chica se veían afligidos realmente, tanto que sus miradas estaban cargadas de reproche contra los dos policías nacionales, a los que seguramente culpaban de lo ocurrido. Aún nadie se había atrevido a decir que aquello podría ser un asesinato, pero menos aún aseverar que era un suicidio, como dejando la difícil labor de colocar la etiqueta a otro.

Sergio observaba el lenguaje corporal de su compañero desde la distancia, ambos estaban en la calle, donde seguía lloviendo, pero bajo paraguas que los civiles les habían prestado, aún seguían respondiendo a preguntas sobre lo que hicieron la noche anterior y en qué momento vieron a la chica por última vez. El inspector conocía bien a su compañero de trabajo y amigo, tanto como para saber que esa imagen de crápula era la fachada, la máscara que se colocaba cada día para hacer más soportable su vida o lo que tuviera que pasar en ella. La norma de no repetir con las chicas no era sino la forma de evitar que penetrasen la coraza creada tras uno o más desengaños en el pasado. Álex iba de duro, pero era débil, sensible, y él mismo conocía ese detalle; antes de implicarse más con una chica, antes de verse atrapado sentimentalmente, salía por piernas y sin mirar atrás. Y con Julia había repetido. No solo eso, también había dado alas al príncipe azul que todo policía lleva dentro, pues casi todos los que se decantan por esa profesión tienen la necesidad de salvar al mundo, al menos una parte de sí mismos lo desea y necesita. Álex se había propuesto salvar a Julia, por ella y por Alba, a la que no pudo ayudar cuando tuvo la oportunidad. Y ahora les había fallado a las dos.

Sergio observaba a su compañero con pesar, sabía por experiencia que un policía que se implica emocionalmente en un caso deja de vivir para sí y va dejándose atrapar lentamente por las circunstancias, se consume despacio y se convierte en un yonqui ávido de progresos, teniendo un síndrome de abstinencia muy duro cuando no se producen. Agresividad, decepción, autodestrucción.

Si no resolvían el caso, Álex se quedaría para siempre sumido en las tinieblas que le provocaba aquel pueblo.

Si lo resolvían, podrían regresar juntos a Madrid, a la rutina de los casos en la comisaría, como antes. Pero una parte de su alma se quedaría para siempre entre aquellas calles desiertas, oscuras, frías y regadas de una sangre que no se limpiaba nunca con la incesante lluvia.

El sargento Gabriel Mendía parecía esquivar a Álex en todo momento, así que a nadie extrañó que comenzase con las preguntas incómodas con Sergio.

—¿Cómo es que os dio por entrar de esta forma en la casa?

—Eso deberías preguntárselo a mi compañero, fue él quien se

preocupó hasta el extremo de venir y no parar hasta acceder al interior.

—¿La visteis ayer?

—El pueblo es pequeño, ya sabrás que salimos a cenar los tres y estuvimos luego tomando unas copas.

—Ya, pero también sabes que estas preguntas tengo que hacerlas. ¿Hasta qué hora estuvisteis con ella?

—Serían las doce y algo cuando se marchó a casa —mintió el inspector, ya que no podía decirle que estuvieron hasta altas horas de la madrugada allanando templos religiosos.

—¿Comentó que hubiese quedado en verse con alguien?

—No, dijo que se marchaba a descansar porque tenía trabajo hoy.

—¿Mantenía una relación con tu compañero?

—Sabes que sí.

—Sí, lo sé. ¿Se llevaban bien? Quiero decir…

—Estás siendo listo al hacerme esas preguntas a mí, de haber elegido a Vergara ahora estarías a la espera de una ambulancia.

—Estoy siendo cordial con unos compañeros, pero tengo que hacer mi trabajo.

—Esto es un trabajo de la UCO y lo sabes. Si no has resuelto lo del niño ¿cómo te vas a encargar de dos asesinatos más?

—¿Dos asesinatos? ¿Quién ha dicho que a Julia la hayan matado?

—Que lo pongas en duda de esa forma solo indica que lo has hecho tú o eres un cómplice —espetó Álex a su espalda.

—¿Cómo te atreves? Era mi compañera, mi vecina y amiga, no te consiento que me acuses de esta forma.

—¿Quieres arreglarlo a golpes?

—Vamos, cálmate. —Sergio se había colocado entre ellos y trataba de empujar a su compañero hacia atrás. Los dos agentes de la Civil también aparecieron para impedir la pelea.

—Nos marchamos —dijo Vergara.

—No he terminado con las preguntas.

—Mándamelas por correo electrónico.

—Podría deteneros por allanamiento.

—Sí, podrías.

Y se marcharon ante la mirada atónita de guardias y vecinos.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —preguntó Sergio.

—Lo que debí hacer desde el principio. —Y sacó su teléfono móvil.

Tras la llamada:

—Creo que estás en lo cierto, aunque también comprendo que te tomabas el caso como algo personal y sabes lo que ocurrirá ahora, que tendremos las manos más atadas.

—Es imposible empeorar, créeme. Fui un estúpido, podría haber salvado la vida de Julia si hubiera hecho lo correcto desde el principio.

—Vamos a comer algo.

—No tengo apetito.

—Yo tampoco, pero no sabemos cuándo podremos volver a probar bocado hoy.

El sargento Mendía se quitó de encima a sus dos agentes para no perder tiempo respondiendo estúpidas preguntas como la de por qué no había detenido a los dos nacionales. No los había arrestado y llevado al cuartel porque no serviría de nada, él sabía que los inspectores no eran los asesinos, hubiera sido absurdo matar a la chica para luego avisar por teléfono, y no tenían motivo para hacerlo.

Miró el cielo con pesar, no para preguntarse cuándo dejaría de llover, sino para tratar de aclararse las ideas y enfriar la cara y los ánimos tras el encontronazo. La lluvia era reparadora, aunque él necesitaría mucha para compensar lo ocurrido ese día y lo que aún tendría que soportar.

En el fondo, y solo él conocía ese dato, estaba esperando una llamada. Y cada segundo que pasaba se hacía eterno. Si no solucionaban los problemas que habían surgido esos días, acabaría con una úlcera y tendría que aguantar a su mujer recriminándole que la culpa era de la alimentación. Y lo peor de todo es que el médico le prohibiría comer asados y beber alcohol.

Se había apartado de la casa varios metros, se guarecía a ratos de la lluvia metiéndose bajo el voladizo del tejado de una vivienda cercana; solo asomaba la cara cada pocos minutos para enfriarse, pues el volcán que tenía dentro no tenía intención de apagarse, sino todo lo contrario.

Iba a estallar, y no podía permitírselo.

Entonces sonó el teléfono, se puso nervioso como un adolescente ante la llamada de un profesor a sus padres.

—Buenos días.

—Yo no los veo tan buenos.

—Comandante…

—¿Cómo ha podido pasar algo así? ¿Y cómo es que me ha avisado un policía nacional en lugar de hacerlo tú mismo?

—Iba a llamar, se me ha adelantado el nacional.

—Se os ha ido el asunto de las manos y ya no podemos hacer nada por evitar una investigación más a fondo. He tenido que soportar al alcalde y a dos peces gordos, dudo que esas sean las únicas llamadas de hoy. Enviaré a una pareja de inspectores de la UCO.

—Joder, joder.

—Tranquilízate y deja que ellos se encarguen de todo.

—Pero ellos saben que…

—Ellos estarán al tanto. Tú solo obedece.

—Bien, así lo haré.

—Ten listo todo el papeleo que tengáis y las comunicaciones con departamentos anexos.

—Es lo que iba a hacer en cuanto llegase a mi despacho. Por cierto, ¿qué va a pasar con los nacionales?

—Eso es también cosa mía.

—Siento haberos fallado.

—Tengo que dejarte, tengo una llamada importante por otra línea. —Y el comandante colgó.

—¿Todo bien? —Era el agente Felipe Díaz. Mendía no se había percatado de que estaba a su lado.

—Sí, todo bien. Quedaos aquí, tengo que ir al cuartel.

—¿Qué van a hacer con el cuerpo de Julia?

—¿Cómo que…? Pues el procedimiento, ¿qué otra cosa?

—¿Crees que se suicidó?

—Pues claro que no, ¿cómo iba a hacerlo? Vamos, entra en la casa y procurad Hugo y tú que todo se esté haciendo correctamente, tendremos a la UCO en menos de una hora haciendo preguntas.

—¿La UCO? Joder.

Mendía se subió al coche patrulla y se dirigió al despacho, la puerta del cuartel estaba abierta sin que hubiese nadie dentro,

como siempre; que no ocurriese una desgracia, un robo o vete a saber era un milagro. Claro que en esos momentos no pensaba en la posibilidad de que entrasen en el cuartel aprovechando que estaba desierto, tampoco en tener que pedir un agente nuevo para ocupar el puesto de Julia, en llamar a su familia para darle la noticia ni en el tirón de orejas que había recibido; solo tenía dudas sobre lo que debía recopilar para los inspectores que llegarían más pronto que tarde. ¿Los documentos oficiales o también los que se había falseado? ¿Querrían las fotos de las escenas de los crímenes que se habían ocultado? Si el comandante había dicho que los inspectores estarían al tanto de todo, eso debía significar que su función sería la de seguir tapando lo ocurrido. ¿O no? ¿Y si iban para elegir una cabeza de turco y así contentar a los policías nacionales dándoles a un asesino? ¿A qué asesino? Las cosas se podían torcer mucho en los siguientes días y él tendría que tener los ojos bien abiertos para evitar ser esa cabeza de turco elegida para pagar los platos rotos, el idiota al que despedirían por inútil o algo peor, como haber entorpecido la investigación por complicidad.

¿Quién había matado a Julia? ¿El mismo que mató a Alba? Podría ser. Si hubiera investigado el atropello, quizás ahora tendría detenido al responsable y hubiera salvado la vida de su agente.

«Maldita sea mi estampa y maldito sea este pueblo».

Capítulo 16

Debió comprar un saco de boxeo de mejor calidad, apenas le había durado dos meses. Dos horas al día dando golpes y ya tenía una grieta por la que se escapaba fibra textil del relleno. Le pondría cinta americana como había visto en las películas y así aguantaría hasta que le llegase el nuevo que acababa de comprar por Internet, uno mucho más resistente gracias a sus dos capas de piel auténtica.

Ese día se había desahogado de lo lindo, le dolía tanto el cuerpo que solo pensaba en tumbarse unas horas, además de no poder levantar los brazos, los hombros le ardían. Podría haberse saltado la sesión, pero la tensión acumulada era enorme tras lo ocurrido en casa de Julia.

Toda la noche esperando sentado dentro del coche frente a la casa de la chica, esperando su llegada con un fuego propagándose por su estómago, un fuego que se creó cuando supo que se había encamado con el policía nacional metomentodo. ¿Qué coño había visto en ese imbécil que parecía fingir ser una estrella del *rock*? El típico con pinta de heroinómano y coleccionista de ilusas, a las que deja tiradas en la cuneta tras saciarse una noche. Y no se había contentado con seducirla, sino que seguía quedando con ella. La había enamorado. Si las noches anteriores fueron duras, la pasada fue un infierno. Se había propuesto confesar sus sentimientos y decirle que quería formar una familia junto a ella en el pueblo; debió hacer eso mucho antes, no esperar a que llegase un extraño para adelantársele. Cada hora, o mejor cada minuto, esperando su llegada se hizo una eternidad, pasando de ensayar lo que iba a decirle a preocuparse por pensar que le había ocurrido algo malo y, por último, entrar en cólera al pensar que estaría acostándose con el policía, o peor aún, con los dos a la vez. Su cabeza fue creando escenarios cada vez más agoreros, posibilidades que no hacían más que aumentar su ira.

Y cuando estaba pensando en marcharse, serían las cuatro y media más o menos, la vio aparecer calle abajo.

Cerrando ahora los ojos, revivió lo sucedido horas antes:

—¿Qué haces ahí? —preguntó ella con sorpresa cuando vio que él se bajaba del coche.

—Pasaba por aquí y me dije… bueno, qué tarde, ¿no?

—Sí, he salido a cenar y tomar una copa.

—Pero a esta hora no hay nada abierto en el pueblo.

—Vaya control.

—No quería… Solo pensaba preguntarte cómo estás, últimamente no hablamos mucho, y eso que nos vemos a diario.

—No hago gran cosa, ya sabes que el comisario me tiene con los nacionales para ver qué averiguan sobre lo del niño y también lo de Alba Munuera.

—Eso fue un accidente.

—Quizás no lo fue.

—Esa chica pudo haber metido en un lío a todo el pueblo.

—¿No será mejor que hablemos de esto en otro sitio y otro momento? Estoy cansada, quiero dormir algo, mañana trabajo.

—¿No me invitas a un café en tu casa?

—No creo que sea oportuno.

Ella ya estaba abriendo la puerta de su casa.

—¿No es oportuno? Te acuestas con ese policía, quizás con los dos, y no te parece oportuno tomar café con un amigo de toda la vida.

—¿De qué coño hablas?

—Eres una puta. —La inmovilizó para entrar ambos dentro de la vivienda. Cerró a su espalda y la llevó a la fuerza al salón.

—¿Qué haces? —Parecía asustada, pero se centraba en recuperar la respiración ahora que no tenía una de las manos oprimiéndole la cara. Aún no pensaba en chillar, ¿para qué? Conocía al chico desde siempre, aunque nunca antes se había comportado así con ella. Ni siquiera contempló la posibilidad de sacar su arma reglamentaria del bolsillo.

—¿Qué coño has visto en ese imbécil? No me puedo creer que vayas todos los días detrás como un perro faldero. ¿Te has ido a enamorar de un capullo que ni se acordará de tu nombre dentro de dos semanas? ¿Crees que recordará siquiera tu cara cuando regrese

a Madrid, desapareciendo para siempre?

—Pero ¿a ti qué coño te importa lo que yo haga? Espera… no, no me lo puedo creer. ¿Tú estás…?

—¿A qué viene esa sonrisa? ¿Vas a reírte de mí? Es lo que me faltaba.

—Nunca me habías dicho que sintieras algo por mí.

—¿Acaso esas cosas hay que decirlas? ¿Cómo es que nunca te diste cuenta?

—Pero es que yo no… Uf, no sé cómo decírtelo.

—No sientes nada por mí.

—Somos amigos, además de…

No terminó la frase, él se abalanzó de nuevo, esta vez más cargado de ira y ella perdió el conocimiento en el acto por la brutalidad de la acometida.

Salió de la casa veinte minutos después, el tiempo que le llevó subir a la chica a su dormitorio, buscar una cuerda, preparar el nudo, izarla y salir por la puerta trasera, ya que ese acceso se podía cerrar desde dentro con un pasador y luego encajarla, parecería que la chica lo había cerrado todo desde dentro y luego se había colgado. Dentro del coche se preguntó cuántos vecinos lo habrían visto allí esperando o habrían oído la conversación y forcejeo, por suerte se encontraba en el pueblo perfecto para hacer algo evitando que lo denunciasen, por el mutismo de los vecinos. También pensó en cuántas cosas había tocado y luego limpiado las huellas, por si se le había pasado alguna.

No sintió remordimientos en ese momento, pero ahora sí que los tenía, aún no podía creerse que él hubiera hecho eso, que hubiera acabado con una vida y de esa forma; y por si fuera poco, la de Julia, la chica de la que estaba enamorado desde la primaria. Quizás por eso le dolían los nudillos de pegarle tan fuerte al saco.

¿Qué pasaría si hubiese cometido un error? Quizás una huella, tal vez un vecino testigo que decidiera hablar con la policía por tener un especial cariño a Julia. No se planteaba siquiera la posibilidad de ser detenido, juzgado y afrontar dos décadas de prisión.

Un impulso, todo fue un maldito impulso por celos y por su cobardía. Debió declararse a la chica una década atrás y así no consumirse poco a poco hasta convertirse en un despojo de persona

que ha acabado con la vida de quien más le importaba.

Ahora tocaba aprender a vivir sabiendo lo que había hecho, temiendo que lo encontrasen y tuviera que pagar por sus actos y, lo peor, asumir que no volvería a ver a la chica nunca más.

Capítulo 17

No les quedaba más que exprimir en un interrogatorio al tipo del que sospechaban desde el principio para cerrar el caso con una confesión y tomarse el resto del día libre, pero el sargento David Rovira no pudo llegar siquiera al pasillo que conducía a las salas de interrogatorio, donde esperaba la comitiva compuesta por el detenido, su abogado de oficio y su compañero, el sargento Iván Rosillo. Incluso tuvo que llamar a este último y repetirle dos veces las palabras del comandante para que se convenciese y dejara la tarea.

Iban a pasar unas cinco o seis horas nada más en el pueblo, así que se limitaron a coger el coche camuflado que solían llevar y se dirigieron a su destino conversando sobre la situación.

—¿Tan importante es lo ocurrido como para hacer las cosas de esta manera? Nunca antes me había pasado algo así y llevo en la UCO desde el noventa y nueve.

—Tampoco comprendo que no pudieran esperar dos horas para que cerrásemos el caso nosotros, en lugar de dos agentes que quizás no estén interrogando como es debido al sospechoso. Nos ha costado más de un mes de trabajo dar con él y conseguir llevarlo detenido, y siento que no ha servido para nada, o que los superiores no lo valoran de repente.

—Bueno, ya nos contarán los motivos para hacerlo todo tan precipitadamente. ¿Qué es eso tan importante que vamos a investigar?

—Eso es lo más curioso, el informe me llegó en un archivo por correo electrónico y logré imprimirlo antes de partir, pero solo lo he hojeado y no puedo decir más que parece una patata caliente, de esas con el noventa y nueve por ciento de la información clasificada.

—No me jodas.

—Juzga tú mismo. Tenemos a una compañera del Cuerpo ahorcada esta noche, se ha encontrado en su dormitorio. Antes, como unos diez días, apareció un niño de nueve años al que apuñalaron más de veinte veces, y súmale el posible asesinato por atropello de una chica de veinte años hace una semana.

—¿Todo eso en Samael? Pero si es un pueblo pequeño en el que nunca pasa nada. En fin, sí que es una puta patata caliente que nos han endosado. ¿Qué compañeros de la brigada llevaban o llevan el caso y por qué ahora es nuestro?

—Lo llevaban los locales.

—¿Qué dices? ¿La Policía Local? Eso es imposible.

—No, coño, los guardias civiles locales.

—Eso es igual de imposible.

—Pues ya ves que no. El sargento del cuartel del pueblo con sus tres agentes, ahora dos.

—¿Están metiendo mano desde arriba?

—Hasta el codo, o quizás el hombro. Están presionando al comandante desde todas partes para que hasta ahora no hayamos entrado en escena.

—La cosa se pone interesante por minutos. Para en la próxima gasolinera, me estoy meando.

—Ya estamos con la próstata.

—No protestes, que ya llegarás a mi edad.

El sargento David Rovira pensó en leer algo más del informe, ya que no tenía que echar gasolina, pero se decantó por ir a la tienda de la gasolinera para comprar dos cafés. No tenían cafetera, así que se conformó con dos del expositor frigorífico.

—No comprendo cómo te gusta esa mierda —dijo el sargento Iván Rosillo al montarse de nuevo en el coche y ver los dos cafés en los posavasos del salpicadero.

—Sabe mejor que la porquería de la máquina en la sala de espera del cuartel.

—No te lo voy a discutir. ¿Te has comprado dos?

—El otro es para ti.

—Prefiero esperar a que lleguemos al pueblo, supongo que habrá alguna cafetería abierta.

—Tenía pensado ir directamente a ver al sargento Mendía y que nos pusiera al corriente, sobre todo de los detalles que nunca

aparecen en los informes.

—Si ha perdido a una compañera…

—Sí, habrá que tener mucho tacto.

—El caso es que no se tarda tanto en parar en una cafetería; voy a echar un vistazo al caso en el tiempo que tardamos en llegar.

—Calculo que unos cuarenta minutos, quizás algo más.

Iván miró su reloj de pulsera en lugar de la pantalla del salpicadero, llegarían en torno a las nueve. Se puso a leer en voz alta, como hacía siempre para memorizar mejor los datos y también porque aseguraba que de esa forma evitaba marearse al leer en el coche cuando había curvas.

A las nueve y siete minutos pedían un café con leche y un descafeinado de sobre en el centro del pueblo. Iván se encendió un cigarrillo en cuanto vio que el camarero les llevaba los vasos a la mesa alta de la terraza.

—Va a llover.

—Deja que pruebe algo de nicotina, bastante bien me porto al no fumar en el coche y el viaje se ha hecho largo.

—Deberías dejarlo, Heredia murió de cáncer de pulmón hace dos años.

—¿Tienes que recordarme esa mierda cada día? ¡Joder! —Iván tiró el cigarro con desdén al suelo tras haberle dado solo dos caladas. David sonreía con malicia.

Unos minutos después, casi a las nueve y media, entraron en el cuartel. El agente Hugo Tejero les dijo que pasaran al despacho del sargento, que les estaba esperando, y eso hizo la pareja de guardias civiles.

—Buenos días, sargento Iván Rosillo y mi compañero es el sargento David Rovira.

—Encantado, pasad.

—Sentimos mucho la muerte de la agente… Julia Lamela.

—Gracias, estamos muy afectados por lo ocurrido.

—¿Estáis investigando el suceso?

—Sí, hay que seguir el procedimiento, buscar indicios o pruebas que nos hagan desistir de la idea de que fue un suicidio.

—Claro. ¿Tienes los informes de los otros dos casos?

—Sí, vine a hacerles copia en cuanto me avisaron de vuestra llegada desde la comandancia. Por cierto, ¿queréis un café?

—Acabamos de desayunar, gracias. Y querríamos ponernos con los detalles para empezar hoy mismo con la investigación.

Era Iván el que siempre hablaba, tanto a testigos como a familiares o, en casos como este, a compañeros del Cuerpo. Por su edad y experiencia, David le había cedido encantado esa labor y él se limitaba a escuchar, salvo cuando había que triturar a un sospechoso con todas las papeletas para llevarse el premio de una condena, en esos casos el temperamento del joven era perfecto. También intervenía cuando quería hacer una pregunta que Iván hubiera pasado por alto, como en este momento.

—Mendía, ¿por qué no se llamó a la UCO antes?

—Bueno, yo pensé que eso ya lo había hablado el comandante con vosotros.

—No me ha comentado gran cosa, quizás por la urgencia de la situación, pero sí me dijo que llamaría por teléfono para aclararnos algunos detalles hoy mismo.

—Preferiría que sea él quien dé los motivos de que la investigación la lleváramos nosotros. Lo cierto es que suceso, lo que se dice suceso de homicidio, solo teníamos el del niño Abel Solano.

—A pesar de eso, se trata de una labor de nuestro departamento.

—Claro, bueno, os dejo los informes y estoy a vuestra disposición, así como mis dos agentes.

—Empecemos por el principio, ¿qué tal si nos acercas al lugar donde fue encontrado el niño?

Sergio Mantilla llegó en coche al camino de tierra y, al ver que por fin encontraba a su compañero, apagó el motor tras estacionar a un lado.

—Imaginé que estabas aquí cuando vi que habías desaparecido de la casa. Bueno, lo cierto es que primero fui a varios bares, luego a la casa de Julia y este ha sido mi siguiente paso.

Álex no respondió, estaba sentado sobre una enorme piedra y observaba con semblante serio el suelo en el punto exacto en el que fue encontrada Alba Munuera.

Al cabo de un rato, Sergio dijo:

—Con ella empezó todo. No me refiero a los crímenes, quizás eso venga de siglos atrás con los niños. Pero esta historia empezó el día en que Alba entró en el Beer Station y dio con nosotros. Al menos estamos haciendo lo que ella quería, para lo que fue a

Madrid. Si hubiera buscado o se hubiera topado con otros investigadores, quizás nadie hubiera venido y esta investigación no se…

—Esto no sirve para nada, Sergio.

—¿Por qué dices eso?

—Solo estamos perdiendo el tiempo, dando vueltas sin cesar, sin lograr una prueba, ni siquiera un indicio, y enfadando a los hijos de puta que acabarán por matarnos como han hecho con Alba y Julia.

—Si te soy sincero, me asusta todo esto. Hace un rato, cuando te perdí de vista y aprovechaste para venir aquí, yo había subido al piso de arriba para llamar a mis hijos y a Raquel, me da miedo lo que pueda suceder; ya no estamos tratando con un delincuente común, con un asesino habitual o casual, sino con personas poderosas que no te ves venir y a las que no les tiembla el pulso a la hora de quitar de en medio a quien sea. En los casos anteriores me he sentido como un pistolero ante un duelo, una pelea justa en igualdad de oportunidades, pero los delincuentes a los que nos enfrentamos ahora son muchos y tienen ametralladoras a la vez que se parapetan y nosotros estamos en mitad de un llano, desnudos y armados con un palo. Nos pueden matar en cuanto decidan y sin el más mínimo esfuerzo ni pagar consecuencias.

—No nos matarán por el momento, saben que tendrían aquí a la Policía Nacional y a la Judicial investigando y eso se les iría de las manos. Lo han hecho con Julia porque tienen poder sobre la Guardia Civil. De todas formas, no tienes por qué quedarte, puedo arreglármelas por mí mismo.

—No digas tonterías, no voy a dejarte solo. Dejemos ese tema y dime por qué has venido aquí.

—Ya sabes, cuando uno está perdido, debe regresar al principio; y como no conocemos el principio de los crímenes de los niños, solo podemos tomar como punto de partida el atropello de Alba.

—¿Crees que se te ha pasado algo por alto de ese suceso?

—Solo aparecen en el informe las huellas de los neumáticos, pertenecen a un coche grande, un todoterreno; y las de unas zapatillas deportivas del número treinta y ocho que estaban muy recientes.

—Alguien joven, quizás una chica o un tipo con los pies muy pequeños.

—Alguien que vio lo ocurrido, tal vez el propio conductor al bajarse del coche para asegurarse de haber hecho bien el trabajo. O…

—¿O qué?

—O alguien que acompañó a Alba hasta aquí, algún amigo o amiga con quien paseaba esa tarde, o alguien que la convenció para conducirla a una trampa que resultó mortal.

—En el primer caso, si se trata de un amigo que fue testigo, estará oculto para no correr la misma suerte. En el segundo caso, un cómplice del asesino o los asesinos, será más difícil dar con él o ella.

—Lo apuesto todo al supuesto de que le tendieron una trampa, de haber sido un amigo de Julia testigo del doble atropello, hubieran terminado también con la vida de ese amigo, sería lo más lógico.

—¿Buscamos al grupo de contactos habituales de Alba y los presionamos?

—¿Un conocido que la convenció para ir a una trampa? Alguien que comete esa barbaridad no se va a derrumbar por mucho que le presionemos, y te recuerdo que no tenemos potestad para interrogar. La UCO se encargará ahora y solo podemos tener fe, quizás investiguen seriamente, aunque tengo mis dudas.

—¿A qué te refieres?

—Quizás no solo tienen comprada a la Civil del pueblo, sino que el asunto va más arriba, a la mismísima comandancia o, tal vez, incluso a mandos a nivel nacional; recuerda las fotos que hizo Alba, hay empresarios y políticos poderosos entrando en las iglesias del pueblo durante la noche, personas que no van a consentir que todo esto se destape.

Álex cogió una piedra puntiaguda y comenzó a dibujar signos de interrogación en el barro.

—¿Qué consiguen esos poderosos con los rituales? Matar a un niño desangrándolo tras herirlo sin cesar con un puñal, violarlo, qué locura. ¿Para qué sirve eso? ¿Les excita mirar? Se dejan sumas millonarias anualmente en el pueblo por… ¿para mirar? Se me antoja una estupidez. Son rituales religiosos, ¿quizás satánicos? ¿Se trata de alguna ceremonia para conservar su poder, obtener más riqueza? ¿Para qué?

—Eso solo lo saben ellos, Álex. Lo que está claro es que no será fácil inculparlos y llevarlos ante un juez. De ahí el plan de Julia.

—Sí, lo que nos propuso Julia podría ser viable, aunque no caerían todos los responsables, pero algo es algo.

—¿Qué tienes pensado hacer hoy?

—Seguro que los de la UCO quieren hablar con nosotros, es lo que haría yo en su lugar tras haberme entrevistado con Mendía para ponerme al corriente de los casos. Todo lo demás es prepararnos para la noche.

—¿Vamos a entrar en más iglesias?

—No podemos trabajar de día, ya casi no podíamos hacerlo antes. No podemos entrevistarnos o interrogar a nadie. Lo mejor es desaparecer, dejar de hacer ruido, y centrarnos en usar las noches para avanzar. No sabes cómo me gustaría tener en una sala de interrogatorios a la madre superiora para que me explique lo de esa libreta…

—No hará falta que vayamos a buscar a los de la UCO.

Álex siguió la dirección de la mirada de su compañero, también oía el rugido del todoterreno del sargento Mendía. Los inspectores permanecieron en silencio y observando cómo el vehículo aparcaba cerca del coche de Sergio y luego se bajaban el sargento y dos acompañantes sin uniforme, aunque con ese semblante que define a un investigador y que otro siempre identifica.

—Buenos días. —El de más edad del grupo se adelantó a Mendía, el hombre tendría unos sesenta años y sonreía con facilidad, aunque fuera fingido—. Somos los sargentos Iván Rosillo y David Rovira, de la UCO; teníamos pensado hablar con ustedes antes de la hora de la comida, ha sido una suerte que nos encontremos aquí todos.

—¿Qué han venido a hacer aquí? —preguntó Álex de una forma seca y a modo de respuesta del saludo anterior.

—¿Aquí?

—Me refiero a este punto exacto, su compañero Gabriel Mendía sigue defendiendo que la muerte de Alba Munuera fue un accidente y no un asesinato u homicidio.

—Quizás estemos aquí porque seamos más escépticos que nuestro compañero, nos gusta alcanzar nuestras propias conclusiones.

—Poco van a sacar del lugar, ya no se pueden hallar pruebas.

—Pero vemos la visibilidad.

—Fue de noche, entre las diez y las once.

—Gracias, Mendía. Aunque fuera de noche, los faros del coche en una recta sin cambio rasante alumbran sobradamente para ver a una persona en mitad de la calzada y también avisan a esa persona para que se aparte con tiempo suficiente.

—Llovía, con un aguacero, la visibilidad…

Otra vez Iván lo corregía:

—El aguacero no podría impedir a la víctima ver los faros, salvo que estuviese ciega o el todoterreno fuese con las luces apagadas. ¿Era ciega la chica? No aparece en el informe.

—No, no lo era… —respondió Mendía como si fuese un niño que estaba recibiendo una reprimenda por parte de un profesor ante el resto de alumnos.

—Bien, pues si atropelló a la chica con las luces apagadas, me aventuraría a decir que fue un homicidio.

—¿Pero cómo puede estar tan seguro solo por ese dato?

—Si usted dice que era de noche y con lluvia, ¿qué motivo habría para circular por un camino como este, con árboles tan cerca y a una velocidad considerable, sino el de atropellar a alguien que va descuidado?

—Y más aún si la atropellaron dos veces.

Los de la UCO se giraron para mirar a Vergara.

—¿Cómo ha dicho?

—El informe forense que nos enseñó Mendía mencionaba un atropello convencional, pero hemos hablado mi compañero y yo con el forense que hizo la autopsia y nos aseguró que la chica sufrió dos atropellos, el todoterreno la embistió y luego dio marcha atrás para rematarla; el forense no sabe cómo es posible que haya un informe oficial sin fotografías del cuerpo, ya incinerado, y con datos diferentes a los que él redactó.

Iván y David se miraron entre ellos y luego a Mendía, esperando una respuesta.

—Eso no deja de ser la palabra del forense contra lo que dice el informe, que por cierto está firmado y avalado desde arriba.

—Desde arriba —murmuró David Rovira.

—Deberíais hablar con el comandante —dijo con insistencia el

sargento local.

—Quizás luego. ¿Ese coche es vuestro?

—Es mío —respondió Sergio.

—Mendía, ¿te importaría dejarnos a solas con los inspectores? Supongo que habrá mucho que hacer hoy tras lo de tu agente. Te llamaremos antes del almuerzo.

Había sido David Rovira el que dio la orden disfrazada de sugerencia, con tono firme y sin dar opción a réplica. Una vez que se quedaron a solas, el sargento Rovira tomó el relevo para hacer preguntas.

—¿Qué más tenéis?

Vergara miró a Mantilla y este solo pudo encogerse de hombros.

—No tenemos nada más —respondió por fin—. Hablamos con el forense de Alba y también con el del niño, Abel Solano. Nos entrevistamos con los padres de ambos y no obtuvimos gran cosa. Mendía comentó que buscaban el coche que atropelló a Alba, pero dudo que lo hiciese. No tenemos potestad para investigar, eso lo sabéis, así que nos hemos limitado a hacer preguntas.

—¿Vuestra línea de investigación es la de presionar a los vecinos hasta que alguno, que haya sido testigo o haya oído algo, os informe para avanzar?

—Eso es.

—Me cuesta creer que estéis usando vuestro tiempo en un caso que no os han asignado y que solo estéis haciendo eso.

—Es lo que hay.

—¿Hay algún motivo para que exista esta desconfianza?

—La confianza se gana con el tiempo.

—No sé qué ha pasado con los civiles locales, porque acabamos de llegar hace unos minutos, pero os aseguramos que no vamos a haceros la cama, podéis investigar con total libertad. Si en algún momento tenéis algo para aportarnos, ya os aviso que estamos abiertos a la posibilidad de una colaboración para resolver el caso lo antes posible.

—Os avisaremos si hay algo que contar.

—Bien, nos marchamos, tenemos que comenzar el trabajo de campo.

—Os acercaremos en coche, aquí puede empezar a llover de un momento a otro y sin avisar —dijo Sergio a la vez que sacaba las

llaves del coche. Los cuatro partieron hacia la casa de los padres de Abel Solano y allí los inspectores de la Nacional se despidieron.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Rosillo.

—¿A qué te refieres? ¿A que haya tomado la iniciativa con la entrevista, a que ellos no nos informen de sus averiguaciones, a que les haya ofrecido colaborar o a que Mendía esté enfangado?

—A todo, me refiero a todo. Sabía que este caso sería una pesadilla, pero cada minuto que pasa, y más tras la conversación con esos dos, veo que aquí hay mierda enterrada para dar y regalar.

—Vamos a tratar de calcular cuánta hay poco a poco, por eso quiero llamar al comandante y que me aclare algunas dudas antes de entrar a hacer preguntas dolorosas a un matrimonio que ya las habrá sufrido en los días previos.

A David le hubiera gustado mantener la conversación en otro lugar que no fuese la calle, quizás dentro de un coche o en un bar, donde la gente está a lo suyo y no presta atención a conversaciones ajenas, por ese motivo se le iba la mirada hacia las ventanas de las casas a su alrededor mientras oía los tonos de llamada en el teléfono.

—¿Sí?

—Soy Rovira, ¿tiene unos minutos, mi comandante?

—¿Ya estáis en el pueblo?

—Así es, hemos hablado con el sargento Mendía, tenemos los informes oficiales y también acabamos de dialogar con dos inspectores de la Nacional que están investigando por su cuenta.

—De ese último tema es de lo que tenemos que hablar, presta atención, Rovira.

Iván Rosillo observaba cómo su compañero no paraba de asentir, su tono de voz no cambiaba con el paso de la conversación con el comandante, pero su semblante sí, y de una forma radical. Cuando terminó la llamada, Iván le preguntó:

—¿Y bien?

No hubo respuesta.

—¿Muchacho? ¿Me lo vas a contar o entramos primero en la casa para ver si están los padres del crío?

—Olvida la casa, vamos a dar una vuelta.

Capítulo 18

Fue toda una decepción, pero reconocía que dejaba un sabor dulce, porque Sergio habría apostado a que tendría que pasar la tarde tratando de convencer a Álex de que no bebiese, para que se mantuviera fresco de cara a la incursión que harían por la noche, y no hizo falta, su compañero no tomó una gota de alcohol. Y eso que Sergio nunca había visto a Álex así, no parecía soportar una carga a simple vista, pero examinando más al detalle… se había vuelto de repente más solitario, su mirada se perdía constantemente por esta ventana o aquel tronco ardiendo en la chimenea y se desconectaba del mundo durante unos largos minutos; luego regresaba y participaba de la conversación o se marchaba a la cocina o al baño a hacer esto o aquello. Y así pasaron el resto del día, sin salir de la casa, sin hacer ruido para no llamar la atención, como queriendo hacer saber que se habían marchado del pueblo, aunque eso era imposible porque los vecinos podían ver sus dos coches aparcados en la puerta, como siempre, y porque allí nadie llegaba o se marchaba sin aparecer en las «noticias locales» que con el boca-oreja se extendían rápidamente entre las calles.

A las once y media, Sergio ya había recogido los restos de la cena y limpiado todo, incluida la cocina a conciencia, para hacer tiempo y salir sin ser vistos, como la noche anterior. En el salón estaba Vergara con el ordenador portátil encendido y la pantalla frente a su cara, inmóvil ante las fotografías que había hecho a la libreta que encontró en el monasterio de las Descalzas.

—¿En qué piensas?

—¿Eh?

—Digo que en qué…

—En nada y en todo a la vez. ¿Por qué crees que Julia nos llevó hacia el monasterio anoche? Esta libreta demuestra que la madre

superiora, quizás todas las monjas, conocen lo que ocurre con los niños. Si Julia sabía eso, lo lógico habría sido que nos condujese a otra iglesia en la que no halláramos nada.

—Bueno, ella tenía su propio plan, el de ir a por los ejecutores.

—¿Crees que esas monjas apuñalan y sodomizan a niños?

—No, claro que no. O sí, vete a saber. Podrían ser partícipes.

—Tienes razón. De todas formas, si Julia quería ayudarnos, la mejor forma habría sido darnos un listado con los implicados y el rol de cada uno.

—Tal vez no le dio tiempo a hacerlo.

—Estaba muy asustada, es posible que aún le quedasen unos días para lanzarse del todo a la piscina que yo le puse ante sus narices. Y mira por donde… resulta que no tenía agua y se ha estrellado contra el fondo.

—No te hagas eso, no tienes la culpa de nada. Ella sabía lo que hacía. La culpa la tiene el hijo de puta que la haya matado y los que lo hayan ordenado. No me fío del sargento.

—Puede que haya sido el brazo ejecutor, no lo descarto, pero no deja de ser un donnadie, un peón. Detrás de Mendía hay gente muy importante, esos que salen en las fotos que hizo Alba.

—No podremos inculparlos, no hallaremos pruebas contra ellos y los religiosos no los venderán, se cerrarán por completo en los interrogatorios.

—Lo sé.

Y las ganas de tomarse una copa le llegaron a Sergio, para su sorpresa.

—Voy a tomarme una copa, la necesitaré para pasar otra noche de frío y humedad. ¿Quieres una?

—Estaría bien, sí, pero solo una.

—Pronto saldremos y ahora no tendremos la ayuda y guía de la chica —dijo mientras escanciaba *whisky* sobre dos vasos con hielo. Habían pasado una buena parte de la tarde memorizando la posición de las iglesias y el monasterio a los que les gustaría ir esa noche y la siguiente.

Eran las dos y media de la madrugada cuando salían de la segunda iglesia, elegidas ambas por ser las más cercanas al monasterio de las Descalzas. Volvían a la frustración por no hallar nada que sirviese como prueba inculpatoria. Atados de pies y manos para investigar,

para poder interrogar y hacer registros a conciencia con la Científica, poco les quedaba por hacer y eso es lo que tocaba por segunda noche consecutiva; ya la primera de ellas dio frutos y no tenían otra idea mejor. Habían solicitado por tercera vez esa tarde una entrevista con la madre superiora de Las Descalzas, con el abad Vicente y con el padre Anselmo, pero seguían diciendo sus secretarios o ayudantes que se encontraban demasiado atareados y que esperasen unos días más; no podían obligarlos a recibirles ni a que respondiesen a las preguntas que deseaban, así que esa continuaba siendo una vía muerta de investigación.

—Seguimos con las manos vacías —murmuró Álex cuando giraban calle arriba.

—¿A dónde vamos ahora? ¿Seguimos con la idea del monasterio?

—Sí.

—Quizás hubiera sido mejor ocupar toda la noche en ese lugar.

—No me fío de los monjes o frailes, lo que coño sean; estoy seguro de que habrá más de uno hasta altas horas de la madrugada por los pasillos y de que otros se levantarán antes que los gallos.

—Sin ser invisibles, será complicado recorrer todos los pasillos de semejante estructura; eso sin contar que no tenemos un mapa del interior y seguro que nos perdemos.

—Si eso sucede y nos topamos con alguien, deberemos actuar con rapidez para que no dé la alarma a los demás y acabemos en el cuartel de la Civil, eso provocaría que regresáramos a Madrid en el acto.

—A Raquel le encantaría. Creo que si el caso se estira dos días más, voy a encontrarme una demanda de divorcio a mi regreso.

—Fabuloso, y ahora comienza a llover.

—Mucho llevaba sin caer. ¡Espera!

Se escondieron tras una furgoneta mientras dos chicos jóvenes que conversaban animadamente pasaban de largo por la otra acera de la calle.

—¿De dónde coño vendrán a estas horas? Está todo cerrado.

—Quizás de la casa de uno de ellos, pueden haber hecho una fiesta; o quizás… claro, hoy es viernes.

—¿Podríamos encontrarnos con más chicos?

—Y con mayores. Es posible si seguimos acercándonos al

monasterio por su puerta principal, que da a la plaza de los bares y restaurantes más concurridos del pueblo.

—Demos un rodeo y entramos por detrás.

—¿Por detrás?

—Ya lo verás.

Y vaya si Sergio lo vio, el muro de piedra tenía más de cuatrocientos metros de longitud y unos tres de altura, completamente cubierto de musgo mojado bajo la lluvia.

—¿Estás loco? ¿Cómo esperas trepar esto?

—Por allí —dijo a la vez que señalaba en dirección a unos coches aparcados a un metro del muro.

—No te comprendo.

—Ven, ahora lo verás.

Ante la mirada de asombro de Sergio, su compañero rompió el cristal del conductor de un todoterreno.

—¡Joder! ¿Pero te has vuelto loco? Nos vamos a meter en un lío de cojones.

—Calla y ayúdame.

—¿Ayudarte a qué?

Álex quitó el freno de mano y se aseguró de que no hubiera una marcha puesta, luego se fue al frontal del vehículo comenzó a empujar con todas sus fuerzas, la chapa estaba resbaladiza bajo el aguacero. Sergio comprendió lo que pretendía y fue a ayudarlo. El vehículo pudo sortear el bordillo, gracias a que no tenía más de dos o tres centímetros de alto, y acabó pegado al muro. Álex entró corriendo y puso el freno de mano.

—Ahora toca obrar con cuidado, vamos arriba.

Parecía que el capó y el techo del todoterreno fuesen pistas de patinaje sobre hielo, pero el musgo del muro era mucho peor, como baba viscosa, al menos la altura se había reducido tanto que solo tenían que dar un pequeño salto.

—Solo será un pequeño salto.

—No seas capullo —protestó Sergio—, sabes de sobra que por el otro lado siguen siendo más de tres metros y no sabemos qué hay, quizás hierros oxidaos, cristales o vete a saber. Tal vez por el otro lado son diez metros de caída y nos rompemos la cabeza.

—Mira con la linterna.

Eso hizo.

—Es un huerto.

—Pues caeremos en blando.

—Espera —dijo cuando Álex ya estaba con un pie sobre el muro —. ¿Cómo regresaremos? No creo que haya otro todoterreno desde el otro lado.

—Buscaremos una escalera, o ya se nos ocurrirá otra vía de fuga.

—Detesto cuando te pones optimista en las incursiones a vida o muerte.

—¿No exageras?

—En absoluto. Claro que si me muero al caer desde esta distancia, no tendré que soportar el enfado de Raquel que me espera a la vuelta.

Álex suspiró hondo, más por paciencia que por prepararse para la caída, y saltó a la vez que alumbraba el suelo con la linterna. Cayó de pie, pero perdió el equilibrio al estar la tierra poco estable por haber sido arada recientemente, y dio una voltereta rodando hasta volver a la verticalidad.

—Vamos, tu turno.

—Joder, joder, me cago en… —Y saltó.

—¿Estás bien? Te ayudo a levantar.

—Tu puta madre, me he puesto de barro hasta la cabeza.

—Igual que yo.

—Espera.

—¿Qué pasa?

—Mierda.

—¿Qué pasa ahora?

—Digo que es mierda, no barro, es estiércol.

—Bueno, ya nos ducharemos al regresar. Vamos a dejarle la casa tan jodida a Fonseca que prenderle fuego será más rentable que pagar por limpiarla.

Por la extensión que habían apreciado desde fuera del muro, aquella zona sería muy grande; de hecho, el haz de la linterna no mostraba más que oscuridad en la lejanía. Se pusieron manos a la obra caminando en dirección a donde sabían que estaba el edificio principal, un mastodonte de más de ciento veinte mil metros cuadrados distribuidos en cuatro plantas y que contaba incluso con una capilla con capacidad para mil personas. Encendían la linterna durante dos segundos para ver lo que tenían unos veinte metros

ante sus pies y la volvían a apagar, así se aseguraban de no ser vistos desde las ventanas si algún inquilino del edificio estaba despierto y le daba por mirar hacia el huerto.

Tardaron veinte minutos en llegar a la pared, justo a unos metros de una puerta pequeña tras la que no sabían lo que podrían encontrar, pero las opciones eran pocas, o a un pasillo que condujera al interior del edificio o a un almacén de utensilios para el huerto. Tocaron madera para que se tratase de lo primero mientras Álex usaba la ganzúa. Tuvieron suerte.

—Al menos no nos mojaremos más, tengo los zapatos para tirarlos a la basura.

—¿Solo los zapatos? ¿No te has visto? Vas de mierda hasta las cejas.

—Ya lo imagino, te veo a ti, pero prefiero no pensar en eso.

—Bien, a partir de ahora no hablaremos y estaremos atentos a cualquier ruido.

Y al primer paso que dieron se escuchó algo bastante cómico.

—No me jodas.

—Sí, parece que tus zapatos van a tener que quedarse aquí, cada paso que des nos delatará.

—¿Caminar descalzo por este sitio? La gripe mañana será pulmonía, pero yo te habré matado, te lo aseguro.

—Venga, deja de protestar, el tiempo corre. Queda poco para el amanecer y este sitio es enorme.

—Me los compró Raquel por mi cumpleaños, más de doscientos euros de diseño italiano y el mejor cuero tirados a la basura.

—Pues el ruido que hacen a cada paso parece más típico de unos zapatos de mercadillo. ¿No te he dicho que guardemos silencio?

Tras cerrar la puerta a sus espaldas y dejar los zapatos de Sergio escondidos en una especie de mueble que había a la derecha, justo al lado de un lavabo rudimentario, se adentraron en el pasillo con una linterna encendida y así guardar la otra por si se quedaban sin pilas.

Las puertas que se iban encontrando daban todas a almacenes en los que se había separado el tipo de cultivo, verduras en uno, frutas en otro, semillas, abonos y fertilizantes. Por fin llegaron a unas escaleras. Para evitar riesgos, decidieron no separarse, pero tocaba decidir: hacia arriba o hacia abajo.

—Hay tres plantas sobre esta y desconocemos cuántas hacia abajo.

—Yo prefiero bajar.

—¿Por?

—Si tuviera algo que esconder aquí, usaría el sótano.

—Bien pensado. No hay tiempo para todo el edificio, bajemos.

—Sí, mañana podríamos volver.

—Si crees que voy a saltar otra vez sobre la mierda… Aún me duele el tobillo, ha sido una suerte que no se partiese.

—Silencio.

La parte positiva de que no hubiera luz por los pasillos era que podrían ver llegar a alguien desde antes de que apareciese ante sus ojos, pues necesitarían una vela u otro tipo de lámpara para moverse por allí, pero ese mismo detalle lo convertía en parte negativa a su vez porque el haz de la linterna de los inspectores también sería visto por los religiosos. Así que el único punto positivo a tener en cuenta era que, por haber elegido bajar a los sótanos, sería difícil que hubiera gente por esa zona, ya que los aposentos o dormitorios en esos edificios se ubicaban en plantas superiores.

La temperatura bajaba considerablemente, tener la ropa mojada en un sitio tan húmedo y frío provocaba que fuesen temblando, incluso sus mandíbulas castañeteaban sin poder evitarlo. No podrían aguantar mucho tiempo en esas condiciones.

No había puertas como en la planta superior, lo que hacía pensar a los investigadores en dos posibles opciones: o el pasillo conducía a una única estancia o las puertas no estaban a la vista. Lo que tampoco veían por ningún lado, y eso lo comprobaron tras un largo rato recorriendo el pasadizo, eran más escaleras que bajasen a otro nivel inferior.

—No creo que nos escuchen si hablamos, aquí parece que no hay nadie —susurró Sergio.

—Podemos apretar el paso, sí que no parece que vayan a escucharnos.

—Parece que el pasillo no conduce a ningún sitio.

—Eso es imposible, simplemente no lo vemos.

—Deberíamos buscar algún interruptor de la luz.

—Olvida eso, estamos aquí encerrados y no sabemos qué podría

pasarnos si nos descubren husmeando. Te recuerdo que son sospechosos de matar de una forma horrible a muchos niños, por no hablar de lo de Alba Munuera y Julia.

—Pero la linterna no sirve de mucho, y sigo pensando que no hay puertas.

—Nadie construye un sótano, que es muchísimo más difícil y costoso que levantar una planta superior, si no va a usarlo para algo. ¿Acaso crees que han hecho este pasillo solo para caminar por él?

—¿Puertas secretas? Eso suena a película vieja de terror, castillos de vampiros.

—Vamos, revisa tras cada tapete y cuatro de un tamaño por el que pueda colarse una persona.

—No me puedo creer que estemos haciendo esto, y menos con este aspecto que tenemos. Los investigadores de las películas nunca se ensucian de mierda ni tienen que ir recorriendo descalzos y con gripe por pasillos oscuros.

—Deja de protestar.

Había algunos detalles de decoración por las paredes, pero poco más que crucifijos, algunas tallas de madera o grabados enmarcados, y no superaban el tamaño de un folio. Por fin dieron con un tapiz que ocupaba desde el techo hasta el suelo en un lateral y casi llegando al final de ese pasillo.

—Una puerta.

—La veo y la toco, está cerrada. Vamos a ver esa cerradura, parece muy antigua.

Se resistió durante dos largos minutos, pero acabó cediendo y abrieron la puerta para apuntar con la linterna al interior de un pasadizo muy estrecho y cargado con un olor desagradable.

—Huele a podrido.

—A cerrado y humedad. No te pongas exquisito, Sergio, nosotros olemos peor.

—Ve delante.

El suelo era irregular, no se habían esmerado mucho en las piedras que lo componían, al menos no tanto como en los pasillos anteriores que habían recorrido por el monasterio. El techo y las paredes estaban ennegrecidos por haber pasado muchas veces con antorchas o candiles. Al fondo llegaron a una estancia de unos cinco

metros cuadrados en la que no había absolutamente nada. Regresaron al pasillo principal y buscaron otros pasadizos escondidos.

Al fondo del tercero que inspeccionaban encontraron una puerta cerrada, y había una escalera de caracol que desembocaba en el mismo punto desde el nivel superior.

—¿Qué miras con tanto detenimiento?

—Observa el candado.

—Es nuevo.

—Sí, además de…

—También lo he oído, movimiento al otro lado, puede haber alguien.

—O un animal.

—¿Por qué dices eso?

—¿Quién iba a estar aquí? ¿No notas el olor? Es peor que en los anteriores. Si han encerrado algo aquí, no creo que sea un ser humano.

Sergio sacó su arma cuando vio que Álex se ponía manos a la obra con la ganzúa. El candado cedió, era grande, pero muy básico y de fácil apertura.

Abrieron la puerta muy despacio. Ambos tras las linternas y las pistolas apuntando.

Un camastro revuelto, una manta en el suelo, envoltorios de comida por todas partes y el olor más intenso que antes. Si no tuvieran las manos ocupadas, se taparían bocas y narices para evitar las náuseas.

No se veía a nadie, por ahora.

Tocaba asegurar la parte de atrás de la puerta, cosa que habían hecho los inspectores docenas de veces en su trabajo. Sergio cubría cualquier sorpresa mientras Álex daba dos pasos rápidos sin dejar de apuntar. Nada.

—Imposible.

Y fue decirlo y aparecer desde debajo del camastro una figura que las débiles luces de las linternas solo iluminaron una fracción de segundo, una persona desnuda y con la piel blanca como la nieve.

Se abalanzó con tanta rapidez y fuerza, empujando a Álex hacia su compañero, que hizo que los dos acabasen en el suelo, perdiendo

las armas y las linternas en el choque.

Apenas se habían levantado cuando les cayó el aluvión de golpes. Ellos no veían nada en la oscuridad, no sabían dónde estaba el atacante, pero este sí que parecía verles y acertaba en cada puñetazo. En unos pocos segundos, acabaron por el suelo, doloridos y sin fuerzas para levantarse, desorientados por completo. El tipo parecía dispuesto a matarlos a golpes.

Sergio palpó algo metálico en el suelo, pensaba que era su linterna y decidió cogerla para golpear con ella o tratar de defenderse de la paliza, pero resultó ser su pistola y disparó al techo. Tras el estallido ensordecedor, solo se oyeron las pisadas del desconocido corriendo por el pasillo para huir.

—¿Estás bien, Álex?

—No, ese hijo de puta nos ha machacado.

—Se ha escapado.

—Pues mejor, ¿acaso quieres otro asalto? Yo preferiría matarlo de un balazo.

—Deberíamos marcharnos ya, el disparo deben haberlo oído los monjes.

—No lo creo, están dormidos dos o tres plantas por encima y con estos muros de piedra el sonido no pasa más allá de unos metros.

—Ese tipo los avisará.

—Tampoco creo que lo haga, estaba aquí encerrado como un animal salvaje y así se ha comportado. Ni siquiera ha hablado, quizás no sepa o sea mudo.

—Me da igual si nos han oído o no, si ese animal los alerta o no, solo quiero regresar, estoy descalzo, mojado y siento la gripe de regreso; lleno de mierda hasta los ojos y ahora también sangrando, quizás me haya roto la nariz. Vamos a pillar una pulmonía y una infección mortal si no nos lavamos y curamos.

Álex gruñó de dolor antes de responder.

—Mi nariz ya te digo que sí está rota. Joder, ese tipo parecía ver en la oscuridad… y menuda fuerza.

Se levantaron y cogieron las linternas del suelo, la de Sergio estaba rota, pero la de Álex funcionó al apretar el botón. Antes de marcharse buscaron unos minutos en la cama y debajo de esta por si encontraban algo, después de todo ese lugar sería el último que

visitarían en el monasterio esa noche.

—¿Qué es eso?

—Parece una cadena de oro con un crucifijo.

—Es muy pequeña.

—Sí, de un niño.

Tenían que regresar porque eran más de las seis de la mañana y podrían encontrarse con monjes por los pasillos, o quizás con el loco que les había atacado. Recorrieron el mismo camino en sentido contrario hasta subir por las escaleras a la planta principal, entonces oyeron una conversación en la dirección que debían tomar.

—Hay que salir por otro lado.

—Obvio, probemos por ahí.

Corrieron sin saber qué podrían encontrar ni si lograrían salir de allí antes de que amaneciera o que los descubriesen, que sería lo mismo. Evitaron un pasillo en el que olía a café, pues ya habría personas preparando el desayuno. Se adentraron en un claustro y recorrieron la galería hasta llegar a un arco sin puertas, de allí pasaron a un corredor sin puertas laterales que comunicaba con un almacén.

—Estamos perdidos, ya debe de haber monjes por la zona, y cada vez habrá más.

—Debe de haber más salidas a la calle, no creo que el monasterio solo tenga la principal.

—Tal vez en las cocinas, pero no podemos ir allí.

—Almacenes y muelles de carga y descarga, debe de haberlos en un sitio tan grande y con ese huerto. De hecho, esto es un almacén, todo está limpio y ordenado, así que debe estar en uso.

—Sí, no creo que recorran el monasterio entero para meter y sacar estas cajas y los sacos a diario.

—Mira.

Álex se giró y pudo ver una pequeña puerta tras unas columnas formadas por cajas repletas de hortalizas. Descorrieron el cerrojo y comprobaron que estaban en el lateral opuesto de la estructura al que habían accedido a través del todoterreno; quizás demasiado cerca de la plaza principal del pueblo, donde ya podría haber algunos camareros preparando los bares y restaurantes para atender a los primeros clientes.

Les apetecía más que nunca tomar un buen desayuno al lado de una chimenea recién prendida, pero iban cubiertos de estiércol, con las caras ensangrentadas y Sergio, además, descalzo. Así que aprovecharon el cielo encapotado que impedía las primeras luces del alba para caminar sin ser vistos hacia la casa de Fonseca.

—No vendría mal un golpe de lluvia.

—¿No te has mojado lo suficiente?

—Ahora mismo solo siento la mierda y la sangre seca en el cuerpo. No digo lo de la lluvia por llegar algo más limpios y no destrozarle el cuarto de baño a Fonseca, que también, sino por limpiarme por dentro, me siento hecho puré física y anímicamente.

—Pues yo estoy igual, pero añadiendo que estoy descalzo y no he traído más zapatos.

—Puedes pedirle a Raquel que te envíe la ropa de las maletas.

—¿Qué maletas?

—Las que habrá hecho con tus cosas para echarte de la casa.

—No me jodas, lo que me faltaba después de un día de mierda como este, nunca mejor dicho.

—¿Quién será ese tipo que tenían encerrado? Estaba desnudo, aunque tenía en el suelo un hábito hecho harapos y muy sucio. Parecía un animal y así se comportó, no me extraña que lo estén tratando de esa forma.

—¿Crees que habrá algún registro de él?

—Lo dudo, y, aunque lo hubiese, no creo que nos den los monjes su nombre o DNI para buscarlo en las bases de datos, te recuerdo que nadie puede saber que hemos estado ahí dentro.

—Salvo nosotros cuatro.

La voz a escasos metros tomó a los inspectores por sorpresa, ya no se cuidaban de caminar sin hacer ruido por las calles del pueblo. A sus espaldas estaban los dos sargentos de la UCO.

—Pues ya veis el aspecto que tenemos tras una buena noche de juerga —dijo Álex tratando de simular que estaba borracho, incluso se zarandeó un poco, como perdiendo el equilibrio.

—Ahorraos el numerito, os vimos entrar en el monasterio. Tranquilos, no vamos a arrestaros por allanamiento ni por haber roto un cristal al todoterreno; buena idea para no tener que trepar por el muro —seguía diciendo el mayor, Iván Rosillo.

—Dudamos de que pudierais salir por el mismo sitio. —Se sumó

a la charla David Rovira—. Sería demasiada suerte tener una escalera a mano, así que rodeamos el edificio y apostamos por una puerta de servicio. Y ¡bingo!

—Pues gracias por el detalle de no arrestarnos, ¿qué queréis?

—Saber qué tenéis sobre el caso, o los casos, ya nos comprendéis.

—¿Para qué queréis saberlo?

—Oficialmente es nuestro trabajo, acabamos de llegar y vosotros ya tendréis datos interesantes que nos puedan servir.

—¿Cómo sabemos que estáis aquí para descubrir lo que ha pasado y no para taparlo como han hecho los que han matado a Alba Munuera y a vuestra compañera, Julia? —Inquirió Sergio.

—Tendréis que confiar en nosotros —dijo David Rovira.

—¿Qué tal si nos acompañáis a casa? Tenemos que ducharnos, curarnos las heridas y comer algo a la vez que entrar en calor.

—Nos parece bien.

Capítulo 19

Solo había un cuarto de baño en la casa, Álex se lo cedió a Sergio; conocía lo quejumbroso que era su compañero en condiciones normales, así que, tras haberlo embarcado en semejante locura que iba a costarle el divorcio, y quizás también la vida, y con los pies destrozados por caminar descalzo, mejor evitar o reducir todo lo posible sus lamentaciones y reproches. Vergara se lavó la cara y las manos en el fregadero de la cocina y puso la cafetera al mismo tiempo que buscaba algo para comer en la despensa y el frigorífico. Había ofrecido café a los sargentos de la UCO y estos habían aceptado, aguardaban en el salón prendiendo la chimenea.

El ordenador portátil permanecía sobre la mesa del salón, pero esos dos guardias civiles no serían tan estúpidos como para intentar abrirlo y descifrar la contraseña de acceso en solo los cinco o diez minutos que iban a estar a solas. Si querían saber lo que los nacionales habían averiguado, lo mejor era comportarse como compañeros de fiar y esperar a que se les informase. Claro que Álex no se fiaba de ellos, como no lo había hecho con nadie desde que llegó allí, ni con Julia; pero era positivo tenerlos cerca, mucho mejor que no verlos venir si las cosas se ponían feas. Sergio era aún más desconfiado que él, a Vergara le costaría hacerle comprender que debían hacer el juego de la colaboración con la UCO.

—El café está listo. Apenas quedan unas magdalenas y no hay pan para hacer tostadas. Siento decir que esto es lo que hay, solemos desayunar y comer fuera.

—El café estará bien. Más tarde, si queréis, podemos tomar algo más contundente en alguno de los bares del pueblo.

Sergio apareció en la escena con el cabello mojado, se había cambiado de ropa, pero seguía descalzo y cojeaba. Las heridas de la cara se notaban más que antes sobre su piel clara.

—Necesitaré zapatos, a ver dónde hay una tienda de ropa o una

zapatería en este pueblo —dijo con algo de molestia.

—Ya preguntaremos luego a algún vecino. Voy a ducharme —le dijo su compañero.

Sergio se limitó a sentarse ante la mesa del salón y servirse una taza de café, también cogió una magdalena y la mojó antes de llevársela a la boca. Los civiles miraban en silencio, hasta que Rovira preguntó:

—¿Quién os ha hecho eso? No hemos oído ningún revuelo en el monasterio cuando os esperábamos.

—No sabría cómo explicarlo, un tipo salió de la oscuridad y nos dio una buena paliza, ni siquiera pudimos verlo.

—Parece que quisiera mataros.

—No solo lo parece, si no hubiera logrado disparar al techo para hacerle huir, estaríamos siendo enterrados en el huerto del patio.

—¿Ha merecido la pena la incursión?

—¿A ti qué te parece?

Los de la UCO sonrieron y comenzaron a tomar el café sin esperar a Álex, que también tenía que curarse y desinfectar las heridas de la cara tras la ducha. Por suerte, ninguno de los dos sentía tener alguna costilla rota.

Cuando los cuatro ya habían dado cuenta del café:

—¿Eso es todo? —preguntó Rosillo—. Haciendo balance: sabéis que se trata de un ritual que dura más de un siglo, aunque sin poder precisar porque no hay datos registrados digitalmente de niños muertos o desaparecidos anteriores; los rituales los realizan los responsables religiosos, aunque no tenéis pruebas, solo el testimonio de Alba Munuera, que ha fallecido; los guardias civiles locales y la Policía Local lo callan, así como el alcalde, empresarios y todo el pueblo en general; tenéis la hipótesis de que los ciudadanos obtienen dinero por el silencio, también sin pruebas. ¿Tenéis pruebas de algo?

—Dicho así… suena a que no tenemos nada.

—Eso es lo que tenemos, Sergio, nada. No es que suene, es la realidad. Pero no hay otra línea, a no ser que vosotros sí la tengáis.

Rosillo miró a su compañero y luego dijo:

—Sospechamos de los religiosos, de dos de ellos, la madre superiora del convento de las Descalzas y el padre Anselmo, el que manda en cuanto a religión, y tal vez en el resto de aspectos

también; todo ello con el beneplácito del sargento Mendía.

—¿Solo esos tres?

—Por ahora, sí.

—¿Qué podrían hacer sin el apoyo del resto de guardias civiles, policías locales y el alcalde? ¿Qué podrían hacer sin el silencio de la población?

—Respecto a la población, creemos que está coaccionada a través de amenazas. El alcalde y demás agentes civiles y locales no estamos seguros, no tenemos ninguna prueba ni indicio contra ellos.

—No tenéis pruebas ni indicios sobre nadie, estáis como nosotros, con conjeturas sin fundamento. Al menos nosotros las basamos en el testimonio de Alba, una vecina que ha vivido lo que ocurre aquí desde que tuvo uso de razón. ¿De dónde salen vuestras premisas?

—Sergio, cálmate —le pidió su compañero—. Estamos todos en el mismo bando, ¿no es así? —Los civiles asintieron con la cabeza, pero sin comprender que Álex se hubiera convertido de repente en el poli bueno y Sergio en el malo, como si fuese una broma en la que cambiar los papeles según el momento.

—Si estamos en el mismo bando —continuó Sergio—, nos gustaría estar cuando se interrogue a los responsables. ¿Tenéis previsto exprimir a Mendía o a los religiosos pronto?

—Las órdenes de arriba para poder interrogarles no llegarán si no encontramos pruebas firmes contra ellos, eso lo sabéis igual que nosotros.

—Pues esas pruebas no las encontraremos sin órdenes de registro a fondo y, déjame adivinar, no os las van a conceder tampoco.

—Una orden para registrar un monasterio sin pruebas de que los monjes han tenido algo que ver con los crímenes…

—Fantástico, lo que yo decía. Y lo que podamos hallar entrando como lo hemos hecho esta noche, no tendría validez por haber sido encontrado de forma irregular. —Sergio se atusaba el cabello con desesperación.

—Hablando en claro, no vamos a tener nada salvo que los monjes decidan presentarse por voluntad propia y declararse culpables.

—Bueno, eso es extremista, pero se podría definir de esa forma

—finalizó Rovira.

—Pues, a falta de algo más que añadir, nos gustaría descansar y recuperar algo de sueño, gracias por la visita, caballeros. —Y Vergara se puso en pie para que se dieran por aludidos y se marchasen.

Una vez cerró con el seguro la puerta, el inspector regresó al salón, Sergio se masajeaba los pies ante el fuego de la chimenea.

—¿Te duelen?

—Más que la nariz y la mandíbula, y eso que se me mueven dos muelas del lado izquierdo.

—El extraño monje tiene un buen derechazo, sí, yo también lo siento. Tenemos que descansar un poco.

—Sí. No les has dicho lo de la libreta.

—No serviría para nada por haberla encontrado de esa forma, ya lo has oído antes. Y no me fío de sus intenciones todavía, quizás nos tantean para saber cuánto sabemos y luego nos regalan un escenario como el de Julia, pero con nosotros colgando de la soga.

—Sí, tendremos que andar con pies de plomo.

—A buena hora llamé para que enviasen a la UCO. Antes temíamos un ataque y ahora seguimos igual en ese sentido. Antes teníamos los brazos atados para investigar y ahora seguimos con las mismas. Lo único que ha cambiado es que ahora hay dos piezas más sobre el tablero de ajedrez, y no sabemos aún si son blancas o negras.

—Sí, al menos a Mendía te lo veías venir; estos dos son más listos. ¿Qué posibilidad crees que tenemos de que se pongan de nuestro lado?

—Si los que mandan aquí han logrado mantener sus asuntos criminales en silencio durante tanto tiempo, comprando a personas o amenazándolas, dos sargentos de la Guardia Civil no creo que sean tan estúpidos como para ir en contra de sus superiores y de quienes están aún más arriba. Salvo que…

—¿Qué?

—Que sea cierto lo de que quieren procesar a Mendía y a los dos ancianos.

—Cabezas de turco.

—Sí. Quieren evitar el escándalo, o minimizarlo todo lo posible. Dejar que todo se olvide y…

—Sí, luego todo seguirá como siempre, más niños torturados y asesinados.

—Está claro que sin un castigo ejemplar, lo que sucede aquí no va a cambiar. En el fondo, es lo que propuso Julia, que nos contentáramos con buscar al asesino de Alba y de los niños, que metiéramos entre rejas a los ancianos que mandan en el pueblo y, de ese modo, conformarnos con haber hecho parte de la justicia.

—Tal vez a Julia le propuso esa solución la misma persona que a estos dos sargentos.

—Sí, es posible. Julia pudo echarse atrás y ponerse de nuestro lado, tirar de la manta y que cayera todo el pueblo y los empresarios y políticos implicados; ese sería un buen móvil para su asesinato cuando les hizo saber su decisión final.

—Dejemos las conjeturas para dentro de unas horas, deberíamos descansar, luego compraré unos zapatos nuevos y algo más de ropa; comeremos en condiciones y programaremos la noche.

—Quisiera regresar al monasterio, me gustaría volver a ver a ese tipo o animal que nos ha atacado.

—No me jodas.

Se rascaba la piel reseca, ya convertida en costra, de los dedos de una mano con las largas uñas de la otra. Gimoteaba en lo que parecía sincero arrepentimiento. Se había puesto el hábito sin que se lo tuvieran que repetir. Estaba siendo bueno, obediente. Él no tenía la culpa de lo ocurrido, no esta vez; bueno, y las anteriores tampoco.

A pesar de su aspecto, enorme, fiero, raro…, ahora parecía un animal manso, pero no más manso que un toro bravo pastando tranquilamente; Anselmo sabía que solo un clic en su cabeza lo separaba de convertirse en una bestia rabiosa que acometía con todo lo que se encontraba en su camino. Como aquella vez, muchas décadas atrás —las fechas no estaban claras en la cabeza del abad primado como en las del resto de personas de su edad, pero sí que recordaba con exactitud lo ocurrido—, cómo habían hecho una travesura que se torció más de lo esperado, dando como resultado que padre Bernardo cayese por unas escaleras y se rompiera la pierna derecha; el primer monje que apareció por allí fue Emilio, topándose con la escena y con Raúl corriendo para escabullirse y no recibir castigo alguno, los demás niños estaban fuera de las cocinas

y lo habían visto todo a través de una ventana parcialmente empañada por la nevada. Emilio, tras socorrer a Bernardo, decidió buscar a Raúl y, una vez lo tuvo entre las manos, le propinó el correctivo habitual por aquel entonces, a base de golpes con una tabla en las nalgas desnudas. El niño gritaba de dolor y todos alrededor miraban con temor a protestar, lo que provocaría recibir el mismo castigo. Cuando el trasero de Raúl pasó de rojo melocotón a lucir una laceración, el niño gritó más fuerte que antes y ahí dio el paso Ángel, arrebatándole con rapidez la tabla al hermano Emilio y comenzar a golpearlo por todo el cuerpo y la cabeza, el monje trataba de esquivar o parar los golpes con las manos, pero la violencia de los mismos se lo impedía. Se necesitaron tres monjes para sujetar a un crío de doce años, que recibió luego, obviamente, su castigo correspondiente a base de golpes y de encierro ejemplar.

El padre Anselmo prefería no preguntar a Ángel por las rozadoras de sus nudillos; lo más probable era que se las hubiese provocado al dar puñetazos a la pared, o eso era lo que el abad prefería pensar.

—¿No quieres decirme nada, Ángel? No me dices nada sobre quién te está dejando salir estas noches y eso hace que esté enfadado contigo. ¿Así quieres que siga? ¿Enfadado? Creo que otra persona tiene la culpa de todo lo que está pasando, pero tú estás cargando con el castigo, como hacías cuando éramos niños, pero ya no lo somos y cada adulto tiene que acarrear con las consecuencias de sus actos. Te lo he explicado muchas veces.

Ángel no parecía escuchar, se limitaba a rascar la piel tras haberla chupado un rato; reblandecida era más fácil la tarea. Esta vez sí estaba sentado en el camastro, justo al lado de Anselmo, que parecía tener veinte años más, aunque nació solo uno antes que su amigo. Eso y la diferencia de tamaño producían una imagen que sería divertida si no fuera por el temor que Ángel provocaba en el resto de los monjes; seguramente ellos sentirían miedo por si atacaba al abad, pero Anselmo sabía que no podría estar más seguro con otra persona.

—Ángel, llevo mucho tiempo protegiéndote, pero no podré hacerlo por siempre, llegará el momento en que otros mandarán y decidirán qué futuro te aguarda. ¿Me comprendes?

Ángel asintió levemente con un movimiento de cabeza.

—Aun así no quieres decirme quién te ha abierto la puerta anoche. Te encontraron desnudo en la cocina atiborrándote de dulces, casi le da un infarto al hermano Gabriel. No puedes deambular por ahí, mucho menos desnudo y cuando estás castigado. ¿Hiciste algo más?

Se encogió de hombros.

—¿Sí? ¿Qué hiciste? ¿Saliste fuera del monasterio?

Negó con vehemencia.

—¿Aquí dentro? ¿Has golpeado a alguien? —Anselmo se había cerciorado de que ningún monje hubiera sufrido un ataque. Exceptuando al pobre Gabriel, ningún otro hermano había visto a Ángel esa mañana.

Asintió, aunque fue casi imperceptible, como sintiendo vergüenza o temiendo un castigo mayor al encierro.

—¿A quién has golpeado? ¿Algún hermano ha tratado de hacerte daño? —preguntó sin mucha convicción.

Negación.

—¿Entonces? ¿Quieres escribirlo? Toma papel y lápiz. —Le tendía una libreta y un lápiz ya casi consumido que el abad siempre llevaba para apuntar lo que no quería que se le olvidase en sus tareas.

La mente de Ángel siempre fue tan desconocida para sus compañeros como la procedencia de sus impulsos agresivos. Nunca se sometió a pruebas médicas, pero Anselmo sabía que era capaz de muchas más cosas de las que la gente pensaba.

—Lo estás haciendo muy bien, aunque deberías practicar más a menudo y así la letra será más fácil de leer. ¿Eso es una ese? Extraño se escribe con x, pero está bien así. Dos extraños. ¿Te refieres a gente ajena al monasterio o de fuera del pueblo?

Ángel mostró dos dedos, era la segunda opción.

—¿Ellos te abrieron la puerta y tú peleaste?

Asintió.

—¿Ellos abrieron la puerta los días anteriores?

Negó.

«Así que esos dos policías han estado husmeando por el monasterio… Una suerte para ellos que Ángel no los matase. Y también para ti, amigo… a saber lo que el consejo habría decidido sobre tu vida en caso de semejante imprudencia».

—Está bien, has hecho lo correcto al decírmelo, aunque sigues sin darme el nombre de quien te ha abierto la puerta en los días anteriores. ¿Quieres decirlo ahora?

Negó.

—Te quedarás sin premio.

Suspiró y luego negó de nuevo.

—Bien, pues no puedo levantarte el castigo después de haberte escapado anoche y de que no quieras contarme quién te ayuda a salir y te mete en la cabeza esas ideas para que hicieras lo de la chica.

Ángel se puso a sollozar al saber que se quedaría allí más tiempo, negando con la cabeza como si esta fuese un mecanismo que se hubiera descontrolado.

«Quizás no salgas nunca de aquí, tal vez ya no pueda interferir más tiempo por ti, amigo, hermano. Bien sabe Dios cuánto te quiero, pero es cierto que cada año es más difícil controlarte y lo ocurrido estos días ha sido la gota que ha colmado el vaso. Lo más probable es que en unos días me pidan que te saque metido en una bolsa en mitad de la madrugada para abonar el huerto; aunque tendrán que meterme también a mí en esa bolsa antes de permitirles que te hagan daño».

Con lágrimas en los ojos, Anselmo tomó la cabeza rapada de Ángel entre las manos y la besó en la coronilla mientras el grandullón seguía sollozando.

Cuando el abad cerró la puerta y echó el candado, Ángel esperó unos segundos escuchando los pasos del anciano en la oscuridad y comenzó a palpar de nuevo por el suelo para seguir buscando la cadena de oro que de repente había perdido. Solo había podido disimular la ansiedad que le producía la pérdida durante los minutos que su amigo había estado allí con él.

Sergio bajó las escaleras con una cojera aún mayor que la de antes de irse a dormir, esas cinco horas de cama no habían hecho más que acentuar el dolor e hincharle, además, el rostro que lucía ahora deformado.

—Menudo aspecto tienes —le dijo Álex desde el sofá del salón.

—No has visto el tuyo. ¿Has podido dormir algo?

—Claro —mintió Vergara, había estado pensando en Julia y dando vueltas a la cabeza al motivo por el que el gigante que los

atacó tendría la cadena que ahora daba vueltas entre los dedos del inspector.

—La cadena, tampoco le dijimos ese hallazgo a los sargentos de la UCO. ¿Qué crees que hacía en ese zulo? ¿Crees que ese tipo mató a algún niño?

—Casi nos mató a nosotros y no hicimos más que abrir la puerta sin su permiso.

—Solo hay una forma de averiguar si la cadena con el pequeño crucifijo pertenece a uno de los niños.

—Sí, será desagradable; tomemos un café en algún sitio donde tengan algo de comer.

—Deberíamos hacer una compra.

—Y limpiar la casa, sobre todo la ceniza de la chimenea, pero será en otro momento.

Fueron en coche hacia la primera tienda abierta en la que compraron unas zapatillas de deporte y luego a la zona de la plaza del pueblo a comer algo. La una y diez de la tarde, ya se percibía el aroma de la carne asada. Sergio, tras pedir al camarero dos cervezas y la carta, se preguntó en voz alta qué estarían haciendo los sargentos de la UCO en ese momento.

—Tal vez comiendo en otro restaurante del pueblo.

—¿Eh?

—Nada, solo respondía a tu pregunta.

—Si les contásemos lo de la cadena de oro, podrían facilitarnos el trabajo entrevistándose con los padres de los niños fallecidos en las últimas décadas. Podríamos pasarles una foto de la joya y que la muestren a esos padres.

—En lo que a ellos respecta, así lo he visto, solo contemplan el homicidio de Abel Solano y el atropello de Alba Munuera como casos de homicidio o asesinato.

—Pero los otros niños.

—Están incinerados, sus padres no hablarán y hay certificados médicos que, aunque sean falsos, son oficiales y aseguran que murieron por enfermedades. Es mejor que vayamos solos, empezaremos por los padres de Abel y retrocederemos en el tiempo siguiendo el listado que tan minuciosamente confeccionó en la libreta la madre superiora.

—Y seguimos sin saber qué quieren decir las cifras al lado de

cada niño, porque no son fechas ni edades ni…

—Podríamos preguntarles a los propios padres, a ver si hay suerte y están receptivos.

—Mucha fe tienes tú. Mira, ahí viene la cerveza, estoy muerto de sed.

El camarero, que ya conocían de veces anteriores, les dejó las botellas en silencio, sin vaso, como les gustaba a ellos. Cuando se iba a marchar:

—Chico, ¿sabes si hay joyerías en el pueblo? —preguntó Sergio.

—¿Eh? ¿Joyerías? Hay dos.

—¿Están en Internet para ver las direcciones? También podrías indicarnos tú.

—Hay una en la calle de aquí detrás —dijo a la vez que señalaba con el dedo hacia la pared a la espalda de los inspectores—, y otra en la calle San Juan.

—Muchas gracias.

—La carne tardará media hora.

—Entonces no dejes de traernos más cerveza cada diez o quince minutos.

El chico se marchó tras asentir y Álex quiso saber:

—¿Por qué le has preguntado lo de las joyerías?

—Supongo que un regalo como ese para un niño lo habrán comprado en una joyería del mismo pueblo, si ha sido reciente, puede que tengan un registro de clientes y nos faciliten el nombre de quien lo compró.

—¿Y si es un regalo de bautizo o comunión? Lo podría haber comprado un invitado de esos eventos, y si el invitado es de fuera del pueblo, lo más probable es que lo comprase en su localidad o incluso por Internet.

—No lo había pensado.

—Tampoco que las joyas así de pequeñas no suelen tener número de registro y que tanto la cadena como el crucifijo son muy corrientes, por lo que el joyero podría haber vendido docenas iguales en estos años.

—Cierto, seguiremos con la idea de visitar a los padres de cada niño por si alguno reconoce la joya. ¿Qué haremos en caso de que no suceda? O mejor aún ¿qué haremos si alguien la reconoce?

—Si no la reconocen, daremos por sentado que no pertenece a

uno de los niños asesinados en rituales, sino al propio tipo ese que está encerrado, quizás de su infancia o que pertenecía a un familiar suyo. En el supuesto de que sí la reconozcan, nos tocará presionar para obtener ayuda de los padres, tocar la fibra sensible del recuerdo de su hijo o hija. ¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Que ya tuve un fuerte encontronazo con los padres de Alba, con tanto ajetreo estos días lo había olvidado. Fui con Julia y ella ayudó a contener al tipo, aunque debo reconocer que lo provoqué para intentar una reacción que me ayudase con el caso. Apuesto a que todo el pueblo lo sabe ya y están aún menos receptivos de lo que calculaba.

—No querrán vernos ni dejarnos pasar siquiera a sus casas.

—Podrías ir tú solo, Sergio, aunque aquí todos o casi todos tienen escopetas, ya lo dijo Mendía.

—¿Escopetas? ¿Crees que pudo ser el padre de Alba quien nos disparó el otro día?

—Es posible, cualquiera en el pueblo querría hacerlo y ese hombre es el que más motivos encontraría.

—Vaya, va a ser una tarde movidita.

—Como todas, ya nos vamos acostumbrando.

Capítulo 20

El sargento Iván Rosillo apenas parpadeaba para no perder un detalle de la conversación entre su compañero y el comandante; esta vez usaban el altavoz del teléfono móvil y el veterano guardia civil se preguntaba cómo iban a conseguir lo que les ordenaban desde arriba; por el tono de agobio de David Rovira, quedaba claro que tampoco las tenía todas consigo. Se encontraban en un bar que aún no tenía clientes, justo a esa hora entre el aperitivo y el almuerzo, al fondo del salón, y habían llamado para detallar los avances realizados por la pareja de inspectores de la Nacional e informar de que habían hecho un primer contacto para llegar a un acuerdo en la resolución final del caso.

Tras finalizar la llamada, ambos resoplaron, costumbre que el veterano le había contagiado a su joven compañero en los años que llevaban trabajando juntos.

—Seguimos con el plan.

—Lo sé, lo he oído. Esto no me parece ni lógico, ya no hablamos de justo.

—No entramos para lucir el uniforme, nadie que se rompe los cuernos por entrar en la UCO desea tener este tipo de casos en los que se debe hacer lo contrario a lo justo.

—El comandante lo ha definido como justicia a medias por el bien de todos.

—Por el bien de mis cojones, solo se preocupa de mantener el puesto.

—Pues como nosotros.

—Yo tengo un pie en la jubilación, que no me toquen los cojones.

—Es lo que me preocupa, que nos los toquen más de la cuenta.

—¿A qué viene esa cara y ese tono de voz? Nunca te había visto así.

—¿Quién crees que ha matado a esa compañera, a Julia Lamela?

—No estarás insinuando que…

—Parece que no lleves décadas en el Cuerpo. Estamos aquí para cumplir con unas órdenes que, apostaría mi sueldo de un año, son las mismas que le indicaron a esa chica. Ella se había aliado con los nacionales en su investigación y tenía la directriz de ofrecerles el mismo acuerdo que nosotros hemos ofrecido a esos dos, el de ir a por dos o tres cabezas de turco para cerrar el caso antes de que los medios de comunicación metan el hocico y la mierda empiece a oler hasta en Nueva Zelanda.

—No creo que un compañero haya colgado a la chica.

—Un compañero o alguien externo, vete a saber, pero no me fío y no quiero terminar igual.

—Pensaba que eras más idealista.

—Y lo soy, pero no tanto cuando mi vida corre peligro. Esto ya no va de desobedecer a un superior, sino de gente muy poderosa, el comandante es otro peón como nosotros, las órdenes se dan desde muy arriba.

—¿Crees que esos dos nacionales no lo saben, que no son conscientes de la gravedad de su situación?

—Es evidente que sí, pero no parece importarles. Allá ellos. Seguiremos sus pasos, seremos sus compañeros en esta aventura, pero siempre dejándoles claro que es mejor no seguir la senda más allá de donde se les diga. Deberán contentarse con ver a algunos responsables de los crímenes entre rejas, además de Mendía, este quizás acabe evitando la cárcel y le venga bien una prejubilación. Este pueblo tiene pinta de ser de esos en los que se vive muy bien, él se olvidará de esta mierda en pocos años.

—Ese tipo no parece de los que agachen la cabeza. Tampoco creo que los sean los viejos religiosos.

—Personas acostumbradas al poder durante décadas. No, no son fáciles de convencer para que acepten un castigo por hacer algo que creen haber hecho por los demás, por un bien mayor; se sentirán traicionados y eso es peligroso.

—Sí, podrían querer acusar ante la fiscalía a los que están más arriba y estos no dudarían en quitárselos de en medio.

—Y esto parecía una simple patata caliente hace solo un día o dos. Ahora es el marrón más grande que nadie haya podido

imaginar.

—Sí, y es solo para nosotros, para comérnoslo enterito y sin rechistar. Vamos a dar una vuelta, esos nacionales puede que estén ya por el pueblo y nosotros no hacemos nada aquí en el restaurante.

No habían llegado al coche cuando vieron a Álex y Sergio salir de un restaurante cercano.

—Buenas tardes, ¿ya habéis descansado?

—Y comido. Veo que el pueblo es pequeño —dijo Sergio con tono seco.

—Podríamos haber comido los cuatro juntos, tal vez el contacto haga limar asperezas.

—No hemos indagado nada nuevo.

—Lo cierto es que sí. Sergio, estás olvidando la cadena con el crucifijo que encontramos ayer en el monasterio. Esta mañana, con el ajetreo sufrido, olvidamos también contarlo.

Sergio lanzó una mirada asesina a Álex, pero este hizo como que no lo veía.

—¿Una joya?

—Sí, es pequeña y de oro, de esas que se regalan a los niños en el bautizo o la primera comunión. Aquí la tengo.

—Supongo que no queréis que analicemos sus huellas dactilares, porque la llevas en la mano como si tal cosa.

—No creo que se hallen, a saber cuánto tiempo llevaba en la habitación en que la encontramos, quizás muchos años y pocas huellas se podrían encontrar en una pieza tan pequeña sin superficies planas. Lo que queremos saber es la procedencia, a qué niño pertenece.

—¿Abel Solano?

—Es posible, pero puede ser de otro niño que haya corrido la misma suerte.

—No tenemos constancia oficial…

—Bueno, pues que sea no oficial, pero han muerto más niños en los últimos cien años y existe la posibilidad de que esta cadena sea de uno de ellos.

—¿Tenéis un listado de esos niños?

—Podría enviároslo por mensaje al teléfono móvil antes de que lleguéis a la casa de los padres de Abel Solano. Sería preferible que vosotros preguntéis a los familiares de los niños ya que tenéis la

jurisdicción en el caso.

—Es una muestra de confianza hacia nosotros.

—Y también os dejamos el marrón de remover recuerdos difíciles con los padres. A nosotros, de todas formas, no nos harían el más mínimo caso tras estos días de relación difícil, por llamarlo de alguna forma. Lo dicho, os iré haciendo el listado y os lo envío en cinco minutos.

—Avisaremos en cuanto sepamos si la joya pertenece a alguno de los niños del listado. ¿Qué contaremos a los padres si nos preguntan la procedencia?

—Podéis decirles que ha aparecido en mitad del campo y que estáis preguntando a los padres de niños por si fuera de ellos.

—Eso no se lo cree nadie.

—También podéis improvisar, pero no creo que tengan la mente muy despierta ni se muestren escépticos a esa explicación cuando tengan que hablar de su hijo fallecido, menos aún si se encuentran de repente con la joya de su hijo.

—Está bien, ya os contaremos.

Los sargentos entraron en el coche y fueron al primer destino, durante el trayecto, David preguntó a su compañero por ese cambio de actitud en los nacionales.

—Quizás hayan entrado en razón y quieran lo mismo que nosotros, salir del pueblo lo antes posible.

—O tal vez estén tramando algo.

—Sí, también es posible. El caso es que los tenemos donde queremos, al lado y colaborando.

—O eso es lo que nos quieren hacer creer.

—¿También piensas que esto no es más que bisutería que han comprado en un bazar para que estemos ocupados de casa en casa mientras ellos investigan lejos de nuestros ojos?

—Sí, también.

—¿Qué hacemos entonces? ¿Olvidamos esto y los seguimos?

—¿Seguir a alguien en este pueblo a plena luz del día? Imposible. Haremos lo de los padres de los niños para que piensen que les seguimos el juego, tal vez sea cierto y esto sea una pista jugosa; por otro lado, donde hayan ido y lo que hayan hecho esos dos lo sabremos con preguntar a los vecinos.

—El sitio sí que parece idílico para vivir, pero solo lo parece, me

agobiaría un lugar en el que no puedes toser sin que ese detalle sea el comentario entre todos los vecinos de la calle.

—Mira, acaba de llegar el mensaje con el listado.

—Vamos dentro, tenemos que remover mierda en esa casa.

—Entonces habla tú, se te da mejor este tipo de situaciones.

Dos toques cortos al timbre, carraspeo discreto y adoptar la porte de cuerpo y rostro que enseñan en las academias de los Cuerpos de Seguridad del Estado. La puerta se abrió solo un palmo y ellos respondieron enseñando las placas a la pregunta de siempre, uno segundos más tardes caía la pregunta de ellos.

—¿Podemos pasar a hacerles unas preguntas? —Claro que esto siempre era una petición casi autoritaria disfrazada de pregunta cordial.

—¿Cuántas personas más van a venir a molestarnos?

—Lamento que sea una molestia para ustedes, pero entiendan que acabamos de llegar, nos han asignado un caso que debimos investigar desde el principio y queremos mostrarle…

—El sargento Gabriel Mendía no ha dicho que hayan llegado más guardias civiles al pueblo —interrumpió el hombre.

—El sargento Mendía ya no está al cargo del caso. Mire, no le molestaremos más de unos segundos, aquí mismo podría decirnos si esta cadena y el crucifijo pertenecían a su hijo.

El hombre miró la pequeña joya y respondió al cabo de unos segundos que no, que no le había visto ese colgante al niño nunca, aunque era parecido al de su hijo.

—¿Está seguro?

—Casi seguro, sí.

—Entienda que no nos vale con un casi seguro. ¿Está su esposa por si puede sacarnos de dudas? Quizás ella lo recuerde mejor.

Dio una voz a su mujer y esta apareció al cabo de un minuto con un paso lento y pesado, como si estuviese muy cansada, su semblante era el de una persona enferma.

—Son guardias civiles nuevos, preguntan por la cadena y el crucifijo de Abel.

—¿Cómo? Los tengo guardados en el dormitorio.

—¿Está segura? Mire esto. —Y le mostró la palma de la mano con la joya sobre ella—. ¿Está segura de que no es esta?

—Segurísima, el niño no la lleva nunca porque es un desastre y

ya en una ocasión la perdió y tardé días en encontrarla; además, la suya tiene la cadena de tipo cordón.

—Está bien, gracias por la colaboración y disculpen de nuevo por la molestia.

Asintieron en silencio y cerraron la puerta. David miró a Iván y este susurró:

—Siguen hablando de su hijo en presente, como si no lo hubieran perdido. Una lástima perder a un hijo, más aún siendo tan joven y en esas circunstancias.

—Sigamos con el siguiente niño de la lista.

David sabía que la pérdida de un niño es eterna para sus padres, dejaría por el resto de sus días un agujero en sus almas, en la casa, en las costumbres y en los pensamientos más cotidianos; seguro que seguirían cocinando para tres, colocando tres cubiertos en la mesa e, incluso, llamándolo a comer de una voz, siendo conscientes de la pérdida en el acto tras cada uno de esos detalles, una herida que no deja de sangrar y doler nunca, y que va consumiendo despacio a quienes la padecen. Aun con ese pensamiento firme de David basado en su experiencia, los padres de Abel Solano no tenían el semblante que suele portar un padre con una pérdida tan reciente, dolorido y cansado, sí, pero con matices muy sutiles que no era capaz ahora de esclarecer o definir.

Los padres del siguiente niño, Marcos Fernández, vivían a cinco calles de allí, tuvieron que usar el registro interno y la base de datos para encontrar la dirección y luego invertir tres minutos en llegar con el coche.

—Vuelve a llover —dijo Iván con pesar a la vez que miraba el cielo, que había pasado en solo un minuto de plomizo a casi tan oscuro como la noche—. Cualquiera diría que algún fenómeno atmosférico ha traído la noche de repente. Algo tiene este pueblo que lo hace muy diferente a los demás de la región, parece que esté uno en otro país más al norte de Europa; eso sin contar lo grises que son sus casas y las personas que las habitan.

David no dijo nada, se limitó a subir la solapa de su abrigo y llamar a la puerta de la vivienda.

Tuvo que insistir varias veces, casi se marchaban a preguntar a vecinos por si los padres de Marcos Fernández se habían mudado o estaban temporalmente fuera de su vivienda cuando la puerta se

abrió.

—Buenas tardes, soy el sargento David Rovira de la Guardia Civil y este es mi compañero, el sargento Iván Rosillo. Queremos hacerle una pregunta. Bueno, en primer lugar, ¿es usted la madre de Marcos Fernández?

—¿Eh? Sí… claro. Pero…

—No la molestaremos ni un minuto. Solo queremos que vea esta cadena con crucifijo y nos diga si pertenecía a su hijo.

La mujer miró solo dos segundos la joya en la mano del sargento y negó con la cabeza y la voz.

—¿Está segura?

—Claro, la de mi Marcos está aquí, en casa guardada.

—Bien, pues eso es todo, muchas gracias por su ayuda.

—No hay de qué.

Y la mujer cerró la puerta sin despedirse.

—Menudo semblante huraño —dijo Iván cuando estaban dentro del coche, a resguardo de la lluvia, aunque ya se habían mojado a pesar de los paraguas.

—Sí, se mostraba poco receptiva, desconfiada.

—Parece ser algo habitual en este pueblo.

—¿Tienes la dirección del tercer niño?

—Casi, se llamaba Elena García. Dame un minuto más.

—Esta calle no tiene salida, voy dando la vuelta mientras te llega la información.

Nada menos que en la otra punta del pueblo, una vivienda de las más grandes, con tres plantas y el garaje en una construcción anexa dentro de la parcela.

—No me importaría jubilarme en una casa así, menudo sótano iba a montar con barra americana, billar, dardos, proyector de cine…

—Ya te imagino todo el año en pijama.

—Puedes apostar, no saldría de casa salvo que estuviera ardiendo. También pondría una buena piscina para el verano, me bañaría desnudo y borracho cada tarde.

La voz de una chica joven respondió al telefonillo y les abrió la puerta del perímetro tras ellos identificarse. Recorrieron un camino de piedras pulidas blancas que dividía el césped bien cuidado en dos, y llegaron a la puerta del edificio principal; justo en ese

momento se abrió la puerta y los recibió quien probablemente había respondido al portero automático; no muy alta, delgada, cabello rubio por los hombros y mirada huidiza de color verde, el conjunto era atractivo aunque con un aura a mitad de camino entre la desconfianza y la tristeza. David pensó en ese momento que la chica compartía ese aura con una prima suya que padecía depresión desde la adolescencia.

—Sentimos las molestias, pero buscamos a los padres de Elena García.

—Era mi hermana, mis padres están ahora fuera, regresarán en unos días.

—¿Sabrías tú si esta cadena pertenecía a tu hermana?

La chica palideció en el acto, incluso parecía haber sentido un escalofrío. Apartó rápido la mirada de la joya y dijo:

—No, no era de Elena.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Quieres mirarla otra vez? Toma, puedes cogerla. —David tocó con la cadena la mano derecha de la chica y esta la retiró como si le hubiera quemado la piel, incluso dio un paso atrás.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Ya le digo que no era su cadena.

—Está bien, gracias por tu tiempo.

Una vez de vuelta en el coche:

—Ya tenemos ganador del premio, en este caso ganadora.

—¿Por qué habrá reaccionado así?

—Eso solo lo sabe ella, y dudo que quiera contárnoslo, al menos por ahora.

—No tiene mucho sentido que alguien reaccione así.

—¿Acaso hay algo que tenga sentido en este caso o en el comportamiento de las personas de este pueblo? De todas formas, no sabemos qué ha pasado con esta cadena, ni con su hermana pequeña, ni cómo anda de salud mental esa chica. No sabemos nada. Y nuestro trabajo es ir sabiendo poco a poco hasta desvelar toda la historia.

—¿Llamarás a los nacionales para decirles que hemos encontrado a la dueña de la joya?

—Querrán hablar con la chica, y por hablar me refiero a

exprimirla en un interrogatorio informal en el que tendremos que hacer la vista gorda para seguir siendo colaboradores. Busca en la base de datos si la hermana mayor de Elena García es mayor de edad.

—Su edad no es lo que me preocupa.

—¿Y qué es?

—¿Has visto esa casa? ¿Has visto esta calle?

—Comprendo. Abogados caros…

No era capaz de contener el temblor del cuerpo, sentía como si un volcán hubiese entrado en erupción dentro de su estómago y ahora casi no podía respirar, la ansiedad se había apoderado de ella y el comprimido de Alprazolam que se acababa de tomar no haría efecto hasta dentro de unos minutos, si es que lo conseguía. Había tardado menos de treinta segundos en llegar corriendo a la cocina, tomar la pastilla, beber un vaso de agua y regresar a la puerta. El corazón y los pulmones iban a estallarle dentro del pecho. Ya había sentido eso muchas veces antes, pero siempre era como si esa vez fuera la definitiva, la que haría que su vida terminase en un hondo suspiro.

¿Se habrían dado cuenta los guardias civiles de su reacción? Claro que sí, no debió abrirles la puerta, pero ¿cómo iba a saber ella que le iban a enseñar la cadena con la cruz que fue de su hermanita y a preguntarle por ella? Fue verla y… mejor no recordarlo porque hiperventilaba de nuevo. Fue una estúpida, debió fingir que no había nadie en la casa, no responder al telefonillo y habrían pasado de largo o insistido otro día en el que estuvieran sus padres para atenderlos.

Se había subido de rodillas al sofá del recibidor para así mirar mejor por la ventana lo que ocurría ante la fachada, aguantaba la cortina para observar a través de la fina tela del visillo, quizás el temblor de manos hacía que esos dos lo vieran y regresaran a hacerle más preguntas, ¿qué haría en ese caso? No les abriría la puerta, aunque la golpearan con la intención de echarla abajo. Sin orden de esas que había visto en las películas y hasta que regresaran sus padres, no abriría la puerta a nadie.

Sus padres… debería llamarlos.

Iba a darle un infarto, sobre todo si insistían otra vez en hablar con ella.

Tras ver cómo los dos guardias civiles se marchaban en el coche,

corrió al salón, su teléfono móvil seguía donde lo había dejado, sobre la mesita baja ante el sofá en el que estaba tumbada chateando con unas amigas. Pensó en enviar un mensaje de WhatsApp, la costumbre, luego cayó en la estupidez y llamó al número de su madre.

Sentía una docena de latidos del corazón en su cuello por cada tono, aquello era eterno. Se sentó y comenzó con los ejercicios el control de la respiración que el psicólogo le había insistido en que hiciese cuando tuviera una crisis, pero no solían resultar muy efectivos, quizás porque solo los hacía durante unos pocos segundos.

Por fin descolgó su madre.

—¿Sí? ¿Va todo bien?

—No, mamá, tenéis que volver ya.

—¿Otra crisis? ¿Estás haciendo los ejercicios de respiración? ¿Te has tomado los ansiolíticos?

—Sí, sí y sí. Tenéis que volver.

—¿Qué ha sido esta vez? ¿El protagonista de tu serie favorita ha vuelto a liarse con otra actriz?

—Mamá, por Dios, escúchame.

—A ver, dime.

—Han venido dos guardias civiles, dos extraños, nunca los había visto, han preguntado por Elena.

—¿Por Elena?

—Sí, y me han enseñado la cadena y el crucifijo que le regalasteis por su comunión.

—¿Cómo? ¿Estás segura de que eran los de tu hermana?

—Completamente.

—Vamos para allá, no hables con nadie, no abras la puerta.

—¿Vais a tardar mucho? Tengo miedo.

Capítulo 21

La llamada de teléfono los pilló por sorpresa; se encontraban a punto de hablar con el sargento Mendía para someterlo a presión. La idea era sacarlo del cuartel e invitarlo a varias cervezas para ir soltándole la lengua, mostrar complicidad poco a poco y empatía. «Sabemos cómo debes de sentirte tras ser apartado del caso, nosotros hemos sufrido ese ninguneo desde que llegamos y, no te guardamos rencor, tú has sido el que más nos ha frenado. ¿Qué te parece lo que le ha pasado a Julia? Y ahora llegan esos desde fuera y te apartan en tu propio pueblo, como si no fueses nadie, convirtiéndote en el hazmerreír y atado de manos para comprobar si lo de Julia fue un suicidio, porque, entre tú y yo, nadie se creería que Julia se suicidaría». Esa sería la línea de ataque principal. Álex y Sergio confiaban en que Mendía sería fácil de manipular, y más con alcohol en vena y la rabia que seguro acumulaba tras apartarlo de los casos.

Pero la llamada lo cambió todo. Álex hizo un resumen a su compañero mientras se dirigieron a toda prisa al otro lado del pueblo, a la calle en la que aguardaban los dos guardias civiles.

—¿Es aquí? —preguntó Sergio mientras miraba la casa más cercana a donde habían aparcado los sargentos.

—No, en realidad es en la calle de detrás. La chica se puso realmente nerviosa cuando vio la cadena y el crucifijo, así que nos marchamos porque intuimos que ella estaría observando desde dentro, queríamos que se relajase.

—Bien hecho —apuntó Álex—, detállanos más lo ocurrido.

—No hay mucho más que añadir, a la chica casi le dio un ataque de pánico cuando rocé con la cadena su mano, saltó como accionada por un resorte. Hemos investigado en el registro y tiene diecinueve años, su hermana aparece como fallecida por unas altas fiebres hace cuatro.

—Es mayor de edad, no necesitamos que sus padres estén delante ni permiso de ellos ni del juez. Perfecto.

—¿Vamos a por ella ahora o esperamos a que salga para abordarla?

—Eso último sería más seguro para nuestras aspiraciones, pero no sabemos si va a salir, quizás se quede en casa los próximos días.

—Entonces vayamos allí, pero será complicado que nos abra la puerta de nuevo y que nos permita hacerle un interrogatorio.

—No perdemos nada por intentarlo. ¿Te parece bien que, para no agobiarle, vayamos tú y yo? —preguntó Álex a David.

—Te aseguro que mi compañero es más hábil en las entrevistas e interrogatorios, tiene muy buena mano izquierda y logra ganarse a la gente.

—Has dicho que tiene diecinueve años, no es por discriminar por la edad, pero creo que se sentirá más cómoda con dos personas de edades más similares a la suya.

—No me doy por ofendido, pero ¿qué hacemos nosotros mientras tanto? No me gusta esperar.

—Ya tenía pensado algo. Por si no pudiéramos hablar con ella, no estaría de más preguntar a los vecinos de la calle por los amigos de la chica, quizás podamos sacar algo de ellos, que nos cuenten lo ocurrido cuando falleció su hermana pequeña o que nos detallen sus movimientos y costumbres, por si podemos abordarla por la calle o en algún establecimiento.

Una vez que se separaron, Álex y David llegaron a la puerta del perímetro de la finca y el guardia civil repitió la operación de llamar, esta vez insistió cinco veces y ni por esa logró que respondieran desde el otro lado.

—¿Crees que ha podido salir desde que os fuisteis de la casa?

—Tanto caminando como en coche, solo ha podido salir del barrio pasando por donde estábamos. Sigue en casa, pero no nos quiere atender. Vamos a tener que dejarlo para otro momento.

—No sabemos si ese momento llegará, o mejor dicho, quizás ese momento sea ahora.

—¿A qué te refieres?

Álex se lo mostró saltando el muro perimetral. A través de los barrotes de la puerta metálica, David no podía creer que estuviera viendo al inspector caminando como si tal cosa hacia la puerta de la

vivienda.

—¿Se puede saber qué haces? Vamos a meternos en un buen lío.

—No voy a romper nada ni robar ni… ya sabes. Solo daré unos golpecitos en la puerta.

Y eso hizo. Álex sentía que la chica estaba al otro lado, su respiración agitada la delataba.

—Me han dicho que te llamas Esther, es un nombre muy bonito, una vez oí que significa algo así como «la más bella estrella de la noche». ¿Estás asustada? No deberías, soy inspector de policía y mi acompañante es guardia civil, no vamos a hacerte ningún daño. Solo queremos hablar contigo sobre tu hermana Elena.

Silencio por respuesta. Álex oía a David susurrarle desde la distancia insistiendo para que regresara.

—Por favor, es importante. ¿Acaso no te dolió la pérdida de tu hermana? ¿Sabes qué le pasó? Dice el parte médico que murió de unas fiebres muy altas. ¿Y si no fue así? ¿Sabes que han muerto cincuenta niños en los últimos cien años? Uno cada dos años, todos de la misma edad y durante el mes de noviembre. ¿No quieres saber lo ocurrido? ¿No deseas que se haga justicia por tu hermana? Piénsatelo, haz lo que consideres mejor por ella, por tu familia, por los niños que ya no están y por los que correrán la misma suerte si no se le pone freno a esta locura; hay y habrá muchas niñas como Elena y puedes salvarlas. Creo que sabes cómo encontrarme, de todas formas te pasaré mi tarjeta por debajo de la puerta, llámame al móvil si deseas hablar.

Y Álex se marchó con la esperanza de haber sembrado de la forma adecuada en la mente de la chica.

Salieron del barrio en el coche de los guardias civiles hacia una cafetería del centro tras enviar un mensaje al teléfono de sus dos compañeros, que aparecieron dos horas más tarde con el coche de Sergio. Una vez reunidos los cuatro, hicieron balance de lo conseguido: prácticamente nada, pues los vecinos no hablaban, ni siquiera abrían las puertas, se limitaban a lanzar evasivas a través de los telefonillos.

—En resumen, que solo podemos contar con que esa chica, Esther García, cambie de idea y nos llame.

—No apuesto mucho por ello.

—Yo tampoco, habrá que seguir presionando, no hay otra vía.

Se pasó la tarde entera sentada en el pequeño sofá del recibidor, comiéndose las uñas, llorando y mirando la hora en la pantalla del teléfono móvil. Sus padres tardaban una eternidad y ella no recordaba cuándo fue la última vez que había pasado tanto miedo. Se asomaba con precaución por la ventana cada pocos minutos por si volvían esos guardias o policías, lo que fuesen, para volver a presionarla. Nunca había llevado bien la presión, y el tema de su hermana era el peor que se podía elegir para agobiarla.

A diario tenía sus momentos para atormentarse con los recuerdos, unos reales y otros inventados por ella, y así pagar el precio de no haber tratado a Elena como debía hacerlo una hermana mayor. Se mortificaba trayendo de nuevo las discusiones con la niña por entrar en su cuarto a lo que para Esther era molestar, cuando se ponía su ropa o usaba sus maquillajes a escondidas, lo pesada que suponía soportar el aluvión de preguntas que a diario le dedicaba.

«Solo me imitaba, solo quería ser como yo. Me idolatraba como es normal a esa edad con una hermana mayor, y yo solo la trataba como a un estorbo. ¿Cómo pude hacer eso? Fui un monstruo. Y luego te fuiste. No sabes cómo te eché de menos desde el primer minuto y esa angustia fue creciendo hasta asfixiarme a diario. Pero no me quejo, me lo merezco por ser una bruja. Ojalá no hubieras sido tú, ojalá unos años antes hubiera sido yo la que salió en el sorteo».

Cuando llegaron sus padres, ella salió por la puerta corriendo y se abrazó a su madre con fuerza, casi la derribó.

—¿Todavía estás así? No me creo que te hayas tomado las pastillas.

—No me hacen efecto, estoy demasiado nerviosa.

—¿Han vuelto esos guardias civiles?

—Volvió uno de esos dos policías nacionales de la capital de los que todos hablan, venía acompañado de uno de los guardias civiles, me presionó para que abriese la puerta y hablar, pero yo no lo hice, me comporté como si no estuviera en casa.

—Qué pesados, voy a hablar ahora con el alcalde para ver qué puede hacer.

—Tengo miedo, mamá.

—No van a molestarte más.

—No, no es miedo por eso. ¿Sufrió Elena?

—Claro que no, se quedó dormidita para encontrarse con Dios y así glorificar este pueblo y, en especial, a nuestra familia.

—No es justo, no fue justo, debí ir yo.

—No digas tonterías, esas cosas no las elige uno.

—¿Dios?

—O sus enviados aquí.

—Me da igual, y no me creo que no sufriera, acuérdate que a ella le daba pánico quedarse sola y que montaba un drama por todo.

—Igualita que tú.

—No bromees. Creo que sufrió mucho.

—También lo hizo Santa Teresa.

—Siempre dices lo mismo.

—Vete a la ducha y ponte el pijama, vamos a cenar en media hora.

—No tengo apetito.

—Si no cenas, desconectaré el Internet y te confiscaré el móvil, la tableta y el ordenador.

La chica protestó por lo bajo, pero prometió que bajaría a cenar y se marchó al piso de arriba. El pasillo que daba a su dormitorio y el de su hermana estaba solo iluminado por unos pequeños puntos led que nunca se apagaban, su función era la de evitar que se tropezase si se levantaba en mitad de la noche para ir al baño o a la cocina. Esther se quedó parada justo en la entrada del pasillo, observando por primera vez al detalle y siendo consciente de lo sombrío que resultaba el espacio. Caminó con respeto, apenas avanzando de puntillas, hasta entrar en el dormitorio, pero no en el suyo, sino en uno que nadie había visitado en los últimos cuatro años. Olía a cerrado, a ropa vieja y humedad; antes no era así, antes olía a gominolas, la colonia favorita de Elena tenía ese aroma y se quedaba impregnado en el aire allá por donde caminaba.

Se sentó en el borde de la cama, nunca lo había hecho cuando vivía su hermana, nunca se había sentado a peinarle el cabello, escuchar sus historias, darle un consejo, ayudarla con los deberes o a prepararse un examen, a jugar… a lo que fuera; seguro que Elena habría alucinado, y más aún si le hubiera hablado de chicos, de salir con amigas, de besos. Se dejó caer hasta tumbarse y tratar de

imaginar que Elena seguía viva, que entraría como un vendaval en el dormitorio y se alegraría de verla allí, chillaría dando saltos como una loca, luego jugarían a cualquier cosa y cuchichearían secretos inconfesables. Pasar tiempo juntas. Con oír su voz unos segundos, Esther se conformaría, pero en Samael no se grababa en vídeo a nadie hasta que hubiera pasado de los nueve años, así que solo tenía fotos, y no muchas. Ahora Elena tendría trece años y seguro que se maquillaría para salir a pasear con sus amigas, incluso tendría algún chico que le gustara y otros veinte a modo de pretendientes.

Con los ojos cerrados y en la oscuridad, imaginando que los últimos cuatro años no habían pasado, se estiró en la cama como solía hacer Elena, con pereza ante la idea de ir al colegio, y las manos toparon con algo duro bajo la almohada.

Se incorporó y fue a ver de qué se trataba. No se veía nada en la oscuridad, pero no quería encender la luz, a pesar de que sus padres no lo verían porque estaban en la planta de abajo hablando en la cocina. Sacó la almohada de debajo de la colcha y se quedó paralizada al recordar que la propia Elena había preparado la cama aquel último día que pasó con la familia, se empeñó en hacerlo, como cada mañana, y no se había tocado desde entonces por respeto a su memoria.

Bueno, ya estaba hecho. Buscó donde había estado la almohada y no había nada. Imposible, ella lo había tocado, era pequeño y duro, era como… Cogió la almohada y la comenzó a apretar despacio, hasta que volvió a tocarlo. Quitó la funda de la almohada y comprobó que seguía sin aparecer, pero algo no estaba bien, lo sentía en las manos, una textura extraña.

Encendió la luz y comprobó que había plumas en sus manos, su regazo y sobre la funda nórdica. El relleno de la almohada tenía un agujero, metió la mano dentro y por fin dio con el objeto, que sacó despacio.

¿Cómo había podido olvidar el paraguas? Quizás por los nervios de lo que estaba haciendo, por evitar que la descubrieran saliendo de casa por una ventana, porque los paraguas estaban en el recibidor y era casi imposible salir por allí sin ser vista. La matarían si supieran lo que estaba a punto de hacer, pero nunca antes en su vida había estado tan segura de hacer algo como en estos momentos. No sabía

de dónde había sacados las fuerzas, la valentía necesaria para hacer aquello, o al menos intentarlo, porque no estaba segura del todo de que fuera a llegar hasta el final.

«Sí, sí que lo estoy. Se acabó lo de tenerle miedo a todo y a todos, se acabó lo de tener la cabeza metida dentro del caparazón».

La lluvia no estaba tan mal después de todo, sentía cómo purificaba su alma, llevándose todo lo malo que había ido acumulando durante esos años, a la vez que enfriaba el volcán que había estallado en su interior. Le daba igual el frío o enfermar. También propiciaba que no hubiese vecinos por las calles, pues no quería que la descubriesen; una cosa era estar decidida a hacerlo y otra muy diferente que sus padres se enterasen en el acto.

En su reloj vio que quedaban ocho minutos para las doce, sus padres solían acostarse tarde, alrededor de la una, pero tras los viajes solían irse a la cama más temprano; el caso es que podrían ir a verla al dormitorio para comprobar que se había calmado tras lo ocurrido esa tarde con los investigadores.

«No, imposible, no vienen a darme un beso de buenas noches desde hace muchos años».

Ya estaba llegando a la calle que se había convertido en la más famosa del pueblo en la última semana. Claro que eran los inquilinos los que la habían hecho tan popular, no se paraba de hablar del tema ni un solo minuto entre cuchicheos de vecinos. Ella antes jamás había oído hablar de esa casa, no sabía que pertenecía a un matrimonio que vivía en Madrid y que los padres de la esposa se habían marchado del pueblo mucho antes de que Esther naciera.

Al llegar a la puerta se sorprendió de que la vivienda se mostraba igual de bien cuidada que las aledañas. Por algún motivo, ella había imaginado que sería algo siniestra, casi derruida, oscura y demás adjetivos de las casas de las películas de miedo que veía de vez en cuando.

Se armó de valor para golpear la puerta, pero lo hizo tan suavemente que ni ella oyó los golpes con la lluvia. Repitió con más energía y luego otra vez más usando todas sus fuerzas. Parecía que no había nadie, había ido para nada y ahora no sabía dónde estaban los dos policías, no podría buscarlos por el pueblo ni tampoco los abordaría en un bar ante todos los vecinos, porque su misión era secreta, solo podían hablar en un sitio seguro.

«Mierda, esto ha sido una estupidez».

Y se abrió la puerta de repente.

No era el tipo que había hablado con ella a través de la puerta de su casa esa tarde, ni uno de los guardias civiles que fueron antes, sino un hombre unos años menor que sus padres. La observaba en silencio desde el otro lado. Ella lo observaba a él. Los dos callados.

—¿Y bien? —preguntó el hombre.

—Estoy bus… buscando a…

—¿Cómo? No te oigo, ¿estás bien? Estás empapada.

Cuando iba a hablar de nuevo, apareció otro hombre a la espalda del primero, lo reconoció al instante, era el que le había hablado desde el otro lado de la puerta en su casa, el guapo con pinta de mendigo.

—Pasa, vas a pillar una pulmonía —dijo de un modo familiar al llegar a la puerta. Y ella obedeció cuando se echaron a un lado. Qué diferente era el tono de voz de cada uno de los dos, además de la forma de mirarla; esos detalles producían dos efectos diametralmente opuestos, con el primero sentía distancia y desconfianza, con el otro policía sentía atracción, casi era incapaz de desobedecerle cuando le pedía que entrase.

Esther caminó despacio, con mucho miedo, hasta llegar al salón, aquello era una leonera; nunca había visto un piso ocupado por mendigos, pero seguro que tenía ese aspecto. Al menos la chimenea estaba encendida y hacia allí se dirigió para recuperar algo de calor.

—Perdona, pero ¿quién eres?

—Me llamo Esther, has estado esta tarde en mi casa. Pensaba que…

—¿Qué?

—Como me has dicho que entrase de esa forma… pensé que me reconocías.

—No te vi esta tarde, no abriste la puerta. Te pedí entrar para que no te murieras congelada ahí fuera.

—Ah, vale.

—Pero me alegro de que hayas decidido venir. Siéntate, no tenemos ropa de mujer, pero podemos darte la nuestra por si quieres cambiarte y ponerte algo seco.

—No puedo estar mucho tiempo aquí, comprenderán que…

—Ya, te llevaremos luego a casa, o te dejaremos cerca, para que

no te mojes más. ¿Quieres tomar algo? Creo que hay refresco, cerveza, agua, una copa…

—¿Una copa?

—Claro, ¿*whisky*, ron, ginebra?

—Da igual.

Álex miró a Sergio, este fue a por un vaso limpio a la cocina y regresó con hielo y refresco para prepararle la copa. Nadie dijo una palabra hasta que ella se tomó el contenido de un sorbo, sin importarle la reacción que podría hacer el alcohol con los ansiolíticos, tampoco sería mucha, pues su organismo estaba más que acostumbrado a las pastillas.

—Gracias.

—Te pondré otro, y serviré para nosotros también.

Sergio tomó dos vasos sucios que estaban sobre la mesa, repleta de cajetillas vacías de tabaco, dos platos con restos de comida reseca, un cenicero a rebosar de colillas y dos mecheros de plástico. Álex aprovechó para conducir la conversación hacia buen puerto mientras buscaba un paquete de tabaco entre sus bolsillos.

—Nos has pillado de casualidad, íbamos a salir.

—No tenéis pinta de policías.

—¿Quieres ver las identificaciones y las placas?

—No, no hace falta, siento… No se me da bien hablar con la gente, no lo hago a menudo.

—¿Qué recuerdo tienes de tu hermana Elena?

La pregunta la pilló por sorpresa, incluso a Sergio, que ya le ofrecía el vaso y se quedó con el mismo a mitad de camino de la chica.

—¿Cómo?

—Tendrás recuerdos de tu hermana menor, ¿verdad? ¿Cómo era?

—No sé si me siento cómoda hablando de ella.

—Haz el intento, verás cómo eso te calma un poco.

Esther se atusó el cabello, que seguía goteando agua, eso hizo que mirase al suelo, donde estaba formando un charco que crecía despacio.

—No le has puesto refresco —dijo mirando el vaso.

—Lo siento. ¿Otra vez con Coca Cola?

—Mismamente.

—¿Y bien? —insistió Álex.

—Era… bueno, era como todas las hermanas pequeñas, supongo.

—Molesta desde tu punto de vista, pero solo porque te idolatraba, eras su reflejo y la persona a seguir en el futuro.

—Sí, justo eso.

—¿Tienes algún recuerdo especial de aquellos años?

—Claro, tengo cientos, pero… casi prefiero contaros lo que necesito y supongo que queréis escuchar. Antes de nada quisiera saber que nadie sabrá que he sido yo la que os lo ha contado.

—Verás, Esther. —Álex se acercó a ella despacio, aunque demasiado para alguien antisocial y eso se notó en cómo la chica se puso aún más incómoda—. Siento decirte que la información que vayas a darnos ya la conocemos, que lo que realmente necesitamos para hacer justicia es un testigo que tenga el valor de ir al juicio y enfrentarse a los que han hecho esas atrocidades a tu hermana y otros niños.

—Pero… pero ellos no lo permitirán. —Parecía haber entrado en pánico. El vaso se le escapó de entre las manos y se hizo añicos en el suelo, todo el contenido se unió al agua y dejó el suelo del salón más sucio, si eso era posible.

—No te preocupes, ahora lo limpiamos —dijo Álex. Sergio gruñó por ese plural mayestático y se puso a buscar la escoba y la fregona.

—No puedo… debería irme a casa.

—Relájate, aún estás empapada y temblando. Quédate unos minutos más. Voy a ponerte otra copa. ¿Fumas?

—No.

—Está bien, no te importará que fume ¿verdad?

—No. Mi madre fuma, lo hace a escondidas y cree que no los sabemos, pero huele mucho cuando regresa del patio trasero algunas veces.

—Entiendo. Toma. —Le dio la copa.

Sergio había recogido los cristales y ahora pasaba la fregona no con mucha eficacia, pero serviría.

—Has dicho antes que ellos no lo permitirían, ¿te refieres a los religiosos?

—Esos parece que mandan, pero no, solo son marionetas, como el alcalde o el sargento Mendía. Los que dan las órdenes están en

Madrid, Barcelona…

—Empresarios y políticos.

—Sobre todo empresarios.

—¿Conoces sus nombres?

—La mayoría salen a menudo en la televisión o en las revistas del corazón.

—¿Los has visto por el pueblo?

—Alguna vez, vienen en peregrinación.

—¿Participan en los rituales?

—¿Los rituales?

—Bueno, las ceremonias en las que los niños…

Ella se estremeció, bebió un largo sorbo de la copa y Álex dejó que se tomase su tiempo y se dedicó a fumar tranquilamente. Sergio volvía de llevar la fregona y el cubo a la cocina.

—Siempre nos habían dicho que los niños se entregan por parte de las familias como una ofrenda que es recompensada, un sacrificio por los suyos, para que estos no tengan necesidades nunca.

—¿Un pago único o periódico? —preguntó Sergio, la chica salió del trance en el que parecía estar sumida de repente y Álex le dedicó una mirada asesina a su compañero.

—¿Pago?

—No importa —susurró Álex—, continúa.

—Después de irse Elena, mi padre no volvió a trabajar. Al principio estábamos tristes, la recordábamos a todas horas, aunque fingíamos no hacerlo y nunca se hablaba de ella, eso era y es como una norma que no se puede incumplir. Luego todo fue calmándose, como si Elena se hubiera ido alejando lentamente de la orilla en la que permanecíamos su familia, como si ya no la viéramos, y… De repente tuve la sensación de que para mis padres no había existido, como si nunca hubiera nacido y pasado nueve años con nosotros. Pasadas unas semanas, al pasear por las calles y entrar en las casas de mis amigas, que muchas habían perdido hermanos de esa forma, vi que era algo común. Entonces me volví… así… me convertí en un bicho raro.

—No eres ningún bicho raro, y tu hermana estaría muy orgullosa de ti, al igual que el resto de niños, de que estés haciendo lo que ninguno de tus vecinos se atreve.

—Pero yo no puedo, no puedo testificar.

—No tendrás otra forma de hacer justicia.

—Tengo mucho miedo, esto ha sido un error.

—Nada de eso. Por favor, sigue contando, me interesa saber qué sacan esos empresarios de financiar los rituales.

—Es algo centenario, un ritual que tiene más de tres siglos, que yo sepa. Obtienen bonanza económica, los negocios les van bien si cada dos años se cumple con el ritual.

—Qué locura pensar eso. Claro que las tradiciones se confunden con las supersticiones en muchos casos.

—Y más en sitios cerrados como este pueblo.

—¿Ningún vecino se opone por miedo?

—Algunos vecinos se han negado a entregar a sus hijos cuando en el sorteo han aparecido sus nombres, esos vecinos han tenido que abandonar el pueblo porque aquí todos les han dado la espalda y sin trabajo ni ingresos no podían subsistir. A todos se les ha dicho que si hablan o denuncian, se les perseguirá con todas las consecuencias.

—Una amenaza de muerte.

—Supongo, también porque haber callado durante años es como ser cómplice, así que el que denuncie será acusado por la ley.

—Comprendo.

—Y mientras tanto todos a vivir bien y callar —dijo la chica con un tono de voz muy agudo, ya le estaba haciendo efecto el alcohol.

—Esther, no serviría de nada que ahora nos prometieras que sí testificarás si luego cambias de idea. Esto es algo que debes meditar, tómate tu tiempo. De todas formas, necesitaríamos pruebas de su implicación, porque intuyo que lo que sabes es porque lo has oído, sin haber visto nada con tus propios ojos ni tener fotos, vídeos…

—Así es, no sé más que lo que se habla desde que tengo uso de razón.

—De acuerdo, vamos a llevarte a casa. ¿Te parece bien?

La chica asintió mientras se terminaba la copa.

La una de la madrugada y los limpiaparabrisas del coche trataban sin mucho éxito de evacuar la cantidad de agua que caía en ese momento, iban a veinte por hora por la calle tras haber dejado a Esther en la puerta de su casa.

—¿Crees que podremos contar con ella?

Álex se tomó unos segundos para responder.

—Aunque ella quiera testificar, no tenemos pruebas aún y su palabra no valdrá nada. Las legiones de abogados caros de los empresarios la destrozarán, y más cuando vean su debilidad, le provocarán un ataque de pánico y ansiedad a la mínima de cambio y eso invalidará su testimonio en el juicio.

—Joder, no podemos hacer nada, no tenemos nada, esto no avanza. Lo único que avanzan son los días y ya hemos agotado más de la mitad del tiempo de vacaciones que nos dio el comisario.

—Pues habrá que subir el ritmo, dejemos de caminar y comencemos a correr.

—Claro, como si eso significase algo en concreto… ¿a dónde vas?

—A casa de Julia, quiero volver a inspeccionarla.

—¿Crees que ella podría haber dejado alguna prueba?

—No lo sé. Imagina que la mataron porque dijo a sus superiores que no seguiría su juego, que se posicionaba de nuestro lado. Si yo fuera ella, sabría que las consecuencias podrían ser letales y dejaría algo, no sé, información, pistas, lo que sea.

—Ella no era tú, además, si pensaba que podría sucederle algo trágico, lo lógico es que se hubiera trasladado para vivir con nosotros hasta que el caso estuviese cerrado.

—Aun así quiero ir a echar un vistazo en profundidad.

Llegaron a la vivienda y comprobaron que la puerta estaba abierta y el precinto policial roto. Ambos sacaron sus armas y entraron con cuidado. La vivienda estaba en completa oscuridad. Quizás quien entró lo hizo muchas horas antes y se dejó la puerta abierta al salir. Tal vez fuesen adolescentes haciendo una travesura. Si no fuera por la experiencia vivida en el pueblo durante esos días, los investigadores no estarían temiendo por su vida.

En el salón no había nadie, Sergio pasó al cuarto de baño y Álex a la cocina. Parecía estar todo como la última vez que estuvieron allí, primero buscando por encima y a toda prisa, luego con la casa llena de agentes de la Científica y forenses que retiraron el cuerpo de la chica, malos recuerdos que no se irían con facilidad, especialmente para Vergara.

Cuando salían ambos para susurrar que no habían visto nada,

pasó la figura a toda prisa ante sus narices y se escabulló por la puerta que daba al patio.

—¡Joder!

—Si llega a ir armado nos deja secos sin capacidad para reaccionar.

Álex había dicho eso a la vez que salía en persecución del tipo, pues parecía un hombre corpulento por la silueta que dibujaba bajo la lluvia y la poca luz que llegaba desde las farolas de la calle al patio trasero de la casa.

La calle era empinada y con algo de barro en el asfalto, la lluvia de esos días había traído mucha tierra de la zona boscosa que estaba a escasos doscientos metros. Álex decidió no emplearse a fondo tratando de alcanzarlo en pocos segundos, eso solo provocaría que él llegase más cansado que el tipo, y tal vez supiera pelear o estuviese armado. Mejor seguirle a la misma distancia, dosificando fuerzas y esperando a que el otro se cansase antes que él.

En eso pensaba cuando comprobó que se habían adentrado en el bosque y la luz era prácticamente nula, rozaba al correr con ramas bajas de árboles y otros arbustos, el terreno era irregular y solo lograba guiarse por el sonido, por suerte no había más de quince metros entre el desconocido y él y sería imposible que se le escabullera, salvo que Álex tropezase o el otro tuviera compinches que lo atacasen de improviso en una trampa en la que estaba cayendo sin ser consciente.

Sergio no corría a sus espaldas, lo conocía, sabía que estaría llamando a refuerzos, así que, quizás hubiera llamado a los sargentos de la UCO; tal vez fuese al coche y condujera por los alrededores por si se encontraba con la persecución por casualidad; en última instancia, podría haberse quedado en la casa para ver si, con un poco de suerte, daba con el motivo que había llevado al desconocido a entrar de noche allí, porque estaba claro que no se trataba de un mendigo en busca de refugio por la lluvia.

El sonido del agua cayendo sobre las hojas de los árboles casi eclipsaba los pasos de ambos al correr, charcos y hojas secas por todo el suelo, algún matojo que se doblaba o partía con la presión, también las respiraciones de ambos, casi jadeos. Llevaban cinco minutos corriendo, pero en esas condiciones era como una hora.

Álex sabía que la adrenalina que llevase el desconocido por sus venas debía estar a punto de agotarse y sería una presa fácil para reducirle y esposarlo.

«Joder, no llevo esposas».

Tendría que ser suficiente con el cinturón del pantalón.

Pero no era momento de pensar en eso, de vender la piel del oso cuando el animal aún corría libre por el bosque, casi literalmente. De lo que debía preocuparse era de no tropezar, de cuidarse de que no aparecieran más extraños y se enfrentasen a él o de que el tipo no llevase un arma o fuera más difícil de reducir de lo pensado.

Llegados a este punto, empapado de agua helada, tratando de no tropezar sobre un suelo resbaladizo y poco firme, casi en absoluta oscuridad y con unas fuerzas que irían gastándose a un ritmo más acelerado de lo que a él le gustaría, tal vez más que a un rival que podría haber subestimado, solo podía incrementar el ritmo para ganarle algo de terreno y poder terminar de una vez con la carrera que lo había adentrado en un bosque que no conocía.

Lo tenía a menos de tres metros, solo tenía que apretar los dientes y sacar algo más de energía del estómago, como había aprendido a hacerlo muchos años atrás practicando en un club de atletismo. Incluso podía oír la respiración acelerada del tipo, estaba cansado, quizás más que él mismo. Álex dio tres zancadas lo más amplias posibles antes de lanzarse de un salto, logró aferrarse a los pantalones vaqueros de su rival y casi lo perdió por estar resbaladizos y más aún por el movimiento de las piernas a la carrera. Al menos logró el objetivo de derribarlo, era una jugada arriesgada, con un solo intento, y había salido bien. Ahora tocaba la parte más difícil, la de reducirle. El rival era más grande y fuerte, debía usar su formación en combate cuerpo a cuerpo para compensar, eso si el otro no sabía pelear mejor que él. Tocaba tener fe, como siempre que se enfrentaba a puñetazos con un delincuente.

Soltó sus piernas para saltar sobre su pecho y golpearle en la cara, el tipo encajó bien el golpe y devolvió el puñetazo de forma certera. Peleaban en la oscuridad y era igual de difícil acertar como esquivar, además de asir uno al otro cuando estaban envueltos en lodo. Álex sabía que el mayor tamaño sería definitivo y, si el tipo era un asesino, no dudaría en acabar con él, así que dejó a un lado las sutilezas y la emprendió a codazos contra la cara del

desconocido, rápidos y certeros. Y por fin dejó de moverse.

Si saber aún si lo había matado o solo dejado inconsciente, se dejó caer a un lado para tratar de recuperar el aliento. Había agotado sus fuerzas en la pelea y ahora debía reponerse lo suficiente para comprobar las constantes vitales del cuerpo que yacía al lado del suyo, y si respiraba, atarlo con el cinturón para luego llamar a Sergio al móvil.

Estaba terminando de apretar el cinturón alrededor de las muñecas del tipo cuando sonó su teléfono.

—¿Sergio?

—¿Dónde estás? Me alegro de oír tu voz, ya me temía lo peor.

—Creo que mi nariz necesitará una operación de estética cuando regresemos, este capullo me la ha golpeado cuando aún estaba reciente la pelea con el monje aquel.

—Sigo sin saber dónde estás. Voy con los sargentos de la UCO.

—Subimos por la calle de atrás hasta el bosque, nos escoramos a la izquierda, solo sé eso. No debo estar muy lejos del pueblo, buscadme por aquí. Tendré la linterna del teléfono encendida hasta que dure la batería o la lluvia me joda el aparato.

—Está bien, cuelga.

Tardaron en llegar unos diez minutos. El tipo había recobrado el conocimiento para entonces.

—¿Eh?

—Vaya, has despertado, bella durmiente.

—Que te jodan.

—No reconozco tu voz, a ver tu cara. —Y apuntó con la linterna del móvil unos segundos a su rostro. Tenía la nariz rota, eso alegró a Álex, también un ojo morado y le faltaba un diente. Por lo demás, no lo conocía, o quizás sí, sin los daños en la cara podría ser un tipo grandote que solía estar en los restaurantes y bares cuando él iba con Julia, recordaba haberlo visto con amigos tomando algo—. ¿Qué hacías en casa de Julia?

Silencio.

—¿La mataste tú? ¿Fuiste a borrar pruebas o a buscar algo?

Silencio.

—Ya hablarás en comisaría, te lo aseguro.

Sería por los golpes, unidos al cansancio y el pesar que iba acumulando día tras día en aquel horrible lugar, pero Álex había

olvidado por un momento que no estaba en la ciudad de Madrid, que no tenía la jurisdicción y que no podría interrogarlo él mismo, seguramente no podría ni estar presente mientras lo hicieran los civiles, que ya estaban allí con potentes linternas y bajo paraguas.

Quizás Álex, solo quizás, se comprase un paraguas a su regreso a casa.

Capítulo 22

Gabriel Mendía se había levantado por segunda mañana consecutiva con la sensación de estar haciendo el idiota, fundamentalmente porque no sabía para qué ir al cuartel a desempeñar las funciones de su cargo. Si bien antes de los sucesos extraordinarios acontecidos ese mes se dedicaba a mediar en disputas domésticas o vecinales que se producían una o dos veces al año, además de coordinar los turnos de trabajo entre sus agentes, que es lo mismo que debía hacer ahora, el hecho de haber sido apartado de los casos de homicidios le había sentado como una patada en los mismísimos. El orgullo crece con los años, pero más aún entre las personas que ostentan responsabilidad y mando sobre otros. A todo ello había que sumarle la incertidumbre, pues no sabía si seguiría en el puesto, si se le acusaría de haber incumplido su juramento y haber obedecido órdenes que lo apartaban del buen cumplimiento de su deber. Eso último lo pensaba al comprobar en esos dos días cómo el alcalde y el comandante se habían distanciado de él por completo, a la vez que le lanzaban frases de ánimo que no convencían a nadie, como «no va a pasar nada», «ve a trabajar como siempre y verás que todo se calma» o «no te montes películas, estamos contigo, los de la UCO solo van a calmar a los dos policías nacionales».

Una mierda, ¿se habían creído que era imbécil? El guardia civil prototipo de pueblo que aparece en las películas y series nacionales, el casi analfabeto y poco eficiente, el alivio cómico. No, él no era así. Una cosa era estar algo oxidado ante la falta de acción y otra bien distinta ser un estorbo.

Tras desayunar y vestirse con su uniforme, salió hacia el cuartel en el coche patrulla, como siempre, y del mismo modo entró, saludó a Felipe y se dirigió a su despacho, miraría el correo electrónico y cumpliría con sus funciones, fingiendo que no pasaba nada, justo lo

que le habían pedido; pero no se conformaba, no. Solo se mantendría alerta para saltar cuando llegase la oportunidad de demostrar que desde arriba se habían equivocado, que lo habían apartado sin valorarlo realmente.

Entonces vio a los dos sargentos salir de una puerta al otro lado del vestíbulo, llevaban la ropa mojada, los cabellos revueltos y se mostraban muy cansados. Tomó el teléfono y llamó a Felipe.

—¿Sargento? —susurró el agente para no ser oído más que por su superior.

—¿Qué pasa con esos dos?

—¿Los de la UCO? Llegaron esta madrugada, no serían ni las dos y traían arrestado a Javi, a Javier Herranz.

—¿Arrestado? Ese no haría daño a una mosca.

—Según me dijo Hugo, que es quien estaba de turno esta noche, lo trajeron con muchas marcas de pelea en la calle.

—¿Los de la UCO han detenido a un borracho por una pelea de bar?

—No, parece que estaba en la casa de Julia y huyó cuando fue sorprendido, luego se puso tenso el asunto cuando fueron a esposarlo, ya sabe, sargento.

—Está bien, sigue con tu trabajo.

Colgó y salió del despacho; fuera, en la calle, encontró a los dos de la UCO conversando entre confidencias.

—Buenos días.

—Buenos días, Mendía, no sabíamos que ya estabas aquí.

—Sí, son más de las ocho. Me han dicho que hay un vecino detenido.

—Sí, un médico llegó a las dos y media y le hizo una cura, no ha sido necesario hospitalizarlo. No ha pedido abogado, por el momento, le hemos hecho un breve interrogatorio y, cuando esté más cansado y… ya sabes, más ablandado por la situación, iremos a por todas.

—¿A por todas? ¿Es sospechoso de algo?

—Por lo pronto sus huellas dactilares están siendo cotejadas en la central, veremos en unos minutos u horas qué sale de ahí, pero sí que ha actuado de forma sospechosa y queremos saber el motivo.

—Era amigo de Julia, se conocían desde el colegio, eran compañeros de clase, si no recuerdo mal.

El coche de Sergio apareció y de él se bajaron los dos inspectores, Álex tenía la cara muy hinchada y la nariz amoratada.

—Menudo aspecto —dijo Iván Rosillo.

—He tenido peores noches. ¿Cómo está el detenido? ¿Ha dicho algo?

—No, sigue sin querer declarar, igual que anoche. Tampoco ha pedido un abogado.

—Bien, aunque estemos algo apretados de tiempo, será mejor dejarlo en remojo un poco para que se ablande.

—No tiene que faltar mucho para que se haga las necesidades encima, eso ablanda a cualquiera.

—Sí, desayunemos en condiciones.

—¿Quieres venir, Mendía? —preguntó Rosillo sin disimular que lo hacía por compromiso.

—Ya desayuné, y tengo mucho jaleo. Aunque las multas no parezcan importantes, hay que gestionarlas igual.

—Está bien, regresaremos en menos de una hora.

Se fueron los cuatro al centro del pueblo en el coche de los sargentos y Mendía volvió a entrar en el cuartel, giró a la izquierda, el lado contrario a donde se ubicaba su despacho; entonces frenó y regresó sobre sus pasos para decirle al agente que estaba en la recepción del vestíbulo:

—Felipe, ni una palabra a nadie de esto.

—¿De qué?

—De… de nada, de lo que veas u oigas ahora.

El agente permaneció con la boca abierta, sin comprender. Gabriel Mendía fue al calabozo de detenciones, casi una celda convencional, pero sin lavabo e inodoro. Allí estaba tumbado el detenido.

—Buenos días, Javi. Aunque no creo que sean muy buenos para ti. ¿Te has metido en un lío?

—No quiero hablar contigo.

—Menuda pinta tienes, te han dado hasta en el cielo de la boca. Tú siempre has presumido de que nadie te había ganado en una pelea; aún recuerdo una en unas fiestas, sería hacía tres o cuatro años, no sé si recuerdas que vinieron unos de fuera y se pillaron una buena borrachera, luego molestaron a unas chicas del pueblo y tú solo pudiste…

—Me pilló cansado, ese policía no me duraría ni un minuto si nos pegamos en otras circunstancias.

—¿Se puede saber qué coño hacías en la casa de Julia anoche?

—Eso es cosa mía.

—Yo creo que no, ella ha muerto, has cruzado un precinto oficial y, siendo mi compañera, también es cosa mía. ¿Me lo vas a contar?

—No.

—Al final vas a hablar, tú decides si lo haces a esos de fuera o a un vecino que te conoce de toda la vida. No alargues esto más de la cuenta o serás tú el único perjudicado. Vamos, no seas terco.

—No he hecho nada.

—¿Y el motivo para estar allí?

—Tenía buena relación con Julia, eso es todo.

—¿Fuiste porque la echabas de menos? Lo cierto es que no había oído hablar de ti a Julia más que de forma… no sé cómo decirlo, como un vecino más.

Javier apretó la mandíbula y sus dientes produjeron un ruido desagradable.

—Éramos amigos desde el colegio.

—Algo así le escuché una vez, pero no sabía que seguíais siendo amigos, al menos no tanto como para entrar de madrugada una noche de lluvia en su casa cuando está precintada. No sé a ti, pero a mí me suena raro, algo me dice que hay mucho más que no quieres decir. ¿Le hiciste daño?

—Nunca le habría puesto una mano encima.

—Eso suena raro, ¿le pusiste esa mano encima o no? Deja de andarte por las ramas, no tengo mucho tiempo hasta que lleguen esos otra vez. Nunca se la pusiste o nunca se la habrías puesto.

—Yo… la quería.

—Eso ya lo he intuido, pero no es lo que te he preguntado.

—Nunca querría que ella sufriese.

—¿Qué significa eso? ¿Por qué iba a sufrir?

—Por nada.

—Se la veía feliz. Quizás no me fijé esos días porque teníamos mucho jaleo encima con lo ocurrido con el niño y luego la niña Munuera, pero ahora recuerdo su semblante y estaba radiante.

—Qué sabrás tú.

—Yo la trataba a diario desde hacía años. ¿Qué es lo que sabes tú y a los demás se nos escapa?

Javier estaba sentado en el filo de la cama con los codos apoyados en las rodillas y observando el suelo entre sus zapatos; así llevaba desde que Mendía había aparecido, pero ahora se sentía más incómodo, le temblaba una pierna y eso provocaba la sensación de que el cuerpo le picaba.

—Ninguno la conocíais de verdad.

—Sigo esperando, ¿qué teníamos que saber?

—Ese policía no es trigo limpio, le habría hecho daño.

—¿Todo esto es por celos?

—¿Qué importa? Ahora ya no está.

—No, no está porque alguien la mató hace unos días.

—Se colgó.

—Había huellas en su piel, en las manos, cuello y cara.

—Serían del policía.

—Es lo que sabremos en breve, para eso te habrán tomado las huellas a ti también.

Levantó la mirada, tenía los ojos vidriosos y una mueca desencajada en la boca.

—Yo no…

—Tú no ¿qué?

—Yo no quería hacerle daño, pero cuando me di cuenta, ya era tarde.

—¿La mataste? Hijo de puta… —Mendía sintió la adrenalina fluir en su cuerpo y comenzó a moverse en círculos y hacer aspavientos con las manos. Trató de calmarse respirando hondo para seguir con las preguntas en lugar de apalear al detenido—. ¿Cómo lo hiciste?

—Solo quería hablar con ella, te lo juro. —Estaba sollozando como un niño pequeño.

—Y la cosa no salió como esperabas.

—Ella no quería entrar en razón, no comprendía que ese tipo no es trigo limpio, que iba a hacerle daño.

—Y que contigo sería más feliz.

—Suena patético, lo sé.

—Llevabas toda la vida enamorada de ella y no elegiste nunca el momento para decírselo, así que te encontraste con que un extraño

te estaba quitando lo que considerabas tuyo.

—No es justo, yo la quiero desde que éramos niños, otro no tiene derecho a estar con ella. Otro no sabría quererla y tratarla como yo.

—¿La mataste antes de colgarla?

Asintió con la cabeza y rompió a llorar más fuerte, como tratando de vaciar el dolor que acumulaba en su interior. El sargento, antes de marcharse, le dijo:

—Más vale que se lo pongas fácil y rápido a los compañeros cuando te interroguen en un rato, se lo debes a Julia, si es que realmente estás arrepentido de lo que hiciste. De lo contrario vendré luego a matarte a golpes, ¿me has oído?

Entre gimoteos asintió y el sargento regresó al despacho.

Gabriel Mendía informó a los dos sargentos de la UCO de la conversación mantenida y estos decidieron hacer oficial la confesión yendo a la celda a hablar con Javier Herranz. Para evitar que el homicida confeso se retractase de sus palabras, los dos policías nacionales se quedaron en el vestíbulo, y así la presencia de Vergara no alteró ni hizo cambiar de opinión al asesino.

La idea era averiguar si el vecino solo había matado a Julia, o también estaba detrás del crimen de Abel Solano y el atropello de Alba Munuera.

—No, no, no… no podéis endosarme todo eso. ¿Pensáis que estoy loco? Una cosa es haber matado a Julia en un arrebato y otra muy diferente… ¡Pero qué digo! Todo el mundo sabe que a los niños se los cargan esos putos viejos. Y lo de la chica Munuera menos aún, en el pueblo dicen que seguro que fue su padre, no paraba de meter la nariz donde no debía y por su culpa acabaron llegando esos dos policías, maldita la hora.

—En este pueblo parece que todo el mundo sabe lo que pasa, aunque nadie ha visto nada. ¿Quiénes son esos viejos? ¿Te refieres a los religiosos?

—Claro, esos son los que manejan el tema, al menos desde aquí. Ellos obedecen para hacer los rituales, además de calmar a los vecinos para que nadie hable, nadie proteste ni tampoco se oponga a que todo siga como siempre.

—¿Crees que el padre de Alba Munuera podría haberla atropellado?

—No lo sé, es lo que he oído, pero pudo ser cualquiera que estuviese harto de sus quejas.

—¿Podrías decirnos dónde estabas las noches que fallecieron el niño y la chica?

—No sé dónde estaba hace dos noches, ¿cómo iba a saber dónde estaba aquellas? Supongo que en casa dormido o en algún bar tomando una copa con mis amigos, ahora no lo recuerdo.

—Bien, eso lo investigaremos nosotros. Vamos a transcribir la declaración para que puedas firmarla en unos minutos, la mandaremos al juez y este ordenará tu traslado a una penitenciaría.

Gabriel Mendía observaba desde su despacho a través de la puerta de cristal, esperaba a que salieran los dos de la UCO para preguntar cómo les había ido. Cuando los vio aparecer, fingió que iba al vestíbulo a hablar con Felipe.

—¡Eh! Vaya, ¿ya habéis terminado? ¿Qué tal ha ido?

—Ha confesado y firmará cuando tengamos la transcripción.

—¡Qué tragedia lo de Julia! ¿Quién hubiera pensado que un vecino y conocido de toda la vida…? En fin. ¿Y de todo lo demás?

—Dice no saber nada, tendremos que comprobar su coartada para esas noches, incluida la del homicidio de Julia.

—Puedo encargarme con mis chicos de eso.

—Gracias por tu aportación, Mendía, pero debemos hacerlo nosotros, es nuestra labor. Te agradecemos que hayas ablandado a Javier Herranz, nos ha servido de mucho, nos has ahorrado unas valiosas horas, pero debemos pedirte que te mantengas al margen hasta nueva orden, y sabes que las órdenes no las damos nosotros, vienen de más arriba.

—Sí, lo sé. Pues para lo que necesitéis, recordad que los vecinos se mostrarán más participativos si yo los presiono que si lo hacen unos desconocidos.

—Lo sabemos y contaremos contigo en caso de necesitarlo.

Iván Rosillo, tras hablar con Mendía, salió a la calle. David Rovira se puso con la transcripción de la confesión para tener cerrado ese hilo de investigación antes del almuerzo.

Sergio y Álex se dirigían en coche hacia la casa de Julia para poder buscar por fin, y ahora con algo de luz diurna, cualquier detalle o pista que la agente hubiera dejado en la vivienda antes de su encontronazo con su asesino, si es que el tipo aquel era realmente el

asesino.

—Estás más callado que de costumbre, Álex, ¿en qué piensas?

—Ese tipo. Aunque lo del amor y los celos es algo tan gastado como fiable, es muy conveniente que haya aparecido como caído del cielo.

—¿Crees que es alguien elegido para cargar con las culpas?

—Sería muy disparatado que una persona se autoinculpe de un asesinato que no ha cometido y vaya a la cárcel más de veinte años, pero en este pueblo te puedes esperar cualquier cosa.

—Los de la UCO han venido para cerrar el caso lo antes posible y tapar el escándalo, harán lo que sea necesario para echar tierra sobre el asunto.

—Sí que espero ese tipo de actuaciones por su parte, pero me extrañaría que algunos vecinos sean tan inconscientes como para cargar con los asesinatos a cambio de ¿dinero?

—Aun llegado el caso extremo, no creo que fuesen tan buenos actores. Ese tipo estaba de madrugada en la casa de Julia sin saber que íbamos a ir, bajo un aguacero, emprendió una huida y defendió la detención atacando a muerte. No, no tiene sentido.

—Pues ha dicho que colgó a Julia cuando ya estaba muerta, mientras que el informe preliminar de la autopsia dice que murió asfixiada por la horca. O no fue el asesino o estaba tan alterado al hacerlo que su mente ha borrado la mayoría de los recuerdos.

—Es habitual que suceda eso último. Ya veremos lo que dictamina el análisis de huellas dactilares.

Habían llegado a la casa de la agente, seguía con la puerta abierta y sin el precinto, lo que hacía suponer que podrían haber entrado la mitad de los habitantes del pueblo a husmear o registrar. Álex contuvo la mueca de decepción.

Continuaban con el diálogo y las conjeturas mientras registraban cada rincón del dormitorio de la chica.

—Ese tipo ha asegurado que no fue el que mató al niño ni atropelló a Alba, pero no le han preguntado si fue el que nos disparó a nosotros en la calle el otro día con una escopeta de caza, tendría sentido que lo hiciese a modo de advertencia si estaba celoso por la relación entre Julia y yo. En caso de no haber sido él, ¿quién lo hizo? ¿Cuántos homicidas hay en el pueblo?

—A este ritmo, parece que será más fácil adivinar quién no es un

asesino aquí.

—Lo peor de todo es que seguimos sin tener algo contra los responsables de los rituales y sin saber quién o quiénes son los asesinos de Abel Solano y Alba Munuera.

—¿Has encontrado algo?

—Nada, solo que Julia también tiene una escopeta de caza. ¿Y tú?

—Tampoco.

—Seguimos, no hay otra cosa que hacer.

En ese momento les llegó un mensaje al teléfono, era de David Rovira informando sobre las huellas del detenido confeso, correspondían con las halladas en la piel de Julia.

—¿Debemos creerlo?

—No tenemos otro remedio. Podrían haber falseado el informe, como hicieron con los análisis forenses, pero ese tipo tiene la palabra culpable grabada a fuego en la cara.

—Sigamos buscando, luego mandaremos un mensaje a Esther García, quizás haya recapacitado y decida testificar cuando tengamos pruebas.

La chica miraba una y otra vez la libreta, se secaba las lágrimas y volvía a mirarla. Estaba tumbada sobre la cama de su dormitorio, esa mañana no había tenido apetito para desayunar y eso había generado la primera pelea del día con su madre. Tampoco importaban las peleas más allá del momento de tensión con las voces y las amenazas que no llegaban a ningún lado, pues ¿con qué podría amenazarla? ¿Castigada en el dormitorio, cuando no solía salir de él? ¿No usar el móvil o Internet, cuando ya apenas tenía una o dos amigas con las que hablar y no sentía curiosidad por las redes sociales, aunque hacía pensar a su madre que era todo lo contrario para que no la llamase antisocial? ¿No salir a la calle? ¡Ja!

Lo cierto es que en esos momentos no pensaba en su madre, en castigos o en la vida que llevaba, la que había elegido y que se había convertido en una condena. Su mente estaba centrada en dos pensamientos, la pequeña libreta de Elena y la decisión de testificar si los policías encontraban pruebas suficientes para llevar a juicio a los responsables de las atrocidades que se cometían en el pueblo desde hacía siglos.

¿Qué era lo peor que le podía pasar si decía que sí? Pues que la

matarían antes de que llegase el juicio. Tampoco es que su vida valiese mucho, no hacía más que dormir y comer, y no mucho en ambos casos, y deambular como un espectro por la casa sin saber si era jueves o abril. La pondrían en un programa de esos que había visto en las películas, para protección de testigos, custodiada por policías y sintiendo el riesgo y la emoción. No estaba nada mal. Al menos moriría tras vivir una aventura por fin. Claro que podrían atacar a sus padres, amenazarlos de muerte para que ella no testificara. Esa idea no le gustaba tanto; quizás en esos momentos, por el enfado puntual, no le importaría que martirizasen a su madre un poco, pero sin exagerar.

¿Y si les decía que no? Entonces seguiría con su misma vida, si es que así se le podía llamar a su existencia, autocompadeciéndose y recordando con lágrimas a su hermana. Sería incluso peor desde que descubrió la libreta la noche anterior, aquello fue el golpe definitivo que necesitaba para abrir los ojos y darse la patada en el culo que la sacase del agujero en el que se creía a salvo.

«¿A salvo de qué? Lo más dañino del mundo para mí soy yo misma. No puedo decir que no a los inspectores y seguir viviendo, no podría hacerlo».

Oyó el sonido del timbre de la puerta, eso era extraño, pues no solía venir nadie de visita y no esperaban ningún paquete. Desde su dormitorio era imposible oír la conversación y tampoco si abría la ventana, pues daba al patio trasero y no a la puerta principal. Tampoco es que le importase mucho… a no ser que hubieran llamado los policías. Esther esperaba que no fueran tan indiscretos como para presentarse y hablar del asunto con sus padres.

Al cabo de unos minutos oyó cómo la puerta se cerraba. Había sido mucho tiempo, ¿quién sería? ¿Para qué habría ido allí? Tampoco tardó mucho en saberlo, ya que la puerta de su dormitorio se abrió sin los educados golpecitos previos.

—¿Perdona? ¿Qué haces, mamá? ¿Cómo entras sin llamar? ¿Quién es ese?

Un tipo de unos cuarenta años, alto, de anchas espaldas y vestido de negro estaba tras su madre. Los dos la observaban en silencio y con caras de pocos amigos.

—Coge dos mudas de ropa, tienes que marcharte.

—¿Cómo que marcharme? ¿Es una broma? No tiene gracia.

¿Quién eres tú? Mamá, ¿quién es ese?

—Te vieron algunos vecinos anoche entrando en la casa de los policías. Esther, tienes que marcharte del pueblo.

—Mamá, lo siento, pero yo no quería… Te lo puedo explicar, pero no delante de ese desconocido. ¿Qué haces en mi cuarto? ¡Márchate!

Su madre comenzó a sacar ropa de su armario y también una bolsa de deporte para meterla dentro. Ella no podía creer lo que estaba pasando, se levantó de la cama y fue a salir en busca de su padre, pero el desconocido la frenó y, tras tomarla con fuerza por los codos, la llevó de nuevo a la cama. Ella gritaba pidiendo auxilio, pero nadie le hacía caso en el dormitorio ni aparecía su padre.

—¡No voy a ir a ningún sitio! ¿Me oyes?

—No me puedo creer que hicieras eso anoche. ¿Qué te propones? ¿Acaso te has vuelto loca del todo? Nos vas a meter en un lío tremendo a todos en el pueblo.

—Mamá, ¿cómo puedes decirme eso? No te reconozco.

—Somos tu padre y yo los que no te reconocemos. ¿Qué tienes pensado hacer con esos policías? ¿Acaso vas a acusar a tus vecinos, a tus propios padres?

—No sabes lo que pasó con Elena, no sabes lo que pasa con los niños.

—Claro que lo sabemos, se marchan a modo de ofrenda para que todos seamos más felices y no tengamos problemas.

—Eso no es verdad, es un crimen horrible.

—¿Y piensas denunciarlo? ¿No viste lo que le pasó a la chica de los Munuera?

—¿Van a matarme como hicieron con ella?

—No digas tonterías, solo te irás fuera del pueblo una temporada, estarás vigilada e incomunicada para que no hagas una tontería y regresarás cuando todo se haya calmado y esos dos entrometidos sean solo un recuerdo.

Lloraba de impotencia y pataleaba, pero no parecía tener la más mínima posibilidad de convencerles de que la dejasen allí. ¿A dónde la llevarían? ¿Era verdad que no la matarían? Tenía mucho miedo, más que nunca, necesitaba sus pastillas, pero ni pensaba en ellas. ¿Iría su madre con ella? Los policías pensarían que se ha fugado para no testificar y, lo peor de todo, no podría hacer lo que le había

prometido mentalmente a su hermana, no podría vengarla.

La metieron a la fuerza en el asiento trasero de un Mercedes negro con los cristales tintados. Sentía frío y soledad, pero más aún desesperación e incertidumbre. Solo montó el desconocido, poniéndose al volante y encendiendo el motor.

—La ventanilla no funciona. ¿Puedes bajarla un poco para que me despida de mi madre?

A regañadientes, el tipo obedeció bajando unos diez centímetros la ventanilla y Esther aprovechó para decir adiós. Su madre lloraba.

Cuando el coche emprendió la marcha y la madre estaba con las manos en la cara, limpiándose las lágrimas, la chica aprovechó para arrojar la libreta de su hermana al suelo en mitad de la calzada justo antes de que la ventanilla se cerrase de nuevo.

«Ojalá la encuentre la persona adecuada».

Capítulo 23

No podía estar más preocupado, incluso era incapaz de evitar el temblor de manos y de tener que pasear porque le resultaba imposible permanecer sentado. Siempre había sido la persona más calmada que todos sus allegados habían conocido, pero la noticia que acababa de recibir, y más en el momento en que vivían en Samael, le había sentado como un jarro de agua fría sobre la nuca.

«Es imposible, están locos».

Tras varios minutos de meditación, llamó por teléfono.

—¿Padre?

—Hermana Leonora, acabo de recibir una llamada que me tiene más que desconcertado.

—Algo me dice que esa llamada la esperabas desde hace semanas.

—Sí, aunque rezaba cada noche para que no se produjese.

—Ellos no quieren que se rompa el ciclo, y ya sabes que no les importan las consecuencias porque para ellos nunca las hay, son intocables.

—¿Y nosotros? ¿Acaso nuestra opinión no importa?

—Para ellos solo somos el brazo ejecutor, o el arma más bien. Para ellos somos como el puñal de ceremonias, mientras que ellos son el cerebro que da la orden.

—Tengo miedo.

—Todos lo tenemos, desde que salió mal con el niño, estamos al descubierto y eso no es bueno, menos ahora con tanto policía y guardia civil extraños haciendo preguntas por el pueblo.

—Debería pasar el turno de dos años para que todo se calme.

—Ellos necesitan el ritual dentro del margen de fechas.

—Lo sé, pero es arriesgado. Ni siquiera tenemos hecho un sorteo nuevo y los vecinos protestarán. ¿Qué pasará si los padres del elegido se niegan?

—No sería la primera vez que pasa.

—Pero antes no había policías a los que acudir para impedir que hiciésemos lo que los de arriba dictaban.

—Entiendo. Será mejor que recurramos a la elección directa, busquemos niños cuyos padres no vayan a dar problemas, sea por devoción o porque necesiten la dádiva extra.

—Pero que quede entre nosotros, que no lo sepan ni nuestros más fieles ayudantes.

—Así se hará, no se puede filtrar que el ritual no se hace de la forma en que está escrito. ¿Cuándo tienes pensado hacerlo?

—Hoy mismo haremos la elección y lo comunicaremos a los padres. Dentro de dos días debe ejecutarse.

—¿Dónde siempre?

—No hay más remedio, serían demasiados cambios. De todos modos, solo nosotros sabemos dónde suceden las ceremonias, así que estaremos todos a salvo y se podrá llevar a cabo sin problemas.

—¿Eso es todo?

—No, aún no te conté la parte más importante, y preocupante.

—¿Aún más? Adelante.

—Ellos quieren estar presentes.

—¿Cómo has dicho?

—Algunos de los electos quieren ver el ritual.

—Nunca se ha hecho así, ellos solo venían para hacer turismo, una peregrinación cada muchos años.

—Ahora quieren asegurarse de que todo salga bien.

—¿Y cómo van a venir al pueblo con sus escoltas y coches llamativos sin que los policías los vean al instante?

—He tratado en vano de convencerles de no hacerlo, pero, ante su insistencia, les he dicho que lo mejor es llegar de madrugada en coches discretos y con el séquito mínimo, para salir al cabo de dos horas del mismo modo.

—¿Y?

—Han aceptado, pero ya no depende de nosotros que no sean vistos.

—Se podría tender una trampa a los inspectores, una distracción para que estén ocupados en la otra parte del pueblo mientras todo sucede.

—Buena idea. Comencemos con las tareas.

Tras colgar, el padre Anselmo hizo llamar al abad Vicente, este apareció en el despacho al cabo de un cuarto de hora.

—¿Padre?

—Se repite el ritual.

—Está bien.

—¿Lo esperabas?

—Claro, así no se rompe el ciclo.

—Es arriesgado.

—Lo sé, pero seremos precavidos.

—Voy a elegir un niño hoy mismo y dentro de dos días se realizará.

—¿Necesitas ayuda con la elección?

—No, pero sí con los preparativos, quiero que te encargues de la llegada y posterior salida de los electos.

—¿Cómo has dicho? ¿Desean presenciar el ritual? Eso es anómalo.

—Por ese motivo, porque nunca ha sucedido, debemos tenerlo todo listo para que no sean vistos por los policías. Debes encargarte de distraerlos.

—¿A los policías?

—Obvio, deben estar ocupados y en otro lugar todo el tiempo que dure la ceremonia, también a la llegada y salida de los electos.

—Está bien, ya se me ocurrirá algo.

—Dame opciones, no quiero que se cometa otro error.

—¿Acaso no confías en mí, padre?

—Esto va más allá de confianzas o desconfianzas.

—Está bien, así se hará.

Una vez a solas de nuevo, pudo dejar de contener el temblor y continuó caminando en círculos dentro del pequeño despacho que contaba con una ventana muy estrecha en el grueso muro. Solo se veía una pequeña porción del pueblo y él apenas solía asomarse, pero esa mañana lo hacía cada vez que completaba un círculo.

«El pueblo tardó mucho en acostumbrarse al ritual, y lo hizo en una época en la que los ciudadanos no se atrevían a levantar la mirada ante los que mandaban. Los tiempos han cambiado mucho y tengo la sensación de que estamos doblando la rama más allá de lo que indica la sensatez; no me extrañaría verla rota en breve. Apuesto a que esos empresarios podrían montar sin esfuerzo

económico sus rituales en otro lugar, seguramente un país tercermundista, pero a nosotros nos abandonarían dejándonos a nuestra suerte, sería la debacle para Samael tras siglos de bonanza. Eso sin contar que caerían muchas cabezas, la mía la primera.

»¿Y quién se encargará de acometer el ritual? ¿Otra vez Ángel? Ese pobre diablo está muy alterado y es cada vez más ingobernable. ¿Qué piensan los electos que van a ver? ¿Acaso creen que esto es una ceremonia como las de la televisión, con cuatro personas con túnicas y bebiendo la sangre de un cordero en un cáliz que se pasan de mano en mano? Estúpidos, no comprenden que hay cosas que es mejor no saber o ver.

»Debo hablar con Ángel, tengo que calmarlo y darle luego la noticia de que habrá que repetir el ritual, y esta vez sin errores. Debo ser más concienzudo con él para que obedezca.

»¿Por qué no esperar al año siguiente o dos años? De esa forma todo se habría calmado, casi olvidado. Los policías se marcharán si no obtienen pruebas, a lo sumo en una semana o dos. La impaciencia es mala compañera de viaje, deberían saberlo los electos. Claro que ellos creen en los beneficios que otorgan los rituales, no como yo. Eso me convierte en un monstruo mucho más despiadado, pues ellos tienen un motivo para hacer esas barbaridades, pero yo, a sabiendas de que todo es una patraña, les sigo el juego y cometo atrocidades solo por dinero para la congregación y los vecinos».

Habían disfrutado de unas horas de merecido descanso, ya tocaba tras los ajetreos vividos. Ahora Álex y Sergio afrontaban lo que quedaba de tarde y la noche sin muchas expectativas.

—Más bien estamos saturados, cansados, doloridos, agobiados por no tener algo en firme, ni siquiera un nombre de un ejecutor.

—Sí, es asfixiante. Nunca me había visto en esta situación, con las manos tan atadas. Si solo pudiéramos registrar a fondo el monasterio de las Descalzas o el franciscano, incluyendo las dependencias personales de la madre superiora, del padre Anselmo y del abad; ya no digamos con la oportunidad de interrogar también a esos tres… En cualquier otro caso, con la autoridad en nuestras manos y la posibilidad de obtener órdenes judiciales sería todo más rápido y sencillo.

—¿No imaginaste que sería así cuando viniste?

—¿Quién imaginaría este infierno? Aquí no imperan las leyes como en el resto de lugares. Ni siquiera esos dos sargentos de la UCO tienen potestad, están frenados y limitados por lo que les dictan desde la comandancia, y esta a su vez por alguien de más arriba.

—Más arriba… Siempre hay alguien más arriba. Como una matrioska, cuando sacas una figura del interior de otra, acaba apareciendo otra y otra más.

—Es obvio, y las muertes, aunque no hayan sido perpetradas por las manos de ellos, sí son su responsabilidad, pues sus intereses y su dinero son los que las provocan. Ellos son los que deberían temer por nuestro trabajo, temer por acabar encerrados el resto de sus vidas, pero son los que viven más tranquilos porque cuentan con una red infinita de peones que harán lo que haga falta para evitar nuestro trabajo. Ya lo están haciendo, llegando incluso a matar. Tal vez no fue ese el caso de Julia, pero sí el de Alba.

Sergio miró el suelo ante la chimenea, se había quedado pegajoso desde que limpió con la fregona el *whisky* que derramó Esther García la noche anterior.

—Y esa chica sigue sin dar señales, parece que se lo está pensando mucho.

—¿Qué chica?

—La de anoche, Esther, la hermana de Elena García.

—Es cierto… Voy a llamarla.

El mensaje del «el teléfono está apagado o fuera de cobertura» provocó una mueca de desagrado en el rostro de Álex.

—Qué extraño, un adolescente nunca deja que el teléfono se quede sin batería. Esa chica no debe salir apenas de casa, y a estas horas no tiene sentido que su móvil esté apagado o sin carga. Además, el mensaje que le enviamos ayer llegó a su terminal, pero no lo ha leído; ¿qué chica no lee los mensajes de WhatsApp?

—Estás poniendo tu típica cara de preocupación. ¿Vamos a su casa?

—Sí, tampoco tenemos nada mejor que hacer por ahora.

Por el camino llamaron a Iván Rosillo y David Rovira, estos les dijeron que aún estaban con papeleo, pero que podrían cenar todos juntos en uno de los restaurantes de la plaza del pueblo y así ordenar conceptos.

Una vez en la puerta, comprobaron que las luces de la planta baja estaban casi todas encendidas, eso contrastaba con la tarde anterior, en la que no había nada encendido cuando llegaron con los de la UCO.

Insistieron dos veces hasta que alguien se puso al otro lado del telefonillo.

—Buenas tardes, ¿eres Esther?

—¿Quién es?

«Mierda, no es ella. Parece que sus padres han regresado».

—¿Es usted la madre de Esther García?

—Sí, ¿qué quieren de ella?

—Olvídelo, ha sido un malentendido.

—Pues no regresen.

Y colgó dando un golpe al auricular.

—No contábamos con esto. ¿Crees que la chica les ha dicho algo a sus padres?

—En este pueblo no es necesario que uno confiese sus acciones, todos los vecinos acaban hablando de ellas al instante.

—¿No es mayorcita para que la castiguen?

—«Mientras vivas bajo mi techo…». ¿Crees que la han castigado solo por haber ido a hablar con nosotros o porque ha tomado la decisión de declarar?

—Ese tono de voz de la madre y la forma de colgar me indican que es más bien lo segundo.

—Sí, joder. Y si tiene el teléfono apagado o confiscado de forma indefinida, será imposible comunicarnos con ella.

Se negaban a abandonar el lugar, tampoco llovía en ese momento y el aire allí era limpio, no como en el coche o la casa, donde apestaba a tabaco y comida basura descomponiéndose. Sergio le dio una patada a una piedra mientras Álex observaba las fachadas de las casas sentado en el borde de la acera.

—A este pueblo solo podría salvarlo un fuego de esos bíblicos, purificador que arrasase con todo y con todos.

—¿Cómo dices?

—Nada, Sergio, solo divagaba.

—Tenemos que idear la forma de hacerle llegar un mensaje a la chica con una estratagema para que podamos comunicarnos sin que lo sepan sus padres.

—Ni siquiera sabemos que ella quiera continuar ayudándonos, tal vez el castigo la esté haciendo cambiar de idea.

Sergio buscó otra piedra a la que dar una patada, pero lo que parecía una bien lisa, resultó ser otra cosa.

—Una libreta.

—¿Cómo dices?

—Hay una libreta pequeña en el suelo, con las tapas blancas parecía una piedra.

Álex no le dio importancia, pero su compañero, antes de tirarla a una papelera, se fijó en las iniciales de la tapa principal.

—E. G. S. ¿Podría ser…? Álex, ¿la chica se llama Esther García Simón?

—Segura, García Segura.

—Esta libreta es de la chica.

Álex se levantó de un salto y fue a ver. Estaba empapada y las páginas se podrían deshacer si no las secaban antes de manipularlas. Así que fueron al coche y pusieron rumbo a casa. Allí fueron al salón directamente y avivaron el fuego para colocar la libreta a una distancia suficiente para que se secase rápido, pero sin llegar a arder. Tardaría casi una hora en perder la humedad suficiente como para hojearla sin peligro. Como aún no habían abierto las tapas, no sabían qué podría haber escrito en sus páginas, pero dudaban de que Esther hubiera dejado allí ese objeto de forma casual; en la investigación criminal, los policías siempre saben que no existen las casualidades.

—¿Cómo pudo dejar la libreta allí? —Se preguntó Álex para sí en voz alta.

—¿Allí?

—Sí. Las ventanas de la casa están demasiado lejos como para llegar a la carretera al arrojarla, tuvo que caminar hasta allí para dejarla en el suelo o es que se le cayó, y dudo de esa opción.

—¿Crees que ha dejado una especie de declaración firmada y jurada, cuando ha comprobado que sus padres no le permitirán ir físicamente a un juicio?

—No creo, y tampoco tendría validez su testimonio en un juicio sin que tengamos pruebas, ya lo sabes y ella también.

—Pudo dejarla mientras salía o entraba caminando o en coche.

—Ella no suele salir de casa, está a un paso de tener una

agorafobia de manual, a sumar a lo que ya carga. ¿Es posible que no siga en la casa? Claro que lo es. Maldita sea, quizás se la hayan llevado.

—¿No creerás que…?

—Espero que no haya corrido la misma suerte que Alba Munuera, claro que existe esa posibilidad. A Alba la mataron por haber pedido nuestra ayuda y oponerse a las prácticas de rituales del pueblo, y eso es justo lo que estaba haciendo Esther; ambas iban a traicionar a su pueblo, incluidas sus familias, por hacer justicia tras la pérdida de hermanos pequeños.

—Tenemos que encontrarla.

—Lo sé, pero aún no hemos leído lo que dice la libreta. ¿Y si es el lugar al que se la han llevado? ¿No es mejor esperar para ir directamente a ese sitio y no salir ahora a ciegas? ¿Y si es el nombre de quien se la ha llevado? De esa forma sabríamos a quién buscar.

—Es cierto. ¡Joder, cómo detesto esperar!

Casi todo el tiempo estuvieron en silencio, Sergio miraba la hora, tocaba la libreta con cuidado y regresaba a distraerse con el teléfono móvil para esperar unos minutos más. Álex sentía que nunca antes había fumado tanto, y esa noche no había consumido mucho alcohol porque se había terminado la botella de *whisky*; también estuvo entrando y saliendo del salón para respirar aire fresco en el patio trasero y que no se concentrase mucho el humo de los cigarrillos.

—Parece que las tapas están ya secas —dijo Sergio por fin.

—¿Y el interior? Es lo más importante.

—Lo sé, esperemos unos minutos más.

La libreta colgaba de un clavo en el frontal de la chimenea, aún desprendía un poco de humo blanco de la humedad abandonando la celulosa. Abrirla y pasar las páginas ahora podría acabar con las posibilidades de leer su contenido, aquel tiempo esperando no habría valido para nada.

Parecía que ya no desprendía tanto humo y el grosor de la libreta se había multiplicado por dos cuando Sergio la tocó con más convicción. Llamó a Álex, que estaba en ese momento en el patio y comenzó a abrirla con cuidado. Estaba muy caliente y sus páginas crujían al manipularla. En la primera se podía leer:

¿Por qué todo el mundo está tan feliz? Yo no lo estoy, no me quiero ir. Además, se les nota que no es verdad, como cuando me decían que la verdura estaba rica, y es mentira. Ellos mienten, no están felices, y yo no me quiero ir. ¿Por qué tenemos que irnos los niños para no volver? Yo no quiero ir al cielo. Esther no ha ido, tampoco los demás niños de mi clase. No quiero irme, no quiero, y no sé cómo decírselo a todos, porque nunca me hacen caso. Solo puedo rezar y escribirlo aquí, a ver si Dios lo ve y me ayuda dejando que me quede en casa. Quiero quedarme, quiero estar con Esther, me da igual si me trata mal; no me importaría que me tratase mal toda la vida si puedo quedarme, ¿acaso me tengo que ir porque ella no me quiere? Por favor, por favor, por favor, no quiero irme.

—¿Qué es esto?

—¿No hay más páginas escritas?

—No, solo la primera.

—Eso no lo ha escrito Esther, sino su hermana Elena, que murió hace cuatro años. Parece que lo hubiera escrito para desahogarse, o para enviarle esos deseo a Dios, como asegura.

—¿Cómo ha llegado ahora la libreta hasta la calle?

—Solo la ha podido dejar ahí su hermana. Quizás esa libreta sea la razón para que Esther haya decidido ayudarnos.

—¿Y por qué la ha dejado en el suelo bajo la lluvia?

—Es obvio que para enviarnos un mensaje, lo haría a la desesperada y con la intención de que la encontrásemos nosotros.

—Eso quiere decir que está encerrada en contra de su voluntad en su casa o en otro lugar.

—Así es, pero no tenemos la forma de demostrarlo ni de pedir una orden de registro.

—Hubiera estado bien que escribiese dónde la llevaban. Seguramente no tuvo la más mínima oportunidad o, directamente, no sabía a dónde la llevaban.

—Está en peligro, podría correr la misma suerte que Alba.

—Sí, pero sin saber dónde está, no hay forma de ayudarla, Álex.

El aludido estaba tan furioso que la hubiera emprendido a golpes con los muebles y ventanas de la casa, claro que Fonseca y su mujer no tenían la culpa de nada y bastante daño habían causado a la limpieza y decoración del lugar, por no hablar del saqueo de bebidas y víveres.

Llamaron a los sargentos de la UCO para informarlos de la novedad y ellos aportaron el resumen de la conversación mantenida con el padre Anselmo.

¿Cómo era posible que hablar con un párroco fuese más complicado que con un ministro? Eso se preguntaban David Rovira e Iván Rosillo, que habían tenido que llamar media docena de veces al monasterio, dando recados de que se pusiera en contacto con ellos al recibir la notificación de la llamada. «Está reunido», «se encuentra muy atareado en estos momentos», esas y otras excusas daban los monjes cuando atendían el teléfono. Habían tenido que llamar al alcalde para que mediase, pero este se había limitado a decirles: «haced como yo, id allí y molestad todo lo que sea posible hasta que os atienda». Y eso hicieron.

El despacho del abad primado bien podría pasar por un cuarto para guardar escobas y otros utensilios de limpieza, apenas seis metros cuadrados y con una mesa de madera muy antigua a modo de escritorio, sin ordenador ni otro aparato electrónico, solo varios cuadernos y lápices, sentado tras ella estaba el religioso, tan menudo y sencillo como la estancia. Se levantó para recibirles con un apretón de manos más enérgico del que esperaban los investigadores.

—Así que son ustedes los famosos sargentos que ha enviado la comandancia.

—¿Famosos?

—Bueno, me refiero a las habladurías, en el pueblo se habla de todo lo que se sale de lo común. Disculpen que no haya sillas, podemos ir al claustro, aunque casi les pediría que no, ya que tengo muchas tareas y no puedo demorarlas.

Los sargentos no sabían si el hombre era así de nervioso por naturaleza o algo lo había alterado.

—Está bien, iremos al grano para que pueda seguir con sus labores. No es necesario comentarle los sucesos que han acaecido en el pueblo, son los que ya supondrá que nos han traído. Estamos

investigando la muerte del niño Abel Solano, el atropello de Alba Munuera y el asesinato de nuestra compañera del Cuerpo Julia Lamela.

—Había entendido que el atropello había sido un accidente y que la chica guardia civil había sufrido el ataque de un vecino enamorado.

—Veo que en el pueblo no sucede nada sin que todo el mundo se entere en el acto.

El religioso no hizo caso al comentario y se persignó antes de decir:

—Qué barbaridad, ¿cómo pueden estar ocurriendo estas cosas en un pueblo tan tranquilo en el que nunca antes había pasado nada?

—Para eso estamos aquí.

—¿Y cómo podría ayudarles yo? Soy un simple hombre de fe, un párroco que apenas sale del monasterio.

—Lo cierto es que usted es mucho más, es el líder religioso de las congregaciones cristianas en el pueblo, que no son pocas, y tiene más autoridad que el alcalde, si no nos han informado mal.

—Bueno, eso es mucho decir.

—Antes ha mencionado que el pueblo es tranquilo y que nunca pasa nada, pero los datos del registro civil indican que cada año par y desde hace un siglo, no se tienen datos registrados anteriores, fallece un niño de nueve años más o menos por la misma fecha.

—No entiendo la relación, supongo que esos niños habrán fallecido por accidente, muerte natural, enfermedades, etcétera, ¿no? Y tampoco encuentro la razón para que me pregunte a mí por el tema.

—Bueno, usted estaría al corriente de ese dato al llevar tantos años, toda su vida, en este lugar. ¿Nunca le ha parecido raro que cada dos inviernos muriese un niño o niña de nueve años durante el mes de noviembre?

—¿Su comandante no les ha contado que aquí…?

—Nos ha contado lo que ha considerado oportuno, pero querríamos oír su versión.

—Hablaré con él cuando se hayan marchado. ¿Alguna pregunta más?

—¿Qué funciones tiene en este lugar? ¿Qué hay tan urgente e

importante como para no atender a los investigadores de los crímenes de tres de sus feligreses?

—Ni se imaginan la cantidad e importancia de mis tareas, y explicarlas me llevaría más tiempo del que dispongo.

—Pero invertirá unos minutos de ese valioso tiempo en llamar al comandante. En fin, que pase un buen día, padre. Ya nos veremos en caso de que necesitemos conversar de nuevo con usted.

Sergio cortó la comunicación con los colegas civiles tras la narración de lo ocurrido con el padre Anselmo con una despedida y dándole las gracias. Álex, que había oído la conversación por el altavoz del manos libres, mostró sus dudas en el acto.

—No tiene sentido.

—¿El qué?

—¿Para qué ir a hablar con el padre Anselmo? Es absurdo cuando no se tiene nada contra ninguno de los religiosos; y más aún porque a esos dos los ha mandado la comandancia para tapar la mierda, lo mismo que debía hacer Mendía, pero esta vez de una forma eficiente.

—Incluso el propio Anselmo lo verifica cuando les menciona a su comandante.

—Eso es.

—¿Crees que la conversación es inventada?

—Es más que posible, nos tratan de convencer de que están de nuestro lado. Aunque existe la posibilidad de que estén presionando ya a los ancianos que van a usar como cabezas de turco. La conversación con Anselmo serviría para hacerle saber que tendrá que pagar por sus pecados y por los de otros más que se van a ir de rositas, además de tenernos de su lado. Creo que lo que más preocupa, o lo único que preocupa, a los que llevan obrando en este pueblo a su antojo es hacernos callar sin llamar la atención. No pueden matarnos para que no se presente aquí hasta la Policía Judicial, pero sí darnos varios culpables para que cerremos el caso y nos marchemos.

—Si nos acogemos a que sí ha transcurrido esa conversación y de esa misma manera, ¿por qué está tan atareado el abad como para hablar con los dos guardias civiles? Entendería que no quisiera hablar con nosotros, que se pusiera tenso con nuestra presencia.

—Tal vez no esté muy conforme con ser el pobre diablo que

tendrá que ir a prisión. Yo en su lugar, tras una vida en el monasterio, no querría entrar en un presidio.

—Sería un buen motivo para estar preocupado o enfurecido con quienes considera que han ido a terminar con su idílica vida. Tampoco descarto otros motivos.

—¿Como cuáles?

—Algo con lo que no he dejado de pensar desde que llegué aquí. Si ese ritual es tan importante, se paga tanto a los habitantes del pueblo por llevarse a cabo e intervienen personas tan poderosas, ¿todos ellos se conformarán con que haya salido mal este año y esperarán otros dos para hacer el siguiente?

—¿Crees que van a repetirlo, que matarán a otro niño?

—Es posible. Y de ser así, tienen poco tiempo para conseguirlo.

—¿Cómo van a hacerlo si estamos nosotros aquí? Sería una temeridad.

—Tampoco creo que el ritual lo hagan en la plaza del pueblo a plena luz del día. Si consiguen un niño con el consentimiento de sus padres, algo que ya sabes que no es descabellado en este pueblo, solo tienen que seguir adelante. Nosotros no sabemos el lugar en el que se produce la ceremonia, tampoco el día ni la hora.

—Si el padre Anselmo es el mandatario de la congregación, tal vez sea el único que sepa por ahora dónde y cuándo sucederá, si es que se lleva a cabo y no nos equivocamos.

—¿Sugieres que volvamos a entrar en ese lugar?

—No tenemos otra opción.

—No creo que sirviese para nada, ese monje lo tendrá grabado en su mente, dudo que haya escrito en algún sitio la información, y aunque así fuese, que lo encontremos en mitad de la noche con una linterna moviéndonos por ese enorme edificio sin saber dónde se ubica su despacho.

—Es el anuncio de un atroz crimen que no se puede evitar.

—Ya veremos si se puede o no.

Capítulo 24

Había imaginado que no tendría muchas comodidades allí donde la encerrasen, aunque el lugar había superado todas las expectativas, era un zulo como los que salían en las películas. ¿No bastaba con tenerla encerrada en un dormitorio con rejas en la ventana y la puerta cerrada con llave? No era mucho pedir un televisor con Netflix y una cama cómoda. ¿Era necesario tenerla en un cuarto trastero del sótano, dos por dos metros, camastro sin manta, y nada más? No tenía ni una mísera ventana por la que ver algún paisaje o el cambio de la luz con el paso de las horas. Sin nada que hacer salvo pensar, eso era lo que menos deseaba hacer, lo que más perjudicaba a una persona en sus condiciones mentales y más aún tras todo lo ocurrido.

«Si me han metido aquí, poco deben valorar mi vida. No comprendo cómo papá y mamá han permitido esto; seguro que a ellos les dijeron que yo estaría bien. Si les han mentido en eso, también pueden haberlo hecho en lo de que no van a matarme. ¿Cuándo será y de qué modo? ¿Me lo merezco? Quizás sí porque debí denunciar lo ocurrido antes, incluso cuando Elena vivía, pero todos mirábamos a otro lado cuando no era nuestro problema. No es justo que me quiten la vida ahora y por haber hecho lo correcto».

Hasta ese momento solo había sentido hambre, pero ahora llegaron las ganas de orinar y no sabía si le permitirían ir al cuarto de baño, ni siquiera que pudieran oírla, porque ella no oía nada en aquel sótano, como si la hubieran abandonado para que muriese de hambre y sed.

—¿Hay alguien ahí?

Sería difícil que la hubieran oído con ese susurro. Así que lo repitió varias veces alzando cada vez más la voz hasta llegar a gritar. Sin éxito.

Se levantó y golpeó la puerta con todas sus fuerzas a la vez que

gritaba sin cesar.

Y de repente oyó los pasos al otro lado.

—¿Se puede saber a qué viene ese escándalo?

—Lo… lo siento, es que pensé que estaba sola. Yo… necesito ir al baño.

—Pronto empiezas a dar quebraderos de cabeza.

Ella no reconocía la voz, se trataba de una mujer, pero no había visto a nadie más que al tipo que la llevó allí desde su casa, el mismo que no había pronunciado una sola palabra en todo el trayecto en coche.

La mujer abrió la puerta y Esther pudo apreciar que tendría la edad de su madre, aunque era algo más baja y muy gruesa, su vestido celeste llevaría tres décadas pasado de moda y, sobre él, lucía un delantal lleno de manchas. El cabello negro con canas estaba recogido en un moño y su rostro rubicundo iba a juego con la forma de respirar, parecía a punto de morir de un ataque o que hubiera terminado una carrera de fondo un minuto atrás.

—¿Quieres ir al baño? Acompáñame. Y no intentes salir corriendo, estás muy lejos de tu casa y lo normal es que te perdieses en el bosque de ahí fuera.

—¿Por qué no puedo estar en una habitación normal? Me gustaría tener una ventana para ver el sol y que entre aire, ¿podría ver la tele de vez en cuando?

—Yo no sé nada, a mí me han dicho que te alimente y te deje salir para ir al baño cuando lo pidas, nada más.

—¿Cómo te llamas?

—Eso no importa, llámame como quieras.

—¿Voy a pasar mucho tiempo aquí?

—A ver, ¿quieres ir al baño o no?

—Sí, por favor.

—Pues sígueme.

Ella esperaba que la llevasen a la planta principal, que había visto de pasada cuando llegó y no se había fijado más que en lo viejo que parecía todo. Pero no salió del sótano, pues había un aseo minúsculo y muy sucio cerca del cuarto en el que estaba encerrada.

—¿En serio?

—¿Qué dices? ¿No te gusta? He estado toda la mañana limpiando, desde que me dijeron que tendría que adecentar este

sitio y hacer la comida a una chica a la que también haría de niñera.

—¿No hay otro cuarto de baño en la casa?

—Mira, bonita, yo cumplo órdenes. ¿Vas a mear o no?

—Sí, claro.

Esther entró y se quedó mirando a la mujer unos segundos.

—¿Qué? Tienes papel a tu derecha y el lavabo tiene agua por si quieres lavarte las manos después.

—¿No va a darme intimidad? Aquí no hay ventana, no puedo escapar.

Tras un resoplido, la mujer cerró la puerta de un golpe seco, pero no se escucharon sus pasos, así que permanecía al otro lado en silencio.

«¿Cómo podría escapar de aquí? Esa mujer es la única que puede abrir la puerta de mi cuarto y no se separará de mí cuando lo haga. Y lo que ha dicho del bosque rodeando esta casa es cierto, yo lo vi desde el coche, son muchos kilómetros y quizás me pierda o me encuentre con animales salvajes; en el pueblo dicen que por los bosques aún hay lobos. ¿Cómo he podido dejar que me pase esto? ¿Debí quedarme con los policías y no regresar a casa? Yo no sabía que mis padres me denunciarían».

Le costó finalmente orinar, sobre todo por el asco que le daba el cuarto y tener que hacerlo de pie para no tocar el inodoro. Incluso el lavabo le provocaba arcadas con solo pensar en lavarse las manos en él y secarse en esa cosa que colgaba de un lado y que hacía cincuenta años podría ser tanto una toalla como el trapo para limpiarse las manos un mecánico. Y esa mujer había asegurado haberlo limpiado todo, pues cómo estaría antes… se preguntaba Esther.

La puerta no tenía cerrojo ni nada parecido, así que se encontró con su carcelera en cuanto salió, esta la observaba con un rostro serio, se podría decir que había algo de reproche en la mirada.

—¿No hay cisterna?

—Es eso que está en el techo, tira de la cadena.

Ella se giró y vio lo que decía la mujer, hizo caso y comprobó que funcionaba, aunque hacía un ruido ensordecedor. La mano le quedó manchada de óxido y no tuvo más remedio que usar el lavabo, pero se secó en su pantalón vaquero.

Una vez en el cuarto, sentada en el camastro y mirando sus manos aún húmedas apoyadas en las rodillas, comprendió que no saldría nunca de allí, al menos con vida, si los inspectores se salían con la suya. Esas dos personas que habían ido allí a hacer algo justo, lo que ningún vecino se había atrevido, tendrían que morir para que ella tuviera alguna posibilidad de no morir en aquel zulo.

Lo habían acompañado a la primera planta del monasterio, a una estancia que hacía muchos años que no veía, tampoco es que le gustase demasiado porque a él los libros no es que le hubieran llamado nunca la atención, así que una biblioteca… Ni siquiera el olor le gustaba, quizás lo único era la temperatura, mucho más agradable que en el sótano en el que lo habían tenido recluido la última semana o su propio dormitorio, que no era mucho mejor que ese cuarto de castigo.

Ángel se asomó a la ventana, prefería recrearse mirando los jardines traseros que sentado en uno de los muchos sillones deformados por el paso de los años soportando traseros cada vez más pesados. Sus compañeros se afanaban en las tareas de mantenimiento del huerto, además del corral de gallinas y otros animales como vacas y cerdos. Cuando él era joven había más del doble, quizás del triple, de monjes haciendo aquellas tareas. Siempre se preguntó por qué no venían más a sustituir a los ancianos que morían; se lo podía haber consultado a Anselmo, pero su mejor amigo iba distanciándose de él a medida que pasaban los años y las tareas que le asignaban al actual abad primado aumentaban en número y responsabilidad. Él sabía lo que era la responsabilidad, era mandar sobre otros y tener la culpa si algo salía mal, aunque lo hubiera hecho mal otro. Anselmo era perfecto para eso, casi nunca hacía algo mal por sí mismo y se procuraba de enseñar a los demás para que no lo hicieran tampoco, pero si eso ocurría finalmente, no se enfadaba por aceptar una reprimenda. Ángel lo admiraba por eso y porque era su mejor amigo desde siempre.

Se apartó un instante de la ventana para girarse ciento ochenta grados, no había llegado Anselmo aún, recorrió con la mirada los lomos de los libros más cercanos, no era capaz de leerlos, nunca había aprendido a leer más que frases fáciles y cortas, por mucho que se empeñase y lo hicieran también sus amigos y los monjes

profesores. Quizás allí estaba el secreto para convertirlo en una persona diferente, pues siempre había oído que en los libros están los remedios de todos los males y enfermedades, y eso era él, un enfermo, así lo habían llamado infinidad de veces, aunque casi siempre entre susurros porque le tenían miedo.

La puerta se abrió y vio a su amigo sonriendo, ya no parecía enfadado como las veces anteriores en el cuarto de castigo.

—Cómo me gusta verte así. Veo que te has aseado y te han dado unos hábitos limpios. ¿Cómo haces para romperlos y ensuciarlos con tanta rapidez?

Ángel se encogió de hombros, algo de rubor llegó a sus lívidas mejillas.

—Siéntate, por favor, estoy algo cansado y vamos a hablar un largo rato. —El párroco dejó una talega en el suelo, junto a sus pies, a la vez que tomaba asiento con un quejido que últimamente hacía más a menudo de lo deseado—. ¿Has visto? Me estoy convirtiendo en un anciano, ya las rodillas apenas me sostienen; es una suerte no poseer la envergadura del hermano Luis.

Ángel sonrió ante esa última frase realizada entre susurros, Anselmo no hacía comentarios malvados como ese desde que ambos eran niños.

—Necesito que me prestes mucha atención, ya que hay algo muy importante que debes hacer dentro de dos días y no puede haber errores como la última vez. ¿Sabes de qué hablo?

Su rostro indicaba que no comprendía lo que le decía el abad; este tenía paciencia infinita, más aún con su amigo.

—Hace algo más de una semana hiciste el ritual, como cada año, ¿verdad? Pues no salió bien y el niño se escapó. Vamos a repetir en dos días y no puede volver a suceder.

Negó con la cabeza de forma violenta.

—Eso es, no volverá a suceder.

Volvió a negar de igual modo a la vez que abría mucho los ojos.

—¿Quieres decirme algo? Adelante.

Se señaló el pecho.

—Tú… —iba susurrando Anselmo.

Negó con la cabeza.

—… No…

Se frotó las mejillas.

—… ¿Castigo?… ¿No quieres que te castiguemos? ¿No es eso? ¡Culpa! No tienes la culpa. Pero si tú eras el responsable del ritual y de quedarte con el niño hasta el final, de velar por él.

Ángel se puso de pie y elevó el brazo derecho para colocar la palma de la mano hacia abajo a la altura de su coronilla, luego separó despacio hasta colocarla a un metro de distancia.

—Otra persona, otro como tú. ¿Fue otra persona la responsable de que se escapase?

Afirmó.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se encogió de hombros, luego se señaló el corazón.

—¿Amigo? ¿Es amigo tuyo? Pensaba que yo era tu único amigo. No lo has delatado por eso, pero no comprendo que guardes su nombre incluso de mí. ¿Quién es esa persona y por qué es tu amigo?

Ángel se sonrojó, luego comenzó a olisquear como un perro que encuentra un rastro y señaló la talega que Anselmo había traído consigo. Este sacó del interior un paquete de seis *donuts* y una botella de dos litros de Fanta de naranja.

—Así que ese amigo te ha estado llevando tus golosinas preferidas a cambio de que no lo delates. Ya me parecía a mí. A pesar de eso, tienes que contármelo, es importante.

Negó con la cabeza.

—Ángel, esto no tiene nada que ver contigo o con esa persona, ni siquiera conmigo, sino con todos los que aquí estamos, también con las monjas, ellas siempre te han tratado bien, ¿verdad? Pueden ocurrir muchas cosas malas a todos, incluso a los vecinos del pueblo, y todo por culpa de alguien que ha hecho lo que no debía. Comprendo que para ti es traicionar a un amigo y nunca lo has hecho, pero no se trata de un amigo de verdad, es uno de mentira, sabes lo que significa, es alguien que te ha dado un regalo solo para aprovecharse de ti.

Volvió a negar.

—No podemos estar siempre con lo mismo, sabes que hay personas más importantes que yo. Te crees que aquí soy el mandamás, pero te equivocas, y esas personas están muy enfadadas contigo, incluso podrían enviarte lejos y tenerte siempre encerrado. Y dejarías de verme.

Comenzó a alterarse mucho, no era capaz de estar sentado y comenzaba a hacer sonidos guturales que Anselmo conocía, por desgracia. Un ataque de pánico, algo necesario por la urgencia y también la gravedad del momento.

—Sabes que no quiero que eso ocurra, pero no está en mi mano, solo en las tuyas. Ayúdame y te ayudaré. Aunque dentro de dos días se te escolte y tengamos a varios hermanos vigilando el ritual, esa persona que ha hecho algo malo tiene que ser castigada. Olvida que te haya traído Fanta y *donuts*, no es un amigo.

Ángel se acercó a Anselmo para tomar los obsequios que le había traído.

—¡No! Estos regalos serán tuyos solo si me ayudas, si me cuentas quién es esa persona.

El grandullón comenzó a golpearse con ambas manos la cabeza mientras caminaba en círculos.

—Te vas a hacer daño, ¿no comprendes que eso solo te duele a ti? Vamos, no seas cabezota, está pasando el tiempo y ya podrías estar comiendo y bebiendo esto tan rico. Tengo la libreta y el lápiz aquí, podemos escribir su nombre cuando tú decidas.

Anselmo se puso de pie y colocó su mano derecha sobre la frente de Ángel, pero esto no sirvió de gran cosa. En ese momento llamaron a la puerta y, como era costumbre allí, pasaron al interior tras unos segundos y sin esperar el permiso.

—¿Hermano Julián?

—Padre, tiene una llamada urgente de un electo.

—Dile que espere cinco minutos.

El hermano Julián no había oído nunca que se le hiciera esperar a un electo, aunque solo fuesen cinco minutos, que allí era como pedirle esperar al mismísimo Espíritu Santo. Se quedó esperando unos segundos sin saber qué hacer ni decir, hasta que asintió con la cabeza y se marchó.

—¿Ves? Ángel, tengo que hablar con una de esas personas que mandan, uno de los que te llevará lejos de mí y te encerrará si no me cuentas quién es ese amigo que hace cosas malas.

Negó con la cabeza, pero esta vez fue diferente, se llevó la mano al cuello haciendo un gesto que al abad le había costado comprender cuando se lo vio hacer por primera vez, unos dos años atrás.

—Pensaba que eso ya estaba superado —susurró—. No me digas que sigues con esas cosas. No son buenas, no son cristianas y lo sabes. Lo que ocurrió entonces no debe volver a pasar. Aquello estaba mal, pero eso no te convierte en malvado. Quizás esta persona que proteges sí sea malvado y todos pagaremos al final por ello. ¿No vas a decírmelo? Te advierto que me llevaré la Fanta y los *donuts*.

Ángel miró otra vez las viandas y suspiró hondo antes de asentir.

—Bien, sé que te llevará tiempo decírmelo porque tenemos que usar el alfabeto y hacer muchos gestos por cada letra, así que te dejo unos minutos para hablar con un hombre importante y regreso antes de que me hayas echado de menos.

Ángel vio cómo su amigo se marchaba, una pena que se llevase la talega con el delicioso contenido, porque había pensado hacer una buena travesura.

Mentalmente degustaba el refresco y los bollos cuando la puerta se abrió de repente y pasó al interior en silencio quien menos esperaba.

—Ángel, no me has delatado, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Bien, mira, te he traído Fanta, ¿quieres un poco? Tendrás que bebértela rápido o se enfadará Anselmo si te ve con la botella.

Y el grandullón tomó el obsequio, le quitó el tapón y tragó sin parar el medio litro. El gesto posterior no era tanto por ser poca cantidad para él como por notar un regusto extraño en la garganta.

La botella de plástico cayó al suelo y el visitante la recogió en el acto para abandonar la biblioteca antes de que alguien pudiera verle allí.

Solo tres personas participaron en la improvisada ceremonia, inusual como no habían realizado antes por mucho que buscaran en sus memorias. Se turnaron para cavar y así terminar en menos de una hora, gracias a que la tierra estaba arada y muy blanda por la lluvia que había vuelto a caer sobre Samael, pero antes hicieron acopio de fuerzas para colocar el cuerpo sin vida de Ángel sobre una de las carretillas del huerto y, tras recorrer el entramado de pasillos desde la biblioteca, llevarlo al punto exacto en el que lo iban a enterrar. Lo peor fue bajar los dos tramos de las escaleras, en silencio para no despertar a otros hermanos y teniendo que cargar

los más de cien kilos del cadáver bajando cada tramo y colocarlo de nuevo en la carretilla. No se extrañaban de tener los hábitos empapados en sudor tras todo el proceso, y menos lo harían al comprobar al día siguiente los dolores en músculos y articulaciones.

Antes de cubrir el hoyo con la tierra, el padre Anselmo recitó entre susurros la oración de San Agustín:

> *«No lloréis si me amabais. ¡Si conocierais el don de Dios y lo que es el Cielo! ¡Si pudierais oír el cántico de los Ángeles y verme en medio de ellos! ¡Si pudierais ver con vuestros ojos los horizontes, los campos eternos y los nuevos senderos que atravieso! ¡Si por un instante pudierais contemplar como yo la belleza ante la cual todas las bellezas palidecen!*
> *Creedme: cuando la muerte venga a romper vuestras ligaduras como ha roto las que a mí me encadenaban y, cuando un día que Dios ha fijado y conoce, vuestra alma venga a este Cielo en el que os ha precedido la mía, ese día volveréis a ver a aquel que os amaba y que siempre os ama, y encontraréis su corazón con todas sus ternuras purificadas.*
> *Volveréis a verme, pero transfigurado y feliz, no ya esperando la muerte, sino avanzando con vosotros por los senderos nuevos de la Luz y de la Vida, bebiendo con embriaguez a los pies de Dios un néctar del cual nadie se saciará jamás. Amén».*

Terminó con lágrimas en los ojos y preguntándose dos cosas, ¿quién pudo hacer semejante aberración? Porque no había botella junto al cuerpo cuando regresó de hablar con el electo, pero sí el tapón de Fanta en la mano de Ángel. Y la segunda si hizo bien en no contarle nunca a Ángel que ambos eran hijos del anterior abad primado y de dos diferentes hermanas de la orden de las Descalzas, se había ido sin saber que eran hermanos de sangre.

Con tanta suciedad y sudor en la piel, como pesadumbre en su corazón, abandonó con los hermanos Remigio y Alfredo el huerto, eran casi las cuatro de la madrugada. Ninguno de los tres monjes,

tan ensimismados por las tareas, se percataron de los ojos que observaban tras una ventana del edificio.

17 de noviembre de 1711

El padre Horacio observaba sus manos llenas de callosidades y múltiples cortes en diferentes estados de cicatrización, no sentía dolor ni frío, a pesar de estar trabajando a temperaturas bajo cero más de diez horas al día en el huerto y manipular tierra y agua congeladas, llevaba cuidando la plantación más de veinte años y el cuerpo se acostumbra a todo, por muy dura que sea la labor. Acababa de nevar, eso complicaba el asunto, pues tendría que cuidar de las frutas y hortalizas que se echarían a perder con el hielo que llegaría al cuajar la nieve. Dos docenas de monjes se encargaban del huerto y los animales que ahora se resguardaban en los cobertizos laterales, no se oía más que el sonido de las herramientas, pues no hablaban jamás entre ellos. Horacio se acordaba de la última vez que conversó con alguien, fue cuatro veranos atrás y porque necesitaba papel, pluma y tinta para responder la carta de sus hermanos en la que le fue informado de la muerte de su padre. Tenía mucha tarea aquel día, así que se limitó a mandar respetos y recuerdos a todos, un párrafo de cuatro frases y continuó con sus quehaceres.

El jaleo se escuchó de repente al otro lado del muro en el que se apilaban los aperos más grandes, la calle principal. No recordaba algo así en todos los años que llevaba allí. Miró a sus compañeros y comprobó que ellos estaban igual que él, habían parado de trabajar y miraban a los demás con gesto de preocupación e intriga.

El hermano Indalecio entró corriendo en el huerto y lo señaló con el dedo, él sabía que debía seguirlo, y eso hizo. Allí no se hacían preguntas, solo se obedecía, se hacía lo que a uno le habían enseñado que debía hacer. Corrió y corrió tras Indalecio por la red de pasillos que estaban en penumbra por la poca luz del invierno, y llegó al despacho del abad Julián.

—Tenemos algo importante que hacer, cuento contigo, Horacio, es una misión divina.

Horacio asintió, no importaba lo que le pidiera, lo haría si era una misión divina, incluso temblaba de la emoción por haber sido elegido en lugar de los demás monjes.

—Será dentro de tres noches en el convento de las Descalzas; no

será fácil, tendrás que hacer lo que dice este libro —le extendió un libro que, por su aspecto, tendría cientos de años. Horacio lo tomó con cuidado y lo rodeó con sus brazos en el pecho, dejando clara su intención—. Lee la parte que he marcado con la cinta de seda, espero que seas tan eficiente como lo has sido siempre en el resto de tareas. También toma esta daga y cuida que no se pierda, es importante y sabrás pronto qué hacer con ella.

El hermano Horacio volvió a asentir, sin decir una palabra, y viendo que no le decía nada más se marchó a su celda a guardar la daga y el libro para leerlo tras el trabajo en el huerto.

Unos instantes después, en el despacho del abad entraron seis personas que nunca antes habían estado en el pueblo, llevaban ropas de una confección y calidad de la tela insuperables, el mismo lujo que los carruajes que los habían llevado allí desde la capital del reino. Uno de ellos se adelantó a los demás, mostrando su posición de liderazgo, y preguntó a Julián:

—¿Y bien?

—Todo se hará como han ordenado, aunque no me han dicho el motivo de…

—Eso no es asunto suyo, simplemente sepa que es por el bien de todos.

—Pero los padres del niño…

—Tome esta bolsa. —Le extendió una bolsa de tela que el abad, solo por el sonido, sabía que contendría una veintena de reales de oro—. Eso compensará la pérdida. Y tenga esta otra para los gastos del monasterio y de las demás congregaciones del pueblo. —Y le entregó una el doble de pesada.

—Eso es una fortuna inimaginable.

—No será la última, se lo garantizo.

—Ya, les he oído decir que esto habría que hacerlo cada dos años.

—Así es.

—¿Siempre con niños?

—Elegidos tal como el libro indica.

—¿Habrá un pago para cada familia?

—Sin duda, y otro para la congregación religiosa. Si supone un problema, podemos marcharnos y ofrecer el trato en otro pueblo.

—No, no habrá problema.

—Bien, en dos días en el convento se realizará el ritual y queremos presenciarlo.

—Así se hará, ordenaré que esté todo listo para el ritual y para recibirles como merecen.

Los que se habían presentado, sin dar siquiera sus nombres, unas horas antes para hacer una oferta de lo más extraña, se marcharon del pequeño despacho. Julián no sabía quiénes eran, no los había visto jamás, solo sabía, comprobándolo él mismo a base de mordiscos, que el oro de las dos bolsas era auténtico y que salvaría a la congregación de un invierno horrible en el que iban a pasar mucha hambre y ya tenían pensado matar a más cerdos de los que se podían permitir. También compensaría por la pérdida a la familia que tuviese que entregar a uno de sus hijos. La mayoría de las familias de Samael tenían cinco o más hijos, quizás no fuese tan dramático, sobre todo si se llevaban a cambio dinero suficiente para adquirir una casa mucho más grande y ganado para garantizarles no pasar hambre nunca más.

Julián se santiguó con los ojos cerrados, luego rezó un padrenuestro y pensó de nuevo en esas personas que habían aparecido de repente para provocar una muerte, pero también para salvar a muchas vidas que se perderían con las hambrunas de los inviernos, ¿elegidos y traídos allí por Dios? *Electi*, así comenzó a llamarlos y así lo harían los demás monjes durante años, décadas, siglos… *Electi*, los Electos. Porque no dejaron de ir durante los siguientes rituales, al menos durante un siglo, luego enviaban a una persona de confianza, al final solo enviaban el dinero, cuando eran conscientes de que la costumbre había hecho su función y nada frenaría cada nuevo sacrificio; siempre que llegase el dinero, habría una vida sesgada a cambio.

«Qué Dios me perdone» murmuró el abad Julián unos años después en su lecho de muerte y ante el padre que lo confesaba y le daba la extremaunción. Lo había hecho por un bien común, una vida a cambio de salvar a las demás; eso quería creer. No solo había obrado de esa forma, también se había encargado de convencer a sus hermanos, también a su sucesor, de que todo aquello era un mandato divino, a pesar de tener la completa seguridad de que era el diablo el que realmente estaba detrás.

Capítulo 25

Por más que buscaron, no encontraron una furgoneta como la vez anterior para acercarla a la tapia y entrar por el mismo lugar en el monasterio. No podían forzar con la ganzúa la puerta del almacén por la que salieron, ya que no había cerradura, solo se abría con un cerrojo desde dentro. Por suerte, al no haber llovido esa tarde, el muro de piedra estaba menos resbaladizo y lograron treparlo tras varios intentos.

—Tengo que ir más al gimnasio —dijo Álex.

—Yo tengo que ir, a secas; ni siquiera recuerdo dónde tengo la mochila con la toalla y los guantes, seguro que Raquel la tiró a la basura hace años.

—Con una casa de ese tamaño y el sótano con el que cuenta, podrías tener una cinta de correr y un saco de boxeo.

—Lo pensé, pero Raquel quiso poner armarios a modo de trastero y…

—Ya, cállate de una vez, no me extrañaría que te obligase a mear sentado.

—No te pases.

—Vamos a guardar silencio.

Atravesaron el huerto y entraron por la misma puerta al interior del lugar, una vez recorrido el pasillo y llegado a la escalera, decidieron quedarse en la planta baja y no bajar a los sótanos, no por evitar encontrarse con el gigante de piel clara que les dio una paliza, sino porque buscaban el despacho del padre Anselmo. En un edificio de semejantes dimensiones y sin un solo cartel ante cada puerta, sería complicado, pero la investigación requería encontrar alguna prueba sólida y no habían encontrado ni una en todo el tiempo que llevaban en el pueblo.

Todas las puertas estaban abiertas, ni siquiera contaban con la posibilidad de cerrarse con llave o cerrojo.

—Esta gente no debe haber sufrido un robo en su vida, claro que aquí no hay mucho que robar, salvo frutas, verduras, huevos y esas cosas que cultivan. Ahora que lo pienso, podríamos llevarnos de todo y así nos ahorramos hacer la compra en el supermercado.

Álex no contestó, solo trataba de adivinar dónde tendría él mismo el despacho si fuese el abad, ¿cerca de la puerta de acceso principal? ¿Al lado de los almacenes? ¿Próximo a las cocinas, a la capilla interna donde rezaban varias veces al día todos reunidos, al lado de los aseos por si su próstata no iba del todo fina? Esa última opción es la que elegiría el inspector, el problema es que llevaban vistos tres cuartos de baño por la planta en ese momento y ninguno tenía un despacho cerca. Lo único parecido a un despacho o cuarto de cuentas con que se habían topado, era para inventarios de producción.

—¿Y si está en su celda?

—¿A qué te refieres? —preguntó Sergio, sorprendido por ver que su compañero por fin hablaba desde que habían entrado.

—Solo divagaba, me decía que quizás el padre Anselmo tenga el despacho al lado de su dormitorio o use el mismo para ese fin.

—Sería algo extraño.

—¿Por qué?

—No lo sé, lo cierto es que no tengo ninguna base para refutarlo. Claro que no podemos entrar en las habitaciones y apuntar con la linterna la cara de cada monje hasta dar con el que necesitamos.

—No, eso estaría bien, e interrogarlo ya de paso.

—Sí, a la vieja usanza lo haría yo, nada de derechos civiles ni hostias. Bueno, hostias sí, como panes…

—Vale, ya está bien de tanta conversación, sigamos.

—Es cierto, vamos a atraer a algún monje, espero que no sea esta vez el hijo de puta ese que casi nos mata.

—Joder, lo de callarse no va contigo…

Siguieron de pasillo en pasillo comprobando todas las puertas y husmeando en las estancias que contenían archivadores, una mesa y una silla, todo lo que pudiera ser un despacho. El tiempo corría en su contra y debían centrarse sin descuidar el oído, cualquier ruido emitido por ellos podría ser fatal, también que se acercasen y los sorprendieran.

Cuando llevaban casi dos horas por el lugar, encontraron otra despensa y Sergio, que oía sus tripas protestar de hambre desde hacía varios minutos, tomó un gran tomate y una botella de leche. Álex se decantó por un chorizo curado que colgaba junto a otros de un gancho en la pared, pensó que un buen vino sería el acompañamiento perfecto, pero no vio ninguna botella.

—Debemos estar en una estancia que da a la calle —dijo de repente Sergio.

—¿Por?

—Se escucha la lluvia, ha empezado a llover de nuevo.

—Es cierto.

—Ya podría haber pasado todo esto en verano.

—Ya hemos matado al hambre, así que continuemos.

—Aún llevamos solo la mitad de la planta, este lugar es infinito.

—Es cierto, y espero que esta planta no tenga también puertas secretas como el sótano. Claro que dudo que el despacho esté oculto, debería ser donde recibe a sus hermanos y a otras personas que vienen a verle. Pudimos preguntarle a los sargentos de la UCO por la ubicación del lugar en el que mantuvieron la conversación con el padre Anselmo, pero eso nos delataría y no queremos que sepan que hemos entrado de nuevo a husmear.

—Quizás tiene dos despachos.

—¿Para ocultar documentos comprometedores?

—Es una opción.

—Sería absurdo, lo lógico sería un despacho y un cuarto secreto con archivadores. Pero ¿para qué guardar documentos que pudieran perjudicarles si fueran descubiertos?

—Es lo que hemos venido a buscar.

—Lo sé, no me he explicado bien. Me refiero a que es absurdo guardar documentación sobre delitos, pero la gente acaba haciéndolo, y más aún las personas que delinquen por ideología.

—Rituales religiosos.

—La madre superiora de las Descalzas guarda esa libreta, no es descabellado pensar que el abad primado tenga mucho más que eso al ser el líder de estos fanáticos. Y hablar de la libreta me recuerda dos cosas, la primera que esa anciana quizás se haya dado cuenta de que estuvimos en su despacho, porque coloqué la libreta tras fotografiar sus páginas sin recordar bien la posición exacta tras el

cuadro; si se ha percatado del detalle, seguro que ha avisado a los demás de que hay ratas corriendo por la noche por sus edificios, así que debemos ser precavidos no sea que nos estén esperando; la segunda cosa que recuerdo es que aún no sabemos por qué ese monje harapiento tenía la cadena y el crucifijo de Elena García, es todo lo que tenía aparte de sus hábitos, como si se tratase de un tesoro.

—No parecía ser dueño del todo de sus actos, quizás por eso lo tenían encerrado allí.

—Y al descubrirlo a la mañana siguiente deambulando por el monasterio, se percatarían de que las ratas también habían llegado a este edificio y lo habían dejado escapar.

—Pues no parece que nos estuvieran esperando, no hay nadie y las puertas de todas las estancias siguen abiertas.

—Tal vez solo están siendo precavidos con aquello que sea valioso para que no descubramos pistas. Dentro de un rato podríamos topar con una puerta imposible de abrir, o con una abierta, pero con cinco monjes armados que nos muelan a palos y nos entierren en el bosque.

—Quizás por ese motivo hemos venido armados, deberíamos ir con más cuidado y no llevar las armas en el bolsillo, sino en las manos.

Eso hicieron a partir de ese momento y continuaron con la inspección.

Media hora más tarde llegó el estruendo, aunque solo se podría definir con esa palabra porque rompió por completo el silencio de la noche y asustó a los policías. Se oía como un cúmulo de jadeos y roces de ropa, además de algún gemido cada pocos segundos.

Álex y Sergio estaban ocultos tras una columna a la espera de lo que sucediera, casi sin respirar para no ser vistos ni oídos, pero sin comprender qué era eso tan extraño. Casi habrían apostado a que varios monjes estaban teniendo un encuentro cariñoso unos metros más allá.

Tras dos minutos pudieron ver, gracias a las linternas que portaban los tres monjes, que se trataba de bajar por las escaleras el cuerpo de un cuarto compañero, este, muerto o inconsciente, parecía pesar una tonelada. También cargaban con una carretilla de las del huerto. Al llegar abajo, pusieron el cuerpo sobre la carretilla

y continuaron pasillo adelante de una forma mucho más silenciosa.

—Es una suerte que no tomaran la dirección contraria, se habrían topado con nosotros.

—No es eso lo que me preocupa, Sergio. ¿Eso es un cadáver?

—Es posible, aunque puede ser un borracho.

—¿Y para qué llevarlo de madrugada? Mejor dejarlo dormido donde se hubiera emborrachado. ¿Y por qué con ese sigilo? Es un cadáver.

—¿Crees que han matado a uno de ellos?

—Aquí pasan cosas inexplicables por la lógica, por la razón o sentido común. Sigámoslos.

—Sí, ya nos sacan suficiente ventaja como para no oírnos a sus espaldas.

—Y no queremos que desaparezcan tras una puerta secreta sin que lo veamos.

Siguieron a la comitiva, que no podía ser más surrealista, tres monjes arrastrando un carrillo de mano con un cuarto tumbado sobre él, alumbrados por linternas y relevándose cada pocos metros por el cansancio. No hablaban entre ellos, pero jadeaban por el esfuerzo. Unos segundos antes, los inspectores pudieron ver que uno de ellos era Anselmo porque una linterna alumbró su rostro unos segundos cuando estaban más cerca de ellos. Si cargaban con una persona muerta por un acto violento, tendrían ya un motivo para arrestar al párroco y poder interrogarlo.

Llegaron al final de un pasillo donde había una puerta de metal cien veces pintada, los monjes la habían atravesado treinta segundos antes.

—¿El huerto? Esta no es la puerta por la que entramos nosotros, pero da al mismo lugar.

—No hables tan alto.

—Esos no nos podrían oír con el sonido de la lluvia y el recital de jadeos, están en peor forma que yo.

—También tendrán veinte o treinta años más.

—¿A dónde irán?

—Está claro, van a enterrarlo.

—Joder, no creo que se atrevan, ese monje tendrá familia, amigos, estará registrado… Claro que eso verificaría que se trata de un crimen y no de una muerte natural. ¿Llamamos a los de la UCO?

—No, prefiero esperar.

—Los cogeríamos ahora con las manos en la masa.

—Pero necesito tiempo para pensar. Deja que caven y entierren el cuerpo, habrán dejado huellas por todas partes y será fácil incriminarlos luego.

—Es algo irregular.

—No me vengas con eso, ni siquiera estamos de servicio y nos hemos colado aquí incurriendo en un allanamiento de morada.

—Está bien, esperaremos, aunque deberíamos buscar otro lugar para observar; esos tres van a regresar por aquí cuando terminen y no hay donde esconderse.

—Es cierto, vamos a tratar de recorrer todo el edificio hacia la puerta por la que hemos entrado nosotros.

—No hay prisa, esos abuelos tardarán lo suyo en cavar una tumba y luego rellenarla.

Cuando llegaron a la otra puerta y la abrieron con cuidado de no emitir ruido alguno, los monjes ya estaban terminando de rellenar la tumba de estiércol.

—A saber cuánta gente ha abonado ese huerto, quizás esté lleno de huesos.

—Cuando consigamos una orden para exhumar ese cuerpo, lo averiguaremos. Vamos a esperar a que se marchen y desenterremos lo suficiente como para hacerle una foto y presionar a los de arriba para que vengan con toda la caballería.

Habían esperado pacientemente a que los tres monjes dejaran la carretilla al lado de otros utensilios y luego desapareciese el resplandor de sus linternas. Aguardaron cinco minutos más para asegurarse de que ninguno estuviera vigilando por la ventana y, al aguardo de la eterna lluvia, los policías fueron a por las mismas palas que habían usado los monjes para desenterrar el cuerpo.

—Era aquí.

—Creo que un poco más allá.

—Joder esto es todo igual, todo es tierra negra y encharcada.

—Hubiera estado bien que colocaran una lápida o una cruz, ¿verdad, Sergio?

—Muy gracioso.

—Vamos a cavar, el tiempo corre y la lluvia no para de caer. Sin saber con seguridad dónde está el cuerpo, quizás necesitemos dos

horas o más.

—Joder.

El cuerpo apareció en el quinto agujero, más bien fue una rodilla, pero tras otros quince minutos cavando entre los dos lograron descubrir el rostro y así poder iluminarlo con la linterna.

—Es el que nos atacó.

—Eso parece. No tiene señales de violencia, ni heridas de bala ni hematomas por golpes severos, ni siquiera tiene restos de la pelea con nosotros, a pesar de que aún llevamos las caras destrozadas.

—Vamos a llamar a la UCO.

—Llama tú, Sergio, yo haré otra llamada para asegurarnos de que todo se hace como es debido y no nos entorpecen en esto también.

Dos horas más tarde, el patio trasero del monasterio, oscuro y vacío, se había convertido en algo más parecido a la explanada en la que se montaba la feria del pueblo cada verano. Las luces de la Científica alumbraban el huerto para que trabajasen unos veinte agentes; el cuerpo del monje seguía en la fosa en la misma posición en que fue colocado y ahora recibía la inspección de un forense; a un lado discutían los dos sargentos de la UCO con los inspectores.

—Pensaba que éramos un equipo —les espetaba David Rovira.

—Y lo somos, aquí estamos los cuatro.

—¡No me jodas! Habéis venido sin avisar, no llamáis cuando descubrís a los monjes llevando el cuerpo ni cavando y luego avisáis a Forense y Científica antes de consultarlo con nosotros.

—Lo de no llamaros para venir fue porque surgió de improvisto, tampoco llamamos luego porque podrían oírnos mientras cavaban la tumba. Y lo de avisar a Forense y Científica es el procedimiento.

—¿Procedimiento? Os habéis colado aquí sin permiso otra vez y habéis desenterrado un cuerpo contaminando la escena, y habláis de seguir el procedimiento.

—Cálmate —dijo muy tranquilo Iván Rosillo para apaciguar la situación—. Las circunstancias y lo vivido por estos compañeros ha provocado que actúen de esta forma, nosotros habríamos hecho lo mismo en su lugar.

David se marchó dejando a su compañero con el paraguas, necesitaba refrescar la mente y el paseo hasta el edificio le sentaría bien.

—¿Crees que nos dejará estar presentes o participar en el interrogatorio a los tres monjes?

—Vergara, tenéis los cojones cuadrados para haber hecho esto, aunque David suele actuar de un modo parecido en los casos, quizás por eso rozáis en unos aspectos y os lleváis bien tú y él en otros. Pero respondiendo a tu pregunta, seguro que es la propia comandancia la que niega vuestra petición.

—Hemos sido nosotros los testigos del suceso y los que hemos llamado.

—Pero estabais incurriendo en un delito al estar aquí sin permiso.

—Podemos decir que lo vimos todo desde el muro perimetral.

—Una madrugada bajo la lluvia no teníais nada mejor que hacer que observar un huerto oscuro, no colará. Ya os pasaremos la transcripción de los interrogatorios sin que los de arriba lo sepan.

—Pero necesito hacerles una serie de preguntas, sobre todo al padre Anselmo.

—Nos consta que ha pedido la presencia de su abogado.

—¿Ese monje tiene abogado? ¿Van a venir desde la capital los abogados de los peces gordos que mandan aquí?

—Que lo dudes me preocupa.

—Podrías, al menos, darme la oportunidad de hablar a solas con Anselmo antes de que se lo lleven.

—Me pides que saque con alguna excusa a David de ahí dentro y propicie en una sala a solas un encuentro irregular y extraoficial.

—¿Lo harías?

—Por supuesto que no. Es más, ¿qué crees que conseguirías de un monje que ha hecho todo esto y a saber qué más y que ya ha pedido que venga su abogado? Quiero decir, ¿qué sacarías de esa entrevista sin poder usar la violencia?

—Tal vez se me ocurra algo.

—Lo siento, pero eso no pasará.

—¿Y por qué coño no están cavando alrededor de esa tumba para buscar restos óseos? ¿Acaso van a traer perros o un sistema de detección de huesos?

—¿Por qué crees que hay más cuerpos enterrados aquí?

—Porque no han dudado en usar esta extensión de terreno privada para enterrar al monje, por lo que pueden haber pensado en

lo mismo en el pasado.

—Estás dando por sentado que han matado a más gente.

—No seas tú el que me defraude ahora con ese intento de ingenuidad. Deja que me entreviste con Anselmo, creo que puedo hacerle hablar, tengo mis motivos para pensarlo.

—No insistas, eso no ocurrirá.

Rosillo se marchó y los dos inspectores se quedaron compartiendo un paraguas prestado, aunque poco más podrían mojarse esa noche.

—¿Qué pensabas usar contra el monje?

—Cuando se marchaba con los otros dos tras el entierro, creí ver pesadumbre, dolor, también lo vi cuando los descubrimos bajando el cuerpo por las escaleras.

—Ese monje es un ser querido. Pues nadie lo diría al ver dónde lo tenía encerrado.

—Quizás lo tenía allí para protegerlo de sí mismo, o para que no hiciera daño a otros monjes. No sabemos los motivos. Quizás consideró que era más humano tenerlo encerrado que abandonarlo en un centro especializado o…

—¿O qué?

—O haberlo metido en esta tumba mucho años antes.

—¿Podría ser este tipo el asesino de los niños?

—Es posible, ahora no lo sabremos. Seguro que Anselmo lo señala como brazo ejecutor, pues ya no podríamos encarcelarlo y ellos quedarían con cargos de asociación, complicidad y otros delitos de menor cuantía y con reducciones de condena por edad.

—El forense está comentando a uno de sus ayudantes que el cadáver tiene la lengua oscura y muy hinchada.

—Veneno. Quién sabe, quizás han acabado con ese tipo para usarlo de cabeza de turco, justo lo que necesitan para darnos un asesino y que cerremos el caso.

—El caso no es nuestro.

—Ya me entiendes.

—¿Y qué pasa con Esther García? ¿Aparecerá viva?

La chica había descubierto dos cosas de su carcelera en las horas que llevaba allí, la primera: no le gustaba cocinar ni comprendía las restricciones en la dieta de una persona vegana; la segunda: era incapaz de aguantar un minuto sin conversar cuando había ganado

algo de confianza con alguien, y la fachada de mujer hermética y fría que le habían pedido que crease no le había durado ni dos horas.

—… y entonces se enamoró de la hermana.

—No puede ser.

—Como te lo digo, justo tras la boda y habiendo dejado embarazada a la mujer.

—Qué cerdo.

—Todos los hombres son así, te lo aseguro. ¿No te vas a comer la hamburguesa?

—No tengo apetito, y la carne no es lo más apetecible para un vegano.

—Pues es lo más nutritivo para estar bien sana y tú estás en los huesos.

—Si mañana me traes algunas cosas que te pida…

—Qué delicada, hija. De pequeña yo comía de todo y mira qué sana estoy. Los niños caprichosos con la comida se vuelven debiluchos. Hay que comer de todo, carne, bollos, huevos, verduras y fruta también, pero sobre todo carne, esa hamburguesa es de cerdo y hasta te puedo contar anécdotas del puerco cuando vivía, porque era de mi cuñado Julián, más inteligente el marrano… me refiero al cerdo, no a mi cuñado, aunque Julián no es muy aseado que digamos. ¿Te cuento esas historias?

—Prefiero no oírlas. Es que los veganos…

—Veganos, ¿qué es eso?

—Ya te lo he contado hace un rato, es cuando…

—¿Otra moda? Qué os gusta a los jóvenes de ahora complicaros la vida, como esos que no se sienten hombre o mujer, una buena hostia a tiempo y solucionado. Y que conste que no estoy a favor del maltrato a los niños, pero es que una buena bofetada ha curado más que la penicilina.

—Ya empieza la serie otra vez.

—Es verdad. A ver qué dice la suegra cuando se entere de la infidelidad. Dame esa hamburguesa, no vamos a tirarla, que tirar la comida es pecado.

Ya era una ventaja estar en el sofá y acompañada, mejor que en el zulo, y viendo la televisión, aunque fuese una de esas pequeñas y antiguas que parece una caja de madera, no se veía muy bien y la

telenovela no sería su elección, pero menos daba una piedra. Esther suspiraba al son del rugido de tripas. Tenía sueño, pero sabía que no podría dormir en ese camastro duro, con los muelles del colchón viejo clavándose en su espalda y sin su almohada viscoelástica. Mejor caer rendida en aquel sofá que dar vueltas en la cama entre pensamientos agoreros sobre su futuro.

Al cabo de unos minutos, llegó otra pausa publicitaria y Esther aprovechó para sacar el tema de conversación y no tener que soportar el resumen de lo visto por su acompañante.

—Echo de menos a mis padres.

—Pronto los verás. Seguro que pasan los días volando.

—¿Días? Pensaba que regresaría mañana a casa.

—Hija, no sé si puedo… A mí me han dicho que no te diga nada, pero es que tampoco me han dicho cuánto tiempo te quieren tener aquí, solo que es por tu bien y que trajese comida y agua de sobra por si estamos varias semanas.

—¿Tanto tiempo?

—Bueno…

—Echarás de menos a tu familia.

—No te creas, mi marido se pasa casi todo el día fuera de casa. Será él quien me eche de menos cada vez que quiera comer o tener la ropa lavada y planchada.

—¿No tienes hijos?

Un velo de tristeza apareció en su cara para quedarse fijo en ella.

—No he tenido la suerte.

—Vaya, tampoco creo que te hayas perdido nada. Mis padres no parecen muy felices con haberme tenido, aunque eso es así desde hace cuatro años.

—¿Cuatro años?

—Sí, desde que Elena se fue.

—¿Elegida?

—Sí.

—Tus padres fueron afortunados, les quedó una hija tras ofrecer a la otra.

—¿Quieres decir que tú…? Yo pensé cuando dijiste que no habías tenido hijos que…

—Olvídalo, así es como debe ser, hay que olvidarse y pensar que

se hace por algo más importante que nosotros mismos, los sacrificios son así, el dolor debe olvidarse al pensar en la dicha que se recibe a cambio.

—Yo no he podido olvidar a Elena, creo que mis padres tampoco, aunque fingen muy bien. El caso es que lo recibido no siento que compense lo perdido. Daría todo lo que tengo por volver a tener a mi hermanita conmigo. ¿Acaso tú no…?

—Se acabó la conversación y la reunión. Tienes que irte a la cama.

—Pero no tengo sueño.

—Me da igual, ya te he concedido demasiada confianza.

Esther se marchó a regañadientes, tenía frío y no sabía si las mantas que le había dado unas horas antes serían suficientes, pero no deseaba enfadar más a su carcelera. Ella no podía verlo, pero la mujer ya no prestaba atención a la televisión, solo podía llorar.

Capítulo 26

Sentía un extraño hormigueo en las manos, extraño porque él no recordaba haber sentido antes algo así, no era como cuando se le duerme una mano o un brazo. Trabajaba más que nunca para cubrir junto a Hugo los turnos que hubieran sido de Julia, eso sería así hasta que llegase el sustituto; parecía que ese día no iba a llegar nunca. Sentía sueño y cansancio, a pesar de que llevaba dos días sin moverse de la silla de la recepción del cuartel. Felipe Díaz se levantó a por otro café de la máquina, le costaba caminar esos doce pasos y luego otros tantos de vuelta a su trabajo: mirar al frente por si pasaba alguien ante la fachada del cuartel, comprobar el correo electrónico por si había llegado un mensaje y responder al teléfono.

Llevaba allí cuarenta minutos y aún no había pasado nada, ni llamadas ni correos electrónicos ni pasó nadie por la fachada de…

—Buenos días.

No tenía que haber pensado en eso, ahora tendría que posponer su momento de relajación mientras se tomaba el café. Quizás se le enfriase, porque la visita era del abad Vicente, un tipo soporífero, a nadie en el pueblo le había extrañado que el cargo religioso más importante fuese a parar al padre Anselmo, por capacidad, carisma y… por sentido común, básicamente, porque eso era Vicente, muy básico.

—Buenos días, padre.

Vicente frunció el ceño, detestaba que lo llamasen padre, como si él fuese el párroco Anselmo, al que no le importaba lo más mínimo ese formalismo. Como abad debían llamarle reverendísimo padre o reverendísimo señor. Pero ya se había acostumbrado tras comprobar que no iba a conseguir nada corrigiendo a cada vecino.

—Mejor Vicente, que lo de padre lo escucha uno tantas veces en el monasterio que… bueno, en fin, pasaba a preguntar por las novedades.

—¿Novedades?
—Por lo del padre Anselmo.
Felipe seguía con cara de bobo, como si hubiera regresado al instituto y le estuvieran preguntando por una fórmula química compleja.
—No sé nada del padre Anselmo.
—Pero si lo dice hasta la televisión, lo ha detenido la Guardia Civil y llevado a interrogar por la muerte de un monje.
—¿En serio? Cojones… Pues no sabía nada, aún no ha llegado el sargento y no he hablado con nadie desde ayer por la tarde.
—Yo pensaba que Anselmo estaba aquí.
—No, los casos así los lleva la UCO, estarán en la comandancia o en la capital.
—Entiendo. Oye, voy a por un café de esos, ¿está bueno?
—Según con el que lo compare, padre, se deja beber.
El clérigo rebuscó entre sus bolsillos hasta dar con unas monedas, parecía contarlas para ver si tenía suficientes para invitar al agente, pero hizo un chasquido de decepción con la lengua y pidió solamente uno. Recién sacado de la máquina, sopló un poco y le dio un pequeño sorbo antes de regresar al mostrador de recepción.
—Sí, se deja beber.
—Voy a enviar un mensaje a la comandancia, a ver si me cuentan algo.
—Déjalo para más tarde y dime algo que me extrañó anoche.
—No comprendo.
—Sí, Felipe, anoche te vi cerca del monasterio a las once y media, más o menos.
—¿Eh? Pues… seguro que regresaba de tomar unas copas con unos amigos en la plaza.
—Vaya, te vi solo y pensé… Nada, cosas mías. ¿Todo bien?
—Sí, claro.
—Me marcho ya, tengo muchas tareas, y más desde la detención del pobre Anselmo.
—Claro, aunque pensé que esperaría al sargento.
—No, no hace falta.
Cuando Felipe vio que el abad ya había salido del edificio:
«Maldito hijo de puta, todos lo son, monjes o monjas, todos

asomados permanentemente a las ventanas para observar lo que hace o dice cada vecino del pueblo. Mal rayo los parta. ¿Acaso le he preguntado yo qué hacía él asomado a la ventana o por la calle a esas horas?».

Y tomó el teléfono para llamar a una persona importante, alguien a quien le había prometido la noche anterior que no lo llamaría salvo que fuese algo urgente.

«¿Qué habrá visto este cabrón y para qué ha venido ahora? Seguro que sabe lo que hice y quiere sacar tajada por el silencio. Y luego dicen que los monjes no ansían más que el bien del prójimo, que no tienen deseos egoístas. Seguro que tarda poco en pedirme dinero por guardar el secreto».

Anselmo tuvo que suplicar mucho para lograr que le permitiesen conservar el rosario para rezar, pues no pensaba hacer otra cosa en la celda; tampoco es que fuese a tener otras opciones.

Pensar.

Siempre podría pensar.

Pero no quería pensar.

Era lo último que deseaba hacer, ni pensar en lo ocurrido con Ángel ni en lo que iba a ser de él en el futuro. Lo de Ángel no se podía revertir, ya estaba hecho; y su futuro no dependía de sus decisiones, siempre había sido cosa de terceros. Ya en la preadolescencia, cuando tenía claro que juraría los votos y seguiría en el monasterio hasta el resto de sus días, Anselmo sabía lo que pasaba en el pueblo, sabía que cada dos años había que hacer algo necesario para la comunidad, aunque con los años fue descubriendo que se trataba de bienestar económico, tanto para las familias del pueblo como para los electos, los verdaderos dioses de aquel pagano lugar. Tanta escultura y tanto cuadro de Jesucristo, de la Virgen y de santos por doquier, todo era una farsa. Lo que nunca comprendió, y seguía sin hacerlo, es el motivo para seguir rezándole a Dios y leyendo la Biblia a diario cuando allí era imposible creer en las enseñanzas de las Sagradas Escrituras.

«Somos monstruos, somos demonios. Así como ellos son ángeles caídos, nosotros somos antiguos fieles de Abraham que hemos caído ante la tentación de unos diablos con carteras de inversión y amigos políticos, jueces y policías. Los únicos enviados de Dios que han pisado el pueblo en siglos son esos dos policías que han estado a

punto de matar en varias ocasiones. Qué irónico es todo esto».

Pasaba las pequeñas bolas del rosario entre los dedos, pero no para contar las oraciones, sino una bola por cada maldición hacia sí mismo por no haber frenado la barbarie muchos años atrás, también por no haber cuidado más de Ángel, por haberle concedido la tarea más horrible del lugar. Claro que fue una decisión dura, pero también amparada en el hecho de que la mente simple del grandullón eliminaría el recuerdo de lo hecho en los rituales con más facilidad que otra persona lúcida; porque la idea de hacerlo el propio Anselmo siempre le provocó escalofríos. Tan solo pensar que uno de los monjes con los que trabajaba a diario fuese un salvaje asesino era imposible de asimilar por la congregación, pero todos confiaban en que un hombre simple de mente, al que podían tener encerrado si lo deseaban sin que protestase mucho, era perfecto para esa tarea.

La situación había cambiado mucho en un solo día, en horas; Ángel estaba muerto, la Guardia Civil lo había arrestado y el ritual no se llevaría a cabo. Sería perfecto, pensaba Anselmo, que los electos se marchasen y dejaran el pueblo libre para siempre. Una vida se habría salvado y otras muchas más en el futuro, al menos en Samael. No podría evitar que se marchasen a otra localidad, quizás del extranjero, pero al menos se iban de allí.

«Quizás así pueda asomarme a la ventana o caminar entre las calles sin sentirme como una serpiente buscando una presa entre los niños. Todavía me cuesta mirar a los ojos a los padres y hermanos de los chicos sacrificados».

Y comenzó susurrar una oración por cada niño que recordaba haber entregado al ritual, una bola del rosario por cada monstruosidad.

Recordó de repente la visita de los dos sargentos que solo unas horas antes lo habían detenido y esposado, debió ser más cortés con ellos, pero no comprendió en ese momento que fueran a recriminarle sus acciones cuando sus superiores pertenecen al brazo armado de los electos. Juego doble, sin duda. Ya no lo consideraban útil y lo atacaban para acusarlo y matar dos pájaros de un tiro.

Había pedido la presencia de su abogado porque ese era el protocolo en caso de ser descubierto el tema de los rituales o algo que pudiera dar con ello. Ahora tenía más claro que nunca que lo

de los abogados era más para contenerlo a él que para protegerlo de la justicia. No confiaba en que su futuro estuviese lejos de una prisión, tampoco le preocupaba. Pero ¿qué iba a hacer? ¿Seguir las instrucciones de los abogados o confesar todo lo que sabía? Esa última opción era la que más le apetecía, vaciar de mierda su conciencia, aunque eso no limpiase su alma, que estaba condenada al infierno desde décadas atrás. ¿Qué harían los electos en ese caso? Lo amenazarían, lo privarían de credibilidad inventando barbaridades de cara a la opinión pública, consiguiendo un juicio paralelo en cada salón de vivienda y barra de bar. Asesino, pederasta y a saber cuántas cosas más dirían. «Está intentando mancillar el nombre de valiosos empresarios y políticos porque está enajenado y quiere llamar la atención». Eso no preocupaba a Anselmo, injurias sobre él no suponían ni una gota comparado con el océano de pecados que había cometido excusándose o justificándose en el bien común. ¿Desproteger al pueblo? ¿Dejar de financiar las congregaciones? ¿Incluso amenazar de muerte a los monjes y monjas? Tras la muerte de Ángel, ya no había sentimiento de protección dentro de Anselmo. Los electos no tenían nada de poder contra él, nada.

Le había dado la vuelta dos veces al rosario cuando un funcionario de prisiones le dijo que tenía que acompañarle, pues estaba su abogado esperándole. El abad primado se levantó para acompañarlo.

Al entrar en la sala de interrogatorios, comprobó que se trataba de cuatro personas, aunque uno de ellos, el mayor en edad y menor en estatura, manejaba la batuta. Los otros tres se marcharon tras la presentación. Una vez a solas:

—Bien, tenemos unos treinta minutos para planificar las respuestas a las preguntas que vayan a hacerle en el interrogatorio, es poco tiempo, pero me consta que usted lleva toda la vida preparado para solventar una situación como esta.

—Le han informado bien.

—Lo más importante para mis clientes, que también son sus benefactores, es que nada se sepa de lo que ocurre entre los muros de esos monasterios. La Guardia Civil quiere roer un hueso y es mejor que le demos uno bien duro y ya preparado para la tarea. Siento ser tan brusco y definirle de esa forma, pero ya le he dicho

que vamos muy ajustados de tiempo.

—No se preocupe.

—Van a preguntarle sobre lo ocurrido con el monje que han encontrado enterrado en el huerto, se declarará culpable de su muerte y dirá que los otros dos compañeros solo lo ayudaron a enterrarlo. Luego, si las preguntas se dirigen hacia el otro tema, ya me comprende, dirá que era el monje fallecido el único responsable, que usted fue su encubridor y que nadie más sabía lo que pasaba.

—Ángel.

—¿Cómo dice?

—Se llamaba Ángel y era mi hermano.

—Siento la pérdida, no sabía que…

—No se preocupe, tampoco tienen que hacerlo sus clientes, tendré la boca cerrada.

—Mis clientes serán generosos en el pago por su silencio, con usted y con la congregación.

—Ya lo imagino. ¿Algo más que deba decir?

—Invente una historia sobre lo ocurrido, una que se aprenda de memoria, pues los interrogadores podrían presionar durante horas para hacerle dudar y que cambie la versión de los hechos. Yo permaneceré todo el tiempo en el interrogatorio tratando de evitarle un mal paso, pero hay que prevenir igualmente.

—¿Voy a permanecer aquí?

—Si se declara culpable, el juez aprobará su traslado al presidio y este se llevará a cabo a primera hora del día siguiente. Eso en el caso de que los investigadores o la fiscalía no presenten una instancia pidiendo que permanezca aquí para futuros interrogatorios. Por eso es muy importante que se declare culpable, que diga que el otro… Ángel era el responsable de la muerte de Abel Solano y que sus declaraciones sean firmes y siempre con los mismos detalles. No puede dudar, cada duda será interpretada por los investigadores como una cuña en la que hacer presión para sacar algo más, algo diferente.

—Comprendo.

—Bien, invente algo y dígamelo como si yo le hubiera preguntado por lo ocurrido.

—¿Cómo dice?

—Que simulemos que estamos ya en el interrogatorio y le he

preguntado por lo ocurrido la noche pasada.

—De acuerdo. Yo… discutí con Ángel y…

—¿Por qué discutió con él?

—¿Es necesario que lo diga?

—Por supuesto que sí, por favor, céntrese, el tiempo vuela. Imagine que no soy su abogado, sino un investigador que le ha preguntado.

Media hora más tarde, el interrogatorio llevaba unos minutos empezado, habiéndose hecho las primeras preguntas de rigor y estando la sala con dos protagonistas más, los sargentos de la UCO que había efectuado la detención.

—Señor Díaz, o padre, como usted prefiera, no nos queda claro el motivo por el que decidió acabar con la vida de su hermano o compañero, tampoco de dónde sacó el veneno, pues no es típico de jardineros y agricultores, no había un solo tarro en las despensas del monasterio.

—Mi cliente está algo aturdido, no ha dormido y lo ocurrido lo tiene muy afectado.

—Nos hacemos cargo, letrado, pero son preguntas de rigor y, si siguen pretendiendo que se aplique una reducción de condena por colaboración, colaborar es lo que debe hacer, o responder a las preguntas, que es lo mismo. Señor Díaz, ¿va a responder?

—El frasco de veneno lo tengo desde hace muchos años, no recuerdo siquiera dónde lo compré.

—¿Y dónde está ahora ese frasco?

—Lo cierto es que no lo recuerdo, lo tiré o escondí, estaba muy afectado y lo he olvidado.

—Le recordamos que usó el veneno para matar a esa persona, cuyos datos aún no nos ha dicho.

—Ya les dije que se llamaba Ángel.

—¿Solo eso? ¿Apellidos? ¿Cargo en el monasterio? ¿Tenía DNI?

—Entró casi al mismo tiempo que yo, cuando éramos niños, no sé qué documentos tendría y si siguen en los archivos del monasterio.

—¿No tienen ustedes un DNI que renovar de vez en cuando en comisaría? ¿Nada? ¿Ni carné de conducir?

—Solo tres monjes tenemos carné de conducir en el monasterio y lo cierto es que no pensamos en nada que no sean las tareas y el

rezo, así es nuestra vida, no estamos pendientes de carnés, etiquetas o renovaciones.

—Bien, el veneno lo tenía desde antes y no sabe dónde ha puesto el frasco. ¿Por qué lo mató?

—Llevaba tiempo cometiendo acciones impuras.

—Especifique algo más, por favor.

—Ángel era… era diferente, más noble que el resto, pero también más simple.

—¿Retrasado mental?

—No me gusta definirlo así, solo diferente, como un niño grande.

—¿Qué hizo para que usted decidiese matarlo en lugar de expulsarlo?

—¿Expulsarlo? Fuera del convento no podría sobrevivir.

—Hay instituciones especializadas. Además, ¿para qué tenerlo allí hasta pasados los sesenta años y luego decidir terminar con su vida de esa forma?

—No sé, se me ocurrió.

—Interesantes ocurrencias tiene usted. ¿Qué hizo Ángel? Sigue sin responder.

—Asesinó a un niño.

Los dos sargentos, que estaban apoyados con los codos sobre la mesa para hablar lo más cerca posible del padre Anselmo, se quedaron sin respiración a la vez que se recostaron despacio.

—¿Habla de Abel Solano?

—Así es.

—¿Cómo sabe que lo hizo Ángel? ¿Se lo confesó él mismo?

—Así es.

—Hemos hablado con varios monjes y todos aseguran que era mudo.

—Tenía su forma de comunicarse, nos conocíamos desde toda la vida y sabía cómo decirme cualquier cosa.

—Abel Solano apareció muerto hace unos diez días. ¿Por qué matar ahora al responsable de esa muerte?

—Fue ahora cuando me lo confesó.

—Y pensó que era la mejor forma de acabar con una persona que podría volver a delinquir contra un inocente.

—Así es.

—Siento decirle que hay muchas lagunas o interrogantes en su declaración. ¿Acaso Ángel no había hecho antes nunca nada de esa magnitud para merecer ese castigo a sus ojos? Todos sus hermanos dicen que vivía casi siempre encerrado y que se comportaba prácticamente como un animal, ¿no podía haberlo denunciado a las autoridades?

—¿Encerrado en la cárcel? No lo soportaría.

—¿Es mejor envenenarlo y enterrarlo de madrugada en el huerto, y todo eso tras vivir una vida entera pasando encierros en una celda del monasterio?

—Ya le digo que no pensé, solo actué, estaba enajenado.

—¿Es lo que quiere alegar ante el juez, que no era consciente de sus actos?

—Mi cliente aún no va a hacer declaraciones de ese tipo, se limitará a responder sobre lo ocurrido y sobre lo que sepa conforme al homicidio de Abel Solano.

—¿Le contó Ángel algo más? Me refiero a que pudiera haber asesinado o agredido a más personas.

—No, solo lo del niño.

—Me consta que en el pueblo han ocurrido varios incidentes en los últimos días.

—Sí, pero Ángel no tuvo nada que ver, estaba encerrado.

—¿Por qué estaba encerrado? Ha dicho que se ha enterado ahora que había matado al niño y por ese motivo decidió envenenarlo. ¿Por qué estaba encerrado antes?

—No lo recuerdo.

—Su memoria actúa de una forma muy caprichosa.

—Están atosigando a mi testigo, a pesar de su colaboración.

—¿Colaboración? Está bien, no tenemos más preguntas por el momento.

—Mi cliente está dispuesto a firmar una declaración de culpabilidad.

—Se le pasará la transcripción del interrogatorio para que pueda firmarla y llevarla ante el juez de instrucción del caso.

—Gracias, sargentos.

El abogado se levantó extendiendo su mano pequeña, blanca y sudada, los sargentos de la UCO se la estrecharon sin reprimir la cara de asco y se marcharon de la sala.

—Esto es extraño, Iván.

—Sí, pero es lo que esperábamos, que ocurriese algo que hiciera cerrar el caso, con una detención y a volver a la rutina.

—Joder, esto no funciona así.

—Esto funciona como dicen los de arriba que funcione, punto pelota.

No tenía suficiente con las tareas de siempre, a las que dedicaba dieciséis horas diarias de lunes a domingo sin descanso estos últimos cincuenta y siete años, ni estando enferma ni el día que enterró a su madre. No, no tenía suficiente y ahora le habían encargado la organización del ritual. Comprendía que la detención del padre Anselmo la colocaba como la candidata principal para realizar esas funciones, también sentía mucho lo ocurrido con el abad primado, aunque se veía venir desde hacía décadas, la protección de ese monje que todos aseguraban era su hermano de sangre no le traía más que disgustos.

Ahora todos estaban sometidos a vigilancia, claro que ella lo supo desde el momento en que llegaron los policías al pueblo, no necesitó comprobar que habían husmeado en su propio despacho y encontrado la libreta con los nombres de los niños de los rituales en los que se contabilizaban los ingresos extraordinarios tras cada invierno. Tampoco les servirían de mucho esos datos a los metomentodos de la capital.

Leonora tenía el nombre del niño elegido por Anselmo escrito en un trozo de papel entre las manos, conocía a los padres, la madre en concreto era muy devota y siempre ayudaba en las tareas de los domingos y aportaba dinero para reparaciones en el templo o confección de dulces en semana santa. Estarían encantados al saber que su familia había sido elegida una segunda vez, pues seis años antes ya entregaron a Rosa… sí, se llamaba Rosa. ¿Quién sabe? Tal vez en el futuro le tocase también a Jaime, el niño que ahora tenía tres años y esa familia sería la más afortunada del pueblo.

Una novicia entró en su despacho.

—Madre, ¿dónde debemos colocar los manteles ceremoniales?

—Te dije que en la sala de recepciones, ¿estás sorda? Además, no me molestes con esos detalles, pregúntale a la hermana Míriam.

—Es que no sé dónde está.

—Esa mujer va a acabar conmigo. Busca en las cocinas, seguro

que ha ido a comer dulces.

—Gracias, madre, con su permiso.

«Vivo rodeada de holgazanas, zampabollos e inútiles. Qué tiempos aquellos en los que yo llegué aquí, con una vara se solucionaban los problemas, desaparecía el hambre y se aguzaba el ingenio en menos de tres golpes. Ahora la archidiócesis no quiere ni oír hablar de esa forma de educar. Dame fuerzas, madre divina».

Se levantó de la silla con la agilidad de un gato; a pesar de su edad y aspecto, se sentía más joven y activa que nunca. Emprendió el camino hacia la sala de ceremonias para asegurarse de que todo estaba saliendo como había ordenado. Allí había dos veteranas y cuatro novicias limpiando y ordenando para que los electos encontrasen impecable el lugar, no debían ver ni una mota de polvo.

—Eugenia.

—¿Sí, madre?

—Falta una bombilla en ese candelabro y dos más en aquel.

—Ahora mismo las cambio.

—Teresa.

—¿Madre?

—El mantel del altar está un poco más caído de la derecha.

—Lo igualo en un segundo.

—Si no hago las cosas por mí misma… sois un desastre.

«Bueno, al menos no tendré aquí de nuevo a Ángel, siempre me ha puesto el vello de punta ese monje, era obediente y que fuese mudo era una ventaja, pero tenía algo en el brillo de sus ojos que no me convencía en absoluto. Dios lo tenga en su gloria, pero mejor allí que aquí. Por cierto, aún no sé quién será el encargado de la ceremonia en su lugar. ¿Tengo que elegirlo yo o eso también lo había dispuesto Anselmo? Aquí nadie me informa, como si yo no tuviera ya suficientes tareas como para encargarme de otras nuevas».

—Adelaida.

—¿Sí, madre?

—¿Acaso no ves esa pelusa en aquel rincón? Si tiene el tamaño de un gato.

—Lo siento, madre, voy a limpiarla.

Parecía que la mujer se encontraba de mejor humor. Esther se

acostó la noche anterior con el pensamiento de que no volvería a congeniar con ella, de que no lograría su confianza nunca más. Tocar un tema tan delicado, aunque fuese uno que unía a las dos, fue una temeridad. Se veía, por las incipientes ojeras, que ella tampoco había logrado dormir mucho. Una buena forma de romper el hielo tras reunirse en la cocina.

—Gracias por dejarme desayunar contigo. ¿Has dormido bien? Yo no pude, extraño mi cama y he pasado algo de frío.

—Te daré otra manta, creo que hay más en uno de los muebles del salón.

—Anoche… bueno, yo no quería… Solo quiero pedirte perdón por meterme donde no me llaman.

—Es un tema del que no quiero hablar, es algo que se tiene que olvidar.

—¿Y si no se puede? Yo no puedo y han pasado años. No creo que olvide nunca a Elena.

—Tómate el café, hay zumo de naranja también y voy a hacer tostadas.

—¿El zumo de naranja es natural?

—De cartón.

—Vaya… ¿Las tostadas son integrales? Bueno, no pasa nada, comeré lo que haya.

—Mejor, porque no voy a ir al súper.

—¿Cómo terminó la telenovela?

—Como siempre. —Lanzó un suspiro—. Siempre te dejan con la miel en los labios para que estés deseando que llegue el siguiente capítulo. Bárbara pilló a su marido con su hermana y fue a por un cuchillo.

—¡No!

—Ya ves. Pero seguro que no pasa nada, se terminaría la serie si lo mata y aún quedan muchos capítulos.

—Claro.

Esther se tomó el café a pesar de que detestaba el sabor de la leche de vaca, casi le daba náuseas, pero necesitaba fuerzas tras haberse acostado sin cenar, por eso le echó tres cucharadas de azúcar, para tener energías y también para que no se notase mucho el sabor del café soluble; tendría diarrea durante dos o tres días, pero no le importaba. Dio buena cuenta de las cuatro tostadas con

mermelada y mantequilla que le había dado la mujer y no paró de hablar de la telenovela con ella para seguir ganándose su confianza. Se ofreció a lavar los platos y cubiertos y luego recoger y limpiar la cocina, pero su carcelera se negó. Al menos ya había recuperado el tono risueño que lució la noche anterior cuando estaban compartiendo el sofá tras la cena.

Esther se sentó en el sofá y esperó en silencio a que la mujer regresara de hacer las tareas en la cocina.

—Ya está, a ver qué echan en la tele.

—Gracias por cuidarme, otra persona no tendría por qué tratarme bien. Y me siento mal porque tengas que ser esclava de la casa.

—Pues lo que he sido toda mi vida.

—¿Tu marido no hace nada?

—Uy, claro que sí, él ordena, protesta, ensucia… hace esas y muchas cosas más.

—Me alegro de no tener novio.

—Pues sí, son tres meses de mariposas en el estómago y sesenta años de esclavitud.

—¿Has tenido que ir a casa a hacer las tareas y prepararle la comida?

—No, en el congelador le dejé fiambreras con cocido, lentejas, puré, albóndigas y más cosas, además de muchas latas de conservas en la despensa. No se morirá de hambre. Eso sí, cuando regrese, tendré que darme una buena paliza de limpiar toda la casa, poner lavadoras, hacer la compra… Mejor no pienso en eso. Lo cierto es que esto es para mí lo más parecido a unas vacaciones que he tenido en la vida.

—¿Nunca has viajado para ir de vacaciones?

—A veces hemos ido a la playa, a Alicante. Nunca a un hotel, siempre a un apartamento en el que hacer las mismas cosas que aquí.

—Vaya.

—Me hace gracia la gente que dice que somos mujeres de otros tiempos para justificar la mierda de vida que llevamos, como si no estuviéramos viviendo en dos mil veinticuatro como todos los demás. Eso sí, me habría gustado vivir en la capital, en una gran ciudad con personas de mente más abierta.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? Para haberme divorciado hace mucho.

—Siempre estás a tiempo.

—Lo que ocurre en los sitios como este, y tú lo sabrás dentro de muchos años, es que el peso de las decisiones es diferente dependiendo del lugar en el que vivas, y que con ese peso llega también el de la costumbre. Acostumbrarse a lo malo es lo peor que le puede suceder a una mujer.

—Así somos en Samael, llevamos el peso de la costumbre desde hace siglos; por eso agachamos la cabeza cuando perdemos a un ser querido, a un inocente niño que deberíamos proteger. Si no fuéramos tan cobardes, hace mucho que hubiéramos echado del pueblo a esos monjes, a las monjas y a todo el que quisiera hacernos daño.

—Pero los niños no sufren.

—¿Cómo podemos saberlo?

—Es lo que dicen y es lo que quiero pensar.

—¿Y si no es así? Ya por el hecho de ser separados de su familia, sacados para siempre de sus casas, privados del amor de sus padres y hermanos… ya solo por eso, es un sufrimiento infinito.

—Quiero pensar que mi Virginia se fue sonriendo.

—¿Así recuerdas que se fue cuando vinieron a por ella en mitad de la noche? Yo recuerdo a mi hermana horrorizada, y así comprobé hace poco que estaba al descubrir que había escrito una página en la que expresaba su disconformidad.

—No me digas eso, por Dios, no me lo digas.

La mujer comenzó a llorar y se tapó el rostro con ambas manos, manos agrietadas, toscas, de dedos rechonchos y uñas cortadas a conciencia. El sofá temblaba con los espasmos que lanzaba sin control.

—No llores, llorar no sirve de nada, te lo aseguro. Yo he llorado desde el día en que comprendí que Elena era lo más importante, más que la ropa, las amigas, salir con chicos y esas cosas. Lo comprendí cuando ya no la tenía conmigo. Llorar no me la ha devuelto, tampoco ha hecho que se vaya el dolor. Lo único que querría ahora para compensar todo aquello es ayudar a quienes quieren acabar con esto, a quienes van a llevarse a esos monstruos para que ningún niño vuelva a ser apartado de esa forma y sufra lo

impensable.

—¿Pero qué puedes hacer tú, niña?

—Yo no, nosotras. Y lo poco que podamos hacer, será mejor que estar aquí en el sofá viendo las vidas de mentira de esos personajes de las telenovelas, ¿no crees?

Sacó un arrugado pañuelo de papel de un bolsillo del vestido y se limpió los mocos haciendo tanto ruido que Esther se sobresaltó, también porque la chica estaba a la espera de la reacción que tuviese.

—Pues tienes razón, a la mierda con esos hijos de…

—Pero estamos lejos del pueblo y no tenemos coche.

—No tan lejos, es que te han dado un paseo en círculos para que tuvieras esa sensación. Son solo veinte kilómetros y hay una bicicleta en el cobertizo de ahí fuera, aunque parece más vieja que yo.

—Vamos a verla.

Tenía las ruedas desinfladas o pinchadas, encontraron una bomba de aire y las hincharon, pero no transmitía mucha confianza. La cadena estaba oxidada y solo funcionaba el freno delantero, a medias.

—No tiene marchas y las ruedas se desinflarán en menos de una hora, pero siempre iré más rápido que caminando.

—Llévate una botella de agua grande, este bocadillo que te he preparado y un plátano, te dará fuerzas.

—Gracias. Por cierto, aún no sé cómo te llamas y no querría irme sin saber quién me ha ayudado y cuidado.

—Maricarmen.

—Encantada, espero llegar a tiempo.

—Sí, yo también. Ya inventaré una excusa si me preguntan cómo escapaste. Y recuerda que solo debes seguir el camino todo recto hasta encontrarte con la carretera nacional, allí verás el cartel que indica que a la derecha se llega a Samael; a ver si hay suerte y te encuentras con alguien en coche que te lleve.

—Prefiero no fiarme, no sea que pase alguno de los que quieren tenerme aquí encerrada.

—Claro, es verdad.

—Ya me las arreglaré. Gracias de nuevo por todo. —Le dio un fuerte abrazo, se colgó la bolsa de tela a la espalda con los víveres y

comenzó a pedalear todo lo rápido que pudo.

A su alrededor solo había vegetación densa y apenas luz, y eso que eran las diez y media de la mañana, al menos no llovía, pero el olor del musgo mojado indicaba que tardaría poco en caer otro aguacero. Nada de eso le importaba, solo pensaba en llegar a tiempo de salvar o ayudar a salvar otra vida, la de un niño como lo fue su Elena.

Capítulo 27

Que el padre Anselmo se hubiera declarado culpable de la muerte del monje no sorprendía a Álex Vergara ni a su compañero Sergio Mantilla, tampoco que el abad primado hubiera señalado al difunto como autor único de la muerte de Abel Solano. Ni siquiera fue una sorpresa cuando eso mismo lo vaticinaron los sargentos de la UCO un puñado de horas antes. Todo cerrado, caso resuelto.

Ni por asomo.

Seguían sin poder entrevistar o interrogar al religioso y veían que en dos días tendrían que regresar a Madrid y volver a la rutina de sus casos de homicidios. El comisario no les permitiría más días de vacaciones y ahora menos, tras la confesión del asesino y el caso cerrado por la UCO. En este momento se encontraban en una cafetería frente al edificio de la comandancia de la Guardia Civil.

—Relájate, no consigues nada con esa actitud.

—Sergio, esto es lo que me temía desde que llegué aquí, y se corroboró cuando Julia me dijo que la solución podría ser contentarnos con encontrar al asesino del niño.

—No se equivocaba.

—¡No me jodas!

—Lo sé, ya sé que hay mucho más detrás, muchos responsables de lo que ocurre y que se librarán de acusaciones, que seguirán con sus vidas y puede que los rituales sigan celebrándose.

—Yo vine aquí a impedir eso, no solo a esclarecer la muerte de Alba Munuera, que, por cierto, sigue sin resolverse. No me extrañaría que le endosaran ese crimen también al monje muerto. A saber si ha hecho algo más que atacarnos cuando entramos sin permiso en su celda para defenderse de un posible ataque.

—No le deseo la muerte a nadie, menos aún de forma violenta, aunque siento alivio al saber que ese tipo no va a atacarnos más.

—Sergio, aquí pasan muchas cosas que se escapan a nuestro

control, y detesto no controlar lo que ocurre. Soy policía, llevo muchos años trabajando para resolver crímenes, tú también. Dime con sinceridad que consideras todo solucionado.

—Claro que no.

—¿Quieres regresar y olvidarte de esto?

—Sí, pero no hoy. Sé que Raquel me va a matar o a echarme de casa, tendrás que prestarme el sofá de tu salón, pero quiero llevar al calabozo a los responsables verdaderos de los crímenes, tanto de los niños como de Alba.

—Pues necesitamos hablar con el abad.

—Eso es imposible, no nos dejarán acercarnos y, aunque pudiéramos, él nos rechazaría.

—Dijo que quería confesar y que solo lo haría en la presencia de su abogado.

—Es lo mismo.

—No lo es. Ese tipo está cumpliendo órdenes, quizás solo necesite un empujón para soltarlo todo. No deja de ser un religioso, querrá ponerse en paz con Dios tras una vida de complicidad en los crímenes.

—Ya estás haciendo eso.

—¿Eso?

—Sí, lo haces siempre, te imaginas que un sospechoso o un testigo piensa como tú, que reaccionará como lo harías tú. Eso es egocentrismo.

—No empieces de nuevo.

—Sabes que es cierto. Asume que no todo el mundo piensa como tú. Ese monje, cura, abad o lo que sea lleva toda la vida encubriendo o realizando crímenes horrendos contra niños, ¿por qué iba ahora a arrepentirse y confesar? Quizás solo quiere que un abogado de esos que gana a la semana más que nosotros al año le libre de la cárcel por algún error o formulismo, no sería la primera vez que vemos eso. Se trata de un caso en el que están implicados empresarios multimillonarios, políticos y otras figuras de máxima relevancia; no te extrañe que el padre Anselmo salga del calabozo antes de terminar el fin de semana.

—O que aparezca muerto.

—También es una opción. Lo importante es asumir que no podemos hacer nada al respecto, en lo relacionado con Anselmo,

tenemos los brazos atados.

—Entonces, no sé qué hacemos aquí.

—¿Dónde deberíamos estar? Es el procedimiento.

—Sí, pero el caso no es nuestro, ya lo has repetido mil veces. No podemos interrogar a los monjes, no tenemos que rendir cuentas a superiores, no vamos a redactar informes. Es como si fuésemos meros testigos de una película, se mira pero no se toca. Lo que me parece más curioso es que ni siquiera hemos tenido que pedir permiso para estar en ese edificio de enfrente, han sido ellos los que nos han…

—Invitado, sí.

—Nos han invitado para no dejarnos participar… ¡Joder! Hemos picado como novatos.

—¿A qué te refieres?

—Paga, voy al baño. Regresamos al pueblo. No me mires así ni discutas, haz lo que te digo.

Los ochenta y cuatro kilómetros que separaban la comandancia de Samael se redujeron a la mitad, al menos en tiempo, llevando Álex el coche al límite por entre las curvas de la carretera nacional. Solo levantó el pedal del acelerador unos minutos y por la lluvia torrencial que cayó de repente cuando estaban a punto de llegar.

—La una y media de la tarde y se ha hecho de noche otra vez, aquí no existe la posibilidad de calcular la hora por la intensidad de la luz o la posición del sol, no comprendo cómo viven los lugareños todo el año bien felices.

Álex no respondió, estaba ansioso por llegar a la casa y programar la búsqueda de posibles objetivos, así como el lugar donde se podría celebrar el ritual.

—¿Estás seguro de que la ceremonia será hoy?

—Hoy o mañana sería perfecto, sobre todo hoy, es cuando todos piensan que estaremos en la comandancia, a muchos kilómetros de distancia.

—Muy seguro te veo.

—Espera y te lo demuestro.

Tomó el teléfono móvil con la mano izquierda y llamó al sargento Iván Rosillo. Al tercer tono, la voz del suboficial de la UCO sonó por los altavoces del coche. Ya se avistaban las primeras casas del pueblo en el horizonte, más bien las luces de las farolas.

—¿Vergara? ¿Dónde estáis? Hace horas que no os veo.

—En un restaurante cercano a la comandancia, estamos a punto de almorzar.

—Bien. Es algo pronto y tenemos papeleo, de otro modo nos sumaríamos a la comida David y yo.

—No te he llamado por eso, sino por la posibilidad de hablar unos minutos con el detenido. Sé que he insistido demasiado, pero necesito hacerlo una vez más.

—Ya sabes que no depende de mí.

—Lo sé, lo asumo, no pasa nada. Al finalizar el almuerzo regresaremos a Samael.

—¿Cómo? ¿Volvéis al pueblo?

—Claro, ahí no podemos hacer nada y el atropello de Alba Munuera no está resuelto.

—Pero… Pensaba que con el caso cerrado…

—Para nosotros no lo está, tampoco parece que vayáis a buscar a más responsables de las muertes de los niños de años anteriores. En lo que a nosotros respecta, el caso sigue abierto.

—Espera, quizás pueda conseguiros una entrevista con el abad. Solo dadme unas horas y convenceré al comandante.

—Como quieras, nos mantenemos a la espera de esas noticias.

Álex colgó la llamada y lanzó una mirada a su compañero.

—Solo quieren asegurarse de que no estamos de regreso en el pueblo.

—Por eso confío en que será hoy el ritual.

—Pero no sabemos dónde ni a qué hora.

—Y lo más jodido, no podemos ser vistos por los vecinos o darán la alarma.

—Entremos por un carril de tierra de esos que rodean el pueblo, no por la avenida principal.

—Ya había previsto eso, por suerte mi coche tiene muchas menos posibilidades de quedarse atascado en un charco de barro que el tuyo, hicimos bien en elegirlo. También tendremos que usar paraguas para evitar que se nos vea la cara y caminaremos por separado.

—Para eso compraste los dos paraguas en aquel bazar hace una hora.

—También tenemos que entrar en la casa, pero esperaremos a

que vuelva a caer un buen chaparrón y que haya el mínimo de luz. Usaremos la puerta del patio trasero.

Unos doscientos metros antes de la primera casa, giraron a la derecha para entrar en un carril de tierra, los neumáticos del coche patinaron por el exceso de velocidad, a pesar de la tracción a las cuatro ruedas de un vehículo pensado para la competición en ese tipo de superficies, Álex puso la primera marcha para ir algo más despacio pero seguro, y sobre todo haciendo menos ruido el motor para no llamar la atención. A esas alturas, todo el pueblo reconocería el coche, también el de Sergio, pero no encontraron la forma de conseguir otro en tan poco tiempo. Con esa lluvia y a la hora de la comida en pleno sábado, lo más probable es que no se cruzasen con vecinos, tampoco había motivo para que los que estaban en el interior de sus casas vigilasen por las ventanas, ya que todos estarían informados de que los policías estaban en la comandancia, en una localidad lejana.

Fueron rodeando el pueblo sorteando charcos y ramas caídas de los árboles. Cuando quedaban cuatro calles para llegar a su destino:

—¿Qué es eso?

—Son coches grandes y negros, cuento más de una docena.

—No los había visto antes por el pueblo.

—Esta noche habrá jaleo.

—¿No crees que deberíamos llamar para pedir refuerzos?

—Un lugar en el que no tenemos jurisdicción, un caso que no existe oficialmente, un asesinato que no tenemos pruebas de que se vaya a cometer…

—Lo sé, lo pillo. Joder, esta podría ser nuestra última noche.

—Pues que sea épica.

—No, joder, quiero regresar, ver a Raquel y a los niños, además de morir cuando sea un anciano en la cama dormido.

—Mal oficio elegiste y mal compañero te ha tocado.

—Deja de decir tonterías. Vamos a tratar de impedir el ritual, pero con cabeza, nada de pistoleros.

—Aquella vez funcionó.

—Solo eran dos. Ahí parece que haya un ejército.

—Te agobias por nada, solo son números.

—Ni siquiera creo que tengamos balas suficientes.

—Ya he pensado en eso.

Nadie pensaría que solo eran las seis y media de la tarde, pues no había más luz que las de las farolas por las calles, y ni un alma o gato callejero. Seguía lloviendo cuando dos figuras saltaron la tapia del patio trasero de la casa que era de Julia Lamela, localizaron dos cajas de balas para pistolas de nueve milímetros; podrían haberse llevado la escopeta de caza, pero la agente de la civil solo tenía cajas de postas y sería una munición muy poco efectiva a más de quince metros de distancia.

Los dos policías habían cenado antes de salir con la idea de partir con las armas y los chalecos antibalas bajo la ropa hacia el lugar en el que habían visto los coches negros.

—¿Y si los coches los han aparcado en la otra punta del pueblo para despistarnos? ¿Por qué estás tan seguro de que estarán ahí?

—Primero, porque ellos no saben que estamos aquí de nuevo; segundo, ¿para qué aparcar allí y tener que recorrer el pueblo caminando bajo la lluvia?; y tercero, allí está el convento de las Descalzas, el sitio donde yo haría el ritual.

—¿Por qué allí? —Sergio no estaba cumpliendo con el plan de caminar por separado por la calle, pero la curiosidad podía con él.

—Porque la madre superiora es la segunda en la cadena de mando del lugar y, en ausencia del padre Anselmo, sería lógico pensar que ella se encargará del ritual en su convento. Tal vez siempre se hayan llevado a cabo allí, recuerda que el niño Abel Solano fue encontrado en el bosque no muy lejos de ese convento.

—Tiene sentido. Y puesto que no conocemos el lugar por boca de alguno de los que participarán en el ritual, no hay una mejor opción. El problema será encontrar el punto de acceso, dudo que haya más de dos o tres puertas y las tendrán aseguradas por dentro y por fuera.

—Ahí hay patio trasero también, con su huerto como el monasterio del padre Anselmo.

—Sí, pero no me extrañaría que tuviese la seguridad del pentágono.

—No seas agorero, al menos hasta haber visto la zona. La noche nos amparará con su oscuridad, la lluvia amortiguará el ruido que podamos hacer y ellos siguen sin saber que estamos por aquí.

Capítulo 28

3 de noviembre de 1937

Se sirvió una copa de coñac bien generosa ante el fuego de la chimenea, la cena había sido copiosa y ahora tendría que sufrir una noche con digestión complicada. El médico le había dicho que controlase la comida, especialmente las cenas, pero no había para él más placer que el obtenido con la ingesta de una buena carne de caza, más si había sido él el cazador. Ya se encargaba de pedir que los cocineros horneasen durante más de seis horas las piernas del jabalí o venado de turno, también acompañadas de patatas y verduras a la brasa. ¿Por qué demonios le hacía tanto daño cenar así? ¿Era un pago a Dios por su privilegio recibido? Así se sentía, como un privilegiado. En el país se estaban matando unos a otros, amigos contra amigos, hermanos contra hermanos, pasando hambre, sed, frío y pérdidas, mientras él seguía viviendo como hasta ese momento. Claro que eso era también consecuencia de sus oportunas decisiones, había que estar con el bando ganador, el generalísimo contaba con el ejército y tenía a Dios de su lado, los piojosos de los republicanos no resistirían mucho más antes de sucumbir. En el fondo a él le importaba muy poco quién se sentase en la silla del poder, ya que el poder real lo tenían los suyos, que eran los que controlaban esa silla, y el general Franco parecía sencillo de controlar, alimentando su cartera y, sobre todo, su ego, dirigirían a su antojo las decisiones que él tomaría como suyas propias.

Un pinchazo en el estómago, ya empezaba el dolor. Los médicos le recomendaban sal de frutas, pero él prefería el coñac, bebida de grandes personalidades.

«Maldita sea, y cada año va a peor».

Sonó el teléfono y pronto apareció un sirviente en la estancia

con una bandeja, sobre él estaba el aparato, de reluciente baquelita, descolgado.

—Señor, una llamada del señor Arriaga.

—Gracias, retírate.

No solía importarle que Luís, su sirviente de más confianza, estuviera delante durante sus conversaciones, pero con Arriaga y el resto de los electos no se arriesgaba a dar algún dato inoportuno que oyese el mayordomo. Así que esperó a que la puerta estuviese cerrada para tomar el auricular y decir:

—Buenas noches, granuja.

—Te escucho jovial, seguro que has cenado como un rey.

—Lo que soy, aunque me falte la corona. ¡Ja, ja, ja! Sabes que no me privo de nada.

—Tenemos que organizar una montería, con este fastidio de la guerra no hay oportunidades para pasar un buen fin de semana.

—Sí, esos piojosos comunistas están tardando mucho en rendirse. Tienen Madrid tomada como si les fuese a durar para siempre.

—No hables tan alto, cualquier teléfono podría estar comprometido y no hay muchos kilómetros desde la capital hasta tu finca.

—Estoy bien protegido, descuida. ¿Qué tal por Francia?

—Deseando regresar, esto está lleno de estúpidos gabachos.

—Pronto, amigo, pronto. ¿Para qué has llamado?

—Para saber si el ritual va a realizarse.

—Una guerra no es más que un nuevo cambio de planes para el futuro, un momento de oportunidades y también limpiar el país de gentuza que sobra. El ritual se hará, por supuesto, tienes mi garantía personal de que será así.

—Me gusta esa solidez en tus palabras.

—Dependemos de ello, cada año obtenemos una importante mejora en nuestras vidas, ¿no lo crees?

—Si por vidas te refieres al dinero… sin duda. Mira que yo nunca había creído en magia, brujerías y esas paparruchas.

—Es que esto no tiene nada que ver con supercherías de viejas, sino con el diablo, al que hemos vendido nuestras almas para vivir como lo hacemos.

—Nunca lo he puesto en duda, pero mira en la situación en la

que nos encontramos, ¿acaso no está el diablo campando por el país a su antojo y sesgando vidas a diestro y siniestro?

—Por eso es mejor tenerlo de nuestro lado. Siempre hay que estar en el bando ganador, amigo mío, siempre.

—No he ido nunca al ritual, ¿y tú?

—Tampoco, pero mi padre y mi abuelo fueron electos antes que yo, y este último sí fue en una ocasión.

—¿Es cierto que torturan hasta la muerte a un niño?

—Sí, con una daga ceremonial. Hace dos siglos que encontraron el libro con las instrucciones y la daga, allí explican cómo debe realizarse cada corte, el lugar, la profundidad, los cánticos que las monjas deben hacer durante el proceso y un sinfín más de detalles.

—Qué horrendo.

—Bueno, no se trata de uno de mis nietos, así que mismo da. Un pequeño sacrificio para obtener un grandísimo beneficio. El mundo debería ser siempre así.

Tras colgar, dio un largo sorbo a su copa de coñac, quería quitarse el mal sabor de boca que le dejaba siempre conversar con Ceferino Arriaga, un pusilánime que no perdía la oportunidad de mencionar las ganas de hacer otra montería, cuando todos sabían que no se atrevía a disparar la escopeta. Hay quienes quieren peces sin tener que mojarse el culo. Si de él dependiera quién podría tener el privilegio de ser un electo y quién no… claro que Arriaga tenía en sus manos la futura dirección del Banco de España porque era el cargo que había ocupado antes su padre y su amistad con Franco era incuestionable, y seguro que también le caía uno de los ministerios gordos cuando el generalísimo ordenase las cosas tras la guerra.

«Ahora tengo que hacer otra llamada, no sea que los monjes se olviden de su tarea».

Ahora:

La hermana Rosa María tenía solo dieciocho años y llevaba dos en el convento, aún vestía hábitos blancos y no dejaba de recibir reprimendas por no hacer del todo bien sus tareas, o por hacerlas demasiado despacio, o por tropezar cuando llevaba cajas de dulces y destrozarlos, o por… En fin, que no se sentía la chica preparada para el cometido que le habían asignado: recibir a los electos, personas de las que apenas había oído hablar y que antes pensaba

que ni existían.

Se había colocado el hábito más limpio de su armario tras plancharlo a conciencia, recogido a la perfección el cabello y luego fue a toda prisa a preguntar a la hermana Míriam:

—Buenas tardes, hermana, ¿tengo que estar en la puerta de las cocinas?

—Sí, ya te lo he dicho diez veces hoy.

—Es que me parece raro, si son personas tan importantes, deberían entrar por…

—Ve a la puerta de las cocinas, no te lo pienso repetir, allí a las nueve en punto. Mejor a menos cinco. Si me entero que los haces esperar o que te comportas de forma indebida con alguno de ellos…

—No, le prometo que seré educada.

—Y deja de pensar, solo obedece.

—Sí, hermana.

—Más te vale que no recibamos una queja o la madre superiora te desollará.

La hermana Rosa María salió corriendo al oír esas palabras, ni siquiera oía los gritos de la hermana Míriam diciéndole que no corriera, que no era apropiado.

A las nueve menos cuarto ya estaba junto a la puerta de las cocinas, abría cada pocos segundos, miraba la calle de arriba abajo y volvía a cerrar, solo había lluvia y oscuridad al otro lado. Le sudaban las manos y ya no recordaba lo que debía hacer.

«Ah, sí, decirles “buenas noches, está todo preparado, acompáñenme”, espero que no se me olvide».

Con puntualidad inglesa, llamaron a la puerta y apareció una mujer de mediana edad bajo un paraguas negro que sostenía un tipo enorme, los dos vestidos también de negro por completo.

—Buenas noches, está todo preparado, acompáñenme.

Pero solo entró la mujer y sin responder el saludo, su acompañante se quedó bajo el paraguas en la puerta. Durante el trayecto hasta la sala de ceremonias, de menos de un minuto, la mujer no habló. Rosa María no sabía, porque allí no veían la televisión, que se trataba de la banquera Beatriz Alcocer; a la novicia le pareció sorprendente cómo la mujer podía caminar por esos pasillos tenuemente iluminados sin quitarse las enormes y oscuras gafas de sol.

Regresó corriendo y llegó a tiempo de abrir la puerta, al otro lado había dos señores esperando.

—Lo lamento si les he hecho esperar, síganme. Buenas noches, por cierto.

«Mierda, perdón. Ya estoy metiendo la pata».

Siguiendo las mismas formas que con Beatriz Alcocer, los empresarios Fernando de Balmaseda y Luis Montoro acompañaron a la novicia mientras sus guardaespaldas se quedaban bajo los paraguas. Ya solo quedaban dos personas: el empresario Armando Ortiz y la abogada y vicepresidenta del Gobierno Irene Balaguer.

Tanto las cocinas como el pasillo que conducía a la sala de ceremonias estaba desierto en esos momentos, fue orden de la madre superiora que se mantuviera la máxima discreción con los electos, que solo les viese la cara el número mínimo de personas durante su estancia.

Los cinco estaban ya reunidos, sentados y tomando lo que cada uno había pedido, cuando la propia Leonora entró en el lugar para saludarlos y asegurarles que iban a presenciar el ritual en menos de quince minutos, pues todo estaba ya casi dispuesto. No se pasaba por alto una serie de detalles en tan ilustres visitantes, como que se conocían y charlaban animadamente, seguro que lo hacían a menudo en fiestas o reuniones de negocios, también que miraban sus relojes de pulsera y consultaban sus teléfonos móviles constantemente, pero lo que más llamaba la atención era su intento por parecer tranquilos, cuando se adivinaba que se sentían incómodos y con ganas de terminar para salir de aquel edificio de muros antiguos y fríos, para alejarse de aquel pueblo siniestro y siempre lluvioso, como si Dios no parase de enviar agua para lavarlo de sus pecados, pero estos no cesaban nunca de cometerse.

La hermana Rosa María respiraba aliviada por haber terminado su cometido sin que sucediese nada digno de merecer un castigo, ahora estaba en la sala contigua ayudando al monje que sustituiría a Ángel en el ritual. El niño elegido estaba tumbado, parecía que dormido, sobre la enorme piedra de mármol rojizo. Decían las hermanas más longevas que cuando se instaló allí era más blanca que la piedra en que fue esculpido el David por Miguel Ángel; por eso las novicias se estremecían al pensar que había adquirido ese color por la sangre derramada en los rituales. Otras monjas se reían

de esos rumores y aseguraban que la piedra siempre fue roja.

—La madre superiora quiere saber cuánto falta.

—El niño está casi listo, pero yo necesito hacer una serie de pasos antes de comenzar.

—¿Puedo correr las cortinas ya para que los electos lo vean?

—No, no hagas nada hasta que yo te lo ordene. Díselo a la madre superiora como yo te lo he dicho.

—Así haré.

La novicia abandonó la sala y el monje miró la piel desnuda del niño, le acarició una pierna despacio, sonriendo, disfrutando del momento y pensando en el que llegaría a continuación. Por fin estaba allí, donde siempre había querido estar, y bien que le había costado tiempo y esfuerzo quitar de en medio a Ángel y al padre Anselmo. Ahora sería él quien daría las órdenes, quien efectuaría los rituales y quien gestionaría los ingresos de la congregación. Y si Leonora se imponía en su camino, bueno, a la anciana no le quedaba mucho de vida y, además, en esos edificios de suelos de piedra resbaladiza y tantas escaleras se podían sufrir muchos accidentes.

Se acercó al niño, que gimoteaba de una forma casi inaudible y le susurró al oído:

—En unos minutos comienza la función, pórtate bien y todo terminará rápido. Seguro que incluso te gusta.

Dos horas antes:

Nunca imaginó que hacer veinte kilómetros, que en coche eran un suspiro o varios vídeos divertidos en el Internet de su móvil, supondrían casi toda una jornada de duro esfuerzo. A Esther solo le duraron las ruedas de la bicicleta infladas un kilómetro, luego siguió pedaleando con las llantas, pero el barro del camino impedía el avance y decidió seguir a pie. La lluvia la sorprendió al instante y se preguntó si todo aquello no era una señal divina para indicarle que se rindiera; ella decidió pensar en lo contrario, que la penitencia debía ser máxima para alcanzar su perdón, un castigo acorde en intensidad a su pecado. Una prueba más de su determinación.

Sin reloj ni teléfono móvil, ni un alma con la que cruzarse en todo el trayecto para preguntarle, no sabía qué hora era, pues la luz que llegaba de entre los árboles era la misma siempre: casi nula.

Tuvo que evocar recuerdos de su hermana para conseguir las fuerzas que le permitieran seguir caminando bajo el frío, el agua y el miedo, pues en cualquier momento podría aparecer el coche negro con el tipo que la llevó a aquella casa y tal vez ahora no se limitase a devolverla allí, sino a acabar con su vida y así erradicar el problema para siempre. El rostro de Elena era como el de un ángel, con su largo cabello rubio y esos enormes ojos azules, tenía una sonrisa especial, con los colmillos superiores algo más adelantados. Sí, Elena era mucho más bonita que ella y seguro que, de seguir viva, tendría locos a los chicos del pueblo. No solo eso, también era más inteligente, sociable, divertida…

«Debí morir yo en tu lugar; a mí no me echarían de menos».

Llegó al pueblo, pero no entró por la carretera nacional, eligió un camino que bordeaba por la zona del supermercado, cerrado a esa hora, así que eran más de las cuatro de la tarde, que es cuando cerraba siempre los fines de semana. Pero ¿cuánto más tarde? Por el olor del aire no era la hora de la cena, así que estaba a tiempo de impedir el ritual. ¿Cómo? Ni idea, ni siquiera había pensado en la forma de hacerlo.

Debía avisar a los policías, si es que seguían en el pueblo, o si seguían vivos, que todo era posible. ¿Dónde podrían estar? Tal vez en la casa, pero era arriesgado ir tan temprano y sabiendo que ya la habían visto los vecinos entrar allí dos noches antes y por ello la habían acusado y castigado. Lo mejor era hacer algo de tiempo para pensar, pero con la ropa empapada y tiritando de frío, además del hambre que acumulaba tras haberse comido los víveres hacía más de cinco horas, no era fácil. ¿Dónde entrar en calor, comer, descansar y ponerse ropa seca si no podía ir a su casa? Y la idea le vino casi al instante.

La casa todavía tenía electricidad y había alimentos en las despensas, era lo bueno de vivir en un pueblo donde no había mendigos, ocupas y apenas se sufría delincuencia, a nadie se le ocurriría allanar casas. En el armario del dormitorio encontró ropa de su misma talla y toallas para secarse primero. Hasta pensó en darse una ducha, pero no estaba allí como si fuese de vacaciones a un hotel. Se lavó la herida de la mano derecha producida al saltar la tapia del patio trasero para no ser vista por la calle y, tras comerse una lata de conserva de lentejas con verduras de la despensa

calentada en el microondas, se sintió con las fuerzas recuperadas del todo, aunque luego llegó el sueño.

«No, tienes que aguantar, no puedes quedarte dormida y menos en la cama de una persona muerta, tampoco en su sofá. Quizás llegue alguien y te sorprenda aquí, mejor estar con los cinco sentidos puestos y no permanecer más tiempo del necesario. ¿Cómo estarán papá y mamá? ¿Sabrán a esta hora que me escapé? Supongo que Maricarmen no ha dicho nada. Ayer no fue nadie ni llamaron para preguntar, quizás todo siga igual y crean que permanezco allí encerrada».

Tras pensárselo un par de veces, se decidió a encender el televisor del salón a un volumen muy bajo para que no lo oyeran, no quería que se pudiera ver luz ni oír lo más mínimo desde la calle, pues la casa de la agente de la Guardia Civil muerta solo sería un refugio si nadie se percataba de su presencia allí. En las noticias no se hablaba del pueblo, cosa que no le extrañaba, tampoco había encendido el aparato para eso, sino para saber qué hora era, las seis y media, a las nueve sería el ritual, si es que era esa noche, al menos siempre había oído eso; ahora que lo pensaba, solían ser conjeturas o rumores que comentaban compañeros de clase en el instituto, sin mucho fundamento.

Ruidos en el patio trasero.

Apagó a toda prisa el televisor y se escondió tras un sillón que había en un rincón del salón. Se arrodilló y encogió todo lo que pudo su cuerpo, incluso cerró los ojos y trató de no respirar. Parecía que había más de una persona a solo dos metros de ella, ¿la estarían buscando? Quizás vieran los restos de comida caliente en la cocina o la sangre en la toalla del baño, quizás su ropa mojada en el suelo del dormitorio… Si analizaban a fondo el lugar, sabrían que allí había ido alguien y que quizás seguía por la casa escondida.

Sintió los pasos acercándose a un mueble, abrir unos cajones y rebuscar, luego desaparecieron con el mismo sigilo que habían entrado y ella pudo respirar. ¿De quién se trataba y qué habían ido a buscar? La curiosidad le quemaba por dentro, pero no tenía tiempo para conjeturas, buscó un chubasquero y un paraguas y se marchó por el patio trasero.

Al saltar el muro, esta vez con más cuidado, se dijo «la casa de Julia tiene más trajín que cuando ella estaba viva».

David Rovira trataba de convencer a su compañero para que no delatase al comandante la ausencia de los nacionales allí, lo que sin duda significaba que habían regresado a Samael.

—Es nuestro deber, son las órdenes.

—A nosotros nos pagan para resolver crímenes, no somos mayordomos de estos hijos de puta.

—Cálmate. Nos van a expedientar si no informamos de que esos dos han regresado al pueblo.

—¿Por qué? ¿Por qué los quieren aquí esta noche?

—Vete a saber.

—No te tenía por tan cínico. Están cometiendo un asesinato allí, seguro que otro niño.

—No puedes saber eso.

—Sabes que no es intuición sino lógica. Este caso es nuestro y son esos dos nacionales los que van a hacer nuestro trabajo, si es que no los matan.

—Joder, me quedan pocos años para jubilarme, no puedes pedirme que lo tire todo por la borda por…

—Por hacer precisamente lo que querías hacer cuando entraste en el Cuerpo y no te conformaste con poner multas, para eso entraste en la UCO, me lo has comentado cientos de veces. ¿Acaso mentías para quedar bien?

—Aunque vayamos al pueblo y les demos la ventaja a los nacionales de que nadie sepa que están allí, aunque los ayudemos, y todo eso contando con que salgamos con vida de esta noche, cosa que dudo, perderíamos nuestros trabajos.

—¿Tú crees que nos cesarían por resolver el caso que nos asignaron?

—Si los malos a los que detenemos son nuestros superiores o gente de más arriba aún, ya puedes darlo por hecho.

—Pues habrá que arriesgarse.

Un agente uniformado llegó corriendo para darles un aviso importante.

—Pensé que ya no estarían aquí, ha sido una suerte verlos cuando he recibido el aviso.

—¿De qué hablas?

—El detenido, el padre Anselmo, ha dicho que quiere hablar con ustedes y que es urgente.

David miró con intriga a su compañero, este se encogió de hombros y los dos se dirigieron a las celdas del calabozo. El abad primado se encontraba sentado en el borde del camastro, no se giró al escuchar que se abría la celda, entonces la pareja de sargentos comprobó que estaba llorando.

—¿Se encuentra bien?

—No, ¿cómo iba a estarlo? No puedo seguir con esto, no puedo seguir por Ángel. Tienen que acabar con todo, tienen que impedir que sigan con la locura.

—¿A qué se refiere?

—Dense prisa, les diré todo lo que necesitan saber.

Menos de cinco minutos después, los dos investigadores de la UCO iban a toda velocidad en el coche hacia Samael. David llamaba sin cesar a los números de móvil de Álex Vergara y Sergio Mantilla, pero estos estaban apagados o fuera de cobertura. Quizás ya era tarde para los nacionales, pero no lo sería para ellos.

Capítulo 29

Como no podía ser de otra forma, comenzó a llover más intensamente cuando los dos inspectores estaban a punto de asaltar el monasterio de las Descalzas, o eso pensaron ellos al ser conscientes de que aquella sería su última acción en un lugar en el que parecía que llevasen meses en lugar de unos pocos días. Agazapados tras un coche para que uno de los tipos enormes y vestidos de negro no les pudiera ver mientras caminaba haciendo la ronda por el lugar, se ajustaron los chalecos antibalas y comprobaron de nuevo las pistolas reglamentarias.

—No nos vendría mal ahora la ayuda de los sargentos y la de Julia —murmuró Sergio.

—Estábamos solos cuando nos metimos en esto y terminaremos solos, compañero. Esto más bien será como en *Dos hombres y un destino*.

—No me jodas, no quiero ese destino.

—Pues seamos cautos. El tipo va a doblar la esquina, tenemos menos de un minuto para cruzar la calle y saltar el muro antes de que regrese.

—¿Y si hay otro tipo dentro?

—Pues mala suerte, el destino de la película estará más próximo.

Sergio insultó a su compañero en pensamientos mientras corrían hacia el muro, saltaron para agarrarse a la parte de arriba, Álex trepó en dos segundos y ayudó luego a Sergio, fue una suerte que no hubiera musgo resbaladizo, como en el monasterio del padre Anselmo. Aguzaron la vista, pues el oído solo captaba la lluvia cayendo con fuerza, y no apreciaron más que oscuridad ante sí.

Solo había dos opciones, saltar o regresar al coche para intentar lo mismo algo más tarde, y ya que estaban allí, saltaron.

—¿Estás bien? —preguntó Álex en un susurro.

—Sí, esta vez no me he torcido el tobillo.

—Bien, vamos a buscar la entrada.

Sabiendo que el edificio principal estaba a la izquierda, hacia allí se encaminaron despacio, con la precaución necesaria para no ser sorprendidos. Vieron la pared y encontraron una ventana con rejas y una puerta de metal cerrada con llave. Álex se puso con la ganzúa tras colocar la oreja en el metal y no oír nada al otro lado, claro que podría haber alguien en silencio esperando.

La suerte seguía de su lado. Todo indicaba que la seguridad era mínima porque desconocían que los dos inspectores estaban de nuevo en el pueblo. Los sargentos de la UCO a esas alturas ya sabrían el dato, pero no los habían delatado, por el momento.

El sonido de murmullos venía amortiguado por los gruesos muros de piedra, igual que la luz, solo un tenue destello al final del pasillo, amarillento casi anaranjado como si de una chimenea encendida se tratase. Caminaron hasta el otro extremo de dicho pasillo para ver y oír mejor y se toparon con la puerta de una sala en la que estaban dos monjas muy jóvenes ejerciendo de camareras para cinco personas que no necesitaban presentación.

«¡Joder!», pensaron los dos inspectores al mismo tiempo, ¿cómo iban a detener a esas personas que dirigían el país?

Se apartaron unos metros para plantear lo que iban a hacer.

—¿Los has visto?

—Sí, incluso está la vicepresidenta del Gobierno.

—No podemos entrar y detenerlos, ni siquiera tenemos jurisdicción.

—Pues los matamos a tiros.

—No bromees, joder. He pasado de temblar de frío a hacerlo de miedo, me asusta más lo que nos puedan hacer esos cinco que los matones armados que los protegen.

—Ni siquiera llevamos esposas para inmovilizarlos.

—¿Pero tú me estás escuchando? No podemos hacer nada.

—Hemos llegado a tiempo, van a violar y matar a un niño.

—Lo sé, pero yo esperaba enfrentarme a un lunático que tratase de ejecutar al niño, no a cinco poderosos, un puñado de monjas y una docena de guardaespaldas armados.

—Hemos estado quejándonos de que no podíamos hacer nada porque no teníamos testigos ni pruebas para inculpar a todos los

responsables, ahora los tenemos reunidos en una sala, es como un regalo divino.

—Déjate de monsergas, Álex, esto es una locura y lo sabes.

—Pues claro que lo sé, pero nadie te obligó a venir.

—¿Qué piensas hacer? ¿Vas a disparar al techo para llamar su atención, leerles sus derechos y pedirles que se queden sentados hasta que vengan los refuerzos? No tenemos refuerzos.

—Vendrán cuando informemos de que les hemos pillado cometiendo un delito.

—¿Dónde está el delito? En esa sala no hay más que cinco poderosos tomando una copa en presencia de varias monjas.

—Dejemos la conversación, vigilemos la sala e intervenimos cuando aparezca el niño. Dame tu arma, yo llevaré las dos mientras tú grabas lo que sucede con el móvil.

—Está bien, joder, ya que estamos aquí, vamos hasta el final.

Álex se asomó a la puerta de la sala con las dos pistolas preparadas, Sergio encendía en ese momento su teléfono.

Y todo ocurrió como a cámara lenta.

Una monja que salió de la sala de repente.

Las alertas de sonido de los mensajes y llamadas resonando a todo volumen en el teléfono de Sergio.

Todos los presentes en la sala girándose para mirar.

Álex apretando los dientes y cerrando los ojos para reprimir el deseo de matar a su compañero.

Dos cañones que aparecieron de repente para apuntarles por la espalda.

Operación fallida.

—Arrojad las armas, arrodillaos y poned las manos por encima de la cabeza.

—¿Como delincuentes? ¿Nos vais a tratar como delincuentes vosotros a nosotros?

—Relájate Sergio, obedece o nos ejecutarán aquí mismo, no querrás salpicar de sangre los trajes y vestidos caros de tan ilustres personas ¿verdad?

El guardaespaldas que los había descubierto, ahora rodeado de otros tres, se acercó para susurrarle a Álex.

—Chico listo, venid donde no salpiquéis a nadie.

Álex sintió un escalofrío recorriendo su espalda. Sergio solo

podía pensar en sus hijos. Obedecieron con la esperanza de que cada segundo contaba a la hora de poder aprovechar un descuido; no los habían esposado por ahora, así que contaban con la posibilidad de enfrentarse a cuatro tipos con el doble de tamaño y el triple de formación en combate cuerpo a cuerpo que además tenían armas apuntándoles. Una posibilidad muy muy remota. No en vano dicen que la esperanza es lo último que se pierde.

Fueron conducidos a un cuarto lleno de escobas, cubos con fregonas y estanterías llenas de productos de limpieza. Uno de los tipos le dijo a los demás que se encargarían de *hacerlo* cuando terminase el ritual, que su jefe le había dicho que podría ser de mal agüero matar a alguien justo antes o durante la ceremonia. De ese modo se quedaron los dos inspectores arrodillados junto a dos guardaespaldas que no parecían dispuestos a parpadear siquiera.

Aquellos serían los minutos más eternos de sus vidas, también los últimos.

Sergio parecía al borde de la desesperación, Álex mostraba algo más parecido a la ira, la ira nacida de la frustración por no haber podido cumplir con la promesa que se hizo a sí mismo.

«Hemos fallado, he fallado a todos, a Alba, a Julia, a los niños…».

Y al fondo se escucharon cánticos de monjas, acababa de comenzar el ritual.

Ya antes de pedir que corriesen la cortina, había estado jugando con el chico, pero sin dejarle marcas, tampoco era más que un tanteo, pues la diversión la tendría garantizada en pocos minutos. Para él eran simples preliminares. ¿Los electos querían ver el ritual en vivo y en directo? Pues él les ofrecería un espectáculo no apto para ojos de simples mortales.

La casulla ceremonial la habían confeccionado hacía muchos años para el cuerpo de Ángel, así que le quedaba grande y olía a sudor, las monjas bien podrían haberla lavado, aunque era inútil pensar en eso porque poco podría hacerse a esas alturas. Para él fue como un *déjà vu*, pues solo unos días antes había sustituido también a Ángel, claro que eso no lo sabían ni las monjas. Entonces no le molestó el tamaño de la casulla ni el olor, claro que estaba más excitado que ahora por ser su primera vez.

El niño parecía ir y venir del sueño que le provocaban las

drogas, quizás opusiera resistencia si sentía mucho dolor, claro que eso daría más carnaza a la función. Si alguno de los electos, o todos ellos, no eran capaces de soportar la visión, eso ya no era problema suyo, el manuscrito original explicaba cómo hacer el ritual con pelos y señales y así se había repetido desde que los electos de entonces viajaban en carruajes tirados por caballos.

Se sobresaltó al escuchar voces, no tuvo que aguzar mucho el ingenio para deducir que habían entrado intrusos, seguramente esos dos policías entrometidos, pero también oyó que en el acto se les reducía. Esperaba que la madre superiora les pidiese a esos esbirros que no los matasen hasta un tiempo después de la ceremonia, pues no podía correr más sangre que la del sacrificio la noche del ritual, o este no tendría efecto. Al no oír disparos, intuyó que así se había hecho saber. Quizás no fue mala idea del todo que los electos decidieran venir, ya que gracias a sus guardaespaldas se había evitado un desastre.

Cuando sintió que al otro lado de la cortina se habían calmado todos, dio la orden de atenuar la luz ambiente, pedir silencio absoluto y que comenzasen a cantar las novicias a la vez que se apartaba la cortina.

Pudo ver las caras de asombro, todos le miraban, así como al niño, eran los protagonistas, especialmente él, que sería el que llevase la dirección de la obra también. Como en un teatro, salvo porque allí iba a ser todo real. Y para que nadie pensase lo contrario, no esperó un segundo más y cogió la daga ceremonial para comenzar a hacer los cortes por el cuerpo al niño.

Entraron en el pueblo sin aminorar la velocidad, por lo que casi se chocan con una casa que estaba en el exterior de una calle en curva cerrada. La calzada de adoquines se convertía en una pista de hielo bajo las ruedas del coche camuflado, aunque David Rovira era diestro al volante y supo controlar el vehículo.

—Mejor llegar tarde que no llegar —dijo Iván Rosillo desde el asiento del acompañante.

—No sé qué decirte, en esta tesitura es casi lo mismo, no me perdonaría llegar tarde y encontrarme con un niño torturado, violado y asesinado, además de los cuerpos de los dos nacionales. No sería capaz de mirarme al espejo nunca más en la vida, ni de llevar la placa y trabajar en el Cuerpo.

—Bueno, no dramaticemos. Cuidado con esa esquina. Por cierto, ¿a dónde vamos?

—Ni yo mismo lo sé, espero encontrar algún coche de los nacionales lejos de la calle en la que residen, o una trifulca.

—¿Crees que se van a poner a disparar en mitad de la calle?

—No sé, no creo nada, solo tengo fe. Llámalos de nuevo.

—No van a encender los teléfonos ahora precisamente.

—No perdemos nada por intentarlo.

—¡Cuidado!

David dejó caer sobre el pedal del freno el pie y todo el peso de su cuerpo. El coche se deslizó haciendo un leve zigzag hasta detenerse tras un chirrido ensordecedor, quedando a dos centímetros del cuerpo de la chica empapada que había aparecido de repente en mitad de la calle.

Los sargentos se bajaron a la vez del coche.

—¿Estás bien?

—¿Cómo te pones en mitad de la calle de esa forma?

—Yo… yo… —Estaba muy alterada, en estado de choque, y no lograba más que balbucear.

—¿Te ha ocurrido algo? ¿Quieres que te llevemos a casa?

—No, hay que ayudarles. —Lo dijo mirando con los ojos desencajados a Rosillo.

—¿Ayudar? ¿A quién?

—A los policías.

—¿Te refieres a los nacionales, a Álex y Sergio?

—Sí, a esos.

—¿Sabes dónde están?

—Creo que sí. He visto muchos coches mientras caminaba por el pueblo buscándolos. Muchos coches negros, coches extranjeros.

—¿Coches con matrícula de otros países?

—No, de fuera del pueblo.

—Entra y nos indicas.

La chica obedeció y fue haciendo señales con la mano, señalando con el dedo índice hacia donde girar, algunas de las calles eran de sentido contrario, pero no había coches circulando y pudieron llegar en pocos minutos a la fachada del convento de las Descalzas.

—Joder, eso está lleno de gorilas.

—Apuesto a que armados y con órdenes de disparar antes que preguntar.

—¿Crees que se atreverán a dispararnos si nos identificamos como guardias civiles?

—No apostaría mucho a lo contrario.

—Vamos, ¿no van a bajar a ayudar a los policías?

—Cada cosa a su tiempo, tenemos que pensar cómo entrar sin enfrentarnos a esos de ahí enfrente.

—Demos la vuelta —dijo Iván a David, y este puso el coche en marcha y comenzó a rodear el edificio.

Dieron con una puerta custodiada por dos guardaespaldas nada más, ambos fumaban bajo un paraguas.

—Es la vía más fácil que veo —dijo David.

—Dos contra dos. Tendremos que ser rápidos para usar el factor sorpresa y tocar madera para que no aparezcan más gorilas en el peor momento.

—Chica, quédate en el coche. Es más, llama a la Policía, no llames a la Guardia Civil, ¿me has oído? A la Policía Nacional, diles que dos inspectores de Madrid y dos guardias civiles están en serio peligro. ¿Lo harás? ¿Me estás escuchando?

—¿Eh? Sí.

—¿Cómo te llamas?

—Esther.

—Bien, Esther, pues no pierdas el tiempo, aquí tienes mi teléfono, está desbloqueado, obedece; y recuerda que debes ser lo más convincente posible para que te tomen en serio, no imaginas la de vidas que dependerán de ello, especialmente las nuestras.

Los sargentos se bajaron del coche y caminaron hablando animadamente entre ellos, como dos vecinos que regresan de cenar o tomar unas copas, los dos esbirros de la puerta los seguían en todo momento con la mirada y en silencio. Ya estaban casi a su lado cuando David e Iván sacaron sus armas a la vez y los apuntaron a la cabeza.

—No quiero ver ni un parpadeo. Sacad vuestras armas con la lentitud de las placas tectónicas y tiradlas allí enfrente —dijo David señalando con la izquierda la acera unos metros más allá.

—¿Sabéis lo que estáis haciendo? —preguntó uno de los tipos.

—Eso es cosa nuestra, no voy a repetirlo.

—Si disparáis, vendrán los demás —dijo el otro.

—Pero vosotros estaréis muertos, mal asunto ¿no?

Acabaron obedeciendo, siempre mejor conservar la vida que el empleo. Luego se colocaron de cara a la pared con las manos a las espaldas, Iván los esposó. David llamó a la puerta al ver que estaba cerrada por dentro, segundos después abrió una monja joven, esta no pudo gritar al ser asaltada por el sargento. Metieron a empujones a los dos guardaespaldas dentro de la cocina y cerraron de nuevo la puerta. La joven monja, también esposada, se quedaría con los esbirros, todos amordazados, mientras ellos se adentraban en el pasillo hacia donde se oían los cánticos.

Al estar los policías de rodillas y esposados, no era necesario que vigilasen dos improvisados carceleros, así que uno de ellos dijo que saldría a fumar, el otro asintió y se sentó en una silla de madera. Espalda a la pared y ojos puestos en Álex y Sergio, el tipo sabía hacer su trabajo.

—Enorme, seguro que los esteroides ayudan. —Álex comenzó a provocar al tipo—. Experto en combate cuerpo a cuerpo, uso de arma blanca y todo tipo de arma de fuego, obedecer órdenes es lo tuyo y no sabrías hacer otra cosa sin leer un manual tres veces. Déjame adivinar, tienes formación militar. No pareces estar sonado, así que no eres de la Legión. ¿Quizás de las FAR?

—Pásate de listo otra vez y te rompo el cuello.

—Oye, solo quería conversar.

—Silencio, no habléis.

—¿Sabéis que viene todo un destacamento policial desde la capital? Yo no me lo tomaría con tanta calma como tu jefe o jefa.

—No viene nadie. Y no pienso repetirte que te calles.

—Crees que no viene nadie porque la vicepresidenta ha dado órdenes al ministerio del Interior, pero vienen dos docenas de policías por su cuenta, todo un ejército.

—Si fuera cierto, no estaríais solos aquí.

—Puedo demostrarlo.

El esbirro cambió el semblante. Sergio seguía sin saber qué pretendía su compañero con esa mentira, y Álex continuó:

—Tengo en el pantalón mi teléfono móvil, allí tienes las conversaciones que he mantenido justo antes de entrar.

—Deja de decir tonterías, pronto estarás bajo tierra, payaso.

—A tu jefa le encantará saber que ni lo comprobaste.

Cambió por completo el semblante, se levantó de la silla y comenzó a caminar despacio, solo dos pasos y ya estaba ante Álex. Se agachó hasta tener su cara frente a la del policía y le dijo:

—Si has mentido, esas cicatrices que tienes no serán nada comparado con lo que te haré yo. Me han dicho que no te mate todavía, pero nadie se enfadará si te machaco.

Y Álex respondió con un fuerte cabezazo en la nariz, que se rompió con el mismo sonido que haría un lápiz. Álex ya no estaba esposado, le quitó con la confusión el arma al esbirro y lo golpeó con la culata en la garganta con todas sus fuerzas; una vez cayó al suelo tratando de respirar, le dio otro golpe seco en la nuca.

—Creo que lo has matado.

—Que se joda.

—Has tardado mucho en soltarte.

—¿Por qué no lo has hecho tú?

—Hace siglos que no me pongo esa pulsera, Raquel dice que parezco un niñato llevando esas cosas.

—Raquel es gilipollas, te la regalé y enseñé a usar la llave que incorpora para este tipo de situaciones.

—Pero es la primera vez que nos vemos en esta.

—Cállate, anda.

Le quitó las esposas a Sergio y, tras recuperar sus armas, que llevaba el guardaespaldas dentro de un bolsillo de su chaqueta, salieron al pasillo, esta vez no habría concesiones, dispararían a cualquiera que quisiera detenerlos antes de ser ellos los que recibieran una bala. El niño quizás siguiera con vida y parar el ritual era la premisa principal.

Y se cruzaron con otra pareja armada, casi hubo un fuego cruzado en mitad del pasillo de piedra apenas iluminado. Los cuatro sintieron que se les había parado el corazón por un instante.

—Joder, espero que hayáis venido a ayudar, ¿estáis de nuestro lado? —preguntó Álex.

—No os hemos disparado, ¿no? —respondió David Rosillo.

—Bien, me alegro. Vamos, hay prisa.

Llegaron a la sala y, sin mediar una palabra, dispararon a los dos guardaespaldas que estaban allí. Las monjas dejaron de cantar para chillar y salir despavoridas. Los cinco electos no se movieron de sus

sillas, parecían calmados para encontrarse en semejante situación. Al fondo, como si de un escenario de teatro se tratase, la función no parecía estar a punto de terminar.

—¡Quietos o lo mato! —gritó el que parecía actor principal, esgrimía una daga apuntando al cuello de un niño lleno de heridas de arma blanca, se estaba desangrando despacio.

—¡El abad Vicente! —La sorpresa de Sergio era compartida por sus tres acompañantes.

—¡Soltad las armas!

—Vas listo, tira tú el cuchillo, vamos.

—Habéis arriesgado la vida por salvar al niño, no vais a disparar, no os arriesgaréis.

—Tampoco vamos a dejarte seguir ni irte tranquilamente, ya sabes cómo funciona esto.

—Lo sé, y vosotros veis a quienes tenéis delante, no hay forma de salir de aquí con vida salvo llegando a un acuerdo con los electos.

Mientras dialogaban, David se iba acercando despacio por la izquierda sin dejar de apuntar a la cabeza al abad, desde allí tenía el mejor ángulo, aunque no se fiaba aún de fallar y provocar que ese perturbado le cortase el cuello al niño.

—¿Electos? ¿Así los llamáis?

—Eso no importa. Estáis en desventaja. No hagáis una tontería o mataré al niño.

—Tampoco vamos a dejar las armas en el suelo para que los de ahí fuera entren y nos maten. Eso te gustaría, seguro, así terminas con el ritual, ¿qué va a continuación? ¿Sodomizar al niño y dejarlo ahí tumbado para que se desangre?

—No comprendes la importancia y los beneficios del ritual.

—Quizás no sean tantos, tal vez lo haces por otros motivos, ya sabes de qué hablo. ¿Solo violas a los niños en los rituales o te gusta hacerlo en tu día a día con los hijos de los vecinos cuando van a hacer la Primera Comunión?

Enrojeció de ira y comenzó a temblar. Mal asunto si mataba al chico, pero había que buscar una reacción en él para distraerlo.

—No soy un pederasta. Esto lo hago por la comunidad, por el pueblo.

—Lo haces por ti. ¿A cuántos has violado y matado, sádico de

mierda?

—A ninguno, eso lo hacía el retrasado, Ángel.

—Tú lo mataste ¿verdad? El padre Anselmo lo quería como a un hermano, él lo protegía y tú, en cambio, querías ocupar su lugar.

—Yo hubiera sido… No es lógico que me nombren abad por mi mejor formación y méritos y luego le den el mando absoluto a un simple párroco. Sí, maté a Ángel, ya he dicho que sería capaz de todo por los demás.

—Si eso te consuela…

Llegaron los esbirros, avisados por las monjas, armas en mano y dando voces. Iván y Sergio cubrían la puerta para que no pudieran pasar, avisaron también de que no disparasen porque usarían a sus jefes como escudos. Estos, los electos, seguían calmados y en silencio, como sabedores de que no corrían el más mínimo peligro por ser las personas más valiosas para que los intrusos los usaran como moneda de cambio para conservar sus vidas. Entonces fue cuando la vicepresidenta del Gobierno, Irene Balaguer, se alzó como líder y trató de poner orden.

—¿Qué es lo que queréis?

—Justicia —dijo Álex.

—Esto no es una película americana, ¿acaso os habéis vuelto locos? ¿Qué pretendéis? ¿Queréis parar el ritual? Ya lo habéis hecho, ¿queréis culpables en la cárcel? Llevaos al abad y a la madre superiora. Pero no sacaréis nada más de aquí.

—Eso ya lo veremos.

—¿De qué ibais a acusarnos? Nosotros hemos salido a cenar y nos han invitado a un espectáculo, no sabíamos de qué iba la cosa y nos hemos sorprendido al ver a un perturbado torturando a un niño. Ahora habéis llegado vosotros y queremos denunciar lo que aquí sucede. Inspectores, detengan a ese hombre y a la responsable del convento.

—¿De qué habla? No se escaparán sin consecuencias.

—No ha comprendido nada, inspector. Aquí no hay nada, no tendréis pruebas por mucho que busquéis, pero sí podríais estar cesados de empleo y sueldo en unas horas.

—Esa amenaza no asusta a nadie.

—Ningún juez aceptará los testimonios de cuatro investigadores que han irrumpido sin orden de registro en un recinto privado.

—Ya lo veremos. —A Álex le habría gustado que Sergio grabase todo lo que ocurría, pero sus teléfonos fueron requisados cuando los capturaron unos minutos atrás, y no habían caído en la idea de pedirles a los guardias civiles que grabasen lo que iba a suceder. Ahora serviría de poco, pues los electos no caerían en la trampa.

—¡Usted, arroje el cuchillo y entréguese! —gritó la vicepresidenta al abad Vicente. Este no sabía qué hacer, miraba incrédulo a todos.

—No… no pienso hacer nada, ni comerme una condena cuando solo cumplo órdenes.

—¿No decías que todo era por la comunidad? ¿Estás dispuesto a declarar que las órdenes las dan estas cinco personas?

—Yo no… no quiero hacer eso.

—Pues ellos te van a señalar y condenar. Tú decides, pero baja el cuchillo para que se pueda atender al niño. Si muere, será otra víctima por la que serás juzgado, además de la del monje que envenenaste.

—¿Por qué no tiran todos las armas y dialogamos como seres civilizados? Aquí hay mucho en juego y podríamos llegar a un acuerdo —dijo con serenidad la vicepresidenta.

—¿Ahora es cuando nos ofrecerás dinero por nuestro silencio?

—Todo el mundo tiene un precio y nosotros mucho dinero y poder. Pongamos una cifra para cada uno y os marcháis a casa con la seguridad de que no os faltará nada el resto de vuestras vidas, ni a vosotros ni a vuestros hijos, nunca.

—¿Y yo podré seguir con el ritual?

—Sí, abad, podrá seguir con el ritual.

—¡De eso nada! ¡Joder, te he dicho que tires el cuchillo!

Y el abad, más nervioso que nunca, hizo un corte al niño en el cuello, este comenzó a gritar como si se hubiera despertado del sueño producido por los narcóticos. David aprovechó que el monje se asustó por un instante y le disparó a la cabeza. Solo una bala. Un disparo perfecto.

El disparo tomó a todos por sorpresa, incluso a los guardaespaldas que esperaban fuera.

Vicente se desplomó y la vicepresidenta se llevó ambas manos a la boca.

—Esto no ha debido pasar.

—Pero ha pasado, señora Balaguer. Y ahora vamos a proceder a su detención, la de los cinco. Y vamos a esperar a que venga una ambulancia para el niño y la caballería desde la capital.

La mujer esgrimió una sonrisa macabra.

—Cuando lleguen, el niño habrá muerto y ustedes correrán la misma suerte por manos de nuestros guardaespaldas.

—Yo no apostaría por eso, vicepresidenta. La Policía Nacional no tardará mucho en llegar.

—¿Cómo dices? —preguntó Álex a Iván.

—Tenemos una improvisada compañera ahí fuera, se quedó en el coche con el móvil de David llamando a los vuestros.

—¿Una compañera?

—Una chica que casi atropellamos al llegar al pueblo, una tal Esther.

—Vaya, por fin apareció.

—Fue ella la que nos condujo hasta aquí, seguirá en el coche muerta de miedo.

—Nada de miedo, esa chica es más valiente de lo que parece.

Capítulo 30

El pueblo de Samael vivió por segunda noche consecutiva el espectáculo de luces parpadeantes de las ambulancias y vehículos de la Policía Nacional y la Guardia Civil, además de la presencia de docenas de desconocidos que ocupaban varias calles. Y la prensa había aparecido también, se lo pasaban de lo lindo, pues alguien les había dado el chivatazo y se presentaron casi antes que la propia Policía; aún no se creían que hubiesen sido detenidas cinco personas tan influyentes y se dejaban las gargantas gritando a quien quisiera acercarse para darles detalles como el motivo de la detención. La noticia del año, de la década o incluso del siglo, y ellos habían tenido la suerte de ser elegidos para estar allí.

En un rincón de la calle, el comisario, que preferiría estar en cualquier otro lugar del mundo, hablaba en estos momentos con sus dos inspectores.

—La que habéis formado, tengo al ministro del Interior llamándome cada dos minutos para gritar todo lo que el presidente le habrá gritado a él antes.

—Rafael, hemos hecho lo correcto y lo sabes, no te hagas el ingenuo ahora cuando llevo dos semanas comentándote adelantos.

—No lo niego, Vergara, pero veremos las consecuencias que tendrá todo esto para nosotros, porque seguro que me salpica a mí también.

—¿Crees que nos jubilarán?

—No tenéis edad para jubilaros, Mantilla.

—Me refería a…

—Ya lo sé. Que os cesen depende de las pruebas que tengamos para negociar.

—Los de la UCO aseguran que el padre Anselmo contará todo lo que sabe en el juicio, el propio abad primado lo aseguró hace unas horas.

—Me consta que la comandancia de la Guardia Civil lo tiene vigilado para que nada raro pase.

—Mas les vale tener un ejército allí de hombres de confianza y sacarle una confesión grabada en vídeo lo antes posible.

—Me han informado de que los sargentos Rovira y Rosillo han partido hacia allí para ese menester.

—Creo que nos hemos ganado unas buenas vacaciones.

—¿Perdón? Estas dos semanas habéis agotado la mitad de vuestras vacaciones del año.

—Pero hemos resuelto el caso del siglo.

—Eso será cierto si un juez lo lleva a trámite y otro consigue condenar a los detenidos sin apelaciones a tribunales constitucionales, europeos y toda esa mierda, que seguro sus abogados conseguirán usando recovecos comprados con sobornos. Lo más probable es que sí tengáis unas vacaciones indefinidas.

Sergio desvió la mirada de la conversación por un instante, la hermana Rosa María entraba en un furgón policial, esposada y llorando.

—Comisario, Rafael, ¿qué pasará con las monjas?

—Depende de lo que suceda con los de arriba, ¿por?, ¿te has enamorado de alguna?

El inspector hizo como que no había oído esa última parte.

—¿Quieres decir que serán condenadas por complicidad en varios asesinatos si los de arriba son condenados?

—Lo que quiero decir es que, en el caso de que los de arriba queden exculpados, que será lo más lógico, ellas serán acusadas de asesinato.

—Hijos de puta…

—Será mejor que el padre Anselmo no cambie de idea, de otro modo este pueblo se quedará sin sus religiosos habituales y alguna cárcel recibirá docenas de ellos. Los monjes y monjas están tan jodidos en el asunto que, aun siendo acusados los empresarios y políticos como artífices de lo ocurrido aquí, ellos recibirán también penas significativas por complicidad unos y por ser la mano ejecutora otros.

—Algunos de ellos, monjas y monjes, no son más que niños que hacen lo que se les pide, engañados por la fe que les han vendido.

—Se considerará como atenuante, ya lo verás.

—¿Y los padres?
—Esos serían todos encarcelados. Los padres de los niños, los vecinos… todos los que supieran algo y hubieran recibido dinero estos años por el silencio.
—Todo ello si el padre Anselmo declara.
—Obvio, además de tenerse en cuenta su declaración.
—Jugarán a desacreditarlo.
—Claro, en eso se basará la defensa de los poderosos.
—Siempre tendrán una salida…
—Siempre, para eso está el dinero.
—Y aún no sabemos quién atropelló a Alba Munuera —murmuró Álex.
—Quizás sí fue un accidente.
—¿Dos veces? Le pasaron el coche por encima dos veces antes de dejarla tirada y moribunda en mitad de un camino toda la noche.
—Pudo ser ese monje… Ángel, o el abad Vicente, o cualquier otro por propia voluntad o cumpliendo una orden. Hasta pudo ser su padre. Eso no lo sabremos salvo que el asesino se entregue y confiese.
El comisario se apartó unos metros cuando le sonó de nuevo el teléfono móvil y Sergio dijo a su compañero:
—¿En qué piensas?
—En el abad Vicente, sostenía el puñal con la izquierda, el monje que nos atacó nos golpeó con la derecha.
—Vicente era el asesino de los niños.
—Creo que solo mató a Abel Solano.
—¿Por qué dices eso?
—Es posible que, al no estar familiarizado con el ritual porque lo solía hacer el grandullón, como asegura Anselmo y el propio Vicente dijo, pensara que el chico estaba dormido o muerto y, tras pasársele el efecto de las drogas, este despertó y se marchó sin que nadie lo vigilase. Vicente quería obtener el puesto de mando de Anselmo, además de ser el que realizase los rituales, por eso se deshizo de ambos, aunque no era consciente de que su intelecto no llegaba a los niveles que él pensaba y todo fue una chapuza.
—No tan chapuza, nos ha costado resolver esto.
—Era una carrera sencilla, pero otros factores se han encargado de colocar piedras ante nuestros pies.

—Te veo derrotado, como si no te alegrases de haber resuelto el caso.

—Ya has oído a Rafael, no estará resuelto si no hay condena, y no apuesta nada por ello.

—Disparar a esos cinco cuando tuvimos la oportunidad no hubiera sido legal, pero…

—Pero sí hubiera sido justo. Cambiando de tema, ¿a qué esperas para hablar con Raquel?

—Más aún me gustaría hablar con mis hijos, aunque es tarde para llamar, estarán dormidos.

—Tienes miedo al recibimiento que te espera.

—Es pánico.

—Me apetece una copa.

—Ya somos dos. Vamos a ver si hay algo abierto en el pueblo, apuesto a que los dueños de los bares y restaurantes, viendo lo que está pasando y la cantidad de gente que ha venido, han decidido abrir los negocios para hacer caja.

—Se te daría bien gestionar un restaurante o un bar.

—Claro.

—No, lo digo en serio, seguro que Raquel te da permiso.

—Vete a la mierda.

Cuatro meses después, la noticia con la que abrían los telediarios del país era la siguiente:

«Por fin el juez Álvaro Martínez de Haro ha dictado sentencia. De esta forma se cierra por fin el caso que ha tenido a la prensa de medio mundo a la expectativa, que ha provocado manifestaciones y la dimisión de la vicepresidenta Irene Balaguer y que ha desplomado las acciones en las bolsas de todo el mundo de las grandes multinacionales españolas cuyos máximos accionistas y dirigentes estaban acusados de ser los instigadores de un ritual centenario en el que se torturaba y asesinaba a niños en el pueblo madrileño de Samael. Sí, han oído bien, se pone fin a la pesadilla de muchos. Todo el pueblo, incluidos los religiosos de los templos que allí se erigen, estaban acusados de participar de un modo u otro, encubridores, testigos, cómplices… Pues bien, no dilatamos más la información y les hacemos partícipes de la decisión judicial, el caso se ha sobreseído por falta de pruebas y testimonios de la acusación. Tras el suicidio en prisión del padre Anselmo, presunto líder

organizador de los rituales y testigo principal de la fiscalía, cuya trágica muerte ya hemos cubierto infinidad de veces en estos cuatro meses, y las pocas pruebas obtenidas durante la detención en el convento de las Descalzas, todas circunstanciales, los cinco acusados principales han quedado libres de cargos, no así las monjas del convento, que serán juzgadas como cómplices del abad Vicente, abatido por la Guardia Civil cuando torturaba a un niño con la intención de acabar con su vida. Los cinco acusados, que disfrutaban de libertad con cargos a la espera de la decisión judicial, podrían presentar denuncias por mala praxis a los cuerpos de seguridad del Estado que intervinieron en su detención y acusación, en especial a los dos inspectores de la Policía Nacional y a los dos sargentos de la UCO de la Guardia Civil que los arrestaron. Se espera que en unos minutos el presidente del Gobierno, que siempre ha apoyado a su vicepresidenta y amiga, acompañe a la misma en una rueda de prensa que emitiremos en directo para todos ustedes. Manténganse frente a sus televisores, volveremos tras una breve pausa publicitaria con más datos y declaraciones de los implicados».

Cuatro años antes:

Él no tenía que estar allí, no le dejaban llegar a la sala hasta el momento en que tenía que vestirse y hacer el ritual, cuando al niño o niña ya habían dormido y el juego tenía que empezar junto con los cánticos de las monjas. Las monjas siempre le daban a Ángel muchos dulces y esa noche no podía dormir, pero no le importaba porque los dulces estaban muy ricos, casi tanto como los *donuts*. Anselmo se ponía contento cuando le decían que lo había hecho a la perfección, y Ángel también se alegraba de que todos lo mirasen, especialmente su mejor amigo, como cuando lo miraban de pequeño por ser el más rápido corriendo en el patio del monasterio.

Siempre había pensado que era algo extraño, porque en el ritual tenía que hacer cosas raras, cosas feas, aunque los niños no se quejaban, estaban como dormidos. Anselmo le había dicho que no pensara en ellos como niños, como personas vivas siquiera, solo como un juego con muñecos. Y él siempre obedecería a Anselmo porque nunca se equivocaba.

Se había colado esa tarde en el monasterio y ninguna monja le había dicho que se marchase, ni las jovencitas y simpáticas que

vestían de blanco ni las viejas de negro que siempre parecían de mal humor; fue a la sala contigua, donde cantaban, y se asomó por la cortina.

Fue como ver a un ángel, él solo los había visto pintados en cuadros y ninguno era tan bello. Largos cabellos rubios, ojos enormes y azules, la piel tan blanca como la suya, pero sin una sola cicatriz u otra marca, perfecta. Era una niña y lloraba, no quería beber de esa copa extraña de plata, el hermano Ezequiel le dio una bofetada y ella comenzó a llorar con más intensidad. Ángel se mordió la lengua con tanta fuerza que sintió la sangre manar y tener que tragarla, no sabía cómo era capaz de contenerse para no ir y romperle el cuello a Ezequiel por haber golpeado a un ser celestial.

La niña por fin tragó el contenido y Ezequiel se marchó con una monja que vino a darle un recado. La niña se quedó allí sola y Ángel, tras pensárselo mucho, decidió pasar al otro lado de la cortina para verla más de cerca. La niña dio un respingo al tenerlo delante, aunque no parecía que le tuviese miedo, como ocurría con los demás al contemplar su aspecto o tenerlo cerca.

—¿Quién eres?

Él respondió llevándose la mano derecha al corazón y luego señalándola a ella.

—¿Vas a hacerme daño?

Negó rotundamente con la cabeza.

—¿Van ellos a hacerme daño?

Se encogió de hombros.

—No dejes que me hagan daño. Tengo sueño.

Ángel asintió, sabía que ahora la niña se quedaría casi dormida, también que la desnudarían y, cuando empezase el ritual, en menos de media hora, él tendría que hacerle cosas que nunca le había gustado hacer, menos ahora, menos cuando la había conocido.

Le temblaron las frágiles piernas por el efecto de los narcóticos y él la tomó rápido en brazos para que no cayese al suelo, la colocó con delicadeza sobre el altar de piedra roja y le dio un beso en la frente, como había visto hacer alguna vez en las películas que ponían los domingos por la tarde en el monasterio. Nunca había comprendido lo que era la divinidad hasta ese momento, venerar algo o alguien como superior a todo lo que había conocido. ¿Cómo

iba a ser capaz de hacer el ritual y de dañar a semejante ángel? Él sabía que lo que hacía provocaba daño en los niños, y no quería que esa niña, ese ángel, sufriera, menos aún por sus manos.

Oyó pasos acercándose, sus sentidos de la vista, oído y olfato estaban más desarrollados que los de todos los que había conocido en su vida. Miró a la niña y salió por donde había llegado.

Media hora más tarde, cuando todos los implicados esperaban a la ceremonia, él seguía negándose a participar. Se había puesto la casulla, pero no tenía la más mínima intención de seguir con la ceremonia y habían tenido que llamar a Anselmo para que fuese a convencerlo.

El abad primado había llegado con cara de preocupación unos minutos más tarde y ahora trataba de convencerlo.

—Ángel, sabes que tenemos que hacer esto, no comprendo los motivos para que te estés comportando así. Ya has hecho esto más de diez veces.

El aludido se tocó el corazón y señaló el cuerpo de la niña, que gimoteaba sobre el altar, aún sumida en la droga.

—¿Tu amiga? No la conoces.

Se tocó muchas veces seguidas el corazón.

—¿Enamorado? ¿Es eso? No sabes lo que es el amor y no conoces a la niña, además de que podría ser tu hija, más bien tu nieta. ¿Sabes de lo que te hablo?

Negaba con vehemencia.

—Sí que lo sabes, hablo de cosas malas entre personas adultas y niños. Está mal, deberías avergonzarte.

Volvía a negar.

—Ángel, si no lo haces tú, tendrá que hacerlo otro, pero sabes que esto es lo que se debe hacer.

Comenzó a llorar.

—Vamos, dime que puedo confiar en ti.

Tras un silencio eterno para el padre Anselmo, Ángel asintió con la cabeza.

El coro comenzó a cantar, la cortina desapareció despacio y Ángel miró a la madre superiora, que observaba a la espera de que todo, por fin, sucediera como cada dos años.

Ángel tomó el puñal y lo levantó por encima de su cabeza, luego miró a los ojos a la niña y, sin que nadie lo esperase, se lo hundió

en el corazón atravesando su pequeño y frágil cuerpo.

La madre superiora reprimió el grito y fue a por el padre Anselmo, quizás aún no se hubiera marchado del monasterio.

Durante una semana estuvo encerrado en la celda de castigo, pero Ángel sabía que había hecho lo correcto, así lo sentía a pesar de las reprimendas de Anselmo y las miradas de reproche de otros monjes. Así lo sentía cada vez que recordaba bajo la oscuridad los ojos de la niña mientras acariciaba la cadena con el crucifijo que se llevó sin que nadie se percatara y ahora servían para traerle de vuelta el recuerdo del único ángel que había visto en su vida.



FRAN BARRERO (Huelva, España, 1976) estudió Ciencias Empresariales en su ciudad natal para trasladarse a Madrid en 2003, allí trabajó en departamentos contables y financieros de varias empresas. Abandonó en 2006 la empresa privada para establecerse como autónomo desarrollando las actividades de fotógrafo y de profesor de fotografía y retoque digital. En busca de realización personal.

Es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2012 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil: Alfil Negro*, primera entrega de la Trilogía de *Alfil*, una idea que lleva años rondando por su cabeza, y para la cual usa sus conocimientos del sector moda para documentar la vida y trabajo del protagonista.

En la actualidad ha publicado también: *Alfil Blanco*, *Alfil Azul* y *Alfil Rojo*, *Anatomía de un suicidio*, *Bloody Mary* y *Bloody Mary 2*, *Wanda y el robo del cristal*, *El otro lado del retrato*, *El corazón del último ángel*, *Herencia de Cenizas*, *Lluvia de Otoño*, Saga *Amurao*, novela negra de 12 entregas.